



N.º 63

BIBLIOTECA  
NACIONAL  
- CHILE  
- SECCION  
DIARIOS PERIODICOS  
Y REVISTAS CHILENOS

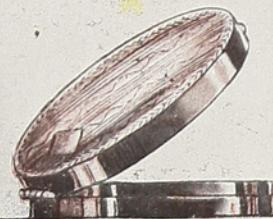
Para  
Todos

\$ 1.20

BIBLIOTECA NACIONAL

HECHO EN CHILE POR

UNIVERSO



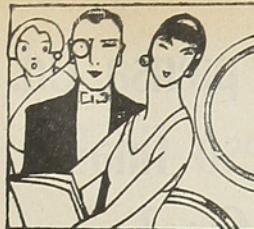
El estuche de  
**Polvos compactos**  
del **HAREM**  
es una creación "chic" para la  
mujer "chic". Adherencia sin  
igual, perfumes exquisitos.



# PARA TODOS M.R.

REVISTA QUINCEÑAL  
AÑO III NUM. 63

Santiago de Chile, 4 de marzo de 1930.  
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag» perteneciente  
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



## EN EL CIRCO Por Francisco Iribarne



Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos

Sonó un grito de terror; un clamor sordo de la multitud siguió a aquel grito. La desgraciada Miss Kellen cayó desde lo alto del trapecio en donde ejecutaba diariamente sus arriesgados ejercicios. El director y los mozos de pista acudieron inmediatamente, rodeando el cuerpo exánime de la desgraciada, que yacía sobre la arena del circo con los ojos cerrados y la cara livida, blanca como la cera. Ninguno se atrevía a tocar su delicado cuerpo, cubierto con la malla verde. Muchos espectadores saltaron a la pista y rodearon también el cuerpo de la desventurada Miss Kellen, que seguía inmóvil sobre la roja arena del circo. Todos miraban con esa curiosidad mezcla de terror y de compasión, con ese interés brutal que guía a los espectadores de todas las catástrofes. Miss Kellen tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos; sus brazos largos y bien modelados, extendíanse a lo largo del cuerpo; las piernas hallábanse dobladas, rotas, en una posición inverosímil. La muerte debió de ser instantánea, produciéndose, sin duda, por la tremenda conmoción del golpe que al caer recibió en la cabeza. Sin embargo, no hubo ningún derramamiento exterior de sangre.

Los espectadores, que no se sintieron capaces de contemplar de cerca tan desgarrador espectáculo, abandonaron la sala comentando aquella desgracia. Sobre la pista se reunieron todos los artistas y algunos tenían los ojos bañados de lágrimas.

El cadáver fué levantado momentos después, llevándolo al cuarto donde la desgraciada Miss Kellen tenía sus ropas.

—¿Saben ustedes dónde vivía esta joven?, preguntó el juez al director.

—Sí, señor, respondió el interrogado; vivía con un hermano suyo paralítico en Tottenham Street, 59. Fué contratacada hace quince días. Nos la propuso la Agencia "Burbur" como un número sensacional y se le pagan cincuenta libras por semana.

—Es inglesa?

—Creo que sí, porque hablaba el inglés correctamente.

—Está bien.

El juez dio orden para que el cadáver fuese trasladado desde el circo al depósito judicial, donde se le haría la autopsia.

\*\*\*

¿Quién era Miss Kellen? ¿Cómo vivió aquella infeliz que acababa de sucumbir ante el público? ¿Qué misterio había en su existencia? Esto es lo que se preguntaban los artistas que permanecieron velando su cadáver.

—Era muy amable verdad?, dijo un clown de cara estúpida y recia musculatura de atleta.

—Y muy timida, agregó un equilibrista japonés en cuyo

(Continúa en la pág. 78)



Hace algún tiempo, el ruido mayor era constituido por el proceso del beso. Los doctores americanos pretendían suprimirlo sin piedad. Uno de nuestros colegas gráficos publicó la foto de dos bebés yankees cuyos baberos estaban adornados con esta frase: "¡Dont kiss me!" (¡No me beso!) No era solamente hasta los enamorados a quienes éstos señores de la facultad pretendían aconsejar... Lo más fuerte era cuando ellos trataban de ilustrar respecto del peligro que representa el beso... cinematográfico, el cual terminaba, hace diez años sobre todo, gran número de películas. ¿Lo recordáis, juventud? Microbios, microbios. ¡Qué de juramentos nos valió vuestra pusilánime humanidad!... Para responder a esta cruzada nos ocurrió la idea de posar las siguientes preguntas a algunas personalidades del mundo de las letras y de las artes, y comprendido el arte antes proclamado mudo, nos pronunciamos en la siguiente forma:

¿Qué se puede pensar de las advertencias espeluznantes que nos regalan los doctores americanos con respecto del beso entre los intérpretes del film?

Personalmente, ¿está usted en pro o en contra del beso final en el ecran?

Este beso, ¿es como se pretende hacer creer, resultado de un truco?

Veremos cuántas opiniones contrarias ha vertido este tema en apariencia fútil.

#### MAURICIO DE KOBRA

Deseo responder a su encuesta sobre la cuestión tan apasionante, turbadora e inquietante del beso final en la pantalla. Mi punto de vista personal es el siguiente:

Cuando me encamino al cine en un estado de alma optimista, me agradaría que el beso final tuviera una extensión de setenta y cinco metros. En cambio, al contrario, cuando me siento poseído de la amargura del pesimismo a flor de labios, me agradaría que el beso final consabido fuera reemplazado por una puñalada en el costado o en el corazón.

Ustedes hablan de los doctores americanos que persiguen el beso como la venganza persigue al crimen. Com-

# ¿Que piensa Ud. del beso final en el Cine?

prendo que si los enamorados tuvieran que oír las conferencias de los principes de la ciencia médica, optarían por tocarse provistos de largos guantes de caucho en el momento del abrazo, cubrirse el rostro de una máscara aisladora y unirían sus labios para proceder a los besos más apasionados a través de una delgada hoja de pergamino previamente sumergida en una solución de permanganato de potasio. Pero, naturalmente que todas éstas son utopías científicas y considero que las gentes que se aman deben tomar para si las responsabilidades, es decir, ametrallarse reciprocamente de millares de bacilos bajo la caricia de los rayos argentados de esta vieja luna simbólica.

Creed, querida señora, en la expresión de mis sentimientos más antisépticos y distinguidos.

GERMAINE DULAC

1.0 Ciertamente, no lamentaría la muerte del beso final en el ecran, ello marca el





fin de una época pueril en que el cinema sólo se esforzaba en presentarnos hermosas historias sentimentales, evitando siempre de enripiar en los grandes problemas, en las grandes concepciones. El beso final ha sido siempre una mala concesión hecha al gusto exclusivo del público.

2.º Existe siempre la creencia de que en el cine es falso hasta el menor detalle, que es reconstituido u obra de trucos. En realidad, existe mucho más de verdad en la escena que lo que el público puede imaginar. Aún tratándose del tan discutido beso.

#### G A B R I E L A R E V A L

Lógicamente, ¿no es el beso más apasionante en la sala que en la pantalla?

#### D O L L Y D A V I S

Con sumo placer me propongo contestar a la encuesta abierta sobre este respecto. He aquí mi punto de vista:

Esta escena, bien que un tanto demodé, parece siempre encantadora y agradable al público. Este es siempre sentimental en mayor o menor grado, y estoy cierta que se deja enternecer por la realización del beso de los artistas simpáticos, que son los héroes que acaba de ver vivir.

En cuanto a declarar que el beso en la pantalla es peligroso, lo considero como un perfecto absurdo. En efecto, el beso filmado es siempre casto y no veo la mayor gravedad que pueda existir en el roce de dos bolas. Y después de todo, ¿es acaso el beso tan demodé?

#### F E R N A N D F L E U R E T

El gran poeta y erudito sonríe maliciosamente bajo su

glénica que suprima estos besos. Podrian, en todo caso, buscarse otras más concluyentes.

#### CLEMENT VAUTEL

¿El beso final en la pantalla? Seria verdaderamente laudable si fuera realmente final... pero los labios amorosos se separan — precisa tomar aliento — y no vuelven a encontrarse unidos, por lo menos, para un beso tan largo. El beso no es jamás sino un episodio... Sólo es final en el cine y el teatro.

#### MARCEL L'HERBIER

No recuerdo haber hecho un sólo film que se terminara por este beso sobre los labios contra el cual pretende dirigirse toda la Facultad Americana de Medicina. Por lo demás, no veo el inconveniente de la supresión de esta manifestación. Pero, por otra parte, como no veo la razón desde el punto de vista de la higiene propiamente tal para que se mantenga durante el curso de la película, el contacto que se pretende suprimir al final, repentinamente me siento inquieto. ¿Son acaso films desapasionados los que se pretende imponer al mundo en nombre de los microbios maleficos? Dejadme por lo menos reir...

MIRYAM AGHION.



barba rubia y responde a mi pregunta con un laconismo inteligente:

—¡Esto no enseña nada a nadie!...

#### H. J. MAGOG

El vicepresidente de la Sociedad de Gentes de Letras, nos expresa así su opinión:

Admitiendo que el hábito del beso se remonta a la más alta antigüedad, y que la humanidad continúa su curso imperturbable, quedo también escéptico al oír comentar los peligros imaginarios que el hecho en si mismo representa.

En materia de cine, en todo caso, el riesgo de contagio es limitado para los intérpretes. Desde luego, los intérpretes son remunerados; no es, pues por amor si no por avaricia que ellos se exponen al peligro. Entonces, tanto peor para ellos. Por otra parte, imagino que el beso cinematográfico, necesariamente debe ser obra de truco. Su duración, desde luego, comprueba tal aseveración. En la realidad, se necesitaría para resistirlo, pulmones de pescadores de perlas.

Queda aún el peligro del ejemplo, del mal ejemplo.

Pero, ¿es que por acaso la proyección sobre la pantalla de uno de estos interminables besos los ha incitado a hacer otro tanto? Para ello, sin duda, no habéis necesitado esperar la visita al cine... Concluyamos: no hay ninguna razón hi-



#### CHISTES

Sale un toro con unos cuernos enormes.

—Oye tú, échale un farol.

—¡Pa qué voy a darle un farol con el par de velas que trae?

En un manicomio un loco da cuerda a un reloj; a los dos días se para y es que la «cuerda» había dejado de serlo y estaba loca también.

Pidiendo informes de su futuro yerno:

—No le conozco más que un defecto: no sabe jugar.

—Mejor que mejor.

—No lo crea; porque, a pesar de no saber, juega.

—Milán, ¿por qué lloras?

—Mamá me pegó.

—¿Y por qué?

—Pues, por hacer lo que usted hace ahora: meterme donde no me importa.

—¿Cómo iría usted desde Europa al Cabo de Buena Esperanza?

—No sé!

—Mal está usted, niño, de Geografía.

—Ya sé; me metería en un barco y lo demás sería cosa del capitán.

En una fonda de medio pelo:

—Olga, mozo, ¿por qué nos recomienda a todos las albóndigas?

—Porque llevan cuatro días por la cocina y si no se las comen ustedes, nos obligarán a comerlas a nosotros.

# Anna Pavlova ha Danzado el Charleston

El público no quiere ignorar nada de sus ídolos, de aquellos que él ha considerado como sus héroes. Las grandes vedettes de la pantalla o de la escena han debido a veces soportar las consecuencias de este amor un tanto tiránico con que las multitudes las distinguen.

No solamente son demandas de fotografías o cartas delirantes lo que ellas reciben, sino que a veces reproches y aún injurias. El público es celoso y no gusta de ser derrotado. El se forja de una vez por todas una imagen que es bien difícil de enriquecer o de modificar. Si pudierais escuchar a los espectadores del Empire reclamar a Valentina, a Maurice Chevalier; escuchar a Raquel Meller extenuada de cantar La Violetera para contentar a sus fanáticos. Estos son sólo pálidos esbozos de las exigencias del público para con las que reconoce como vedet-

tes que confina a una rigurosa fidelidad vis a vis de su imagen popular.

La voluntad de sus admiradores traspasa siempre las fronteras de la vida privada de los artistas de su elección. Las grandes firmas del cine americano lo han comprendido demasiado bien, ya que no dejan de tenernos al corriente de los divorcios, de los gustos y disgustos, de las manías y las menores faltas y gestos de sus pensionarios.

Y como armoniza esta necesidad de los héroes tan simples, tan esquemáticos, tan estereotipos con la insasiable curiosidad que induce al público a hacer "el muro" de la vida privada de todos los grandes de este mundo. Parece que es llevar la de lanterna a la disillusion.

Y bien que Douglas Fairbanks pase su vida a caballo, saltando precipicios y

conquistando a su bella a fuerza de proezas, hay reumatismos cuando el tiempo está húmedo, hay horror por las espinacas.

Lindberg enamorado como no importa a quien. Todos los que tienen un lugar en el corazón de las multitudes viven una vida muy semejante a la nuestra. Es verdad que lo que choca no es la esclavitud común, sino ver a los que admiramos traicionar en su vida privada esta especie de sacerdocio que los ha consagrado a nuestros ojos por obra de sus actuaciones públicas o sus hechos privados y exteriorizados.

Lo que nos decepcionaría, por ejemplo, sería descubrir maldad en Bancroft, ignorancia en Madame Curie.

Por un proceso análogo del espíritu, al extenderse la noticia de que Anna Pavlova había bailado el charlestón en Viena en una soirée donde se encontraba en calidad de invitada, sus admiradores, los que la divinizaron en su interpretación de la Danza del Cisne, se sintieron tan fuertemente sorprendidos e indignados, que le dirigieron interminables misivas imputándole su charlestón como una deserción, como una traición. Hermosa ocasión para la bailarina de precisar una vez por todas su punto de vista sobre la danza moderna.

—Sí, escribe ella, he danzado charlestón y fox-trot, yo he sido la cultora de la aversión por los bailes modernos y los he condenado como un atentado contra el arte al cual he dedicado toda mi vida. Como no me he ocultado al hacerlo, he recibido de los cuatro rincones del mundo cartas y telegramas de gentes que me interrogan por qué he "traicionado". Sin embargo, no ha habido traición. No he desertado. El hecho de haberme introducido en un salón vienesés y haberme confundido entre la multitud de bailarines, no supone ningún abandono de mis convicciones, al extremo que desde el momento de consumado el hecho, me he constituido en la más ferviente adversaria de estas horribles contorsiones pretendidas negras, de los balanceos espasmódicos que se resguardan hoy día bajo el nombre de danza. Esta degeneración del arte me enerva. Pero, ¿es en ver-



dad la resurrección del arte, su manifestación más sincera y efectiva como se ha dado en creer? No, rehuso a aceptar que sean manifestaciones decadentes de la danza estas exhibiciones grotescas y repugnantes, indignas de una civilización evolutiva como la nuestra, la que reprueban como inconvenientes hasta los propios negros a los cuales pretendemos haberla imitado.

Sin embargo, quiero ser imparcial. Todo no es antíptico en el jazz y en las danzas que lo acompañan. Los ritmos son, a menudo, bastante atractivos, y algunas de las danzas modernas no dejan de encerrar cierta gracia sugestiva, y serían mucho más agradables de ejecutar y de ver si los bailarines no dieran a me-

(Continúa en la pág. 80)



# Amor, Niño Travieso,

Por E. PÉREZ  
CASTELLVI

I

Erase que se era una andaluza muy salada. Llamábase Clotilde, y a su hermosura de flor, unía tal sencillez y tal graciejo en el hablar, tal honestidad en sus pensamientos, que podía disputarse a pie juntillas por la muchacha más simpática de la ciudad. Tenía, amén de todas estas perfecciones, una decisión muy propia, sin mezcla de impetus varoniles, que la permitía acometer desculadada sus ocurrencias.

Claro es, y no he de hacer hincapié en mi aserto, que Clotilde era la niña bonita de reuniones y convites, la que ponía a todos en conmoción y la que, con su charla graciosa, reinaba, entre sus compañeras, con imperio que no las humillaba, que no les daba envidia de él. Lo que no se explica tan

Dame un ochavito  
y tendrás rositas,  
y tendrás besitos,  
y tendrás quien te mire a la cara...  
por el ochavito.

Diéronle de buena gana, no un ochavito sino algunas monedas. Volvió a cantar el muchacho, y, a no acabarse las dádivas, aun estaría junto a la casa de Clotilde pidiendo para besitos y rositas. Se fué. Solas ellas dos, comentaron la copla.

—Mira que comprar el cariño... murmuró Clotilde.

—Y las rosas...

—Y las rosas: que es también comprar el cariño. Y si pudiéramos comprarlo.



...cuando llevándose la mano al sombrero con ademán airoso y sencillo, saludó: Buenas noches, Clotilde

claramente es que Clotilde no tuviese novio; mejor dicho: lo que no se explica tan claramente es que el hombre a quien adoraba, a pesar de admirar en ella cuantas virtudes y méritos la enaltecían, no llegara a interesarse y pasara junto a ellos sin deseárslos.

Hasta que Clotilde, vehemente y traviesa, tramo un ardido. Este ardido y esta traviesura se pondrán de manifiesto más adelante.

Así estaban las cosas el día y la hora, anochecido, en que nos encontramos a Clotilde charlando alegremente con su amiga Rosario.

Debia de ser una charla de picardías y donosuras, porque las muchachas se regocijaban a cada decir y ahogaban las risas tapándose mutuamente las bocas.

Pasó un mojito y entonó un cantar. Con voz afinada y buen timbre, acompañándose de baileto algo pecaminoso, entonó el muchacho:

No tengo ni un ochavito  
para comprarte una rosa.  
No me queda ni un besito  
para cerrarte la boca.

Toda la queja de su pasión por aquel hombre que pasaba junto a la gloria sin desearla.

—Ayer le vi, prosiguió la enamorada. Nos saludamos... ¡qué serio iba!... Pero... ,iva a ser posible que no me vea cómo ardo? Porque hachares no me los da. Habría algún movimiento que le vendiera, que me lo delatará con algo de interés por mi personilla. No... Esta descuidado... atentísimo conmigo como con todas...

—Yo de ti ensayaría algo... algo para atraerle. A ese hay que abrirle los ojos, que si los abre...

—Anda allá, tentadora. Que no va a darme a mí por la coquetería, exclamó Clotilde riendo. Que si, coqueta y todo, no me hacía más caso, iba a ser una diversión.

—No, pues el no tiene quien te lo distraiga, dijo Rosario.

—De eso me quejo, mujer. Si al menos le viera embobido en otros amores... Con llorar un poco y desearte mucha ventura, en paz. Pero verle tan fresco, tan fresco... como el agüita que me bebo... y no beberle...

—Oye, tan contentas que estábamos...

—No, contenta... Yo no estaba contenta, negó Clotilde. La voz era como mezcla de pasión y de alegría, porque las

(Continúa en la pág. 78)

# Las Trágicas del Amor

Actualmente es un hecho constatado: de Greta Garbo a Mary Duncan hay sólo un paso. Por fin se puede hablar con el tono enfático que conviene a las trágicas de la pantalla.

Se había carecido durante bastante tiempo de una actriz que nos hiciera olvidar el abuso de los monólogos «sí» y «pero». Sin embargo, es bastante triste constatar que de los miles de «vedettes» que actúan en films de amor, solamente algunas sean verdaderamente capaces de representar en todo momento a la verdadera mujer, de vivir su rol con toda la verdad deseable. Pues esta verdad no basta a ser constituida por una serie de gestos clásicos, sino que necesita ciertos ademanes imperceptibles, el brillo de la mirada, el juego sutil de los menores músculos del rostro y del cuerpo.

Desde «La Carne y el Diablo», que fué para el cine la revelación de un poder de pasión, era natural de considerar a Greta Garbo como la encarnación de la emoción.

Esta mujer, dotada de una sensibilidad enfermiza y superraguda, de un rostro cristalino y mágico, de cartílagos palpitan tes, de mirada que inadveritidamente se torna transparente como gotas de rocío, era en este film como una flor que vibra a los menores impulsos del deseo. Bien que «La Carne y El Diablo» fuera restado de mérito con su epílogo ridículo, cuando hubiera sido tan bello que el tempano, remontando lugubriamente a la superficie del agua después de la sumisión, hubiera sido el punto final, este film, estuvó, a pesar de todo, dotado de un desarrollo maravilloso, sostenido en todo momento por el admirable juego de Greta Garbo y de Lars Hanson. Este, saliendo del espectáculo, fué raro que no se haya sentido cogido por una desesperación sin nombre, la de haber sentido pasar un viento, una brisa incógnita.

Se hubiera podido esperar que «La Mujer Divina», que reunió una vez más a estos actores excepcionales, no nos desillusionara, tanto más, cuanto que se unía a ellos un elemento importante en la persona de Victor Sjostrom, a quien debemos «El Viento», un film de un llorismo salvaje y de una grandeza poco común. Pero, ¿qué había pasado? ¿Qué exigencias habían pesado sobre Sjostrom? Protestaría siempre con verdadera indignación por el rol que se ha hecho desempeñar allí a Greta Garbo, contra el ridículo sobre el cual se la ha impulsado, al parecer, involuntariamente. ¿Qué significa esta encarnación de campesina con que se ha hecho disfrazarse a esta mujer hecha exclusivamente para encarnar a las grandes enamoradas? ¿Y las estúpidas crisis de nervios de la representadora, intercalados de los refunfuños, en cierto modo humorísticos? La verdadera mujer divina, era aquella que, en «La Carne y El Diablo», palpitaba a los acordes de un vals, como una mariposa a la brisa de la tarde; era la

que, a cada instante, por contradicirlos que fuesen sus actos, ponía cuerpo y alma a las ordenes del amor.

Felizmente, todo dista mucho de considerarse perdido. Yo tuve ocasión de considerar en Alemania un film puesto en escena por Fred Niblo, «La Dama Misteriosa», que se estrenará pronto en París, con Greta Garbo y Conrad Nagel (digamos de paso que este excelente actor ha desempeñado allí uno de sus mejores roles), la magnífica atmósfera de perdición al borde de un amor desesperado.

Con sideraria incompleto todo lo que acabo de decir de Greta Garbo, si no agregara a ello la impaciencia con que esperamos el film de Jacques Feyder, «El Beso».

No alcanzo a comprender por qué «La Mujer



Greta Garbo en "La Mujer Divina"

del Cesto», de Frank Borzage, es tan discutida.

Sin duda el hecho que pasa en el estudio de las Ursulinas, y que, por consiguiente, se quiere a toda costa tener una producción «Vanguardia», constituye el hecho mismo.

Por mi parte, he encontrado este film realmente prodigioso en su extrema simplicidad, simplicidad que por si sola logra diferenciarlo de los films americanos, dramas entre los cuales algunos detractores pretendieron catalogarla.

Junto a Charles Farrell, la exce lente Mary Duncan, con una admirable sobriedad de interpretación, atrae a ella todo el interés del film. Es un problema destacar los ojos un solo instante de este cuerpo armonioso, de estos ojos negros rodeados de largas pestañas que proyectan una sombra encantadora sobre sus mejillas.

¿Cómo explicar el fastidio que experimenté cuando durante algunos instantes, Farrell hubo de encontrarse solo «sobre el Campo», y mi alivio cuando vi reaparecer a Mary Duncan? Esta mujer encantaba el paisaje, la cabana, la nieve. La gran actriz ha encontrado en «La Mujer del Cesto», desde el principio de su carrera, un rol digno de su talla, aquél de una verdadera mujer débil y víctima de sus más secretos instintos. Clertos críticos han denominado a esto «Una



Mary Duncan en "La Mujer del Cesto"

(Continúa en la pág. 80)

# BAJO EL ANTIFAZ

La marquesa reía de todo corazón mientras subía al coche de su amiga Claudiina oculto el rostro bajo el antifaz de seda negra.

—¡Oh!, verdaderamente. ¡Qué escapada!... En realidad no estoy conocible ni conmigo misma.

—Tanto mejor, tanto mejor! — exclamaba la alegre amiga riendo a su vez y produciendo con sus movimientos, el tintineo de las monedas doradas prendidas en su hermoso peinado, que le sentaba a encantar.

—Qué idea de sentirse triste a los veinte años! ¡Precisa distraerse, pequeña, aprovechar debidamente la juventud!... Yo me encargaré, a cualquier precio, de devolverte la felicidad, la alegría de vivir. ¿Entiendes?

—No puedo dejar darme de reconocer que eres la más buena de mis amigas — respondió la marquesita sin dejar de reír y estoy dispuesta a divertirme indefinidamente esta noche; la suerte está echada, y como ves, llevo a la práctica tus sanos consejos.

El coche las arrastraba a desmedida velocidad a través de las calles de Cannes, con rumbo a la villa de sus amigos Desmay, quienes ofrecían aquella noche un soberbio baile de máscaras a sus relaciones.

Hacía bastante tiempo que Margot no se divertía en esa forma. ¡Pobre Margot!

Casada a los diecisiete años con el pintor Octavio Clair — matrimonio de amor si se quiere — creyó, demasiado tarde, que su felicidad se derrumbaba bajo la amenaza de la certidumbre — que poco a poco hacia nacer en su corazón, — de haber realizado un matrimonio de falso amor, cosa en que antes no tuvo fe, o no le concedió importancia... ¡Pero era tan joven! Desconocía en absoluto la vida y terminó por admitir que verdaderamente su madre debía tener razón. ¿Puede una madre perseguir otra finalidad que la felicidad de su hija?

—Ciertamente, había que convenir en que Octavio era demasiado dispensioso, y si se le dejaba obrar a entera libertad, en el corto plazo de dos o tres años, su hogar estaría completamente arruinado. Arruinado, ¡qué horror!...

—Era, acaso, justo, además, que él malbaratara en tal forma, siendo que mientras que Margot había aportado por sí sola una dote considerable, él tan sólo contaba con una pequeña renta que le enviaba su padre cada tres meses? Por cierto tenía esperanzas para más tarde; su talento y su fama crecían de día en día, pero actualmente era un joven pintor sin fortuna, condenado a llevar un modesto tren de economías...

Este discurso era continuamente escuchado por la pobre Margot. Al principio la entristecía atrocamente, pues se resistía a ver defectos en su ídolo... Era tan encantador, tan tierno, tan alegre, se manifestaba siempre tan enamorado de su mujer!... Luego, ella también probaba un intenso placer llevando esa vida de abandono que se sumaba a la felicidad de amarse!

Sin embargo, la madre de Margot era el prototipo de la prudencia, que tocaba casi en la avaricia. La buena señora se había escandalizado ante el espectáculo de esta vida bohemia y elegante; imaginó ver a su hija en la miseria y ante tal antojadizo desastre formuló observaciones, consejos, reproches, con un tono tal, que, por fin, al cabo de intensos esfuerzos, consiguió el triunfo de su empresa haciendo pasar a su hija a su partido.

Con la malignidad que imprime la avaricia, logró convencer a la pobre marquesita que su Octavio ocultaba bajo su gesto hipócrita, un egoísmo ambicioso, que al casarse no había considerado su valor personal sino su fortuna tentadora.

Desde entonces se inició para el joven y feliz matrimonio

una serie interminable de días grises en que se mezclaban en discordante consorcio, reproches, insultos, desdenes; gradualmente tales escenas iban en aumento hasta llegar a convertirse en inquietantes momentos de cóleras insostenibles. Por último, al cabo de tres meses, se decidió poner fin a tan desagradable vida entablando divorcio.

Margot hubo de volver a casa de su madre como en sus buenos tiempos de niña. Octavio había desaparecido.

La pobre Margot no podía habituarse a su desgracia...

Toda su alma pertenecía a Octavio y ahora — verdadero cuerpo sin alma — se dejaba llevar en la vida sin encontrar ningún atractivo, ninguna compensación y tornándose cada día su carácter más sombrío, su rostro más pálido, su alma más abandonada.

Tal estado de cosas afligía a la familia. Pero, ¿qué hacer?

En aquella ocasión, fué precisamente, cuando su amiga de la infancia la invitó a pasar una temporada en la Costa Azul, ya que se aproximaban las festividades del Carnaval.

Claudiina era tan venerada en materias de espíritu, que inconscientemente había logrado aturdir los sufrimientos de la pobre Margot y restituir el tono rosa de sus labios, que empeza ban a sonreir...

Fué así como aquel día las dos jóvenes elegantemente disfrazadas, hacían su entrada en el más soberbio baile de la temporada.

Apenas llegadas al salón espléndido, reglamente adornado de flores exóticas y raras, dispuestas con aire caprichoso, e iluminado por enormes lámparas de cristal cuyas luces multicolores armonizaban con la alegre caravana, que formaba una masa compacta, un conjunto

feérico en la gran variedad de los costosos y originales trajes que se daban a imaginar...

Apenas llegadas, Claudiina y Margot fueron detenidas por un hombre extremadamente elegante que lucía un «Guilles Watteau» magnífico. Su cuerpo se adivinaba fino y esbelto bajo el raso blanco del disfraz y su tipo aristocrático y espiritual bajo el negro terciopelo del antifaz.

—Buenas noches, marquesa! — exclamó en un tono feíliz, imprimiendo a sus palabras un ligero acento del Mediodía, que hizo reír a las jóvenes. — ¡Buenas noches, encantadora marquesa!...

—Os ruego encarecidamente concederme este vals... ¡Creo merecerlo, pues hace una hora larga que os busco en vano!

Margot se había formulado la autopromesa de divertirse y el esplendor de la fiesta desde luego había obrado el millagro de devolverle subitamente la alegría propia de sus veinte años.

—¡Bailo con él! — dijo resueltamente a Claudiina, — y pienso hacerle picardías. ¡Alerta!

—¡Buenas noches, Guilles! — Respondió alegremente al desconocido.

—¡Oh, pido la gracia de un adjetivo, encantadora marquesa!

—Pues, bien, corrijamos; ¡simpático Guilles!

Se dejó conducir por el simpático joven cuyo acento provenzal por momentos adquiría entonaciones que le parecían familiares, idea cuya causa no sabía mativar.

Conversador locuaz, espiritual y fino, Guilles era desde todo punto de vista interesante. Atrayente a tal extremo, que la joven simpatizó profundamente con el galante bailarín blanco.

La entretenía contándole mil cosas divertidas llenas de espíritu, que ella celebraba con su risa cristalina, perlada, descubriendo a través del antifaz la preciosa sarta de sus dientes albos y pequeños.

Desde el buffet pasaron al invernadero y allí le rogó cederle un nuevo vals.

(Continúa en la pág. 79)



# El Trabajo de la Mujer en Francia, Hace un Siglo

La condición de las obreras del año 1830 y de las asalariadas de hoy día, ofrece un verdadera antítesis, muy en honor, por otra parte, para nuestra época, que tiende hacia el esparcimiento moral y material de la mujer. Sólo en nuestros días se permite a la mujer el acceso a muchas profesiones que hasta ahora le eran prohibidas. Y es verdad que si conocemos la vida cara, ignoramos en cambio los irrisorios salarios de 1830. Las condiciones de trabajo que hacían de muchas mujeres verdaderas esclavas, se han mejorado felizmente. Las obreras de fábrica eran entonces poco numerosas, porque la industria comenzaba sólamente a desarrollarse. La opinión pública, por otra parte, era poco favorable al trabajo de la mujer en los talleres.

«La obrera, —escribía Michelet— palabrita simpática, palabra sórdida, que ninguna lengua tuvo jamás, que ningún tiempo habría comprendido antes de esta edad de hierro, y que bastaría a hacedores dudar de nuestros pretendidos progresos!»

Y Julio Simons, en «La obrera», denunciaba la introducción de la mujer en las manufacturas como un atentado contra la familia. «La obrera no es una mujer, —exclamaba él—. En lugar de la vida retirada, púdica, rodeada de caras afectivas, tan necesaria para su felicidad y para la nuestra, por una consecuencia indirecta pero inevitable, ella vive bajo el dominio de una ama, en medio de compañeras de dudosa moralidad, en contacto perpetuo con hombres, separada de su marido y de sus hijos. En una casa de obreros, el padre y la madre están ausentes, cada uno por su lado, catorce horas por día. No hay, pues, familia».

En esa época se exigía a las obreras doce horas de trabajo, y se ignoraba la semana inglesa. Ellas ganaban más que si se hubieran quedado en su casa cosiendo o bordando, oficios miserablemente pagados, pero de todas maneras sus gajes resultaban dolorosamente modestos: setenta y cinco centavos a un franco veinticinco, por día de trabajo.

Sobre la situación de la obrera en modas, en la época romántica, consultemos a un autor de la época, Montigny, que les ha consagrado un pequeño estudio en «La vida provincial de París».

«Una obrera en modas, —escribía él— trabaja desde las diez de la mañana hasta las once de la noche, y hace solamente dos comidas por día. En las casas más ricas, no se les daba a las modistas sino legumbres. Sin duda se temía que una alimentación demasiado abundante les obscurciera el cerebro. El vino, del cual ellas felizmente no gustaban, se les daba únicamente con agua, y el postre se les suprimía para que no perdieran el tiempo.

Los dolores de estómago las atormentaban sin cesar, y sólo a fuerza de pedazos de azúcar y, a veces, de una media taza de café dividida entre cuatro, podían alcanzar algún alivio.

Lo más que ganaban estas mujeres era ochocientos francos por año, o sea, dos francos diarios, siempre que la obrera fuera muy competente. Las únicas obreras que ganaban grandes sueldos eran las que vestían a la Corte. Llegaban a percibir hasta ochocientos francos por un mes, pero éstos eran casos absolutamente excepcionales.

Por lo que toca a las graciosas o sentimentales «grisetas» cantadas por Béranger o por Musset, que trabajaban en sus casas o en talleres como costureras, ganaban, a lo sumo, trabajando con mucha asiduidad, treinta centavos por día. Y todavía había que contar con las estaciones muertas.

Los grandes almacenes aparecían poco a poco decorados en el exterior por grandes bandas de tela que caían desde los pisos más altos. La invención del gas de alumbrado y el amor al lujo

que poco a poco se iba desarrollando, favorecían su incremento. Estos almacenes se llamaron La Pequeña Nanette, La Dama de Honor, La Lámpara Maravillosa, el Paje Inconstante, El Pobre Diablo...

Para estos almacenes, los patrones preferían el personal masculino que era más competente, parece, en levantar los precios. Entonces no se vendía con precios fijos. Pero también se empleaban mujeres que permanecían en el almacén hasta las nueve o hasta las diez de la noche por un salario muy modesto. En las vísperas de fiesta, se trabajaba hasta las doce, y no había descanso en todos los días del año. Sólo se suspendía el trabajo los días

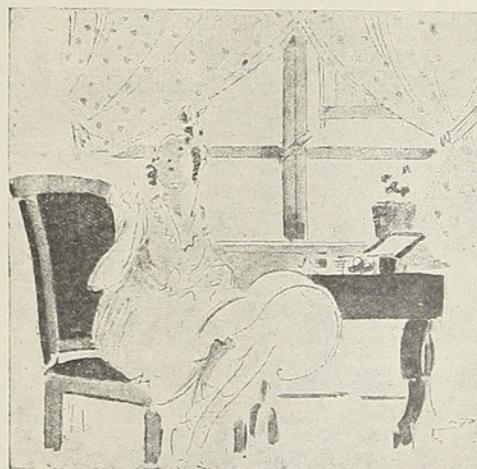
domingos, en verano. En invierno, las obreras no tenían dominos. ¡Qué diferencia con nuestras empleadas que han conquistado la ley de las ocho horas y la semana inglesa y que gozan de vacaciones pagadas!

Las señoritas de compañía eran generalmente jóvenes de buena familia pobre, que vivían como una sombra en la casa que las ocupaban.

Inglaterra enviaba mucha institutrices que se pagaban bien: una institutriz inglesa constituía una marca de riqueza y distinción casi insustituible. Pero las institutrices francesas, poco numerosas por otra parte, y siempre postuladas a las monjas, eran tratadas únicamente como criadas, de un rango apenas más elevado. Había pocas profesoras de música: para este oficio, eran siempre preferidos los hombres.

Generalmente la gente se queja hoy de lo poco competentes y

(Continúa en la página 62).



# EL ANGEL, Por James Oliver Curwood

Ella estaba en el umbral de una cabaña de troncos cubierta de madreselva que matizaba el resplandor rojizo de la trepadora bakneesh (1), y la luz tibia del sol de los últimos días de verano alumbraba su cabeza desnuda. El grito de Cummins la hizo asomar a la puerta cuando nos hallábamos a medio tiro de rifle río abajo; y un segundo grito, ya cerca de la orilla, hizo que echase a correr a mi encuentro. En el primer momento de verla la juzgué hermosa, aunque me figuro que eso se debía principalmente a su espléndido cabello. El grito de saludó, al llegar a casa, proferido por Juan Cummins, la sorprendió con el cabello suelto y nos saludó envuelta por las obscuras y brillantes masas de aquél manto que le rodeaba los hombros y le llegaba hasta la cadera. Es decir, que saludó a Cummins, porque estuve ausente durante casi un mes. Yo empleé cosa de un minuto en arreglar convenientemente la canoa.

Entonces fui presentado, y por vez primera estreché la mano de Melisa Cummins, la Florencia Nightingale (2) de varios miles de millas cuadradas de desierto septentrional.

Entonces vi que si bien al principio la creí un ejemplar de nuestro variado vernáculo de belleza, en realidad era algo muy distinto, un tipo que habría causado desencanto a muchos a causa de su fuerza y de su firmeza. Su cabello era magnífico, castaño y suave. Ninguna mujer habría encontrado tacha en su hermosura. Pero el rubor que vi en su rostro, muy semejante al suave tono rosado de las flores, al ser contemplado de cerca era, en realidad, una tez curtida casi como la de un hombre. Sus ojos eran de color azul oscuro y tan claros como el cielo; pero también en ellos se advertía una fuerza que no era del todo femenina. El mismo vigor se descubría en su rostro, en su firme garganta y en todos los movimientos de sus miembros y de su cuerpo. Cuando hablaba, lo hacía con una voz que, como su cabello, era adorable. Jamás oí otra tan dulce, y su firme boca no tan solo era cariñosa y femenina, sino tan bonita como la de una adolescente.

Entonces comprendí la razón de que Melisa Cummins fuese la heroína de un centenar de historias verdaderas de aquellas soledades, y de que no existiera apenas una cabaña o una barraca india en aquellas diez mil millas cuadradas de soledad, donde en una u otra ocasión no se hubiese hablado de ella, llamándola el "Ángel Melisa". Y, sin embargo, muy al revés de aquel otro "ángel" de carne y hueso, llamado Florencia Nightingale, la historia de Melisa Cummins y su obra viviría y moriría con ella en la pequeña cabaña situada a doscientas millas al norte de las regiones civilizadas. Pero no. En eso me equivoco, porque el desierto la recordará. La recordará como recordó al Padre Duchene y al misionero de Lac Bain, o los tiempos heroicos de los primeros viajeros. Un centenar de Melisas la recordarán con su nombre.

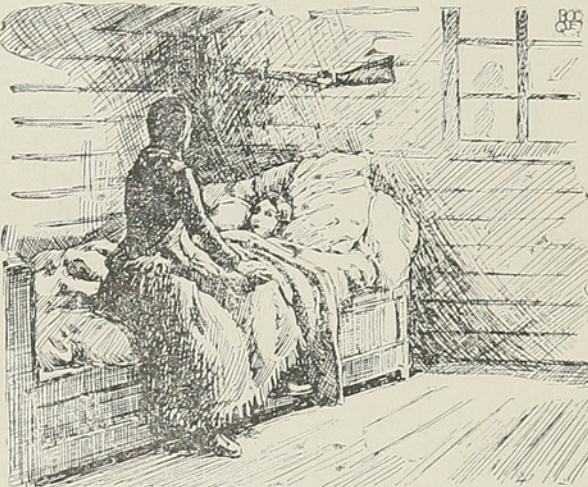
La propia soledad no la olvidará jamás, como no ha olvidado a la hermosa Juana D'Arcambal, que vivió y murió en la orilla de la gran bahía, hace más de ciento sesenta años. Jamás olvidará el gran corazón que aquella mujer dió a su "gente" desde los días de su infancia, los miles de peligros que afrontó para cuidar a los enfermos, a los apesados y a los que se morían de hambre. Y cuando ya sean viejos, algunos repetirán aún las primeras oraciones dirigidas al verdadero Dios, que ella les enseñó durante su infancia; y los niños que aún han de nacer en las cabañas, en las tiendas de los indios y en las barracas, bendecirán la memoria del "Ángel Melisa", que hizo para ellos posible el derecho de nacer viviendo en los lugares desiertos plena y gloriosamente y como verdaderos hermanos.

Para dar con Melisa Cummins y su casa en la soledad, es preciso salir de Le Pas, último baluarte de la civilización, y echar a andar hacia el Norte, a través de los numerosos afluentes del Lago Pelícano, en dirección al Lago del Reno. Cerca de cuarenta millas más allá de la orilla oriental de Lago, el forastero llegará a la boca del Somorgujo Gris, es-

trecha y silenciosa corriente que serpentea a través de espes bosques, y, después de un viaje de dos días en canoa, podrá ver la cabaña de Cummins. Esta se alza en un claro rodeado de espesos abetos, bálsamos y cedros, y tras ella se eleva una alta montaña coronada de dorados abedules. En aquel claro Juan Cummins cultiva algunas frutas y unos cuantos vegetales durante los meses de verano; pero con preferencia dedica el terreno al cultivo de flores escarlatas de alce, un jardín en que crece el té del Labrador y plantas de flores silvestres y parras de media docena de especies. Y de las radiantes flores del alce están más espesas y ocultas, por unos cuantos cedros y bálsamos, a los ojos de quien mira desde la cabaña, hay allí siete lápidas de madera que señalan el emplazamiento de otras tantas tumbas. Seis de ellas pertenecen a niños, pequeñuelos que murieron en el deserto y cuyos cuerpecitos no quisieron Melisa Cummins abandonar a la salvaje y cruel desolación de los bosques, sino que se los llevó para enterrarlos unos junto a otros, a fin de que no estuvieran solos en lo que ella llama "El Pequeño Jardín de Dios".

Aquellas pequeñas tumbas hablan de la historia de Melisa, la mujer que, toda alma y corazón, entró a su propio hijito en aquel jardín de flores. Una de las lápidas señala la tumba de un niño indio, cuyo pequeño cadáver llevó Melisa Cummins a su cabaña, transportándolo en sus fuertes brazos, desde veinte millas de distancia, con una temperatura de más de cuarenta y cinco grados bajo cero. Otro de ellos, un niño, fué traído por un mestizo francés y por su mujer desde cincuenta millas más allá del Reno, y rogaron al "Ángel Melisa" que lo dejase dormir junto a los demás, a fin de que "no estuviera solo y no le asustara el aullido de los lobos". Y fué una madre semisalvaje y casi india la que dijo eso.

Habían pasado ya casi veinte años desde que empezó la romántica vida de Juan y de Melisa Cummins. Esta tenía entonces diez años y aún recuerda con tanta claridad como si fuesen hechos acaecidos el día ante-



Una vez se dedicó a cuidar a una joven madre india

rior, el miedo y los relatos horroresos de aquel terrible invierno, cuando el "Terror Rojo", o sea la viruela, hacía estragos de un modo espantoso y difundía la muerte a través de aquella región salvaje. Entonces fué cuando desde el Norte, en un día de tremendo frío, llegó un muchacho cubierto de andrajos y medio muerto de hambre, cuyos padres murieron de la epidemia en una pequeña cabaña situada a cincuenta millas más allá y que, a partir de aquel día, se quedó a vivir en la casa de Enrique Janesse, convirtiéndose en el compañero de juego y en el amigo íntimo de Melisa. Aquel muchacho era Juan Cummins. Cuando Janesse se trasladó al Fuerte Churchill, a fin de que Melisa pudiese progresar en la lectura y en la escritura algo más de lo que permitían los conocimientos de sus padres, Juan Cummins la acompañó. Fué con ellos hasta la Casa Nelson y desde allí al lago Partido, en donde murió Janesse. Desde aquella época, a la edad de dieciocho años, el muchacho asumió el papel de Jefe y sostén de la casa. Al cumplir los veinte y Melisa dieciocho, los casó un misionero de la Casa Nelson. Al siguiente otoño murió la madre de la joven esposa y durante aquel mismo invierno empezó Melisa su notable obra entre su "gente".

En su pequeña cabaña, situada en el Somorgujo Gris, apenas se podía oír a Juan Cummins hablar de sí mismo; pero había en sus ojos un vivo fulgor y un color intenso en sus mejillas cuando refería el día en que llegó a casa, después de un viaje de tres días, a lo largo de una línea de trampas, para encontrarla fría y sin fuego, descubriendo luego una nota escrita por Melisa en que decía haberse marchado con un niño de doce años que a través de veinte millas de bosque fué a decirle que su madre se moría. Aquel primer "caso" fué más terrible para Juan Cummins que pa-

(1) Vid silvestre.

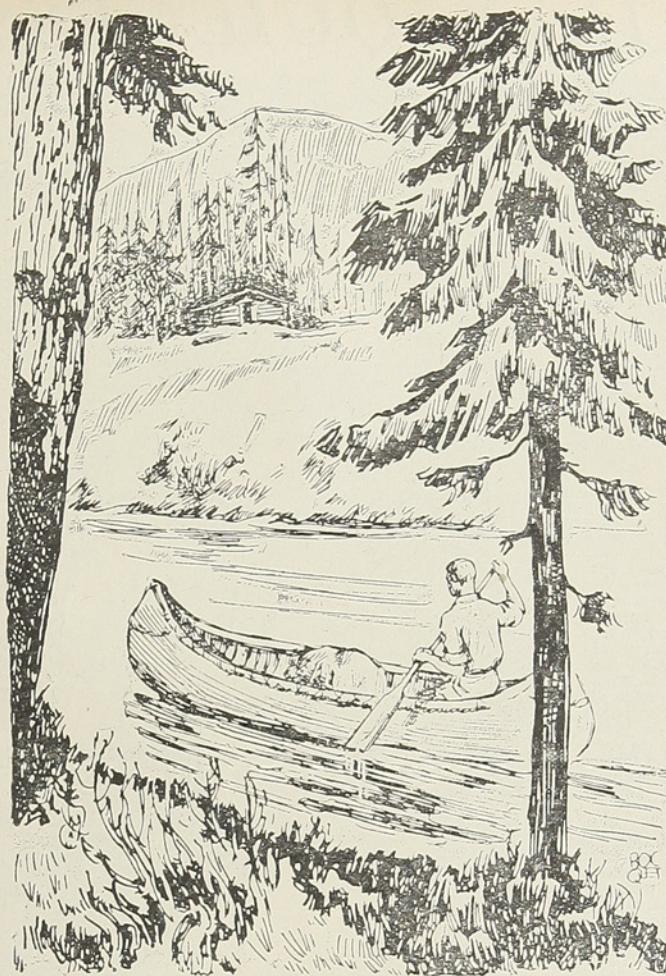
(2) Popular dama filantrópica inglesa.

ra su esposa; pues resultó ser viruela, y durante seis semanas Melisa no le permitió acercarse a ella más allá del límite del claro en el cual se hallaba la apestada cabaña. Primero a la madre y luego al hijo, los cuidó devolviéndoles a la vida, cerrando la puerta a los dos maridos, que se construyeron una barraca en el límite del bosque. Y como si la enfermedad la respetase siempre, Melisa Cummins se ha visto en más de media docena de situaciones como la descrita. Una vez se dedicó a cuidar a una joven madre india, atacada de la temible enfermedad, y otras fué a la cabaña de un francés, cazador de trampa, en donde marido y mujer y una hija sufrían la misma dolencia. En aquellas ocasiones, cuando Melisa recibía la "llamada" desde una lejana cabaña o tienda, Juan Cummins desatendía su línea de trampas para acompañarla, armaba su tienda o se construía una barraca a corta distancia, desde donde pudiera verla, cazar para los enfermos y proporcionarles la leña y agua necesarias.

En otras ocasiones, sin embargo, cuando llegaban "las llamadas" durante la ausencia del marido, si eran urgentes, Melisa partía sola, confiando en su magnífico valor y en su propia fuerza.

Un día, en pleno invierno, llegó a su casa una mestiza, desde veinte millas más allá, a través del lago. Su marido tenía un pie helado y la "enfermedad de la escarcha" le mataría, según dijo, en caso de no recibir socorro. Sin saber apenas lo que podría hacer en tal circunstancia, Melisa dejó una nota escrita a su marido, y después de calzarse las raquetas, las dos heroicas mujeres atravesaron el lago azotado por el viento, sin ningún abrigo, y con una temperatura inferior a cuarenta y cinco grados bajo cero. Fué una aventura terrible, pero consiguieron vencer. En cuanto Melisa vió al hombre helado, comprendió que no se podía hacer más que una cosa, y con todo el valor de su espléndido corazón le amputó el pie. Nadie sabrá nunca la tortura que sufrió en aquella hora terrible; pero cuando Juan Cummins volvió a su casa, y, loco de temor, la siguió a través del lago, apenas reconoció a la Melisa que se le arrojó en brazos al verle. Y la pobre mujer estuvo enferma durante las dos semanas siguientes.

Así, al correr de los años, se daba el caso de que no existiera un solo forastero en aquella tierra que no hubiese oido su nombre. Durante los meses de verano el trabajo de



...y después de un viaje de dos días, en canoa, podrá ver la cabaña de Cummins.

Los siameses dan culto religioso a muchas suertes de ídolos y entre ellos a los cuatro elementos; y dejan encargado cuando mueren que se les consigne al elemento a quien han tenido más devoción; por ejemplo, los que han adorado la tierra se hacen enterrar, los que al fuego se hacen quemar, y los que al aire se hacen colgar para que los coman los pájaros.

Los pueblos de la Abassia, en Geor-

## CURIOSIDADES

gia, no entierran ni queman sus muertos; los meten en los troncos de los árboles huecos, o los cuelgan de las ramas más altas atados con sarmentos, y lo mismo sus armas y vestidos; y para que el difunto pueda tener su caballo en el otro mundo, lo hacen correr a to-

Melisa, en lugar de un sacrificio, resultaba casi un placer. Con su marido realizaba viajes en canoa, en un radio de cincuenta millas en torno de su casa, llevando consigo enseñanzas de higiene y de limpieza, de salud y de amor a Dios. Era la primera en estrechar sobre su amante pecho a muchos níñitos que venían recoger la desolada herencia de su vida. Fué la primera en enseñar a muchos centenares de labios infantiles a pronunciar sus primeras oraciones. Y a más de una mujer le enseñó a considerar la vida de un modo más agradable y luminoso.

Mucho más allá del lago del Reno y muy cerca de la orilla, hay un alto abeto desprovisto de todas sus ramas inferiores y al que sólo se le han dejado las más altas, aunque recortadas en forma de pluma. Es el cenotafio de los Cree dedicado a una persona digna de gran reverencia espiritual, y el árbol antes citado, que se halla a orillas del Lago del Reno, es uno de la media docena, o más, dedicados a Melisa. Esta y Juan Cummins pasaron seis semanas en un campamento indio que había allí y cuando, por fin, el matrimonio se despidió de sus primitivos amigos, a fin de volver a su casa, los niños indios y las mujeres siguieron su canoa a lo largo de la orilla, arrojándose pufados de flores.

Mejor será no hablar de lo que Melisa Cummins y su marido conocen del mundo exterior a lo que, por otra parte, desconocen. Muchas veces los detalles estropean un cuadro. Existen hijos del desierto, nacidos y criados en él y que forman parte de su vida con una intensidad que pocos pueden comprender. Dudo a veces de que alguno de ellos haya oido hablar de Guillermo Shakespeare o de Tennyson, porque nunca he tenido el deseo de preguntárselo, pero conocen el corazón humano y saben cómo late en un país desolado y solitario, en donde la poesía no está en versos y metros, sino en la aparición de una flor silvestre, en el descenso de un rápido, en el trueno de una cascada y en el murmullo de los vientos en las copas de los abetos; en donde existe el drama, no en las líneas de la literatura épica, sino en el aullido de caza de los lobos, en el canto funebre de las tempestades que exhalan sus quejas en las Estepas y en los extraños gritos que surgen de los silenciosos bosques, donde, durante la mitad del año, la vida es una lucha ininterrumpida que tan sólo respeta y permite la supervivencia de los más aptos.

da brida alrededor del árbol hasta que caiga reventado.

Los gauros, pueblos del Asia, atan sus muertos de pie a unos pilares de siete u ocho pies de alto, con la cara vuelta al Oriente, y se ponen a rezar hasta que vienen los cuervos; si alguno de los cuervos se tira al ojo derecho del difunto creen que se ha salvado; pero si al ojo izquierdo, lo creen condenado.

AUN HAY QUIENES VENEN SU ALMA AL DIABLO

El primer paso que ha de dar un principiante en hechicería y magia negra es firmar un contrato con el diablo, me dijo Maître Maurice Garcon.

“En los antiguos documentos legales franceses tenemos muchos ejemplos de estos pactos. Los modernos que he visto no son más que simples copias. Claro está que son escritos y firmados con sangre. Su más notable característica es la mala fe que demuestra el nigromántico. Parece partir del principio de que Satán es un embustero por excelencia y de que no necesita tener escrúpulos por tratar de engañarlo. La esencia de estos contratos es que el hechicero conviene en vender su alma al maligno a cambio de riquezas terrenales, poder o cualquier otra cosa que deseé. El mágico conviene en entregar su alma a Belial a la hora de su muerte y este último en poseerla por toda la eternidad. Pero invariablemente el humano contratante introduce alguna trinqueta en el contrato que le permite con poco trabajo absenterse de cumplir su parte”.

Maître Garcón es un distinguido abogado francés que se especializa en casos legales en que figura la magia negra. Con objeto de familiarizarse con todas estas prácticas ocultas ha reunido una biblioteca de más de cien mil volúmenes en francés y latín sobre el tema demoníaco, algunos de cuyos libros cuentan mil años o más.

La hechicería, la brujería y la magia negra, no son sólo supersticiones que proceden de los tiempos antiguos. Hoy misma se las práctica en una escala considerable en el corazón de Francia. Apenas pasa semana sin que se lleve ante los tribunales el caso de alguna vieja bruja que trueque en agria la leche de la vaca del vecino arrojando un maleficio sobre el ganado o trayéndole la desgracia a alguna familia. Estos pleitos no están confinados a distritos atrasados. En la actualidad misma un reposterol del suburbio parisén de Fontenay-Sous-Bois, persigue ante los tribunales a un vecino por haberle vuelto agria su crema en pleno invierno. En algunos casos estos hechizos mágicos han conducido a resultados trágicos.

A partir de la expulsión hace unos meses de Aleister Crowley, conocido en París como el "Sumo Sacerdote de la Magia Negra", la policía francesa ha tenido noticias de casos frecuentes de adoración del diablo. Dícese que el sitio de reunión más popular de estos devotos de Satán, se halla en el bosque de Fontainebleau, a unas cincuenta millas de París, donde en noche temerosa, sin luna, comienzan los ritos místicos cuando el reloj de una aldea distante suena las doce.

Aunque estas ceremonias tienen lugar en diferentes partes del país, asegúrate que todas se practican en idéntica forma. Se hace un círculo en el suelo en el que se juntan de rodillas los que invocan la ayuda de Satán, después de hacer signos cabalísticos en el suelo delante de ellos. Luego se encienden generalmente incensarios y el jefe, de pie ante un altar iluminado por cirios invoca los espíritus malignos.

Afirmarse que en el mismo París se celebran grandiosos concilios, aunque con la mayor discreción y que sólo se permite a los iniciados asistir a los ritos. La policía, empero, mantiene la mayor vigilancia para que en ninguna de esas ceremonias vayan a hacerse sacrificios humanos.

Durante su estancia en París, Aleister Crowley, que en ciertos círculos es reverenciado como "El Maestro Therian", reunieron en torno a si inmenso número de secuaces. Después de su partida continúan siendo populares sus libros de magia negra. Las enseñanzas que preconiza en sus libros son malditas por sus partidarios con la reverencia de presentes religiosos.

"Le aseguro a usted que estos pactos con el demonio se hacen con toda seriedad", prosiguió Maitre Garcón. "He presenciado uno de ellos, y resultaba el espectáculo más extraño que puede uno imaginarse.

"Hace muchos meses supe por unos amigos pertenecientes a círculos ocultistas que en determinada noche un hom-

bre iba a celebrar uno de esos pactos en cierto sitio del Bosque que de Fontanebleau. Llevando conmigo otra persona, por prudencia, me encaminé a aquel lugar. De acuerdo con la vieja práctica, el nigromante había escogido una encrucijada y una noche sin luna para la ceremonia. Mi amigo y yo nos ocultamos entre la maleza y aguardamos.

“El hechicero llegó a la medianoche en punto. Primero trazó un círculo mágico en el suelo y entró en él. Detrás de él trazó el monograma de la Trinidad para que el diablo no fuera a cogerlo de sorpresa. Frente a él encendió dos bujías

blando de emoción conjuró al demonio a que le diera oro prometiéndole atrapar un alma humana por cada suma que pusiera a sus pies.

“Qué quería decir al afirmar que cazaría almas humanas para el demonio? ¡Hablabas figurativamente o intentabas cometer crímenes? El grotesco espectáculo habíase tornado de pronto trágico. El hombre a fuerza de exaltarse se hablaba en un estado de paroxismo nervioso en que hubiera cometido cualquier delito. Las palabras comenzaron a ahogarse en su garganta. Agitábase cada vez más, exigiendo que

bre algún enemigo o sus pertenencias por medio de una supuesta alianza con el "príncipe de las tinieblas". Una de las prácticas más comunes de que se valen los hechiceros para tratar de destruir a sus enemigos, es la del uso de figuritas de cera. Hágense éstas para que representen la persona que va a ser hechizada. Después que se lanzan algunos maleficios de birlbirloque y se hacen muchos signos fantásticos, sin olvidar la invocación al diablo, el hechicero clava varias agujas en las partes vitales de la figura. Suponen los que en semejantes prácticas creen, que ésta tiene una influencia fatal sobre el enemigo contra quien dirigen un maleficio. Según la creencia común y corriente, los propios hechiceros caen muchas veces víctimas de sus propios ardides, porque si el maleficio no logra tocar a la persona a quien va dirigido, se vuelve con fuerza mayor contra aquella que lo ha lanzado.

tra aquella que lo ha lanzado. "He hallado tanta práctica de brujería en las ciudades como en los distritos rurales", me dijo Maitre Garçon. "Por ejemplo, conozco un hombre, un financiero que goza de muy alta reputación, y ha hecho de su negocio algo extraordinariamente próspero. Este me dijo una vez confidencialmente que le debía toda su buena fortuna a un pacto con el demonio. Para probarme su afirmación me enseñó el contrato y cierto número de otros documentos místicos, todos escritos con sangre humana. El banquero lleva consigo estos papeles día y noche y por nada del mundo se separaría de ellos.

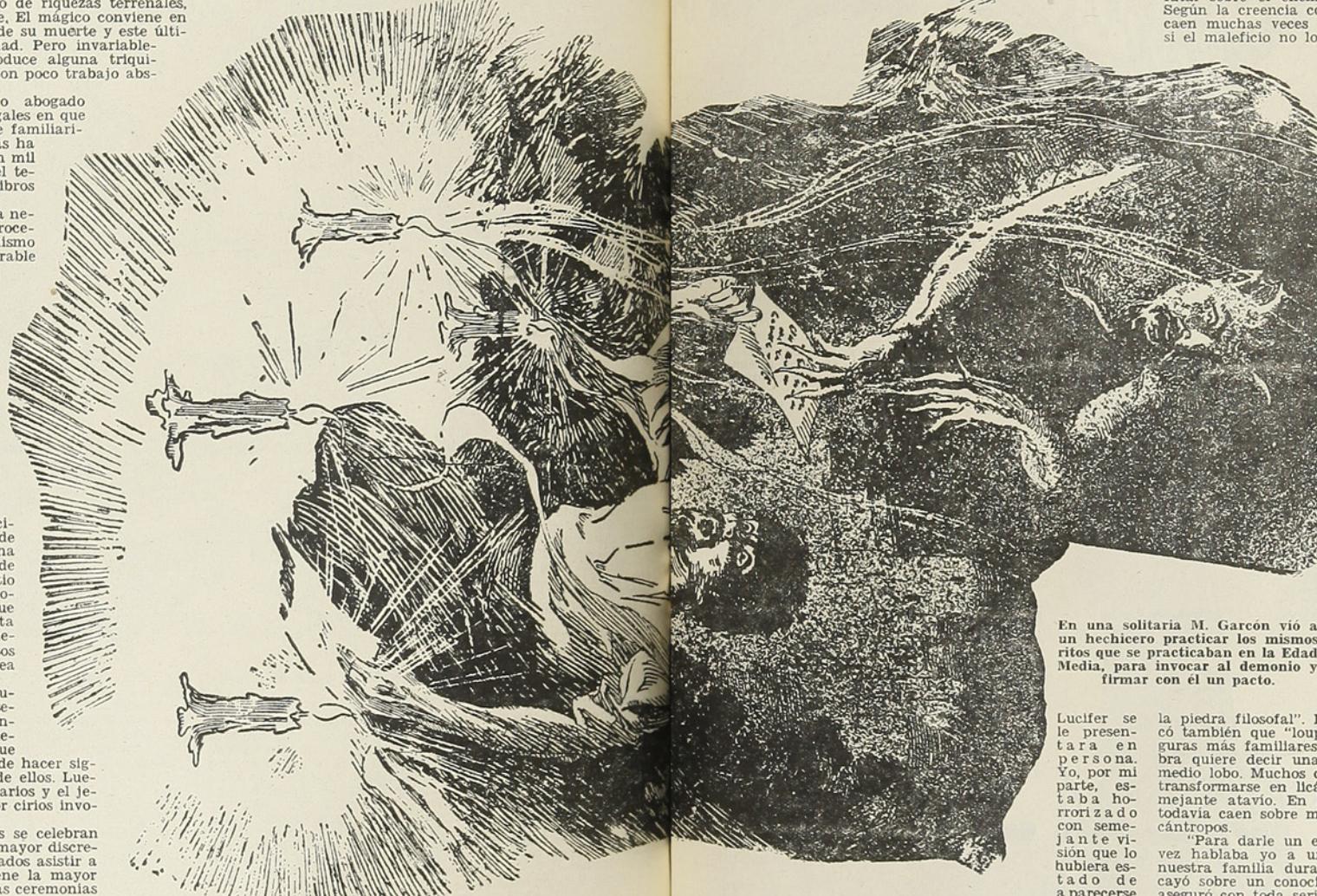
"Conozco a otro hombre que vive en los suburbios de París, que se ha pasado meses enteros mezclando e hirviendo las substancias más increíbles en una banadera. Quiere reconstituir por medio de la alquimia y la hechicería el cuerpo de una mujer que amó hasta la extravagancia. Podrá usted decir que está loco, pero en sus negocios y en su vida cotidiana es tan cuerdo como cualquier otra persona. Sin embargo, se pasa casi todos sus ratos de ocio buscando en viejos manuscritos fórmulas mágicas y dedica las noches a su mescolanza.

“Recientemente recibí una carta de un hombre distinguido en una de las profesiones liberales y que vive en una importante ciudad de Francia. Sabiendo que yo me había dedicado al estudio de la hechicería, me pedía fórmulas para hechizar a una persona. Creí que bromearía, pero después de un intercambio de correspondencia, llegó a confesarme que quería matar a una mujer.

“También conocí a un anciano muy

invocar al demonio y con él un pacto. También conozco un anciano muy inteligente que vive en el corazón de París, que ha hecho un pacto con el diablo con la esperanza de descubrir la piedra filosofal". Este experto en magia negra me explicó también que "loup-garou" o licántropo es una de las figuras más familiares en los círculos hechiceriles. Esa palabra quiere decir una criatura imaginaria, medio hombre y medio lobo. Muchos de los brujos afirman tener el poder de transformarse en licántropo y pulular por el campo en semejante atavío. En los distritos atrasados y supersticiosos, todavía caen sobre muchas personas las sospechas de ser licántropos.

"Para darle un ejemplo", continuó Maitre Garcón, "una vez hablaba yo a una vieja criada que había estado con nuestra familia durante muchos años. La conversación reyó sobre un conocido abogado de la ciudad. La vieja me aseguró con toda seriedad que el letrado aquél era un licántropo. Cuando le mostré mi excepticismo me declaró que tenía pruebas. Una noche obscura su hermana volvía a la casa por un bosque, cuando se vió perseguida por una cabra. Molesta por tan ridícula persecución, la hermana le dió al animal un sombrillazo en la nariz. Levantóse una nube de polvo y para asombro suyo, vió al abogado que se acercaba por el camino. Había sido un licántropo aunque el vocablo aquí no fuera del todo exacto ya que la forma que adoptaba en vez de ser la de un lobo era la de una cabra. Cuando todavía le expresé mis dudas, me ofreció traerme a diez personas distintas que habían visto al abogado aparecer repentinamente.



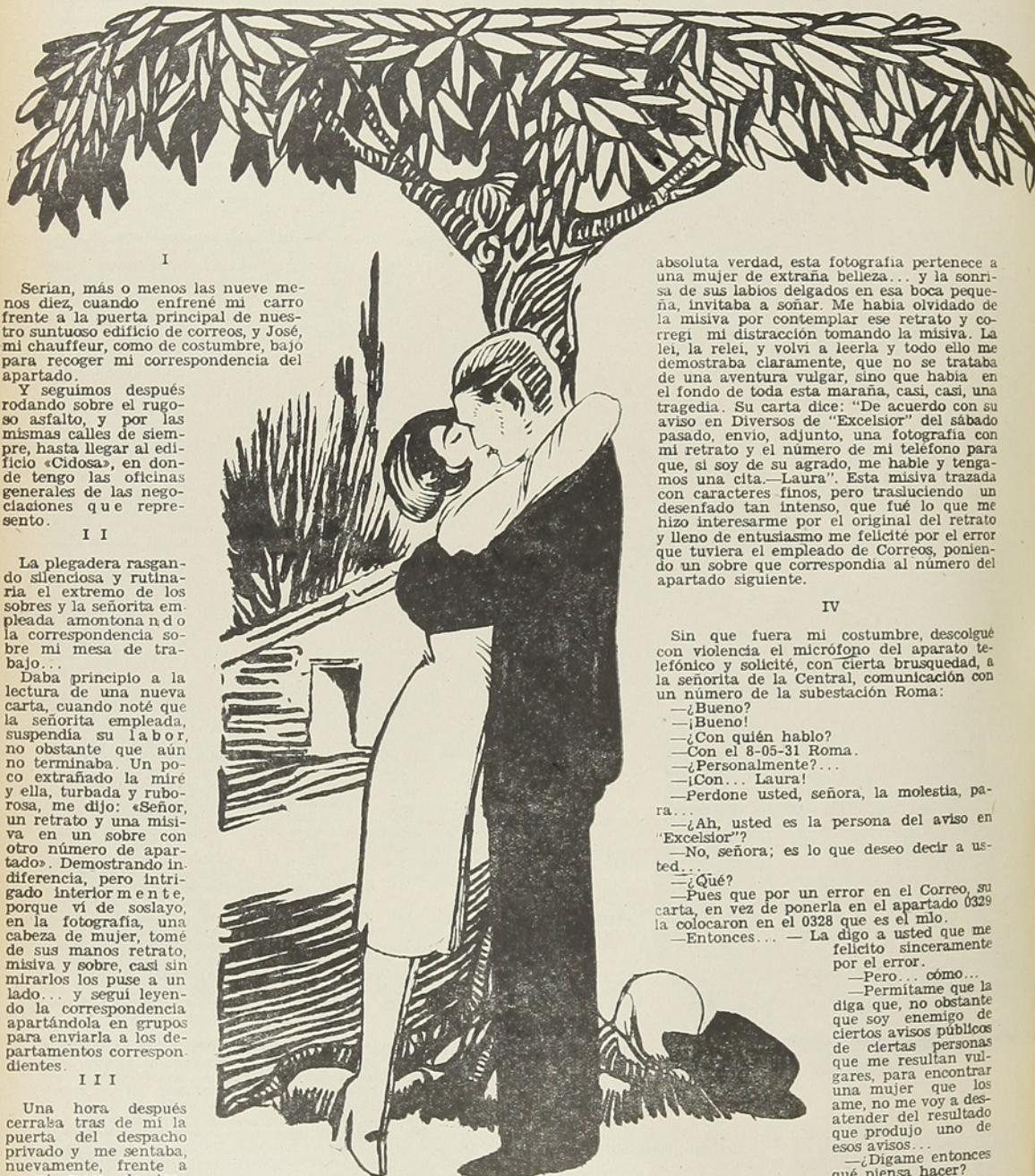
En una solitaria M. Garçon vió a un hechicero practicar los mismos ritos que se practicaban en la Edad Media, para invocar al demonio y firmar con él un pacto.

Lucifer se le presentara en persona. Yo, por mi parte, estaba horrorizado con semejante vision que lo hubiera estado de a parecerse el diablo

el diablo mismo. Cuando por último me aparté de allí sigilosamente, dejé al hombre en el borde de la locura. Entonces comprendí el peligro de estas prácticas ocultas".

Este experto en la materia se inclina a creer que la magia negra pasa de generación en generación en la misma familia y no que se extiende por medio de asociaciones secretas de hechiceros. Declara que hoy se practica en todas partes de Francia. Algunas de las fórmulas y encantamientos han ido pasando al parecer oralmente de una generación a otra durante mil años sin ningún cambio notable en ella. El objetivo en casi todos los casos es atraer la desgracia so-

# UNA MUJER, Por Angel Casarrubia



I

Serian, más o menos las nueve menos diez, cuando enfrené mi carro frente a la puerta principal de nuestro suntuoso edificio de correos, y José, mi chauffeur, como de costumbre, bajó para recoger mi correspondencia del apartado.

Y seguimos después rodando sobre el rugoso asfalto, y por las mismas calles de siempre, hasta llegar al edificio «Cidosa», en donde tengo las oficinas generales de las negociaciones que represento.

II

La plegadera rasgando silenciosa y rutinaria el extremo de los sobres y la señorita empleada amontonada a la correspondencia sobre mi mesa de trabajo.

Daba principio a la lectura de una nueva carta, cuando noté que la señorita empleada, suspendida su labor, no obstante que aún no terminaba. Un poco extrañado la mire y ella, turbada y ruborosa, me dijo: «Señor, un retrato y una misiva en un sobre con otro número de apartado». Demostrando indiferencia, pero intrigado interiormente, porque vi de soslayo, en la fotografía, una cabeza de mujer, tomé de sus manos retrato, misiva y sobre, casi sin mirarlos los puse a un lado... y seguí leyendo la correspondencia apartándola en grupos para enviarla a los departamentos correspondientes.

III

Una hora después cerraba tras de mí la puerta del despacho privado y me sentaba, nuevamente, frente a mi mesa de trabajo. Tomé entre mis manos ese misterioso sobre que vino entre las demás cartas con un retrato y una misiva. Contéplé, curioso primero e interesado después, esa fotografía y descubrí en la mirada de esa original mujer un algo muy profundo y nada vulgar. Este retrato, seguramente fiel reproductor de la modelo, no necesitó gran retoque porque los claroscuros los daba la perfección de sus líneas... y la vida toda estaba en esa mirada de esos sus ojos llenos de misterio oriental. Sin equivocación alguna y con

absoluta verdad, esta fotografía pertenece a una mujer de extraña belleza... y la sonrisa de sus labios delgados en esa boca pequeña, invitaba a sonar. Me había olvidado de la misiva por contemplar ese retrato y corrí mi distracción tomando la misiva. La leí, la leí, y volví a leerla y todo ello me demostraba claramente, que no se trataba de una aventura vulgar, sino que había en el fondo de toda esta maraña, casi, casi, una tragedia. Su carta dice: «De acuerdo con su aviso en Diversos de "Excelsior" del sábado pasado, envío, adjunto, una fotografía con mi retrato y el número de mi teléfono para que, si soy de su agrado, me hable y tengamos una cita.—Laura». Esta misiva trazada con caracteres finos, pero trasluciendo un desenfado tan intenso, que fué lo que me hizo interesarme por el original del retrato y lleno de entusiasmo me felicité por el error que tuviera el empleado de Correos, poniendo un sobre que correspondía al número del apartado siguiente.

IV

Sin que fuera mi costumbre, descolgué con violencia el micrófono del aparato telefónico y solté, con cierta brusquedad, a la señorita de la Central, comunicación con un número de la subestación Roma:

—¿Bueno?

—¡Bueno!

—Con quién hablo?

—Con el 8-05-31 Roma.

—¿Personalmente?...

—¿Con... Laura!

—Perdone usted, señora, la molestia, para...

—Ah, usted es la persona del aviso en "Excelsior"?

—No, señora; es lo que deseo decir a usted...

—¿Qué?

—Pues que por un error en el Correo, su carta, en vez de ponerla en el apartado 0329 la colocaron en el 0328 que es el mío.

—Entonces... — La digo a usted que me felicito sinceramente por el error.

—Pero... cómo...

—Permitame que la diga que, no obstante que soy enemigo de ciertos avisos públicos de ciertas personas que me resultan vulgares, para encontrar una mujer que los ame, no me voy a desatender del resultado que produjo uno de esos avisos...

—Digame entonces qué piensa hacer?

—Que si a usted la es

indiferente, concertemos una cita lo más pronto... que a usted sea dable.

—Le gustaría que fuera hoy mismo?

—¡Seguramente!

—Pues para no contrariar al caprichoso Destino: hoy a las cinco de la tarde encontrará usted en el portico del cine "Olimpia" a una dama, si así lo quiere... que dama sea—

(Continúa en la página 62).

# Los Secretos de la Felicidad

## Por Annie Vivianti

La felicidad de nosotras, las mujeres, consiste — así dicen — sola y únicamente, en encontrar el marido ideal.

Pero si es cierto que así es, no habría cosa más fácil que elegir el mejor de entre los siete tipos de hombres que hay en nuestra época, tipos absoluta y completamente diferentes entre sí:

- 1.º El marido condescendiente.
- 2.º El marido exigente.
- 3.º El marido silencioso.
- 4.º El marido alegre.
- 5.º El marido rezongón.

Con cada uno de estos maridos, puede o debe ser cada una de las mujeres — sea tonta o inteligente — felicísima.

### EL MARIDO CONDESCENDIENTE

Parece que no hay nada más ventajoso que el marido que tiene por lema: «Todo lo que hace mi mujer, está bien hecho. Todo lo que ella lleva, es de gusto exquisito y la viste a maravilla. Todo lo que a ella la gusta, me gusta también a mí».

Y, no obstante, hay mujeres que no están contentas con un hombre así. Ellas dicen: «El no me ama como yo desearía ser amada. Si de veras me quisiera, sería celoso. Me perseguiría con sus cuidados, se exaltaria, me preguntaría. Entonces sí que me sentiría yo amada verdaderamente. En cambio, en vez de esto, nada le importa. Cuando yo le digo: «Adiós, maridito, me voy para tierras muy lejanas (o más bien a la playa o a algún pueblecito cerca de las montañas), volveré de aquí a un mes», me responde él: «Bravo! Es una idea magnífica. ¡Diviértete mucho!» Y cuando le digo: «Esta mañana me encontré con el señor X... me echó un montón de flores...», entonces me contesta mi marido condescendiente: «Sí, ese señor es siempre muy amable. ¿Le conviendrá a cenar?»

— No, no, a esto yo no le llamo amor.

Así exclama la esposa de un marido condescendiente.

Pero otra — más inteligente, que se sabe sentir feliz con lo que tiene — no puede concebir cosa mejor que estar casada con uno de esos maridos condescendientes, y vive, rodeada de la eterna aprobación de su esposo, como una planta en un magnífico invernadero.

### EL MARIDO EXIGENTE

La mujer a quien el destino le haya deparado un marido exigente, exclamará: «El único marido que vale es uno así. Por eso, porque es exigente, reconozco que me ama. ¿Qué quiere ver obedecidos ciegamente sus menores deseos? ¿Qué no permite que sean discutidas sus órdenes por difíciles que parezcan de cumplir? ¿Qué él reclama mi continua presencia? Pues esto me complace. ¿Qué él me exige a mí entera y totalmente? Pues está en su derecho. El exige que solamente a él le hable, únicamente a él sonría, o, mejor dicho, que no hablé yo a nadie más y que para ninguna otra persona exista yo. Mientras más exige de mí más amada me siento por él».

Porque no hay para la mujer cosa más dulce que sacrificarse; ¿quién es el que se atreve a decir que la mujer desea ser libre? Esta es una tremenda equivocación. La libertad, esa terrible libertad, parece a la mujer un deseo, un bosque oscuro, lleno de espantos, por entre el cual camina desconsolada y desfallecida. No hay nada más triste que irse sin que nadie le diga a una: «Que vuelvas pronto». ¡Qué tiempo más largo, más triste, cuando sabemos que mientras nosotras es-

tamos ausentes, no hay otra persona que consulta a cada rato el reloj, pensando en una y se impacienta y telefona a nuestras amigas, preguntando en dónde está su mujer y anda de aquí para allá, como un tigre enjaulado! Y sobre todo, que nos diga un tanto enojado:

«¿Por dónde andabas? ¿Qué hiciste? ¿Por qué tardaste tanto?» Consoladoras y suavísimas preguntas, más dulces y confortantes que poemas de amor.

Entendámonos: la felicidad de una mujer consiste en tener un marido exigente.

### EL MARIDO SILENCIOSO

Lo primero que debe hacer una mujer que tiene por marido a un hombre silencioso, es darle gracias al cielo. Ella si que se tiene que sentir infinitamente amada, pues para los sentimientos más hondos, no existen palabras.

En las conversaciones con el marido silencioso — en las cuales se encuentra la valiosísima ventaja para la mujer de poder sostener ininterrumpidos monólogos — tendrá siempre, y sin ningún trabajo, toda la razón; y podrá, sin dificultad, culpar de todas las ideas imaginables. «Sí, ya veo qué estás pensado ahorita... (y que le achaca irrisorios pensamientos). Me ibas a decir...» (él no dice nada, pero es igual que lo hubiera hecho).

El triunfo de la esposa es seguro, y por eso ella es indulgente: le es así muy fácil perdonar, y en la casa de un marido silencioso impera completa armonía.

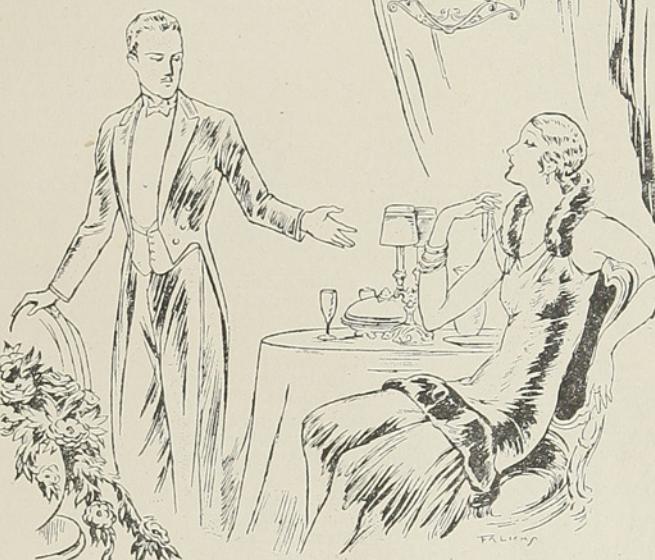
Solamente una mujer tonta, de capirote, puede decir que sería inaguantable vivir con una estafinga, una momia, un pedazo de piedra. Algunas dirán que a todas partes que vaya llevará aburrimiento un hombre así, y que su silencio avergonzará a los demás. Pero si aquí está lo bueno! «Hay algo más encantador que un marido avergonzante a los demás? Un hablador nunca causa esta impresión. Cuando un hombre así, silencioso, habla, se presume lo importante que será lo que tiene que decir, pero cuando calla, ¡cuántos abismos de se-cretos puede uno imaginarse en él! ¡Cuántos misterios ocultos se esconderán en su espíritu! Comparado con él, un hablador es sólo una caricatura, un ridículo, una bolsa de viento.

### EL MARIDO ALEGRE

¡El marido alegre! Oh, esto es un regalo especial que el cielo hace a sus elegidos. ¡Quién puede contrarrestar el encanto que esparce a su alrededor un marido alegre? El que toca el piano, canta como un ruiseñor, que hace indicaciones humorísticas, llenas de «sprits», es el favorito de los niños, de los amigos, de todo el mundo... ese es un niño eterno, inagotable manantial de contento y alegría.

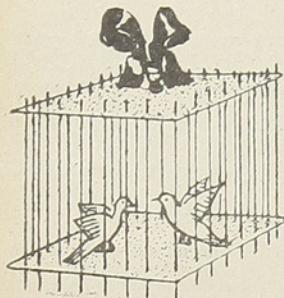
Y la vida es tan triste, que algo de ligereza superficial, en fin, de alegría, siempre es bienvenida. Y mientras más desconsolados estamos, más admiramos al hombre que no se queja, que siempre está de buen humor, que no llora por el pasado ni tiene miedo del futuro.

«No es la vida en su compañía parecida a un día de sol o a un divertidísimo picnic? ¡Si durara eternamente!



—Rosenda... ¿Qué quieras decir?

# Para los días aburridos



¿Se encuentra aburrida? Será mejor quedarse encerrada en la casa durante una larga e interminable jornada; cosa que es bastante penosa si se ha adquirido el hábito de salir a pleno aire la mayor parte del tiempo o por lo menos de salir a coser o a bordar, pintar en las terrazas y jardines de la casa de campo.

Consultad esta página, queridas lectoras, y si tenéis los medios a vuestra alcance, podréis ocupar agradablemente esta tediosa jornada a la par que os habréis reportado un beneficio.

Para empezar ahí tenéis ese billeto encantador; una bonita jaulita que se puede construir con algunos pedazos de cartón y algunas pajas.



Dos trozos de cartón servirán para formar el techo y piso. Sobre los bordes y a distancias iguales, practicaréis aberturas pequeñas, sobre las que colocaréis las fibras de paja. Siempre trabajando en cartón, cortaréis dos siluetas dobles de pájaros que pegaréis por medio de cola o goma fuerte, de dos en dos, revés con revés. En el sitio de las patitas, no se colocará cola sino que se hará un pe-



queño doblez a ambos lados del cartón formando así un soporte fijo, que se unirá al piso de la jaula encolándolo en su base.

Para adornar un florero, una fantasía bastante moderna y de buen efecto consiste en coger un bonito ramo de avena cuyos granos serán prolíjamente forrados en papel plateado, uno por uno.

Un simple sueco se presentará también para una bonita transformación. Forrad el interior con género floreado o papel de un color o estampado; barnizadlo en seguida en un color semejante al del forro que habréis escogido, colocad un bonito lazo en un extremo y habréis obtenido un tarjetero original y muy simpático.

Una calabaza en tierra roja o gris, decorada a pincel con rípolín, podrá transformarse en un precioso trabajo de cerámica, suspendida al muro por medio de una lucida cuerda, formará un bonito adorno rústico para el comedor.

En el granero o la despensa, descubriréis seguramente botellas de formas originales o grandes

damajuanas que de nada os sirven y que con un pequeño decorado, aun pintado en un solo color, adquirirán un cierto carácter.

Algunas llanuras de escaso follaje completarán el conjunto.

Los bonetes de algodón arrumbados en un viejo armario pueden transformarse en un práctico saco para el tejido. Su forma alargada se presta para introducir la pelota de lana y los pabillos.

Para su mayor resistencia, se formará con un pedazo de género resistente.

## CURIOSIDADES

Los coreanos son gente inventiva de muy antiguo. Se dice que en Corea se emplearon buques acorazados de hierro contra los japoneses en 1597, y usaron tipos de imprenta de metal mucho antes de que se descubriese la imprenta en Europa. La pólvora la conocían desde el año 200 antes de Jesucristo.

Los astrónomos conocían la marcha del sistema planetario hace miles de años. Los coreanos inventaron la brújula y fué el primer pueblo que empleó el esmalte en la cerámica. Ellos introdujeron en el Japón la carpintería y la arquitectura y fueron los que primero sobresalieron en la fabricación de la seda.

A principios de la era cristiana, ya había en Corea fundición de bronce y de latón y parece ser que los ingenieros que construyeron la gran muralla de China eran coreanos.

El descubrimiento de la montaña de azufre de Vauna Lava, es una isla situada a 900 millas al este de Australia. Esta compuesta únicamente de azufre. Estas islas son famosas por sus grandes depósitos de fosfatos de cal, y este producto con el azufre, forma la necesaria combinación para producir un super fosfato soluble que es un gran fertilizador del terreno.



# MASAJE

Los escritores modernos que dedican su ingenio a tratar cuanto se relaciona con la belleza, manifiestan una marcada tendencia a preconizar las excelencias del masaje. Según ellos, este procedimiento es una especie de panacea que lo cura todo. Aplicado a la cabeza, vigoriza y estimula el cuero cabelludo, en términos que hace superfluos los demás cuidados. Esto no es cierto.

El masaje, en ciertos casos, puede ser muy perjudicial, pues no es imposible que sea el propagador de gérmenes infecciosos. La suciedad de las manos (que al estar sucias están cargadas de gérmenes), puede infectar la piel y muy especialmente el cuero cabelludo, pues es muy fácil que uno de esos gérmenes se esconda en el folículo de un cabello. Por eso es precaución indispensable el lavarse las manos con agua caliente y jabón antes de principiar cualquier masaje.

A mi juicio, la principal ventaja del masaje es que, por medio de la fricción, elimina de la piel los llamados por los médicos *residuos epidérmicos*, poniéndola limpia y flexible y permitiendo que los poros, libres de impurezas, puedan respirar libremente.

El masaje, al aumentar la circulación, precipita los *cambios orgánicos*, lo que hace más fácil el que pueda eliminarse con rapidez cualquier germe nocivo existente en el organismo.

Para el cuero cabelludo, el mejor sistema de masaje consiste en poner los dedos encima de él y, sin menear éstos, hacer que se mueva la piel sobre el hueso del cráneo. Ninguna clase de masaje ha de ser violento y siempre debe ir acompañado de alguna pomada o ungüento estimulante.

Los especialistas en el tratamiento del cabello aconsejan, sin embargo, que el masaje en fricciones es preferible en los casos de prematura o reciente calvicie. También está indicado para reducir congestiones. En estos casos, después de lavarse concienzudamente las manos se humedecerán los dedos con aceite de almendras dulces o un poco de colcrén, con objeto de que resbalen más fácilmente sobre la piel. La presión sobre el cuero cabelludo debe ser muy firme para que pueda ser sentida a través de la piel.

EDNA KENT FORBES.

## Consejos de seducción EL ENCANTO DE LAS COSAS SENCILLAS

—¡Lleva usted un vestido de «sport» magnífico, me dijo uno de los miembros de la compañía de Jhon Barrymore cuando partímos para el Canadá para filmar algunas películas de «Amor Eterno».

Estuve muy contenta de esta alabanza, pues yo misma me había hecho el «sweater» y la falda. Era muy sencillo y no me costó nada. Menciono este incidente para apoyar mi afirmación de que las cosas sencillas y muchas veces baratas son encantadoras si se tiene un poco de gusto.

Ir a la moda sin caer en la extravagancia puede ser una realidad si al escoger los vestidos se pone un poco de reflexión.

A muchas mujeres les gusta comprar gangas. A mí también, pues sé coser. Un día, mientras estaba en un almacén de Los Angeles, supe que se vendían saltos de cama a mitad de precio. De momento no los necesitaba, pero sabía que más tarde los necesitaría; así es que me compré dos, les hice algún arreglo, y después nadie creía que me habían costado tan baratos.

Para una muchacha que sépa coser, el departamento de retales es uno de los más interesantes de la tienda. Algunas veces puede comprarse un pedazo suficiente para hacer todo un vestido o, si no, puede combinarse con dos telas diferentes, como el satín y el crepón.

El año pasado tenía yo un vestido de terciopelo que aunque estaba en buen uso, se veía que era algo pasado de moda. Cogi el vestido, lo cepillé bien, y con ayuda de un poco de crepe «georgette» me quedó encantador. La falda es de terciopelo; la blusa, de «georgette», y encima llevo la chaquetilla de terciopelo.

El cine es la mejor manera de hacer que en todas las partes del mundo se separen las modas. La muchacha obrera puede ir tan a la moda como la aristócrata. ¿Y por qué no ha de ser así? Ve los mismos modelos que sus hermanas de Nueva York, Hollywood, París o San Francisco.

Lo que llevé, elegido sobre el punto de vista del buen gusto. Evitad así cosas extremadas y los colores que no os sientan bien, aunque sean de última moda. No seas demasiado varoniles; buscad sobre todo la feminidad en el vestir y en todo.

He tenido mucho gusto en escribir para ti, anónima lectora, estos artículos expresando mi modesta opinión sobre lo que constituye el encanto de una mujer. Es posible que no estés en todo de acuerdo conmigo; pero espero que la diferencia de opiniones no me atraiga tu rencor. De todos modos, confío me vendrás a ver cuando los Artistas Asociados presenten mi última película. Hasta la vista, pues, lectora.



*Nunca debe faltar  
en su tocador, una  
caja del sin igual*

**JABON  
DE  
ROSS**

*(Certificado Puro)*

M. R.

The Sydney Ross Co. — Newark, N. J.

CAMILA HORN.

# La Leche de la "Pinta"

POR JESÚS R. COLOMA

La vieja Teresa está muy disgustada porque la *Pinta* ha dejado de dar la leche a que les tenía acostumbrados, y ya no alcanzan los ordeños para todas las atenciones de la casa; tuvo que suprimir un día si y otro no el postre de flan, y están amenazados los vasos de leche de la merienda o del chocolate manzano. Hay dos vacas en el establo: la *Pinta*, mansurrona ubérrima, de cuyo jugo lácteo se nutren los dueños, los

criados y las criadas, y la *Estrella*, cuya leche reservan los ancianos labradores para regalarla a los niños pobres enfermos del lugar, a quienes ordenan los médicos que se les suministre alimentación tan saludable, mas por la miseria con que viven sus padres no pueden adquirirla. Quitar a la *Estrella* un cuartillo para aumentar lo de la *Pinta* es pecado mortal en aquella casa.

—Nos acostumbraremos — decía Te-

resa; — me sabe mal carecer de lo que tanto gusta, pero paciencia.

—Señora — interrumpió una muchacha, hablando quedito al oído de la labradora, — si no se enfada usted le digo una cosa.

—¿Yo? ¿Y por qué me voy a enfadar? —Porque no es de agrado. La *Pinta* da la misma leche de siempre, señora ama.

—¿Qué?

—Lo que oye la señora. —Entonces, ¿por qué falta la leche?

—Porque la roban. —¿Pero tú qué dices, muchacha? —¿Quién la roba?

—La niña!

—¿La niña? —Pilarin? No puede ser. Me parece que has formado un juicio temerario. Y lo vamos a ver bien pronto; hoy no voy al ordeño, vele tú; yo me esconderé en la cuadra pequeña; por allí tiene que entrar y salir la golosa..., la que sea. Anda, que ya está ahí el vaquero.

Y se escondió la pobre abuelita, con el corazón dolorido. «¡Su nieta, ladrona!» Se le partía el alma, aunque fuese poco —que no era poco— lo que cogía, bastaba como indicio, como hábito condonable; de eso se va a más, y la pobre mujer en filo de un llanto amargísimo, conteniese a duras penas.

Pasó un buen rato, concluyó el ordeño. Las herramientas llenas de tibio líquido espumoso, níveo, que vaporeaba y esparracía un sano olor goloso, habían sido puestas, como de costumbre, en la habitación fresquita del patio. Teresa las veía por la puerta abierta de par en par.

Llegaron las madres, las pobres madres, con sus pequeñuelos hambrullitos; todas traían los cacharrillos rebrillantes, todas marchaban desparpamando bendiciones, colmado el pucherón o la lechería. Se fueron. La herrada de la *Estrella* quedó vacía.

De pronto avanzó, sigilosamente, *Pilarin*; miraba a todas partes; en la mano llevaba un cuenco de un azumbrío de cabida. A Teresa le dió un vuelco el corazón y a punto estuvo de rodar. Se apoyó en la pared, se apretó el pecho y esperó.

La nieta salió despacio, cuidadosa de no verter lo robado. «Dónde iría a beberse el sabroso líquido? Su abuela se propuso cogerla en fraganti, siguiéndola de pútlillas. *Pilar* atravesó el patillino, salió al corral pequeño, corrió, guareciéndose entre aperos arrinconados y carros viejos a lo largo de la pared del corral grande, y llegó la puerta trasera. La anciana labradorita iba detrás, ocultándose.

La niña abrió el postigo, y entonces... ¡ah! entonces si que lloró Teresa de alegría y ternura: vió como una pobre obrera del pueblo entraba con una pílata de hijo, extenuado y febril, en brazos, y otra pequenita, agarrada a su falda, con el hambre retratada en su rostro chiquito y sucio.

**parfums**

ff 120 Champs-Elysées PARIS

FORVIL

ES 5 FLEURS FORVIL  
E CORAIL ROUGE  
A PERLE NOIRE

SE VENDEN EN  
TODAS LAS PERFU  
MERIAS Y BOTICAS DEL PAIS

aguas de  
colonia  
lociones  
cremas  
polvos  
talco

E.B.

DISTRIBUIDORES

DROGUERIA  
FRANCESHUÉRFANOS 840  
SANTIAGO

# Las Torres Inclinadas

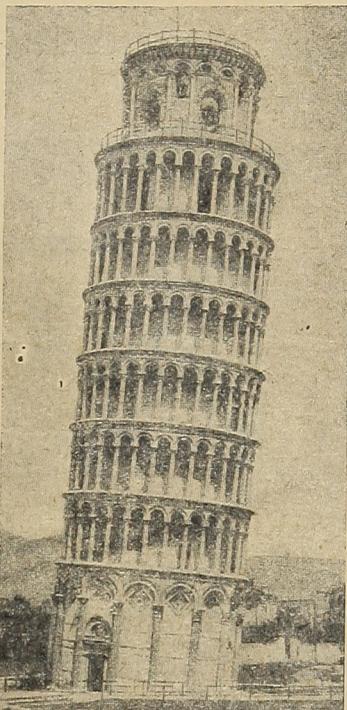
Célebre en el mundo entero, bajo el nombre de torre inclinada, es el campanile de la Catedral de Pisa, que amenaza actualmente de derrumbarse. Se constata, en efecto, que la inclinación se acentúa cada año, lo que constituiría un serio peligro para su solidez. Hace, sin embargo, más de quinientos años que la Torre de Pisa se mantiene inclinada, y, sin embargo, se mantiene de pie, sin que sus siete grandes campanarios que cada día echan a vuelo sus campanas, la hayan conmovido jamás.

Aislada de la Catedral, como casi todas las iglesias toscanas, la torre de Pisa fué construida en 1174, según los planos de Bognato y terminada en el siglo catorce, en 1350 por Thomas, hijo de Andrés de Pisa.

Es enteramente de mármol blanco, compuesta de seis pisos de galerías con columnas y arcadas finamente esculpidas. El edificio mide 54 m. 474 de altura, y 48 m. 638 de circunferencia externa a la base. Su inclinación de 4 m. 319, cuya causa parece ser la presencia de una corriente subterránea, cuya agua en movimiento, produce vacíos y remueve la tierra bajo los cimientos.

Pero este estado de cosas no data de hoy día, porque, desde su construcción el campanile quedó fuertemente inclinado hacia el sur. Se hizo aún correr el ruido, durante mucho tiempo, que esta inclinación había sido hecha exprofeso como una especie de tour de force, encargada de demostrar las leyes del centro de gravedad.

Es cierto que esta inclinación es accidental. También se pretende que ella se produjo cuando el campanile se había levantado a la mitad de su altura actual,



y que los arquitectos, después de haberse asegurado que ello no entrañaba peligro para la solidez del edificio, continuaron la construcción. Sin embargo, trataron de deshacer esta enojosa inclinación, o al menos disminuirla, porque ello se nota a partir del cuarto piso, donde aparecen columnas más altas de un lado que de otro y que se esfuerzan por llevar lo más lejos posible la tarea de enderezar un poco la torre.

Esta fea inclinación, que desola a los arquitectos fervientes de la simetría sirve, sin embargo, para un descubrimiento importante, puesto que permitió a Galileo hacer sus famosas experiencias sobre las leyes de la gravedad de la altura de esta plataforma a la cual conducen doscientos noventa y tres escalones de donde se divisa el magnífico panorama de los Apeninos y del mar.

La torre de Pisa no es el único ejemplo de torre inclinada. Existen otros ejemplos donde la arquitectura afecta la misma particularidad. Citaremos, entre otras, las dos torres cuadradas de Bolonia, que datan del siglo doce.

La más alta, que se llama la Torre degli Asinelli, se inclina poco a poco, no se sabe desde qué fecha. Tiene 97 metros de altura. Su hermana, la torre Garisenda, es más pequeña y alcanza más o menos la mitad de su altura.

En Alemania se encuentra todavía una torre inclinada, llamada de Bouchier, en Ulm.

En Holanda existe una en Delft.

En fin, señalamos la torre nueva de Zaragoza, que fué demolida en 1887, pero de la cual quedan fotografías y grabados.

## Curiosidad

En la mayor parte de Oceanía, el cocotero es un árbol que no tiene desperdicio, pues en él encuentran los indígenas un almacén en donde proveerse de todo lo que necesitan.

El cocotero les procura madera para edificar sus cabañas, isús, embarcaciones y sus utensilios; cuando las hojas están tiernas, se las comen; cuando son viejas, sacan de ellas unas hebras que tejen y las convierten en sombreros, telas, cestas, esteras, papel, etc. Los tallos de las hojas seca las emplean para hacer lanzas, flechas, antorchas, escobas y remos.

Las flores procuran a los indígenas vino, azúcar y vinagre; el fruto, aceite, alimento, cuerdas y esteras y hasta las raíces, cuando tiernas, son comestibles. Es un árbol que no tiene desperdicio; una especie de cerdo vegetal.

# FANDORINE

M. R.

contra las enfermedades de la mujer

Vuelta de la edad  
Hemorragia  
Vapores  
Metritis

Establishments CHATELAIN  
Procédés de los hospitales  
de París  
2 bis, Rue de Valenciennes  
París, y todas las farmacias

Arenes :  
ARDITI & CORRY  
643 Moneda  
SANTIAGO

La Fandorine cura la mujer de sus malestares

BASE: Extractos Mamario y Ovarico. Amidoperina, (M. R.).



80 % de las mujeres  
no están satisfechas  
de su salud

Esta preparación admirable de-  
tieno enseguida las hemorragias,  
Profesor GARRIGOL.

de la Facultad de Medicina de Tolosa,  
Director del Instituto de Hydrología.

La Fandorine está basada sobre  
los descubrimientos los más misteriosos de la Química Moderna  
y realiza el medicamento completo, típico, de las enfermedades  
especiales del sexo femenino

Doctor POULET.

profesor agregado de Partos en la  
Facultad de Medicina de Lyon.

# El Rapto Misterioso

Por

ALEX BARRY

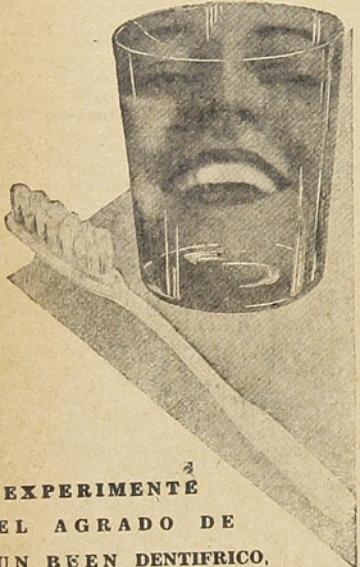
Todas las tardes la señora Bárbara Gordura, admirable espécimen de la desventurada cohorte de los obesos, salía de paseo marchando a férreo tranco de militante con la ahincada, pertinaz e inútil esperanza de adelgazar.

Ayer había recorrido ya tres cuartas partes de la ciudad, cuando se permitió infringir sus rígidas normas sentándose a

descansar en un banco de plaza. Tras largo reposo, matizado por hondos suspiros de alivio, se incorporó. Pero sus piernas habían perdido el ritmo marcial y se movían lentas, torpes, arrastrándose casi.

Desde otro banco, un desocupado deslizó un requiebro con claras alusiones a su exuberancia adiposa. Bárbara Gordura no se dignó volver la cabeza, y siguió su camino.

De pronto tropezó y estuvo a punto de



EXPERIMENTE  
EL AGRADO DE  
UN BUEN DENTÍFRICO,  
USANDO UNICAMENTE

**"VADEMECUM"**

DE BARNÄNGEN



ANTISEPTICO  
POR EXCELENCIA

M. R. A base de Salol



este rapto ha sido preparado por Gastón. Precisamente ésta es la calle del Triunfo, donde Gastón tiene su departamento... Si así fuese, este caballero estuvo en lo cierto al afirmarme que el final de la aventura me sería grato. Porque, en verdad, es hora de que abandone mi estado de viudez. Y el simpático Gastón es un partido ideal... Nunca supuse, sin embargo, que Gastón quisiese casarse conmigo... ¿Eh?... ¿Cómo?... ¿Ya no seguimos por la calle del Triunfo?... ¿Qué lástima!... ¡Y yo que me suponía raptada a indicación de Gastón!... Pero ¿no es ésta la calle Sagunto?... ¡Si!... ¡Lucas



perder el equilibrio. Pero dos brazos robustos la sostuvieron y...

Fué cosa de un segundo, de un milésimo de segundo. Bárbara Gordura se vió de repente ubicada en el asiento delantero de un automóvil, al lado de un hombretón hercúleo que apretaba el acelerador y ponía el vehículo en marcha.

—¡Soc!

—¡No grite usted, señora! — la intimó el hombre con voz cavernosa y gesto ceñudo. — ¡No grite, porque de lo contrario deberá recurrir a la fuerza para convencerme de mi revólver!

Bárbara Gordura abrió tamaña boca. Una contenida exclamación de terror tuvo la amplia trayectoria expansiva de su pecho.

El hombre le explicó:

—Nada malo le sucederá, señora. si se



queda tranquila y quietecita. Y quizás luego se felicite por el resultado de esta aventura.

En la diestra del desconocido brillaba ya el cañón de un revólver. Bárbara Gordura optó por inmovilizarse, accediendo al "ruego" de su interlocutor.

Y mientras el coche se deslizaba entre la curiosidad de los transeúntes que volvían a Bárbara sus ojos entre asombrados y burlones, la buena y optimista señora dióse a pensar en la posible explicación de todo aquello.

—Sí — se dijo. — Estoy segura de que

## VAHIDOS Y ATURDIMENTOS

LA ENFERMEDAD DE LOS RÍENOS  
AFECTA TAMBIÉN LOS NERVIOS



ESTE MEDICAMENTO QUE DATA DE MAS DE CUARENTA AÑOS LE HARÁ SENTIRSE ALIVIADO

Puede ser que la mayoría de hombres y mujeres que se quejan de vahidos, dolores en la espalda, coquinturas y músculos, e irritabilidad, pérdida de vigor, no se den cuenta que es muy probable que su enfermedad provenga de los riñones.

Los riñones son órganos vitales, pues de ellos depende la pureza de la sangre y, por lo tanto, el estado de los nervios y músculos. Cuando los riñones fallan, los venenos se acumulan en la sangre, causando dolores en los músculos y articulaciones; en consecuencia, los nervios llegan a desgastarse e irritarse causando la debilidad y los vahidos.

¿Qué bien pueden hacerle los tónicos en esos casos? Para que débil esté su cuerpo con purgantes, cuando el medio más seguro y lógico para restablecerse y conseguir salud y vigor es restablecer el funcionamiento normal de los riñones?

¡Sabe Ud. que miles de personas han comprobado que después de seguir un breve tratamiento con las Píldoras De Witt, para los Riñones y la Vejiga, se hallaron en el sendero de la salud?

Miles de personas recomiendan este medicamento, que se vende por millones en el mundo entero.

### PRUEBE ESTE MEDICAMENTO GRATIS

Para que Ud. pueda comprobar por sí mismo su verdadero calor, le ofrecemos una muestra gratis de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, que tienen fama de cuarenta años.

Cuando Ud. haya recibido su obsequio, y después de 24 horas haya observado, por el cambio de color en la orina, que las Píldoras De Witt han comenzado a hacerle bien, pase Ud. a la botica, compre un frasco y póngase en camino de recobrar la salud. Solicite su tratamiento hoy mismo. Escriba su nombre y dirección completa en una hoja de papel y dirigala a E. C. Witt & Co. Ltd. (Dpto. P. Todos). Casilla N.º 3312. Santiago de Chile.

**Píldoras  
DE WITT**

para los Riñones y la Vejiga

(Marca registrada)

FORMULA: A base de Extractos Medicinales de Pichi, Buchú, Enebro y Uva Ursi como diuréticos y Azul de Metileno como desinfectante.

Farinet vive a dos pasos de aquí... ¡Ah, Lucas Farinet! ¡Qué ingrata he sido no aceptando sus frecuentes invitaciones!... Lucas es un muchacho cándido, dulce, amable... ¡Oh!... ¿Doblamos otra vez?...

El itinerario seguido por el automóvil desconcertó a la señora Bárbara Gordura. Si no se dirigían a casa de Gastón ni a casa de Lucas, ¿adónde demonios iban?

— Caballero — decidió Bárbara a interesar a su compañero, — ¡exijo que me diga adónde me lleva! — El «auto» marcha ahora a poca velocidad. Una bandada de píjamas corría tras él, gritando y riendo. Los transeúntes se detenían a observar el paso del vehículo ocupado por la imponente Bárbara Gordura. Pero Bárbara, acostumbrada ya a desentenderse de la insolente curiosidad de los demás, clavaba sus ojos en el desconocido, requiriendo con la mirada rápida respuesta a su pregunta. Parsimonioso, dijole el hombre:

— No se impaciente usted, señora. He recibido órdenes precisas. Cuando lleguemos a nuestro destino se enterará usted de todo.

El caño del revólver seguía brillando en la mano del raptor. Pero la señora Bárbara Gordura, temperamento novedoso ingenio, no tenía miedo. ¡Todo lo contrario! Sólo la impacientaba el deseo de saber quién era el verdadero autor de ese rapto.

— ¡Ah! — exclamó de pronto para sus adentros. — ¡Ya sé!... ¡Julian!... Estamos en la plaza de Enero... ¡Julian, Julian!... Jamás le hubiera creído capaz de inspiraciones románticas...

Pero tampoco se trataba de Julian, ni de Evaristo, ni de Alfredo, ni de Gregorio,

ni de Cátulo, ni de Homero, ni de Augusto, ni de tantos otros presuntos admiradores que el extraño y complicado recorrido del automóvil hacia desfilar cinematográficamente por la imaginación de Bárbara Gordura. ¿De quién se trata-

que transfiguraba el rostro de su acompañante.

— ¡Quién?... ¿Quién será?... ¡Ya he agotado la lista de todos los posibles candidatos!...

El automóvil se internó en una callejuela estrecha y oscura, deteniéndose cerca de un farol.

El compañero de la señora Bárbara Gordura abrió gentilmente la portezuela. — Está usted en libertad, señora. Aquí tiene los cien pesos que se ha ganado... Bárbara boqueó:

— ¡Eh!... ¿Qué estoy en libertad?... ¿Qué me ha ganado cien pesos?... ¡Pero, señor!... ¡Yo necesito saber quién ha ordenado este rapto!...

— Este rapto me ha sido ordenado por mí amo...

— ¡Ah! — suspiró Bárbara, tranquilizada. — ¡Y quién es su amo?

— Mi amo es el dueño de la fábrica de productos "Exuberancia". Yo soy su representante. Y usted comprende... ya no hay mujeres dignas de ser exhibidas como ejemplos de las virtudes de nuestros productos. Por eso cuando encontramos una nos vemos obligados a raptarla y pasearla por la ciudad para hacer la propaganda de la casa...

Bárbara Gordura, furbunda, bajó del "auto" dando un tremendo portazo.

Y cuando el vehículo se hubo puesto en marcha, la romántica señora leyó a la luz del farol un enorme cartel colgado en la parte trasera del "auto" que decía:

«No más mujeres delgadas. — No más mujeres débiles. — Consuma los productos EXUBERANCIA».

ALEX, BARRY



ria? Caía ya la tarde. El vehículo había suscitado la admiración de toda la ciudad. Bárbara, ajena a cuanto sucedía en torno suyo, no advertía el súbito alborozo que el "auto" despertaba en los peatones, ni notaba la satisfecha expresión



## El Dolor de Cabeza y los Milagros

FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON  
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO

Los milagros no existen para la Ciencia, pero si existe un milagroso remedio, de efectos sorprendentes para quitar instantáneamente el dolor de cabeza más agudo. Ese remedio es la renombrada FENALGINA.

El dolor de cabeza aniquila al que lo sufre. Quita el ánimo para todo. No deja trabajar. No deja comer. No deja dormir. Y sin embargo, es tan sencillo hacerlo desaparecer! Tómese una o dos tabletas de FENALGINA en cuanto le empieza a doler la cabeza. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita.

ES INOFENSIVA.

Pueden tomarla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTA SUSTITUTOS.

EEJA SIEMPRE QUE LE DEN



FENALGINA M. R.: Fenileacetamida carbo-amenistada.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Único distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

## ENFERMEDADES DE LAS MUJERES debidas a una mala circulación de la Sangre

VARICES, HEMORROIDES,  
ENTORPECIMIENTOS, VÉRTIGOS,  
CONGESTIONES, REGLAS IRREGU-  
LARES O DOLOROSAS

se combaten con los comprimidos de  
**TOT'HAMELIS**

M. R.

El mejor remedio contra los accidentes  
de la edad crítica

Seis comprimidos por día

DE VENTA EN TODAS LA FARMACIAS

CONCESIONARIO PARA CHILE

Am. FERRARIS, Casilla 29 D, Santiago

HAMAMELIS TOTAL — Citrato de Sosa.

*Judith.* — Para esperar a un niño nuevo, con comodidad y sin que sea preciso atender continuamente al lavado de la ropa, hace falta más o menos, ochenta pañales de lienzo y cuarenta de fra-

## Correspondencia

### NO PODIA CAMINAR POR LA GORDURA PERO LA PERDIO EN DOS SEMANAS

Ella estaba tullida por la gordura, pero la redujo en dos semanas de un modo muy fácil. Esa es la pura verdad — su esposo lo afirma. Pesaba casi 100 kilos y tenía que quedarse en casa. Lea esta carta:

"Mi esposa sufría de piernas y pies hinchados y pesaba 100 kilos; — muy pocas veces podía salir a pasear. Después de tomar SALES KRUSCHEN por dos semanas, la gordura disminuyó mucho y sus piernas y pies quedaron muy aliviados".

La gordura excesiva es causada cuando el hígado, riñones e intestinos — los órganos "barrenderos" del cuerpo — faltan funcionar en debida forma. No arrojan los desperdicios, producto de la digestión, los cuales se acumulan — y antes de advertirlo — está poniéndose horriblemente gorda. La "pequeña dosis diaria" de SALES KRUSCHEN (M. R.) tonifica los órganos eliminadores para funcionar debidamente. Lenta, pero seguramente, la gordura superflua y fea desaparece, y lo que Ud. pierde en peso ganará en salud y vitalidad ilimitada. Los años se quitan a medida que la gordura disminuye, dejándola a Ud. energética, vigorosa y joven. De venta en todas las boticas.

Representante en Chile:  
H. V. PRENTICE  
LABORATORIO LONDRES  
VALPARAISO

nela; docena y media de camisetas; una docena de chambranas; tres fajas para encima; una docena de ombligueros; cuatro pañuelos de rebozo, dos más o menos delgados y dos gruesos; dos docenas de baberos, y una variedad de paletocitos de lana tejidos. Las gorras no son convenientes ni tampoco las medias de ninguna especie, hasta que se sacan a la guagua los pañales. Los vestidos tampoco tienen objeto hasta que el niño tiene ocho meses, en verano, y doce meses, en invierno.

Para las manchas de la piel, es muy conveniente usar abluciones muy calientes; jugo de limón y crema del Harem. Los puntos negros salen con masaje en la peluquería, si le molesta a usted sacarlos con el extremo de los dedos.

*Isabel R.* — La natación le hará a usted bien para su defecto, que es mucho más corriente de lo que usted se imagina. En las buenas corseterías puede usted pedir ciertos sostenedores redondos de malla que sujetan muy bien y dan buena forma al pecho. La misma señorita que los atiende se los indicará.

*Piernas Ideales.* — Los dos defectos que usted señala son algo difíciles de curar. Para la gordura de sus pantorrillas, no creo que exista otro remedio que enfriarla en general. Hay reductores locales, pero Merlina tiene el defecto de ser muy escéptica y duda muchísimo de sus

resultados. Sin embargo, nada pierde usted con ensayarlos. Yo no le recomiendo ninguno en particular, por el escépticismo en que se adelante me acuso. Por lo que toca a la nariz roja, hace falta que la vea a usted un médico. Esto puede hacer más por usted en este caso que el instituto de belleza.

*Victoria Agustina.* — Realmente, las espinillas, sean estas acne juvenil o esnillas. La receta que le dió ese médico lísimas de combatir. Merlina ha conocido señoritas ricas y cuidadosas de su belleza, que no han logrado combatir sus espinillas. La receta que le dió ese médico, me parece de las mejores. Es una lástima que usted no trate de acostumbrarse a ella y continuar el tratamiento. Ojalá lo suyo sea simplemente acne juvenil. En tal caso, tenga la seguridad que mejorará en cuanto tenga usted unos veinte años. Mientras tanto, le recomiendo que use por la noche el limón en la cara después de lavarla con agua muy caliente, sin jabón. Es un remedio económico y seguro. No se asuste si en los primeros días nota usted su cutis peor, ni abandone por ello el tratamiento. Este resultado al principio es natural, pero luego notará usted que su cutis se compone notablemente.

No deje de escribirme comunicándome el resultado, después de dos meses de tratamiento, y sea constante para seguirlo.

*Dueña de Casa.* — Para ese color de muebles de comedor, me gustaría a mí un papel claro color beige muy suave. Para el dormitorio un color marrón con alguna combinación de guarda en los costados, azul fuerte.

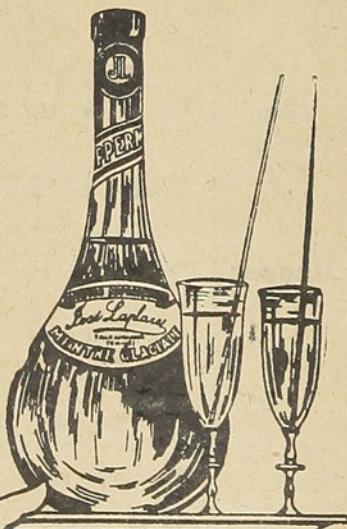
*Alone.* — Si quiere usted desmanchar el cutis sin usar cremas, emplee el limón, que es muy superior a las cremas en esto de desmanchar prodigiosamente el cutis más dañado. Sin embargo, el limón es astringente y le convendrá a usted usar una crema. La del Harem, es excelente para coadyuvar al desmanche de la cara. Por lo que toca al vello, no le tema; hay muchas maneras de extirarlo. La pasta Bisornini es excelente para el vello de la cara y la Gillette, lo es insuperable para el vello de los brazos y las piernas. Todo eso de que salen después más gruesos, son historias. Se corta otra vez y asunto concluido.

*Lectora de «Para Todos».* — No hay instituto de belleza capaz de adelgazar y empequeñecer las manos. ¿No ve usted en el cine a Greta Garbo? ¿No cree usted que Greta Garbo con todos los millones que debe ganar, con todo el prestigio que debe mantener, no hará lo posible por hacer desaparecer hasta el más pequeño de sus defectos? ¿Y no ve usted cómo Greta Garbo ostenta unas manos muy bien cuidadas, pero grandes y huesosas? Eso le probará a usted que no hay instituto de belleza en el mundo capaz de componer la forma de unas manos feas, pero, eso sí, una mano esmeradamente cuidada, nunca se ve ordinaria, por fea que sea. Cuide usted las suyas; procure mantenerlas blancas y suaves, cosa fácil si las protege usted del sol y del viento, y se hace masajes en ellas todos los días diez minutos como si estuviera poniendo unos guantes. El limón, le ayudará a usted eficazmente en su tarea de embellecimiento. La manicura hará lo demás.

*Luisa de C.* — Para los poros abiertos, el limón. El limón para todo. No hay para el tocador cosa mejor que el limón. La que lo emplea una vez, no lo dejá más.

MERLINA

## PIPPERMINT J. L.



JOSE LAPLACE  
TALCAHUANO

# Fume Piccardo

TABACO  
SIEMPRE  
IGUAL

## TRANSPORTE EN COMUN

Paris ofrece verdaderamente al amante del turismo la gama de modos de locomoción más rica que concebirse pueda. Desde el viejo barco mosca estival, que pasea sobre el agua en la noche en una isla de luz, y cuyo capitán, único amo a bordo después de Dios es igualmente el solo pasajero, hasta el majestuoso autocar, emperador de la calle, pasando por los diversos vehículos que asumen bajo tierra o en la superficie, el cuidado de transportarnos, hay en el sistema circulatorio de la gran ciudad, con qué satisfacer a un dilettanti y procurarle las sensaciones más dulces o las más violentas.

Por supuesto que a cada temperamento convendrá tal o cual transporte. Las gentes impacientes, para quienes el deseo de llegar sobrepuja a todo interés de confort, y cuyo olfato no es demasiado quisquilloso, prefieren el metro. La clientela de ltraway se recluta, en cambio, en aquellos calmosos, que no se agitan por nada, funcionarios, esposas que van a darse una vuelta por los grandes almacenes, en fin, entre las personas dueñas de su tiempo, y que no creen que lo pierden si lo ocupan en observar la vida, siguiendo con entretenida mirada el cineasta de la calle. Pero los nerviosos, los fatigados, los enamorados que corren a un rendez-vous, los hombres de negocios, los políticos, los literatos, las gentes, en fin, cuya conciencia no se encuentra en paz, encontrarán en el taxi un colaborador inteligente, que les distraerá con sus intempestivas frenadas e inesperados bocinazos.

Por lo que toca a los voluptuosos que no pueden pagarse un medio de transporte individual, o cuyo coche se encuentra en el garaje, yo les recomiendo el autobús.

Sin duda este paquidermo no tiene el estómago delicado del automóvil particular, bestia de lujo que sigue toda su vida un régimen estricto. No tiene como el taxi el derecho de escoger sus cabezas, y el de rehusar los clientes que no van hacia el lado de Levallois. El autobús es por esencia carnívoro. Le hace falta contentarse lo mismo con la vendedora de pescado, como con la linda dama que sale del teatro envuelta en un abrigo de petit-gris. Pero la verdad es que aquella se introduce mucho más profundamente en su esófago, donde ella se desliza de un golpe hasta el fondo, mientras que la primera con su indigesto canasto, debe detenerse en la pisadera.

¡Y qué espectáculo tan encantador para el que gusta de contemplar las formas seductoras! Por unos cuantos centavos, se saca uno siempre en la lotería del autobús, una linda mujer. Naturalmente es preciso ayudar un poco al azar.

Pero la estrategia no es complicada. Basta con instalarse en el momento de partir, en la banqueta del fondo, de espaldas al chauffeur. Desde allí se la ve venir, y uno puede cambiarse de sitio en el curso del camino, si ello le conviene para verla mejor, sin que nadie tenga derecho a suponer que el cambio

obedece a otra razón que a la muy legítima de no caminar retrocediendo. Además, los vidrios de las ventanas, permiten a los timidos, que mucho se lo agradecen, el mirar a través de ellos a la mujer que les seduce sin que aparezcan

hacer otra cosa, que la muy inocente de contemplar el paisaje.

Me diréis que todos estos pasatiempos no nos dan la felicidad. Pero yo os digo, que puede que contribuyan a ella.

G. A. M.

### EL VESTIDO DE LA MUJER VUELVE A LA MODESTIA

De acuerdo con Travis Banton, modisto encargado por la Paramount del ropero de las artistas de su elenco fijo, el vestido de la mujer, a partir de la presente temporada, no sólo tendrá la tendencia de embellecer la figura, sino que perseguirá el objetivo de hacer resaltar la modestia. La vuelta a la normalidad es un hecho.

Especialmente en lo que respecta a la falda, la revolución es completa. Ya no habrá faldas que lleven a la rodilla: el buen gusto exige que bajan algunas pulgadas más abajo, bien sea en vestidos de salón o de deporte. El ruedo también se ha ampliado lo suficiente para hacer que una falda suba y oculte una parte del cuerpo de la mujer. La línea sinuosa estará completamente fuera de lugar.

Bellos ejemplos de esta tendencia de la moda pueden verse en los vestidos que lucen Fay Wray y Kay Francis en «Tras la máscara escénica», película de rigurosa actualidad en la que ambas artistas interpretan los papeles principales.

Considerando que esta película será exhibida al público dentro de algunos meses, puede tomarse el vestuario que llevan ambas actrices como un ejemplo de las tendencias de la elegancia, tendencias que se irán extremando más durante una larga temporada.



...¿POR QUÉ USO  
SIEMPRE POLVOS  
CHERAMY?  
...PORQUE  
PERFUMAN LA  
EPIDERMIS.  
POLVOS  
CHERAMY  
PARIS

MR.  
RCOLIERE Representante  
casilla 2285, Las Rosas 1352  
SANTIAGO DE CHILE

# Recetas Experimentadas de "Para Todos"

## LA BOCA Y LOS DIENTES

Un aliento puro es un gran encanto, y depende de dos factores: los dientes y el estomago.

Es preciso cuidar mucho los dientes; duran más, son mucho más hermosos, permiten una masticación regular y, por lo tanto, una fácil digestión. No solamente por la mañana es preciso limpiarse los dientes, sino después de cada comida. Las parcelas de alimentos que se alojan en los intersticios dentarios fermentan y producen el mal aliento. He aquí algunos productos para el cuidado de los dientes, bastante baratos y que producen muy buenos efectos:

### Polvo Dentífrico económico:

Crea pulverizada .....	450 grs.
Magnesia .....	40 »
Azúcar .....	600 »
Jabón de Marsella .....	45 »

### Otros Polvos:

Carbonato de Calcio .....	40 grs.
Magnesia .....	40 »
Azúcar .....	40 »
Bitartrato de potasa .....	40 »
Esencia de Menta .....	1 »

El carbón, que es un desinfectante común, entra en la mayor parte de los polvos dentífricos de preparación familiar:

Carbón de leña pulverizado .....	250 grs.
Polvos de Quinina .....	125 »
Azúcar .....	250 »
Esencia de Menta .....	15 »
Tintura de Ambar .....	2 »

Cualquiera que sea la preparación, no es sino después de haber tamizado las substancias que entra en su composición que se agrega perfume y esencia. Contra el sarro que se junta a veces sobre los dientes, he aquí unos polvos sencillos y fáciles de preparar:

Polvo muy fino de carbón de leña .....	50 grs.
Polvo muy fino de sal refinada .....	50 »

He aquí otros que tienen el aspecto de los polvos rosados que venden en el comercio:

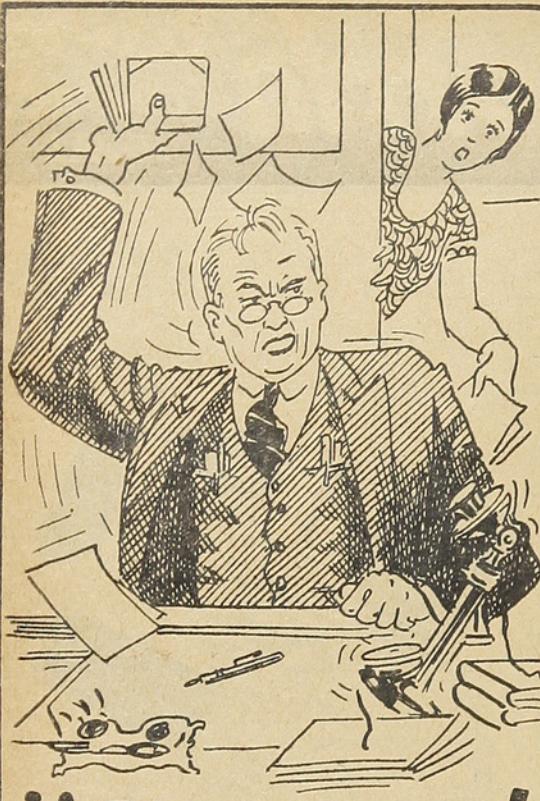
Talco de Venecia .....	200 grs.
Bicarbonato de Soda .....	60 »
Carmín para colorear .....	2 »
Alcohol de menta para perfumar .....	XXXV gotas

En cuanto a las pastas dentífricas, muy solicitadas sobre todo desde que se las vende en tubo, las hay excelentes en el comercio. He aquí algunas fórmulas:

Crea pulverizada .....	150 grs.
Glicerina .....	70 »
Polvos de jabón .....	40 »
Tymol .....	10 »
Esencia de Menta .....	25 »
Lavanda .....	5 »

### Otra pasta dentífrica:

Jabón raspado .....	125 grs.
Alun .....	60 »
Polvos de Iris .....	60 »



# ¡SERENESE!

Ese afán de encontrarlo todo malo; ese carácter insoportable, irascible, tiene sus causas.

**TONIFIQUE SUS NERVIOS PARA RECONSTITUIR SU SALUD, TOMANDO**

# “PROMONTA”

Preparado orgánico a base de substancias del sistema nervioso central, vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albumina soluble de la leche.

Indicado en los casos de:

**ANEMIA**

**DEBILIDAD**

**DECAIMIENTO**

**INSUFICIENCIA ORGÁNICA**

**NERVIOSIDAD**

**NEURASTENIA**

Promonta es recomendado por eminentes médicos del extranjero y del país.

De venta en todas las boticas.

# ¿Quiere Usted Tomar Parte en un Concurso de Belleza?

Los concursos de belleza, sus reinas, sus apóstoles, sus victimas, ocupan en el espíritu de nuestros contemporáneos un lugar incontestablemente importante. Miss Francia es la mujer de la cual todo el mundo ha hablado esta semana. Se ocuparán de su caso en el porvenir hasta que otra linda chiquilla, ocupe su sitio todavía caliente... Esta hará la misma carrera que aquella y el juego continuará siempre, yo creo.

Por esto, vosotras debéis aprender las reglas del juego de la belleza. Juego muy misterioso, porque en todas sus partes se juega a cartas tapadas. "Para Todos" os cuenta esta historia, no para que vosotras toméis parte en este juego o mejor dicho, en estos concursos, sino por el placer de contáros una cosa que hasta hoy no es sabida.

Bueno pues, para jugar en este juego, es necesario procurarse: un comisario general, un jurado, candidatas, madres de candidatas, oficiales de servicio, y algunos propietarios de productos de belleza.

El comisario general es un buen muchacho que se burla generalmente de la belleza en sí, pero que adolece de la dulce pasión de organizar concursos, y para satisfacerla, esta pasión, no le importa cubrirse de todo el ridículo de la tierra. Por otra parte, es un hombre inmóvil. El ha visto en su vida desfilar centenares de fealdades (una de las candidatas al título de Miss Francia 1930 tenía un ojo vicio y carecía absolutamente de mentón) y a todas las cogió con una cortesía igualmente indiferente.

—¿Por qué quiere usted ser Miss Francia, señorita?

—Porque soy muy bella, señor.

—Es muy exacto, señorita...

A la siguiente...

El jurado es obra del comisario general que lo ha compuesto hace ya unos diez años, cuando la mujer más bella de Francia se llamaba Agnes Soret. Desde entonces nada ha cambiado. Todos los jurados del premio de belleza son obligatoriamente presididos por el buen maestro Pablo Chabas que está eternamente rodeado del mismo brillante cortejo de artistas y de gentes de letras. Para manifestarse, el jurado se instala frente a una mesa con el tapiz verde, mira los rostros y las piernas que pasan, algunas veces con placer, otras veces con desprecio. Escribe sobre un trozo de papel algunos signos

Para Todos—4

que no tienen otra utilidad que simular seriedad delante de las candidatas, bebe champaña, se aburre manifestamente muy ligero, y elige en seguida la perla entre las perlas.

Las candidatas que juegan en estos concursos el papel de "piezas importantes" pueden ser miles en presentarse. Todas serán juzgadas, más ligero mientras más numerosas sean. Jamás deben sin embargo, ser menos de cien, porque una cifra de tres números da mayor seriedad al espectáculo.

Hay tres categorías de candidatas, 1.º, las que van acompañadas. 2.º, las que vienen de incógnito. 3.º, las que no tienen necesidad de esconderse. Al principio de la prueba todas estas jóvenes son muy fácilmente distinguibles las unas de las otras. Al final, no hay una sola que no esté dispuesta a desnudarse para dar gusto al presidente del jurado. He aquí lo que es el calor comunicativo de los concursos de belleza.

Las madres de las candidatas pasan la tarde de ese día ocupadas en tocar una ortofónica en una sala arreglada para este efecto, y a disputarse entre cada disco.

—Blondinette, su hija es ciertamente muy Linda, muy linda, pero no es una gran belleza, no era para un concurso creo yo.

Variaciones amables sobre el mismo tema.

Cuando vuelven bajo el techo familiar, jamás dejan de decir así a sus maridos:

—Sólo le faltó un voto, el de Van Dongen que había hecho precisamente el retrato de la otra".

Evidentemente.

J. D.

## ENTRE NIÑOS

—Oye, Pepin, ¿vamos a jugar a mari- do y mujer?

—No; que mamá está enferma y no quiere gritos.

—Mi hermana ha despedido a su novio porque le han asegurado que se pasa todo el día con las cartas en la mano y ella, claro, no quiere casarse con un jugador.

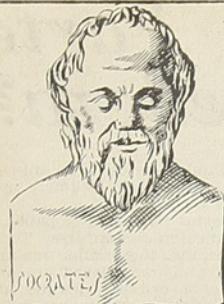
—¡Qué injusticia! ¡Pobre muchacho! Di a tu hermana que no lo han engañado pero que no es jugador si no "Cartero".

—Deja la bebida.

—No puedo. —Mira, todo estriba en poner de tu parte lo que puedes para abstenerse de primer vaso.

—Conforme; pero ¿quien se abstiene del segundo?





"El hombre más virtuoso es aquel que trata de perfeccionarse; y el más feliz, quien advierte que realmente se perfecciona" ... (Sócrates)

El inmortal sabio griego dijo estas palabras hace DOS MIL CUATROCIENTOS AÑOS, y no por haber sido pronunciadas en una época tan lejana, dejan de ser útiles para muchos en la época presente, y así vemos que son innumerables los que, pudiendo perfeccionarse, no lo hacen. Nadie podrá poner en duda la verdad de estas palabras, no obstante: ¡cuántos son los que manifiestan no conocerlas!

Perfeccionese usted por medio del estudio. No necesita abandonar sus ocupaciones habituales, sea cual fuere su trabajo: obrero, empleado, profesional, la instrucción le llegará a su propia casa.

**EL INSTITUTO « PINOCHET LE-BRUN »**  
SANTIAGO: AVENIDA CLUB HIPICO, 1406  
Casilla 424 — Teléfono 474. (Matadero) — Dir. Teligr. «IPILE»

Enseña por correspondencia los siguientes Cursos: **TENEDURIA DE LIBROS — CONTABILIDAD — ARITMETICA — COMERCIAL — GRAMATICA CASTELLANA — MECANOGRAFIA — TAQUIGRAFIA — CORRESPONDENCIA MERCANTIL — ESCRITURA — ORTOGRAFIA — REDACCION — MENTALISMO — Y AUTO — SUGESTION — DETECTIVISMO — INGLES — CARICATURISMO — APICULTURA — AVICULTURA — DACTILOSCOPIA — GEOMETRIA — DIBUJO LINEAL — VENDEDOR — ARCHIVO — LEYES TRIBUTARIAS — ESKHEMAS — CONTADOR — ESCUELA ACTIVA.**

Este Instituto tiene un **DEPARTAMENTO DE ENCARGOS**, donde el residente en provincia puede dirigirse para lo que se le OFREZA en la capital.

Sírvase pedirnos informes hoy mismo acerca de la enseñanza por correspondencia y le enviaremos amplios detalles, sin compromiso alguno para usted: recorte y envíenos el siguiente cupón, llenándolo con letra legible:

**INSTITUTO « PINOCHET LE-BRUN »**  
Santiago. — Av. Club Hipico, 1406 — Casilla 424.

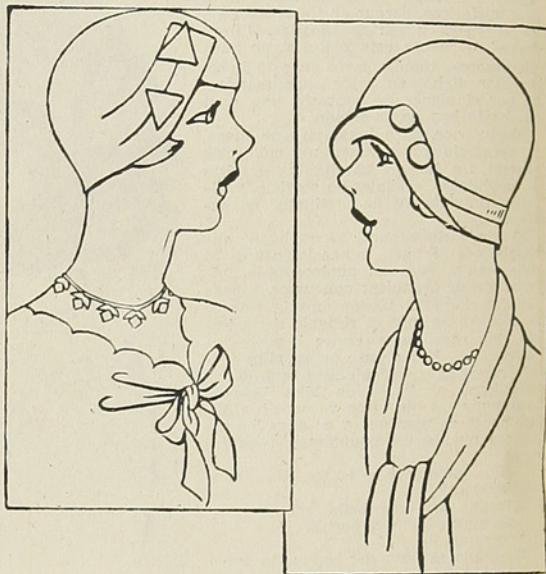
Sírvase mandarme informes, sin compromiso alguno por mi parte, del Curso que me interesa.

NOMBRE .....  
CIUDAD .....  
CALLE y N.º .....  
CURSO .....

P. T. — Mar. 4-30.

## Las líneas suaves disimulan la irregularidad de las facciones

Entre las muchas cartas que diariamente recibo consultándome sobre problemas en el arte de vestir, llega a mis manos una en la que me expresa su gratitud una joven lectora, pues, gracias a mis consejos para las muchachas de corta estatura y poco esbeltas, su hermana ha obtenido insospechados



dos éxitos. Dice mi simpática correspondiente: «¡Qué suerte tiene mi hermana de que sus defectos físicos sean tan fáciles de disimular! Yo no tengo motivos para quejarme de mi figura; es tan corriente, que puedo comprarme los vestidos hechos sin necesidad de probarlos. Mi cutis es lo bastante aceptable para permitirme llevar todos los colores, pero adolezco de lo que cortésmente se llama «facciones irregulares» y esto me parece que no puede corregirse con la manera de vestir, sobre todo cuando el principal defecto consiste en lo remangado de la nariz».

Tranquilícese mi descontenta lectora: la manera de vestir puede también disimular en gran parte la ligera imperfección que la preocupa. A fin de que se convenza de ello he dibujado dos cabezas de muchacha con las narices remangadas y notoria irregularidad de facciones. Ahora bien: las líneas del rostro son exactamente iguales a las dos figuras, pero la forma del sombrero y vestido hace que parezca mucho más irregular el semblante de la que está a la izquierda que el del otro modelo.

Un sombrero atrevido y sin ala siempre pone de relieve las incorrecciones de la faz, por pequeñas que sean, mientras que un sombrero cuya ala cae sobre los ojos, volviéndose hacia arriba con graciosas irregularidades, disimula mucho lo que pueda haber en las facciones. Al escoger la hechura y los adornos de los vestidos tengase muy presente que las líneas suaves y poco marcadas alrededor del cuello contribuyen en gran parte a atenuar la falta de armonía en las facciones.

En esto consiste la diferencia que se puede observar en los dos figurines que acompañan estas líneas.

**PARA ALIVIAROS  
DE LOS DEPRIMENTES CALORES**

HEMOS FABRICADO UN  
PRODUCTO MARAVILLOSO  
DE UN PERFUME EXQUISITO EL CUAL AL PRO-

**KOLOSOL**  
M. R. AGUA DE COLONIA SOLIDA

ANTES DE COMPRAR EXIGID-  
DEL VENDEDOR UNA DEMOSTRACION

LABORATORIO SALAZAR Y NEY  
ART. PRAT 221-CASILLA 1034 SANTIAGO

# Desencañto

Hace cinco años que conocí en París, en su camerino del Teatro Olympia, a Clara Sitzmayer, artista frívola, que iniciaba por entonces su carrera.

Fué una entrevista breve y vulgar, de esas que se hacen con un lápiz en la mano, dispuesto a preguntar cuatro frivolidades para insertarlas en la intervención del periódico.



El recuerdo que dejó en mí, la artista no fué, sin embargo, tan breve ni tan perecedero como la entrevista. Clara Sitzmayer era una belleza peregrina, y yo no tenía entonces más que veinticuatro años...

Era muy razonable que me enamorase de Clara Sitzmayer. Tan razonable, por lo menos, como que ella no parece su atención en mí. ¡Un pobre reportero!... ¿A qué podía aspirar un pobre reportero, con los tacones torcidos y las ropas lustrosas, junto a una artista que ya empezaban a disputársela los millonarios? Al ridículo.

## A PROPOSITO DE SU DIGESTION

Casi todas las dolencias digestivas, desde los ardores más tenues hasta la úlcera estomacal de carácter grave, tienen su origen en una acidez excesiva del jugo gástrico. La acumulación de elementos ácidos en el estómago provoca la fermentación de los alimentos y impide el buen funcionamiento del aparato digestivo. Para prevenir las enfermedades graves, no debe Ud. desculdar su estómago siempre que Ud. sienta el menor malestar digestivo por ligero que sea, tomando media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada, en un poco de agua, después de las comidas. Este antacídico poderoso neutraliza instantáneamente la acidez excesiva, impide la fermentación de los alimentos, calma las irritaciones de las mucosas y asegura una digestión fácil y sin dolor. La Magnesia Bisurada (M. R.), en polvo y en comprimidos, es inofensiva y fácil de tomar. Se vende en todas las farmacias.

Base: Magnesia y Bismuto.

Tuve la sensatez de guardarme muy en el fondo de mi alma aquella pasión y dejé errar su recuerdo hasta que se fue oscureciendo lentamente.

Dos años después de aquella entrevista ocurrió algo que debía desenterrar de un modo violento aquel recuerdo oscurecido: Clara Sitzmayer fué asesinada en Berlín, al parecer por un adorador despechado que le dio muerte en el mismo camerino del teatro. Los periódicos daban una noticia escueta y desesperadamente laconica. Dedujo el drama.

El crimen quedó en la sombra, acaso asegurada la impunidad por los millones del asesino. Así pareció desprenderse, porque los periódicos jamás dieron el nombre de él, y a raíz de las escasas

Por  
OCTAVIO LUXEMBURGO

noticias telegráficas, todo quedó en silencio. No se habló más del suceso.

Por mi parte, nada averigüé tampoco. Había dejado la profesión de reportero, para escalar un puesto más pingüe en las letras y la tarea de unos estrenos teatrales me tenía absorbido por completo. Además, por aquella fecha la imagen de Clara Sitzmayer no privaba en mis devociones... ¡El tiempo nos ayuda a olvidar tantas cosas...!

Estábamos sentados en la terraza del Café de la Paz. Pierre Bernier, el pintor de retratos, a quien me unía una amistad tan grande, como la admiración que le profesaba, nos propuso que le acompañásemos a su estudio.

Pierre Bernier tenía un magnífico bou-



## El Jabón Flores de Pravia

HA LLEGADO A SER HOY INDISPENSABLE EN EL TOCADOR DE TODA DAMA ELEGANTE. SU PERFUME ES EXQUISITO Y DA AL CUTIS UNA SUAVIDAD DIFÍCIL DE CONSEGUIR CON NINGUN OTRO JABÓN

doir en la calle de Saint-Denis. A él acostumbraban concurrir las mejores "estrellas" del arte escénico que desfilaban por la capital de Francia. Sus visitas eran siempre animadas. Fuimos. Dos vedettes esperaban en el hall a Pierre. Hacía dos semanas que posaban para unos retratos al óleo. El pintor las trataba con camaradería. Nos hizo pasar a todos al estudio y sirvió champaña. Pierre Bernier, aunque rico ya, no había perdido los hábitos de su bohemia pasada. Su estudio estaba allí para justificarlo: un desorden tumultuoso; una disposición arbitraria en todas las cosas; cuadros a medio concluir...

Ante uno de éstos me detuve encantado. Se titulaba *La siesta*, y sólo estaba concluido el letrero y una hamaca, donde seguramente alguna figura estaba llamada a reposar, pero la figura se hallaba todavía en los pinceles de Pierre. Es decir... la figura debía llegar de un momento a otro. Había contratado a una modelo y la esperaba aquella tarde.

Se hizo un poco de música. Una de las vedettes nos regaló con varias canciones típicas de su tierra. Era alsaciana. Cantaba bastante bien. Nuevos cigarrillos y más champaña...

Guardo oígo suspirar a los viejos románticos que fracasaron, comprendo su dolor ante el estudio bohemio que no llegaron a tener... ¡Se vive tan bien en los estudios...! Llamaron a la puerta. Pierre Bernier fué a abrir y volvió con la modelo que esperaba. En pocas ocasiones se ha visto mi razón sometida a una prueba de equilibrio tan atroz como ante la que se vio aquella tarde en presencia de la modelo que acababa de llegar.

No recuerdo un caso de mayor sorpresa en mi vida. Tanto, que si no estuviese contando una aventura auténtica, me resistiría a escribirlo. La modelo que acababa de entrar era Clara Sitzmayer, la artista asesinada en Berlín.

Casi no tuve tiempo de reflexionar ante el caso inaudito. Pierre nos hizo su presentación y la modelo se acomodó a mi lado, aceptando la copa de champaña que le ofreció el pintor. Yo estaba aturdido. No sabía si inclinarme por un notable parecido con la artista que yo había salvado en el Olympia o si creerme víctima de una extraña alucinación. Cuando creí a los demás distraídos en una conversación general, dije a la modelo, en voz muy baja:

—Usted murió en Berlín hace un año, ¿no es cierto?

La modelo me miró con extrañeza. No obstante, creí adivinar que mi pregunta la había inmutado. Yo se la había formulado así precisamente por sorprender en ella el efecto que podría causarle. Sabía que, si era Clara Sitzmayer, debía estar obligada por razones muy poderosas, para ocultarlo, pues, si no, ¿cómo explicarse aquel misterio? Ante su silencio, insistí:

—Usted y yo nos conocimos hace tres años. Trabajaba usted en el Olympia. Es posible que usted no se acuerde de mí. Yo si la recuerdo perfectamente. Soy discreto, sin embargo. Puede estar tranquila si es que aquí le conviene ocultar su nombre.

—Caballero, usted se equivoca...—balbuceó ella apenada.

—No es fácil—dijo, mirándola con penetración.—Si usted recordara lo que yo representé en su vida...!

—Usted—murmuró ella.—No, no... Usted debe de estar confundido. Me llamo Elena Deuville, soy modista y nunca oí ese nombre que usted pronuncia. Usted ¿cómo se llama?

—¿Yo?

Me interrumpió. Pierre y los demás nos observaban con interés. Temí haber comprometido el secreto de Clara Sitzmayer y desvíe la conversación.

No tuve ocasión de hablar con ella otra vez aquella tarde.

Pero, a la siguiente, Pierre Bernier me tenía otra vez de visita en su estudio. No había llegado el pintor, pero si la modelo.

Clara Sitzmayer se hallaba asomada a la galería que daba al jardín. Cuando llegó, se volvió rápidamente. La observé turbada por mi presencia. Todos estos detalles me afirmaban más en mi sospecha. No había posible equivocación. Aquella era la artista que yo había saludado una noche en su camerino del Olympia.

El misterio de su caída, de su enorme descenso, era el que me intrigaba. ¿Qué oscuros y dramáticos caminos había tenido que recorrer para venir a parar en una anónima modelo de pintor? Y aquel crimen falso, ¿qué significaba? A

sin violencias. Me contó su drama de Berlín con la sencillez y la serenidad de una alma que ya está acostumbrada al dolor. Era algo absurdo e incongruente que nunca he logrado explicarme por completo.

Clara Sitzmayer llegó a Berlín tres meses después de su actuación en París. Conoció allí al argentino Pablo Coblenza, joven empleado de una casa de banca, que formó coro entre sus adoradores y triunfó. Un amor pecaminoso y vulgar, en el que la artista no puso más que la ilusión de unas horas. Se aburrió en seguida y trató de romper con el argentino. Pablo Coblenza se había enamorado profundamente de ella y el anuncio de la ruptura le desesperó. Hubo entre ambos varias escenas violentas. Clara alegó su próxima partida de Berlín, pero Coblenza, dispuesto a todo,



anunció que la seguiría. Era una locura y la artista trató de disuadirle. No hubo medio.

El joven argentino era un exaltado, capaz de llevar sus conflictos morales hasta la tragedia. Esta surgió al fin. Clara Sitzmayer actuaba la última noche en Berlín. Al día siguiente debía tomar el tren para Amberes. Pablo Coblenza lo sabía y media hora antes de terminarse la función, apareció en el camerino de la artista. Sobre todo la escena de rigor entre ambos. Clara se mostró irreducible. El joven argentino se fué exaltando por grados. Suplicó primero, vociferó después. Hubo un remanso para establecer proposiciones. Pablo Coblenza le ofreció retirarla del teatro y casarse con ella. ¡Imposible! Clara Sitzmayer, en aquella hora de su carrera, no hubiera abandonado la escena ni por un principio. Era una devota de su arte. En cambio, Pablo Coblenza sintió que no podría abandonarla a ella ni ante la muerte. Enloquecido, sacó una pistola y la disparó sobre la artista repetidas veces.

—Entonces, lo de su muerte...—inquirí.

—Fueron las primeras noticias que publicó la prensa, con precipitación.

—¿Por qué no se rectificó después?

—No quise que se hablase del drama

por salvarle a él de la deshonra y del presidio.

—Se marchó usted de Berlín?

(Continúa en la página 59).

# UN AGUJERO EN LA MANO

POR

ANTONIO R. ROBLES

La princesa Lulila, princesita que siempre llevaba atado a un bramante, cuando era muy niña, un perrillo de trapo que iba constantemente tumulado y a la rastra, recibió del jardiner que la regalaba los tiestos, el regalo de un vivo cachorro auténtico, muy juguetón y muy simpático, con dos orejillas tiernas y unas manazas que corrían a pisar moscas y no cogían ni una.

Le llamaron Azúcar por lo que le gustaban los terrones, y tenía el carácter más dulce que uno de ellos.

De pequeño era de color café; pero a medida que crecía se fue poniendo blanco. Como de chico no comía más que azúcar y leche, decían que sería por eso, y unos dicen que si y otros que no era posible. Puede que en este perro, y solamente en este, se diera ese caso raro.

Fueron creciendo la princesa y *Don Azúcar*, y eran muy buenos amigos. Ella no tenía

hermanos, y jugaba con él todo el tiempo. Tocaban el piano a cuatro manos que daba espanto oírlos, pero que se reía uno mucho. Y el sanguinolento había aprendido a tocar los timbres de las paredes y a esconderse debajo de las mesas para ver los pies de los criados que acudían a ver quién llamaba.

Y cuando la princesa venía de la calle antes de que llegaran sus doncellas, la quitaba él con bastante cuidado los guantes y los lazos de los zapatos. Y veía las estampas de los libros pasando las hojas con la lengua y parándose mucho tiempo cuando había perros u otros bichos.

A Lullia la quería de tal manera, que no consentía que nadie entrara en sus habitaciones con armas al cinto, ni los generales o coronel que iban a cumplimentarla, ni sus primos los príncipes que iban acompañando a otras princesas, ni siquiera el rey. Las ladraba con tal estrépito de todo Palacio, que acudían criados de todos lados, y quien fuera tenía que dejar las espadas o los sables en el perchero con los bastones.

Pero resultó que *Azúcar* tenía un pequeño defectillo; era que comía una enormidad. Le ponían un plato de sopa en el jardín y lo lamía con tanta glostería, que por fin se le llenaba la lengua de tierra. ¿Y sabéis por qué era? Porque de lamer tan fuerte había hecho un agujero en el centro del plato.

Una vez alcanzó una ristra de cinco metros de chorizo, y para que no le notaran que lo había cogido, se lo comió de

prisa y lo dobló muy bien doblado en el estómago.

Y como resulta que las fundas del chorizo son de tripa, a él se le vació aquella ristra; pero le quedó la funda. De modo que le quedaron dos

estómagos, y unas veces tragaba por su garganta natural, y otra por el pellejo de los chorizos, que se le había colocado para siempre allí. Por eso ahora comía el doble que antes, ¡que es el colmo!

Pero este *Azúcar* tenía otra cosa pintoresca: que con la comida cambia de color y de modo de ser. Que eso sí que es raro.

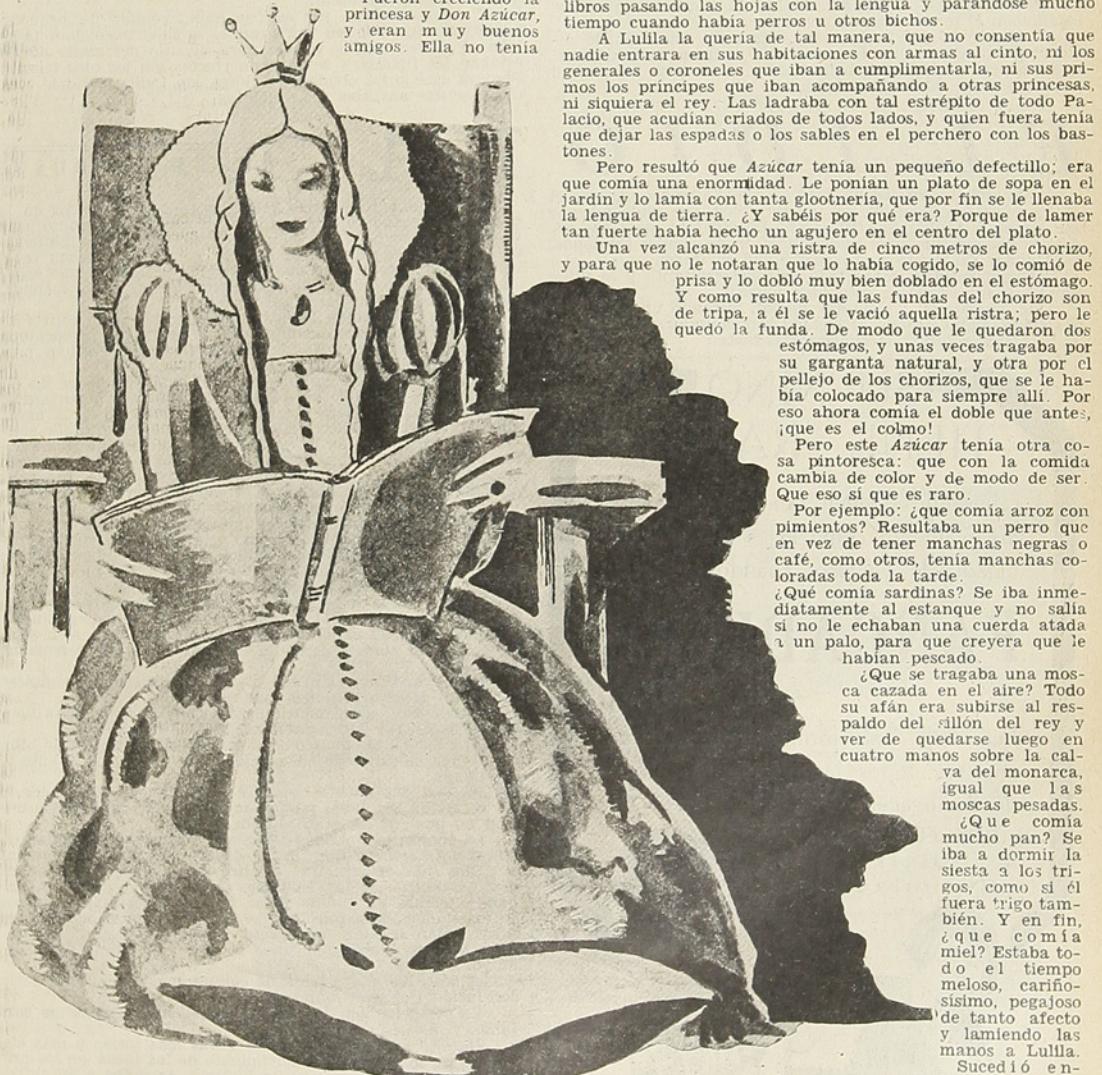
Por ejemplo: ¿que comía arroz con pimientos? Resultaba un perro que en vez de tener manchas negras o café, como otros, tenía manchas coloradas toda la tarde.

¿Qué comía sardinas? Se iba inmediatamente al estanque y no salía si no le echaban una cuerda atada a un palo, para que creyera que le habían pescado.

¿Qué se tragaba una mosca cazada en el aire? Todo su afán era subirse al respaldo del sillón del rey y ver de quedarse luego en cuatro manos sobre la calva del monarca, igual que las moscas pesadas.

¿Qué comía mucho pan? Se iba a dormir la siesta a los trigos, como si él fuera trigo también. Y en fin, ¿que comía miel? Estaba todo el tiempo meloso, cariñosísimo, pegajoso de tanto afecto y lamiendo las manos a Lullia.

Sucedía entonces una cosa



bien desagradable. En aquel palacio nadie quería mal al perro, porque la única broma que gastaba era lo del timbre y desatar los zapatos cuando comían en los comedores de servicio. Pero, en cambio, sujetaba con los dientes las cortinas para que pasaran los mozos del comedor con las fuentes.

Y, sin embargo, el perro tomó veneno. Yo no he creido que nadie fuera culpable, porque la gente es menos mal intencionada de lo que muchos se creen.

Tal vez sucediera que se cayó al suelo un paje con una medicina venenosa que era para dar fricciones en la calva del rey, a ver si le salía el pelo. Y como el Azúcar lamía cada día una cazuella hasta agujerarla, debió llegar a tocar la lengua envenenada.

Pero lo pasó lo que le pasaba siempre: que lo que tomaba le hacia el efecto en el carácter, en la manera de ser. Es decir, que en vez de envenenarse el estómago, se le envenenó el carácter. Y empezó a gruñir y a enseñar los colmillos.

No quería ni que la princesa le acariciase. La seguía, por costumbre, pero no quería mimos. Y a los guardias, a los príncipes y a las doncellas de Lulila, los amenazaba constantemente, y hasta se llevó entre dientes una colección de muestras de tela, que eran de las ropas de los criados.

Su amita comprendió en seguida que esta manera de ser era porque habría comido algo malo; sabía que los manjares cambiaban el temperamento de su perro querido.

Y una vez el perro, con marcada mala intención, se subió al piano y tiró al suelo todas las figuritas de porcelana, que eran conejos, gatitos, bailarinas y unos niños jugando al pasito, y todo se hizo mil pedazos.

# EL IDIOTA

T A P O R HENRY BARBUSSE

—Cuando yo salí de mi casa — dijo Vandor, — era yo el idiota de la localidad. Sí, en aquella aldea, que tenía además un nombre estúpido, San Honorato. Desesperaba yo a mis padres y divertía a mis conciudadanos con mi candor sin fondo, mi timidez sin límite y mi sensibilidad sin razón.

Mi sensibilidad, sobre todo, era la resultante y la crisis aguda de un estado de estupidez general.

Me enternecía, y de qué modo!, mirando un gato viejo y rapado, algún caballo arrugado con mataduras, en las que se veía el rojo bíftec, la chuleta o el filete.

## SU NINO TIENE RAZON

rehusando tomar tan repugnante medicamento como lo es el aceite de hígado de bacalao, cuando existe la

## PANGADUINE M. R.

que bajo una forma agradabilísima encierra todos los principios activos de dicho aceite.

### DOS FORMAS:

Elixir  
Granulado

de venta en todas  
las farmacias.



Entonces la princesa pensó en poner remedio antes que matar a su Azúcar, como la venían aconsejando. ¡Eso, nunca!

Empezó a pensar, a pensar, paseando por un salón muy grande para poder pensar mejor, y se la ocurrió, por fin, el procedimiento.

Se fué al aparador de los reales comedores, se echó una cucharadita de miel en la mano y se acercó a su can para el cual ponía siempre tanto cariño, porque tanto jugaron juntos en la infancia, a falta de hermanos.

Era tan buena, y le quería tanto, que estaba dispuesta al sacrificio; hay niñas que son así. Por eso se llegó al Azúcar, y sin caricias ni nada, le mostró la dulce mano. El perro, gruñendo todavía, y enseñando los colmillos a los lados de la lengua, comenzó a lamer la manita amable.

Y se tomó toda la miel; y haciendo igual que con los platos y las cazuellas, siguió raspando con su lengua la palma de Lulila. Y siguió sin cesar, y Lulila, aunque sentía dolores porque la quitaban la piel y comenzaban a quitarle la carne, no hacía más que pensar en que perdonaba al perro de lo que estaba haciendo, y en que le quería mucho.

Por fin, Azúcar, tan comilón como siempre, y sin darse cuenta de lo que hacía, agujeró la mano de la princesa. Ahora que mientras se tragaba poco a poco el pedazo, Lulila había sido buenísima y cariñosa; le había perdonado y había hecho un gran sacrificio.

Y como el perro, por eso, se había comido un pequeño pedazo de una bondad tan grande, se hizo buenísimo también. Y a veces se le ve que mira al sitio del piano donde estaban las figuras, y se va a un rincón con los ojos tristes. Pero ya casi lo ha olvidado, y juega con Lulila, dándole a la comba entre un árbol y sus dientes.

Me encontraron varias veces besando a las vacas en la puerta del matadero; me quedaba en medio del camino para ver pasar despacio a un niño enfermo, que inmediatamente me hacia burla sacando la lengua. Y cuando muchas veces volvía tarde a comer era que me había quedado en una especie de éxtasis interminable y siniestro delante de la fachada, y aun delante de la pared del hospital.

No me interesaban los asuntos generales de la conversación, la vida, los acontecimientos, las ideas, las invenciones, los hombres célebres. No, no. Tales cosas me estaban prohibidas por mi naturaleza.

Muchas veces en un salón o en el café escuchaba sin oír conversaciones en que se trataba de cuestiones importantes; muchas veces abandone por la noche, a un lado de la mesa, sin abrirlo, el periódico, reflejo impreso de las grandes actividades humanas y de la energía universal. Infinidad de veces olvidaba que había comenzado a leer la última novela psicológica de un autor conocido. Todo lo que preocupa aquí abajo y lo que alimenta el espíritu, no me interesaba nada. Yo no tenía cura. La mirada hacia adentro, rumiando padrenuestros incomprensibles, limitados y siempre parecidos como un bonzo centripeto, dejaba a la tierra dar vueltas fuera de mí. No me parecía a nadie, era como el fantasma de otro y me hundía en una estupidez llorona y monótona...

¿Y después? Despues me fui a París, mejor dicho, fui arrrebatado por la fuerza de las circunstancias. Allí todo cambió, tras muchos trabajos, múltiples humillaciones y muchos engaños, perdi el candor, que ponía una máscara rosa sobre la piel de mi cara, y perdi la sensiblería, que me corría las entrañas.

Esta transformación fué completa, demasiado completa, sobrepasó a las previsiones más optimistas.

Es conocido el legendario caso de los timidos, que, a fuerza de curarse, se ponen rabiosos. Tal fué mi caso.

Al cabo de algunos años el provinciano simpón de alma tartamuda se convirtió en un ciudadano listo y palpitante de actividad.

Iba a todas partes, estaba al corriente de todo, nada se me escapaba. No hubo ningún motivo de actualidad sobre el cual no pudiera discutir abundantemente.

La charla, las intrigas picantes y sensacionales venían directamente a mí. Yo era un verdadero lazo de cazar noticias.

Dios sabe el éxito que alcancé en esta época cuando me despojé de mi cortezza. Entonces me reveló yo como un brillante hombre de mundo. ¡Qué aclamaciones! ¡Qué sonrisas de los salones resplandecientes! Inventé nuevas ocupaciones, fui yo quien descubri una noche el cuádruple boston; este glorioso deporte intermedio entre el golf y el tennis, lo imaginé yo.

A pesar de ello, no estaba contento, no estaba satisfecho con lucir en el gran mundo.

Yo evolucionaba; las satisfacciones superficiales me cansaban y me desagradaban.

Orienté mi capacidad hacia obras más serias y más elevadas. Me interesé en el movimiento de las ideas, en los progresos de la literatura y en la historia. Asignaba a mi actividad nobles fines y fui favorecido por el destino porque me

(Continúa en la página 58)

# Merlina aconseja...

**Zapatos Teñidos.**—Muchas veces habréis oido hablar de terribles envenenamientos a causa de haber pretendido teñir de color negro un calzado claro. Es verdad que una tintura a base de anilina representa un serio peligro para la salud. Pero hay muchas otras maneras de teñir los zapatos, y éstas, inofensivas.

He aquí una:

Disolver una cucharadita de café en azúcar en polvo en la misma cantidad de aguardiente. Añadir negro de marfil en polvo hasta obtener una pasta espesa. Batid después juntas dos yemas y una clara de huevo, que mezclaréis cuidadosamente a vuestra pasta. Impregnad vuestros zapatos de esta mezcla y dejadlos secar. Enceradlos después con una excelente cera negra. Los zapatos amarillos toman muy seguido un feo aspecto y es preciso conocer un buen procedimiento de tintura que les dé un aspecto correcto.

**Para tener hermosas manos.**—La belleza de la mano puede obtenerse por medio de cuidados pacientes, lo que no es siempre cierto para todas las bellezas. Quiere decir, pues, que somos muy descaudados, si enseñámos una mano mediocre o fea, cuando está en nuestra mano el transformarla. El empleo hábil de pastas dulcificantes y jabones no irritantes nos dará una piel satinada y suave. El cuidado cotidiano pondrá nuestras uñas rosadas y brillantes. Y hasta la forma de nuestros dedos puede ser transformada. Los dedos muy espesos pueden adelgazarse por medio de baños de colodión recinado. Sumergid vuestros dedos cada noche en este líquido y guardaos bien de secarlos después. Conservaréis los dedos así encerados durante la noche y por la mañana sacaréis la capa de cera con un poco de eter sulfúrico. El colodión recinado es igualmente recomendable para la belleza de las uñas que abrillanta y fortifica.

**Para limpiar el aluminio.**—Es muy fácil limpiar una batería de aluminio. Pero hacerla brillar es menos fácil. El jabón mineral y la ceniza la limpian, pero no le dan brillo.

Procurad una hoja de papel de lija, el más fino que encontren. Limpiad bien las cacerolas y después calentadlas ligeramente sobre la llama del gas o de la cocina de carbón. Flotadlas en seguida con un pedazo de papel de lija hasta que brillen. El papel de lija no raya el aluminio como lo hace el jabón mineral o cualquiera especialidad costosa. Y su empleo permite el que la batería brille muy rápidamente. Triple economía de tiempo, de trabajo y de dinero.

No tiréis... una blusa de seda o un echarpe, porque sus colores se han destenido. Es posible revivir los colores del crepé y la muselina de seda, procediendo así.

Superponed sobre una mesa varios trozos de tela. Sobre esta espesa capa de tela colocad la sedería que queréis reparar. Frotadla por ambos lados con un tapón de lienzo embebido en agua con vinagre. (2 cucharadas y media de vinagre por 200 gramos de agua. Una vez que la tela esté casi seca, la aplancharéis por el revés, no sin interponer entre el fierro y ella, un papel de seda. Así renovada, vuestra tela podrá todavía servir. El procedimiento es aplicable también a las telas de los muebles, a las cubiertas de los cojines, a las cortinas delgadas. Sin embargo, si las cortinas han sido quemadas por el sol, nada intentéis, porque al primer contacto con el agua con vinagre, se desharán.

**Para limpiar el peluche.**—Ya es tiempo, señoras, de sacar de vuestros cajones y vuestras maletas todas las cosas de invierno, y de renovarlas por medio de una limpieza escrupulosa. Si poseéis un trozo de peluche ya deslucido y sucio por el uso, embebéd de petróleo un trozo de franela, y frotad el peluche en todos sentidos. Después, hacedlo secar al aire libre.

**El desayuno del bebé.**—Hasta los cinco o seis años, un niño no puede alimentarse como los adultos. Aunque sea sano, sería imprudente hacerlo comer todo lo que comen las personas mayores y toda mamá prudente se guardará mucho de hacerlo. La alimentación del niño, tiene consecuencias felices o desgracias de las cuales él se resiente después toda la vida. Un régimen inadecuado, parece no dañar al pequeño, pero provoca a los dieciséis o los veinte años, una gastritis casi incurable.

¿Qué daremos al niño en su primera comida de la mañana? Ni té con leche, ni

café con leche, enervantes y poco nutritivos, ni chocolate, pesado e indigesto, si no un buen preparado con leche hervida. El doctor Variot, gran puericultor francés, recomienda a los niños, especialmente a los débiles, la harina de avena del tipo escosés, porque la harina de avena ordinaria es menos fortificante. Es también menos sabrosa. Esta harina de avena especial, es el alimento ideal para los niños. Se la cuece en leche alrededor de 20 minutos, hasta que espese. Desde los dos años, puede ser así un niño alimentado perfectamente.

**Con las castañas.**—Ya viene el tiempo de las castañas, y también el otoño con sus fríos, estación que hace desear mucho las golosinas y los postres de todo género. Como los huevos se ponen muy caños en este tiempo, yo voy a dar a mis lectores una buena receta de postre con castañas, que resulta exquisito, fácil de preparar y muy económico.

Coged 1/2 kilogramo de hermosas castañas. Sacadles la envoltura exterior y echadlas en una olla grande con agua hirviendo. Una vez cocidas, peladlas del cuero fino que les queda, al mismo tiempo que las vais sacando del agua. Reducidlas a un fino pure, que coceréis en compañía de medio vaso de agua, de dos cucharadas soperas de azúcar en polvo y de un saquito de azúcar vainilladas o bien con algún palo de vainilla. Revolvede en el fuego durante diez minutos. Cuando vuestro pure esté espeso, sacadlo del fuego y dejadle enfriar.

Enmantecillad un molde y echad vuestro puré y exponedle al frío durante quince o dieciocho horas. Sacaréis al día siguiente vuestros postres, manteniéndole un rato sobre el vapor del agua. Agredadle crema chantilly. Este postre resultará exquisito.

Fórmula: (Solución 40 cm³). Passiflora incarnata (extracto fluido); Cratoegus Oxyacantha; Beleno (extracto blando) sesenta centigramos; Cicerina; Jarabe de cáscara de naranjas amargas CSP.



# BOURJOIS PARIS

LOS PERFUMES  
QUE ASEGURAN  
PERSONALIDAD

SOLICITE USTED DE SU  
PROVEEDOR  
TARJETAS PERFUMADAS

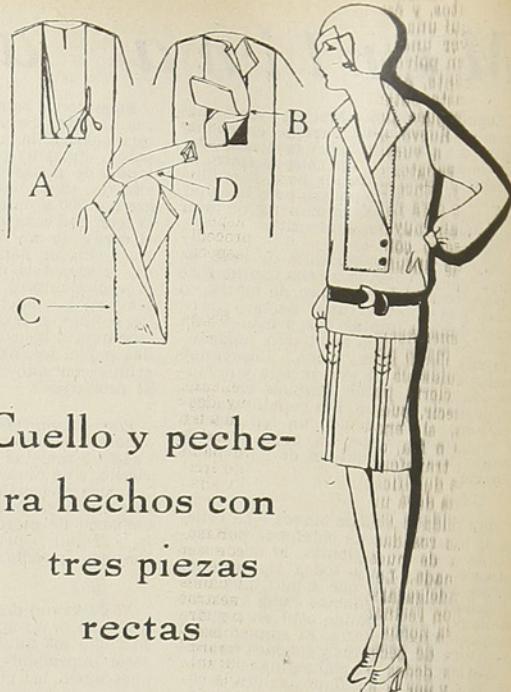


Concesionario para Chile:

**AUGUSTO MEYTRÉ**

VALPARAISO

CALLE O'HIGGINS, 72, 74, 76



Cuello y pechera hechos con  
tres piezas  
rectas

En el presente figurín puede verse la forma de cuello y pechera que tan en boga ha puesto la moda actual para los trajes de diario propios para señoritas. El género más sencillo adquiere un indiscutible aspecto de elegancia inglesa si con él se confecciona un traje adornado con este pastrón. Además, tiene la inapreciable ventaja de ser muy fácil de ejecutar, no necesitándose más que cortar tres piezas muy rectas y colocarlas en el sitio debido.

Correse ante todo la blusa por un patrón liso y cuidando de que la abertura del cuello quede ceñida y redonda. Márquese en seguida el pastrón, cortando la tela, como demuestra la A. El trozo de tela que se ha cortado puede servir de patrón de las dos piezas dobles y rectas que se necesitan para el pastrón. Estas dos piezas se colocan sobre la abertura, como señala la B, doblando medio centímetro por el borde inferior y por el lado que no está el doblez de la tela, y se hilvana y cose a la blusa con espunte de máquina (C).

Respecto al cuello, consiste en una tira doble y recta que, volviendo hacia dentro los bordes, se hilvana y cose todo alrededor de la abertura del cuello, como podemos ver por la D. Una vez cosidas, se planchan todas estas costuras. Si el vestido es claro, el cinturón y los dos botones oscuros contribuirán a darle una nota de sobria elegancia, que se acentuará si se hacen los dos ojales de los botones con torzal del mismo color que éstos; pero, si se quiere evitar este trabajo, pueden coserse los botones en la hoja superior y abrocharse el pastrón por medio de cierrapolleras.

## Cocina

**Sopa Juliana.**—Después de cortados en pequeños trozos, zanahorias, nabos, apio, hojas de repollo y puerros, revuélvase todo junto en una cacerola, con unos sesenta gramos de manteca de vaca, hasta que estén bien doradas todas las legumbres. Echese caldo y póngase a hervir durante una hora. Antes de servirla es conveniente echar en la sopa unos guisantes y puntas de espárragos que habrán hervido previamente.

En la sopa deberán de ponerse unos pedazos de pan frito.

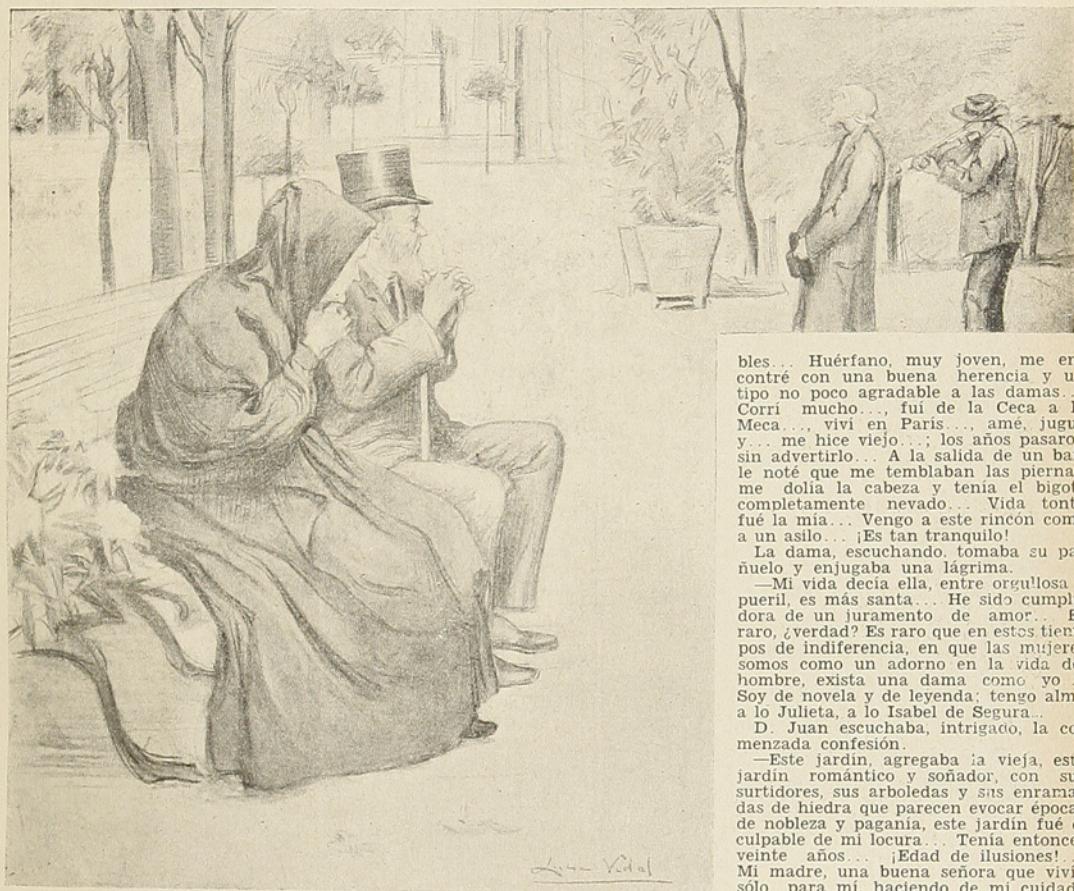
**Torta de almendras.**—En una vasija se trabajan 500 gramos de almendras mondadas y machacadas, doce yemas, cuatro claras, limón rallado, 100 gramos de manteca de vaca fundida y 100 gramos de harina.

Se vierte en un molde untado de azúcar y se hace al baño María.

**Salsa árabe.**—Tómese un kilo de piñones y después de mojarlos hasta reducirlos a pasta, añádase una cucharada de agua, diez de aceite fino, el jugo de un limón y un poco de ajo y perejil picados; mézclense todo bien. Se sirve con pescado frito.

# La Romanza Evocadora

Cuento de AMICHATIS



Y el viejo cantor gangosoé las palabras de la romanza evocadora...

D. Juan de Montemar, un viejo agradable y simpático, que paseaba con altivez sus cincuenta años de soltero, tenía aficiones a los jardines solitarios y evocadores.

D. Juan de Montemar, cada mañana, después de rezar su oración ante el viejo Cristo de la gótica Catedral, encamino sus pasos al jardín de la Escuela de Canto y allá pasaba las horas de recordanzas, pensando en la dulzura de amores que no gozó y recibiendo el beso del sol, que es el padre amable de todos los ancianos.

En aquellas horas matinales, era el jardín, con pretensiones versallescas y estanques sombrios rodeados de arrayanés, un asilo para los naufragos de la vida. Allá, en aquel agradable refugio, tenían los ancianos, como los Reyes antiguos en los monasterios, un lugar para plácidas evocaciones.

Como el buen D. Juan, también iba al poético rincón una vieja dama que, tras los pliegues de su manto, ocultaba la majestad de un cuerpo virgen en la decadencia. Tenía la dama ojos negros y maternales, de mirar amoroso. Anda-

ba despacio y siempre parecía escuchar el eco de una voz.

Cada día, al mediar la mañana, apoyábase la dama en un banco, tras las paredes de la Escuela, y el galante caballero siempre lograba una mirada de sus ojos evocadores.

—Buen día tenga la compañera de paseo, decía el viejo galán.

—Dios guarde al amable caballero, contestaba a la anciana dama.

Y con los saludos comenzó la amistad. Fue una de esas amistades de viejos, que ven sus antiguas andanzas tras el velo de los años. Todo tiempo pasado fué mejor y, apoyándose en el proverbio, urdían sobre sus pasadas historias mentiras agradables y románticas.

—¡Oh!... ¡En mis tiempos!..., decía la dama.

—¡En los nuestros!..., repetía el caballero.

Y de confidencia en confidencia, llegaron a lo íntimo de sus confesiones.

—Yo, decía D. Juan, he llevado una vida inútil de fanfarronería y misterio... ese misterio con que rodeamos las aventuras para hacerlas agra-

bles... Huérfano, muy joven, me encontré con una buena herencia y un tipo no poco agradable a las damas... Corri mucho, fui de la Ceca a la Meca... viví en París... amé, jugué y... me hice viejo... los años pasaron sin advertirlo... A la salida de un baile note que me temblaban las piernas, me dolía la cabeza y tenía el bigote completamente nevado... Vida tonta fué la mia... Vengo a este rincón como a un asilo... ¡Es tan tranquilo!

La dama, escuchando, tomaba su pañuelo y enjugaba una lágrima.

—Mi vida decía ella, entre orgullosa y pueril, es más santa... He sido cumplidora de un juramento de amor... Es raro, ¿verdad? Es raro que en estos tiempos de indiferencia, en que las mujeres somos como un adorno en la vida del hombre, exista una dama como yo... Soy de novela y de leyenda; tengo alma a lo Julieta, a lo Isabel de Segura...

D. Juan escuchaba, intrigado, la comenzada confesión.

—Este jardín, agregaba la vieja, este jardín romántico y soñador, con sus surtidores, sus arboledas y sus enramadas de hiedra que parecen evocar épocas de nobleza y pagania, este jardín fué el culpable de mi locura... Tenía entonces veinte años... ¡Edad de ilusiones!... Mi madre, una buena señora que vivía solo para mí, haciendo de mi cuidado un culto, me traía a este jardín para que la acompañara en sus meditaciones... Un día y no extrañe, buen amigo, que me entereña al recordarlo, un día, mientras mamá leía un pasaje de novela, yo soñaba... ¡Edad de ensueños era la mia!... Soñaba en porvenires de azul y de esperanza... Soñaba, y rompiendo el encanto de mi ensueño, se oyó una voz... La voz salía de esos ventanillas y la vieja mostraba las paredes de la Escuela de Canto— Era una romanza lo que entonaba la voz desconocida. Decía así:

Por una princesa blanca  
Va llorando un trovador...

El cantor ponía una emoción en sus palabras, que me hicieron olvidar el jardín, las enramadas y las fuentes, al escuchar la voz desconocida. Cesó la romanza y se perdió el encanto. Senti esa tristeza que nos ahoga cuando conocemos gores que no podemos lograr...

Volví al paseo y la voz, ensoradora volvió a mis oídos. Fué mi culto por el cantor un amor sin precedentes... Adoraba a la que sabía hacer soñar, entonando las aprendidas estrofas y volví a este rincón hasta que la voz dejó de oírse.

(Continúa en la pág. 63)

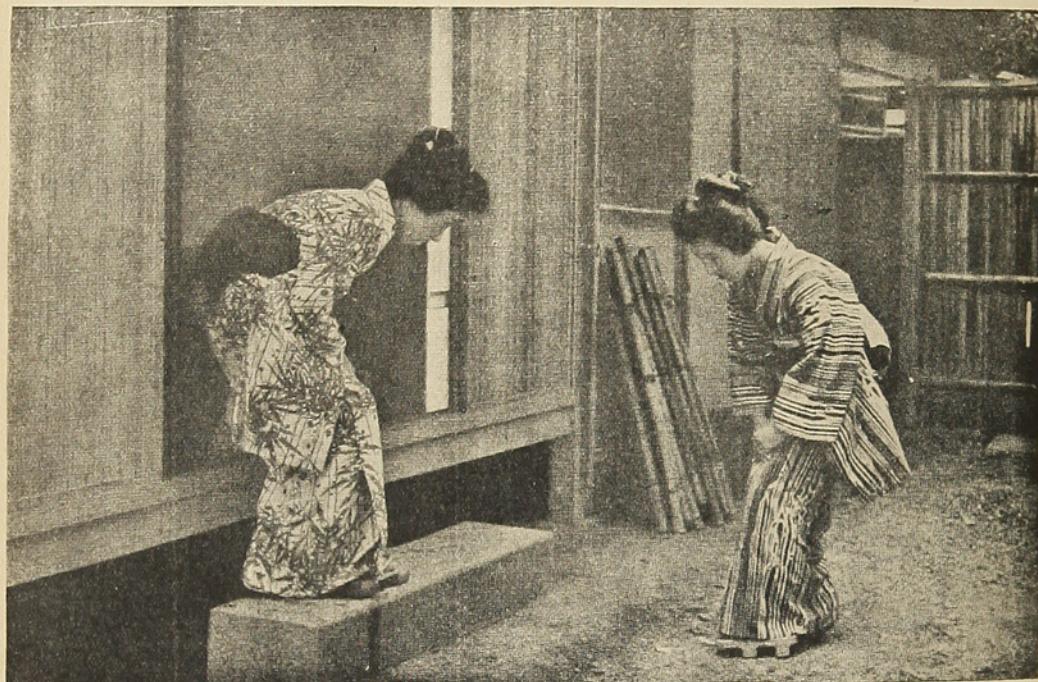
# El Japón Lejano y Misterioso

Los extranjeros residentes en el Japón, cuyos conocimientos sobre la vida de este pueblo no hayan pasado de las puertas de las ciudades, y aún aquellos que llegaron a poblaciones del interior, en las que las costumbres de los *Ijinsan* son un tanto conocidas, saben las particularidades en que se desarrolla la existencia de los japoneses próximamente lo mismo que los que nunca pisaron el pie en el vasto imperio nipón. Esta circunstancia presta enorme interés a las narraciones de las "cosas japonesas", autorizadas por una no corta residencia en Satsuma.

Satsuma se encuentra en el extremo meridional del archipiélago del Sol Naciente, y los europeos asocian este nombre a esas primorosas creaciones de porcelana y loza de arte japonés: para los súbditos del Mikado es el recuerdo de la en

ninguna eficacia contra intrusiones, puesto que están constituidas por unos ligerísimos tabiques de papel, dejando intersticios tras de los cuales se advierten los ojos de los curiosos, observando los menores movimientos del *seijoín*. Por si esto fuera poco, la costumbre de dar unos golpecitos anunciantores en la puerta es absolutamente desconocida para los criados de ambos sexos de aquellos hoteles.

Y si el extranjero hace público el deseo de alquilar una casa y tomar a su servicio una criada, lejos de encontrarse con facilidades para sus propósitos, como hace suponer la pobreza de aquella región, se dará cuenta del temor que a propietarios y sirvientes inspira el *seijoín*, pretextando los primeros su repugnancia a poner sus inmuebles a la disposición de un individuo de una raza poco limpia, hasta el punto de



Dos japonesas saludándose.

un tiempo turbulenta y dominante "Tribu de Satsuma". Los geólogos encuentran el principal interés de esta región en las notables montañas e islas volcánicas, de las que entre las primeras, Sakurajima, con sus tres cráteres, aún activos, es la más famosa.

El atractivo de Satsuma para los arqueólogos consiste en los antiguos monumentos que contiene, restos de un pueblo prehistórico, los más antiguos del Japón.

Kagoshima, bajo la constante amenaza del humeante y rugiente Monte Sakurajima, es la única ciudad de la provincia de Satsuma, y a excepción de algunos misioneros y de los maestros de las escuelas del Estado, no ha sido visitada por ningún extranjero. Sin embargo, hasta penetrar en el país que sigue a Kagoshima, no es posible darse cuenta de la diferencia que existe entre los usos y costumbres del mundo europeo y los de aquella parte del "Dai Nippon", extraños a toda influencia exótica.

El extranjero que llegue a cualquiera de los pueblecitos que hay después de Kagoshima, puede estar seguro de atraer la curiosidad de aquellos indígenas, y hombres, mujeres y niños, acudirán de todas partes, abandonando sus quehaceres, para contemplar al *seijoín* (extranjero), curiosidad que le ha de seguir tan insistente, que debe renunciar a toda idea de aislamiento.

Al encerrarse el extranjero en su habitación del hotel, no conseguirá sustraerse a las escrutadoras miradas de los naturales del país, contribuyendo a esto, la circunstancia de que las puertas son tan sólo una separación sustancial, sin

que ni aún se quitan los zapatos cuando entran en la casa, y alegando los segundos que de unas gentes que comen carne y pan y que no hablan el idioma de los hijos del cielo, puede esperarse cualquier atrocidad.

Ningún japonés en Satsuma usa muebles en su casa, exceptuando, si esto puede llamarse mobiliario, algún *zabutón* (tapete para sentarse, o, más bien, arrodillarse, porque los japoneses nunca se sientan, ni aún en el suelo), el *fouton* (colchoneta para dormir), y una batea para servir la comida. Los muebles europeos sólo se ven en la casa de alguno que otro nipón de las grandes poblaciones, que las amueblan a lo que ellos llaman "estilo extranjero".

Este "estilo extranjero" consiste, generalmente, en unas sillas de felpa o de tapicería, tan incomodas para los blancos como para los amarillos, y en algunas cromo-litografías colgadas de las paredes. Las escuelas y edificios públicos han aceptado ya estas sillas y estos cromos de la evolución, sin haberse introducido, todavía, afortunadamente, en las casas particulares de Satsuma.

El problema de alquilar una casa no es, como antes se dice, de fácil resolución para el extranjero que llega a uno de estos pueblos. Pero, como al fin y al cabo, los propietarios construyeron los inmuebles para lucrarse con su renta, la perspectiva de un ventajoso arrendamiento acaba por vencer toda repugnancia. Y surge entonces, imponente, casi imposible de solucionar, la cuestión de la servidumbre. Las pocas mujeres que se deciden a servir a un extranjero, son como puede suponerse, de lo más inepta del pueblo, y aún

suele darse el caso de que, entre la disyuntiva de tener que ocupar uno mismo de las labores domésticas o aceptar los defectos de las pretendientes, cerrado el trato con la menos mala, al día siguiente, en vez de presentarse ésta a comenzar sus funciones, envíe un mensaje excusándose y renunciando al cargo. Y si la criada que, por último, se toma, desempeña mal que bien los quehaceres domésticos, en que para nada interviene la habilidad, en punto a conocimientos culinarios, hay que contentarse con algún que otro manjar in-

manos preparan este plato, que es el más plebeyo para los japoneses.

TOKUGAWA  
YOSHIKO  
charmantte vedette  
nipponne



digena, sin poder salir del «unagi meshi» (arroz) con anguila, bocado exquisito, que se aprecia mucho en el Japón), con la variante de cualquier otro plato, en que siempre los componentes son arroz y pescado. A la vista de los vendedores ambulantes de batatas que llevan en grandes cestos colgados en los extremos de una palanca de madera que apoyan en el hombro, nos decidimos en busca de variedad en nuestra mesa, a significar a la cocinera el deseo de comer este tubérculo. Pero la fármula se excusará, ruborizada, negándose a que sus

tanto que la batata no la comen en el Japón más que los indigentes, cuyos recursos no les permiten procurarse arroz. Tal es el prejuicio que existe contra este tubérculo. (Continúa en la página 64).

# LA MUSA, Cuento de María Thierry

—¿Cómo se me apareció la verdad en una mentira? ¿Cómo una Musa de Carnaval llegó a ser la Musa de mi existencia? ¿Cómo comprendí delirando lo que era la razón, y cómo soñando me hice cargo de la locura del sueño? Todo esto pude contároslo en pocas palabras si queréis escucharme.

Aceptamos la proposición con entusiasmo.

Después de un día de cansancio pasado en andar por las

en la más alto de una casa ocupada toda ella por gente modesta y trabajadora.

»Allí amasaba en mi paleta esos colores brillantes que constituía mi secreto, no obstante lo cual en mi espíritu había más negruras que tintes rosados.

»Quedábame, en aquel momento, de la herencia paterna novecientos cuarenta francos, que no tardaron en volar.



—Ahí van doscientos cincuenta francos, producto de las flores pintadas por usted y que yo he vendido

calles atestadas de gente, nos habíamos reunido una docena de amigos en el taller de Gastón Perrey, quien nos había invitado a terminar en su casa aquella velada de Carnestolendas.

La señora de Perrey, una rubita de ojos risueños, fué la única en no aprobar el ofrecimiento de su marido.

—¿Cómo! ¿Vas a explicarles? — exclamó.

—Y por qué no? — respondió Gastón.

—Después de todo, si eso te divierte...

• • •

—Ninguno de vosotros — comenzó diciendo Gastón. — me conoció en aquellos tiempos de primera juventud que hoy me complazco en evocar. Hace de esto doce años... ¡Cuán de prisa pasa el tiempo!

»Tenía yo veintitrés años, un capital de tres mil francos, una caja de colores, los cabellos largos y el convencimiento inquebrantable de ser un hombre de genio.

»Toda mi familia se reducía a un tío, fabricante de papeles pintados e intimamente persuadido de la superioridad del comercio sobre el arte. No podíamos entendernos.

»Cuando descubrí que, a espaldas suyas, frecuentaba yo la Escuela de Bellas Artes, montó en cólera espantosa y me puso en el trance de escoger entre su herencia y la pintura. Tuve un hermoso arranque y desprecie la herencia.

»Establecime, pues, en un pequeño taller de Batignoles,

»Para acabar de complicar mi existencia me enamoré. »Ella vivía cerca de mí, en un cuartito, del que salía por la mañana y al que no regresaba hasta la noche.

»La encontré en la escalera un domingo. Llevaba en el cuello un lazo azul y sin ningún preámbulo hicele observar la semejanza de aquella cinta y el de sus ojos; y al ver que se quedaba un tanto cortada por aquel modo brusco de entrar en relaciones, le di por excusa que, siendo pintor, no podía yo permanecer insensible a la armonía de los colores. Y a continuación atrevíme a expresarle, en nombre del arte, mi admiración por el oro de sus cabellos, el nácar de sus mejillas...

»Y en vista de que no se enfadaba, invitále a visitar mi taller... ¡Entre vecinos!

»La señora Juana — pues tuvo la amabilidad de decirme su nombre — aceptó sin cumplidos; y he decir, en honor de su buen gusto, que puso en sus alabanzas de mis obras prudentes reservas. Únicamente le satisfizo del todo un ramo de malvas rosas.

»Debiera usted pintar flores — me dijo.

»En boca de cualquiera otra persona, aquel consejo me habría irritado; pero de mi nueva amiguita de azules ojos lo acepté sonriente. Puesto que ella amaba las flores, le daríamos gusto. Y como pareja a las malvas rosas pinte un ramo de mimosas y ello me dió ocasión, algunos días después, para acecharla al paso e invitarla a ver mi nueva obra.

(Continúa en la página 63.)



## *La Ultima Noche de Don Juan*

llegan del templo celeste,  
por escaleras de plata,  
a mi morada sombría  
para alumbrar con sus lámparas  
en esta noche postrera,  
las estancias solitarias...

—¿Quiénes sois, divinas sombras?  
—¿Qué queréis, bellos fantasmas?...  
Decidme: ¿Sois estrellitas,  
sois vírgenes o sois hadas  
tejedoras de los sueños?...  
—¿Qué musitáis?  
—Sois las almas errabundas  
que no tienen en el cielo sus moradas?...

—“Somos,  
dicen tristemente,  
tus amantes olvidadas...”

—¡Doña Inés, doña Violante,  
doña Elvira, doña Ana...!  
Fuisteis para mi el capricho de una no-  
che...

Fuisteis tantas,  
que apenas si ya recuerdo vuestros nom-  
bres...  
Sombras vanas,  
que en la vida fuisteis rosas de amor,  
por mi deshojadas...

Pero os di mi juventud en cada beso!...  
y mi alma  
fué un incendio perenne,  
donde amor puso por brasas,  
corazones de mujer,  
y, por perfumes, mis lágrimas...

—¿Dónde fué la triste Elvira?  
—Dónde, doña Inés, la casta?...  
—Dónde, la perfida novia de don Luis,  
doña Ana?...

Vosotras sois sólo sombras engañosas,  
sois fantasmas;  
imágenes intangibles  
que, bajo esta luna pálida,  
encanto de mis delirios  
venís a turbar la calma  
de mis horas silenciosas...

—Por qué tañen las campanas  
tan lugubriamente,  
espectros?...

—“Por ti, don Juan,  
por tu alma...”

En una nube de incierto  
se alejaron los fantasmas.  
Pero ha quedado una sombra,  
envuelta en negra hopalanda,  
una sombra  
que me mira desde el fondo misterioso  
de mi estancia solitaria,  
con expresión tan profunda,  
tan profunda, tan profunda...  
que me fascina y encanta...

—Y tú, ¿quién eres?  
le digo,  
y ella, sin decir palabra,  
llega hasta mí, lentamente...  
lentamente, lentamente...  
y, bajo la luna pálida,  
queda desnuda a mis ojos,  
tan desnuda y descarnada,  
que sólo a la muerte misma  
pudiera ser compararla...

—“Soy, dice al fin,  
‘soy tu amante verdadera...  
soy la nada’.”

Son las doce de la noche  
¿por qué tocan las campanas?  
sus tanidos son los ecos de ultratumba,  
¡dán din, dán... tanidos lentos de agonía,  
mil fantasmas,  
por la escala de la luna,  
bajan del cielo a mi estancia  
esta noche de noviembre,  
fria, silenciosa y clara...

Parecen castas novicias  
llevando cirios y palmas.  
Diríanse las estrellas  
que, bajo formas humanas,

# PALABRAS de una SIRENA

El dia fué espléndido. El Pacífico se había puesto un traje helénico; parecía que el rincón del Pireo se había dilatado rompiendo todo confín, mezclándose con las aguas que cruzábamos, o que las corrientes submarinas nos habían llevado en un momento desde los mares australes a los tranquilos cauces del Egeo. Al atardecer, el sol, después de haber hecho hervir el mar en argentadas luces, se ocultó en una gruta de gemas policromas, de ámbares y de amarantos. Un latido voluptuoso estremecía el ambiente.

Yo había contemplado el ocaso desde la toldilla superior del "Negada", vapor alemán que desde el Plata me llevaba a Chile; junto al castillo repartía mis miradas entre el mar y el prolongado lomo de la costa que en comba suave se dilataba, sin arenosas playas. De noche, al entrar en mi camarote, miré por el tragaluz los toisones de espuma que corrían

—No te molestes — me contestó —. Ni caeré en el mar sin que yo lo quiera, ni en tus manos; espera. Quiero hablarte. Soy la sirena Maya.

—Tanto gusto, señora; pero yo no permito que una señora y además sirena, esté molesta mientras yo tan ricamente descanso. Vuelva la cara que me voy a levantar y la ayudaré para que entre.

—No te muevas y escucha.

La sirena Maya alargó sus brazos hacia dentro del camarote a través del tragaluz como si fuese a zambullirse en el aposento; metió su cabeza más adentro, oyeronse robustos coletazos sobre las aguas del mar y aquél sauro fantástico pasó su cuerpo por el aro del ventanuco y cayó blandamente sobre el sofá de mi pequeño aposento.

Se recostó en actitud venusina mostrando esbeltas formas



en tropel rozando las bandas del vapor. Cuando las espumas cesaban de bullir, las aguas aparecían negras, como son las que corren sobre lechos profundos.

—Por qué hemos dejado morir la Mitología?, pensé. Ella colocaba un espíritu en las rocas, en los árboles, en las aguas; nápeas, driadas, sifides, ondinas, neréidas, espíritus femeninos que poblaban los elementos dando un alma a las cosas que hoy miramos como muertas. Había mucho espiritualismo en estos engendros, naturalistas según algunos. Hoy no nos llaman la atención más que las gavilas y los tiburones. Seamos consecuentes con el prosaísmo moderno. ¡A dormir!

de mujer. Sus piernas cubiertas de escamas de platas y esmeraldas, se remataban en cola de pez. Tomó mi cajita de cigarrillos y cogiendo uno de ellos me pidió fuego.

—Una sirena que fuma! — pensó asombrado.

—Y que habla todos los idiomas y viste todos los trajes, — me dijo Maya como si hubiese leído mi pensamiento.

Encendió un cigarrillo y después de saborear una bocanada que dejó escapar de su boca en suave espiral, me dijo:

—Ya adivino que piensas que no es esta la única vez que me has visto, y aun me verás muchas veces, tal vez hasta que te mueras, pero no siempre me presentaré ante ti como mujer.

—Pero, ¿quién eres? — le pregunté lleno de ansiedad.

—Ya lo sabes: Maya, la Ilusión. Yo fui también una de las niñas<sup>s</sup> del coro que aprendí de Prometeo la única verdadera fuente de vida: la esperanza. Ya te hablaré de esto más despacio. Claro que me conoces, yo me llamo Nini, Olga, Pierrette, María, y me has visto en el Aar, cerca del Rhin; en Schandau, junto al Elba; en Florencia, en Ostende, en París, en Buenos Aires, en Madrid... en muchas partes. Una vez me puse un turbante de oro por cabellera, de un nácar que tenía con rosas de una aurora maticé mi cara y hablándote con toda dulzura de una Gretchen, pasé ante ti con la arrojancia de una Walkyria. Otros días, fui para ti dulcísima criolla de la tierra antillana, de ardiente mirar y melosas inflexiones de voz. ¿No recuerdas otras veces haberme aplaudido en un teatro cuando yo me agitaba en plena farsa? Cada vez que soñabas, aparecía yo; cuando despertabas, volvía para

—Por qué me miraba así? ¿Cómo había llegado hasta el tragaluz por las bandas del vapor?

El disco de cristal del tragaluz de mi camarote se había destorillado y en el redondo marco, como primoroso cameo, asomaba una cara de mujer. Tenía extraños reflejos su cabellera; las crenchas parecían pasar del rubio al moreno como si reflejasen luces distintas; caían ondulantes, y la mirada de aquél misterioso ser me contemplaba esperando mi despertar. Sonreía. Un halo de fosforescencia marina nimbaba el semblante.

Y el barco se movía; aquella mujer me pareció que iba a caerse al mar.

—Pero, ¿cómo está usted ahí? — le dije —. Agárrese bien. Deme una mano; yo le...

La mujer se echó a reír

hacerte soñar. Yo soy una dimensión fundamental del espíritu humano (como tú dirías si te pusieras serio). Ya lo sabes: soy Maya, soy la Ilusión.

—¿Y por qué te vas cuando yo quiero hacerte mía?

—Para poder volver remozada, en vez de acabar en la agonía del tedio entre tus manos. La sirena Maya necesita abismarse en las aguas, desaparecer para recobrar el encanto. Si te dejase acercar hasta que quedase aprisionada entre tus manos, cesaría mi encanto y ya no me buscarías más. Para hacerte sentir la alegría del retorno, necesito marcharme.

—No sé por qué siendo la Ilusión, causas tales penas.

—Si no te hiciese sentir la pena, la alegría no tendría valor para ti. ¿Cuándo has admirado más el sol? ¿Antes o después de pasar bajo las nubes?

—Y por qué no has de ser todo alegría, todo sol?

—Por lo mismo que el mundo no es todo mar ni todo tierra. Un solo color pintando todas las cosas, nos haría perder los ojos. Sufres, pues, siquieres saber luego lo que es el goce. No te arrojes nunca ciego hacia mí, ni te alejes tampoco hasta perderte; mientras oigas mi canto, argonauta que buscas oro para tu corazón, navega... ¡No recuerdas a aquel a través de manecibo que tragaron los remolinos del Rhin por intentar alcanzarme en mi trono de rocas? Yo alisaba mis cabellos con un peine de oro y adornaba mi cuello con ringleras de perlas cantaba...

—¡Loreley!

—Sí, yo fui Loreley, la ninfa del Rhin, la que vió morir al hijo del conde de Pfalz que quiso salvar el abismo de agua que me separaba de él, para hacerme suya. Si no hubiese él perecido ante mi habría muerto yo en sus manos. Yo bien sé que muchas veces me has maldecido, pero después de abandonarme no has conocido más que la triste calma que hacía consumir tu corazón, y me has buscado otra vez... Siempre que me abandones, serás desdichado. Sólo los decretos no me conocen ni oyen mi canto. Mi canto te hace andar sobre la tierra firme y por encima de las aguas. Hasta aquí has llegado siguiendo los rumbos que te trazo mi voz. ¿La crees engañosa? No, no me juzgues mal. Si cesara de cantarte tú mismo te hundirías en ese abismo que bulle bajo nosotros; no pensarias volver a otras regiones que amas y que los ecos de mi voz sembraron de esperanzas. Cuando a ellas vuelvas, yo te llamaré desde otros mares; por mí prepáras a las cimas de altas mon-

tañas. Mi espíritu que penetra en las aguas y vence el embate de las olas, puede también alentar en la tierra de los valles, en el corazón de las montañas, vestirse de flores, murmurar la barbara melodía de las selvas. ¿Por qué te entristeces?

—Porque condenas a eterna peregrinación.

—Sólo así no serás cobarde. Si mi rostro radiante y los lauros de mis manos no atrajesen, no te moverías, y tu vida sería la de los gullarros. Te sigo para que vivas; si te abandono, vivirás como un sonámbulo, vivirás muriendo. Yo no quiero que te canse de mí, y... por eso no me presentare siempre como mujer. Saltaré de uno a otro molde, vaciando en ellos mi díctil sér para volatizarme de nuevo en formas radiantes, trastornando mi esencia para volverte a sorprender.

—Y ha de ser siem pre así, Maya?

—Prometeo obró el milagro. Solo colocan dome entre vosotros, los mortales, en forma de esperanza, habéis vencido el temor a la muerte. Ahora, siquieres que me marche y no vuelva a verte más, te abandonaré aquí o apagare mi voz cuando

llegues a la cumbre de los Andes... — ¡No! — grité. ¡Canta, canta siempre para que yo te oiga, y no acabes la canción! ¡Quebrá sus melodías para que espere afanoso el final y enlaza unas con otras en eterna armonía!

—Aur vives — dijo Maya. Las manos temerarias que requieren una espada, la buscan porque mi aliento la ha imantado antes; los ojos que repasan un sermónario, por los míos son atraídos; el apostol, visto su hábito, como el peregrino, porque a mí me busca en la región de las renuncias, donde sólo se llega ciñendo los círculos; por mi rima el poeta.

Soy luz, soy voluptuosidad para el espíritu de los elegidos de alma; calor para los corazones. Búscame en la tundra y en los cielos, como ahora en el mar: siempre me hablarás...

Y Maya, sonreía. De su boca bermeja fluían las palabras como notas lejanas de una finísima caracola marina de sonoro nácar.

Y recordé que aquella voz la había escuchado ya otras veces, como conocía la cara a través de muchas metamorfosis; me recordaba salones, campos, barcos, horas de bullicio y horas de soledad, días de niñez y años de mocedad; muda en aparición solitaria y en medio de agitadas muchedumbres, en

(Continúa en la pág. 80).



# *Ellas Llevan un Perrito*

Siempre se ha dicho que el perro es el amigo del hombre. Pero de algún tiempo a esta parte, la mujer, que se pasa la vida quitándole al varón atribuciones, propiedades y derechos, se ha propuesto también quitarle sus amigos. Dentro de poco, los fieles canes pasarán a ser exclusivo patrimonio de las hijas de Eva por el capricho de Su Majestad la Moda.

Actualmente, rara es la mujer elegante, o que por lo menos quiere persuadirnos de que lo es, que no disfrute de un Perrito para su solaz y entretenimiento. En los coches y en los manguitos, triunfan chuchos minúsculos, caprichosamente engalanados por la mano de las bellas ociosas a la moda. Las princesas del "chic" dedican toda su actividad y su dinero al sosténimiento de los menudos animales, y con fervor de madres amantísimas los bañan a diario, los perfuman con Opoponax, ajustan a su cuello lazos delirantes o collares fantásticos, y les construyen lechos adorables para que sueñen plácidamente después de haber saboreado un menú en el cual no figura, desde luego, la plebea cordilla.

\*\*

Indudablemente, el perro ha obtenido tan enviable suceso entre las damas, por ser un delicioso pretexto para coquetear. Sirve, además, maravillosamente, para que sus amitas hagan toda clase de gestos rebuscos y monísimos, cuando el animalito se impacienta en una visita y empieza a morder en los tacones de alguna honrada madre de familia.

—Fifi, no seas travieso, ven aquí y deja en paz a esa señora.

Esa señora advierte con creciente alarma que Fifi, lejos de obedecer a su dueña, se obstina en jugar con los cordones del zapato y hasta se atreve a morderle discretamente en las canillas.

—Déjelo usted—dice el ama del perro—. Mi Fifi se divierte mucho con eso. Todo lo más que le puede a usted ocurrir, si acaso, es que le rompa la falda jugando.

\*\*

Hay mujeres que rinden un culto tan sincero al Perrito de su predilección, que se expresan en los salones de este modo:

—¡Querida vizcondeña! ¿Qué tal sigue su esposo?

—El dice que peor, aunque lo dudo—contesta la interpelada, acariciando amorosamente a un pequeño "bulldog" negro y de espantable hocico—. Continúa doliéndole mucho el estómago, y la hinchazón de la boca ha aumentado bastante. Además, le ha dicho el médico que está amenazado de un ataque a la cabeza.

—Y ¿cómo no se ha quedado Ud. en casa acompañándolo?

—Yo? Con quién iba a salir entonces de paseo este en-

canto de perro? ¿No es verdad que parece un amorcillo con esta lazada heliotropo? ¿Pretende usted que se mustie por falta de aire? ¡No le creía a usted tan cruel, amiga mia!...

\*\*

He aquí otro diálogo, sorprendido en un hogar aristocrático:

—Mira, Raquel, estoy muy disgustado con ese maldito falso que te ha regalado tu prima...

—Maldito, has dicho? Podrías hablar de él con un poco más de respeto, sabiendo lo mucho que lequiero...

—Antes de ayer ha destrozado todo el fleco del sofá del gabinete...

—¡Tiene gracia!... —Anoche mordió a tu madre en un codo...

—Si no jugara con él...

—Y esta mañana ha cometido una maldad inconfundible sobre el edredón de la cama. Si no se lo devuelves a tu prima, no te choque ver que cualquier día lo tire por el balcón.

—¡Monstruo! Valiera más que te dedicaras a vigilar a los albaniles que están blanqueando la cocina, en vez de preocuparte por las fruslerías y travessuras del animalito! Hace ocho días me echó a perder el boa, y no te he dicho una palabra. Me he comprado otro, y como si no hubiera pasado nada. ¡Se compra otro edredón, y andando...!

—¡Eso es!... ¡Tú, por lo visto, te imaginas que el dinero ilueve del cielo! ¡En cambio, ayer te parecía mal que le diera cinco duros a mi pobre secretario...

—¡Porque es formar el vicio! ¡Seguramente los necesitarás para algunas frivolidades!...

—Para atender a su mujer que va a dar a luz a un momento a otro.

—No lo dije? ¡Bien se podían pasar sin tener hijos! ¡Los niños no son indispensables en las casas!...

—Ni los perros tampoco... Así es que búscale a tu falso una nueva dueña, si noquieres verlo estrellado...

El diálogo terminó con un violento ataque de nervios, que autorizó a la esposa a increpar duramente a su marido, el cual no tuvo más remedio que retirar cuantos conceptos pudieran haber ofendido al can, e incluso, y como desagravio, comprarse un collar nuevo.

\*\*

Lectora: si tienes predilección por los perros y has convertido alguno en tu juguete favorito, no llegues nunca a estos extremos... Y, sobre todo, no justifiques tu cariño y tus cuidados para con un chuchito, con esta frase de una gentil amiga mia:

—Yo cuido tanto a mi perro, ¿sabe usted?... ¡Porque, como no he tenido hijos, así me consuelo!...

—Oh, poder del instinto maternal!

CLAUDINA RECNIER.



# *Las mujeres más distinguidas de Alemania*



Señora Elsa Thiesen



Señora Hansen



Señora Simones

Condesa Mary Anselm.

Señora Von Urff



# EXPRESIONES



He aquí una serie deliciosa de expresiones, recogidas por el objetivo fotográfico de estos rostros, que reflejan una inocencia y una alegría en el circo. Obtuvo el primer premio en un concurso fotográfico de París.

EMIL JANNINGS EN  
SU NUEVA PELICULA



Gaby Deslys, cuando era la  
mujer más elegante de Pa-  
ris, hace 40 años.

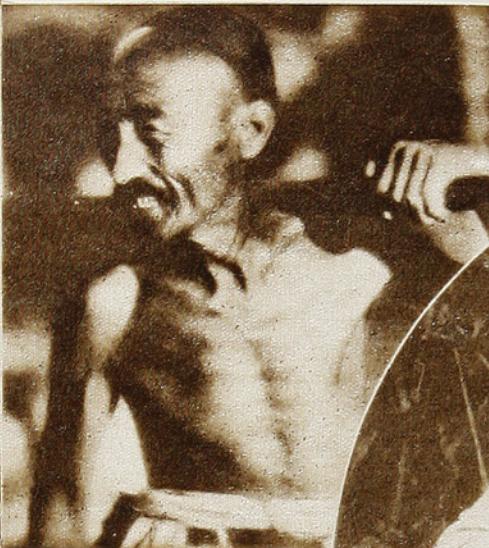


Dicen los malos espíritus que la miseria de este mundo no afecta a este Abad, cuya verde ancianidad se desarrolla entre el follaje esculpido de un Monasterio en la montaña. Apoyado sobre el bastón de los viejos, él fuma, sin extrañar las alegrías projanas a las cuales él ha renunciado... Pero tiene entre el dedo meñique y el anular una cebollita que le hace sonreir de glotonería.

# SONRISAS

## Amorillas

BIBLIOTECA NACIONAL  
CILE  
SECCION  
DIAPOSITIVAS



Si transportáramos, balanceándose a ambos extremos de una balanza, cargas a menudo de ochenta kilos, ¿tendríamos la sonrisa que se dibuja a través de los largos dientes de este esquelético cargador de costillas sobresalientes y pecho hundido?



Este viejo sonríe con todo su rostro. Sin duda, no es el lujo de su pose, lo es la alegría de la avenida de los sorgbos, entreve de su interior... Si los soldados de Feng-Tu-Siang cantaran himnos protestantes, no pasarían por la aldea arrasando con todo la cosecha. Ese es el motivo.

dinero sonríe con surcado de arrugas. Sin duda, no es el lujo de su pose, lo es la alegría de la avenida de los sorgbos, entreve de su interior... Si los soldados de Feng-Tu-Siang cantaran himnos protestantes, no pasarían por la aldea arrasando con todo la cosecha. Ese es el motivo.

Este viejo venerable que sólo lleva un pantalón ligero, no tiene bolsillos, de tal manera que en su mano lleva todo su haber con su pipa. El sonríe amablemente al ediable extrañero.

Este viejo venerable que sólo lleva un pantalón ligero, no tiene bolsillos, de tal manera que en su mano lleva todo su haber con su pipa. El sonríe amablemente al ediable extrañero.



El fuerte viento soplando directamente de Mongolia, arrastra hacia un lado la larga barba blanca del sólido viejo. ¿Setenta años? ¿Cien? El lo ignora y no le importa. ¡Es siempre tan joven, y sus ojos entornados por la sonrisa, persiguen aún con llama picaresca las juventudes que pasan!

Ser joven, hermoso, amado; encontrar el objeto de su amor, y, según la expresión romántica, dejar traslucir el oriente impecable de una doble fila de perlas engarzadas en la deliciosa frescura de cerezas (los modernos dirían dientes de perro en un sablazo), he ahí de lo que cada uno de nosotros sería capaz con muy poco esfuerzo.

Pero, sufrir todas las abominaciones que es dado soportar al cuadro humano sin contrariarse completamente y encontrar aún la fuerza de sonreir, es aún más raro y meritario.

Y ¿en qué país del mundo se encontrarán más miserias que en esta China arruinada financiera y físicamente desde hace ochenta años, debido al opio que le impuso; en este país donde se ha hecho plaza a las fantasías de los múltiples Bismarcks avivados solamente de la fuerza brutal?

¿Cómo pueden los chinos conservar su sonrisa? ¡Acaso debido a la visión del destino, que allá que les señala la esperanza? En Europa, que se dice cristiana y que, por consiguiente, vuelve la expectativa del Paraíso, la sonrisa se torna rara de más en más; en cambio los chinos carecen de religión. Las sectas Bhudistas aseguran la reencarnación, según sus obras, en el cuerpo de un animal inmundo o del hombre más afortunado. Esto no les impide, sin embargo, cometer una serie de pecados infantilmente encantadores.

Ellos tienen, es verdad, el privilegio del sol. Pekín, en el extremo Norte, está situada en la latitud de Madrid y Nápoles, el de los felices lazzaroni. Cantón al Sur está en la Zona de los Trópicos, apenas más bajo que el Dahonay, en donde los negros sonríen también.

En Europa tenemos la sonrisa del propietario que acaba de imponer un aumento de 600 por ciento; la del mercader de cuadros que revende por una «unidad» la obra por la cual él ha pagado doscientos francos. Pero sobre los rostros crispados que cruzan las calles acusando la presencia de la miseria, en esos, no puede verse la sonrisa de los chinos.

Nuestros cargadores, bien tendidos, de gordura reveladora de salud y energía, no cantan como los coolies (trabajadores indios) que he visto en invierno cargando los navíos bajo la brisa del Golfo de Petchili, con un frío reinante de 30 grados, y al interrogarlos respecto de si se sienten felices para cantar con el entusiasmo que les hacen, ellos responden con la mayor y más ingenua de las convicciones:

—Hemos comido.

Se insiste. Ellos no se quejan, levantan los hombros y concluyen: «Es nuestro destino».

Es el destino. Hoy día coilo semimurto de hambre, pero quizás mañana, si el destino lo quiere, jefe de ejército, alcalde de provincias grandes como en Europa. No existen aún allí las leyes sobre el avance. Todos los sueños son realizables y posibles. Cuando cae la tarde, en la cabana sordida, se contrae la bolla de opio sobre la vejez próxima a extinguirse.

El presente no ha existido jamás. El porvenir inmediato, apenas alcanzado, es ya el pasado. Sólo el sueño da la felicidad, pues en verdad, nuestra voluntad activa es un eterno deseo; el deseo es la esperanza y la esperanza es el sueño. El sueño es la verdadera vida de los chinos...

GEORGE SOULIE DE MORANT.



Lo que  
dicen, lo  
que expre-  
san nues-  
tras manos

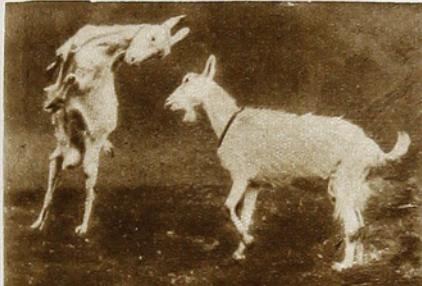
# *Lo que dice el lenguaje mudo de los animales*



*¿Qué observa Micifuz?  
¿Una mariposa, acaso?*



*¿Qué decir de este noble  
perfil equino, tan inteli-  
gente?*



*También éstas se entienden*



*En cambio, en esta lucha de la pitanza,  
todos están de acuerdo.*

*¿Y este rubio y este moreno? Sólo les falta  
hablar.*





DOLORES DEL RÍO, la célebre estrella mexicana, en su más reciente producción para Artistas Unidos, «Evangelina», obra basada en el poema inmortal de Henry Woodworth Longfellow. Colabora con dicha actriz Roland Drew. Esta será la primera película sonora que se estrene en Chile.

# Las Modas

## Ultimas



Ensemble de tarde. Casaca en satin crema, impreso de flores negras y ligeramente drapeado. Falda en forma en terciopelo negro, caida a los lados.

Abriguito corto en género a cuadros; cuello y botamangas en nutria.

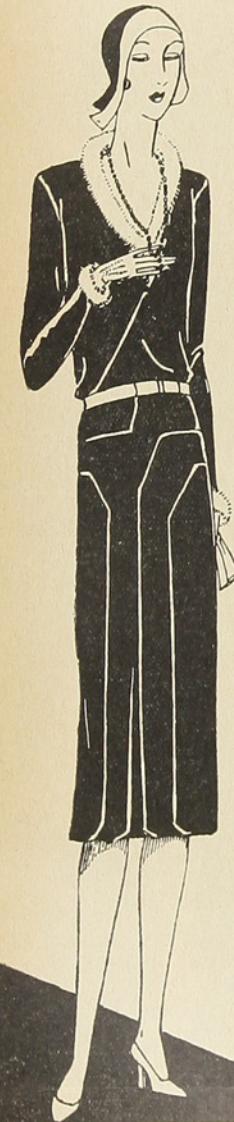
Abriego de tarde en paño beige adornado de vueltas prolongadas de skungs

Vestido en crêpe bernian negro con cuello y echarpe forrada en georgette



# Modelos

Vestidito en crépe de China negro, adornado de cortes que imprimen un movimiento en forma a la falda en su parte delantera.



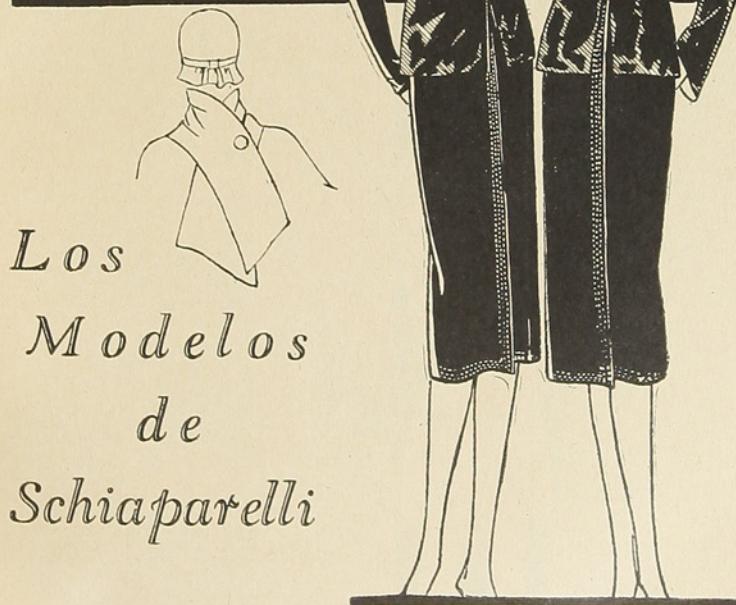
Vestido en género de lana negro, adornado de cortes y bordado de armino en el cuello y las mangas. Cinturón de ante blanco.

Vestido en tweed beige, azul y marrón. Hechura sport, con cinturón de cuero y bolsillos a los lados.



de Patou

Vestido de satin color ciruela, adornado de cortes reíncrustado y de panneaux en forma en la falda.



*Los  
Modelos  
de  
Schiaparelli*

*Ensemble en tweed. El vestido es en tweed marrón rayado y adornado de incrustaciones en sentido inverso. Fantasia adecuada en la cintura y cuello.*

*Abrigo en tweed beige con reverso en tweed marrón y rojo. Cuello cruzado, abotonado en la espalda.*

*Ensemble en tweed en varios tonos de marrón. Abrigo de corte derecho. Cuello y una manga en castor; esta manga va premuniada de un pequeño bolsillo; la otra manga es en género, y, como el abrigo, forrada en castor. Falda de tweed con botones de cuero. Pull-over en tricot beige, con plastrón y puños en tricot rayado.*

*Ensemble negro. El corpiño es en satín negro. Falda en lana adornada de pespuncos. Chaqueta con cuello y corbata anudada adelante, en forma de echarpe. Este puede ser en piel o en un tejido adecuado, grueso.*



## La boga

Para un vestido de noche, muy escotado de atrás, un nudo de seda comenzando en los hombros se anuda otras con perfecta elegancia.

Un cuello de taupé se termina a un lado por medio de un nudo que lo prolonga.

Un cuello de piel en tono claro anudado adelante por medio de un lazo de terciopelo en el tono.

Sobre un vestido de crepe liso un echarpe de dos tonos opuestos se anuda bajo la punta del escote.

Blusa en crepe de China incrustada de crepe beige, adornada de nudos de este mismo género.

Ensemble: sombrero, guantes, saco y calzado de ante gris adornado simple-



## de los lazos

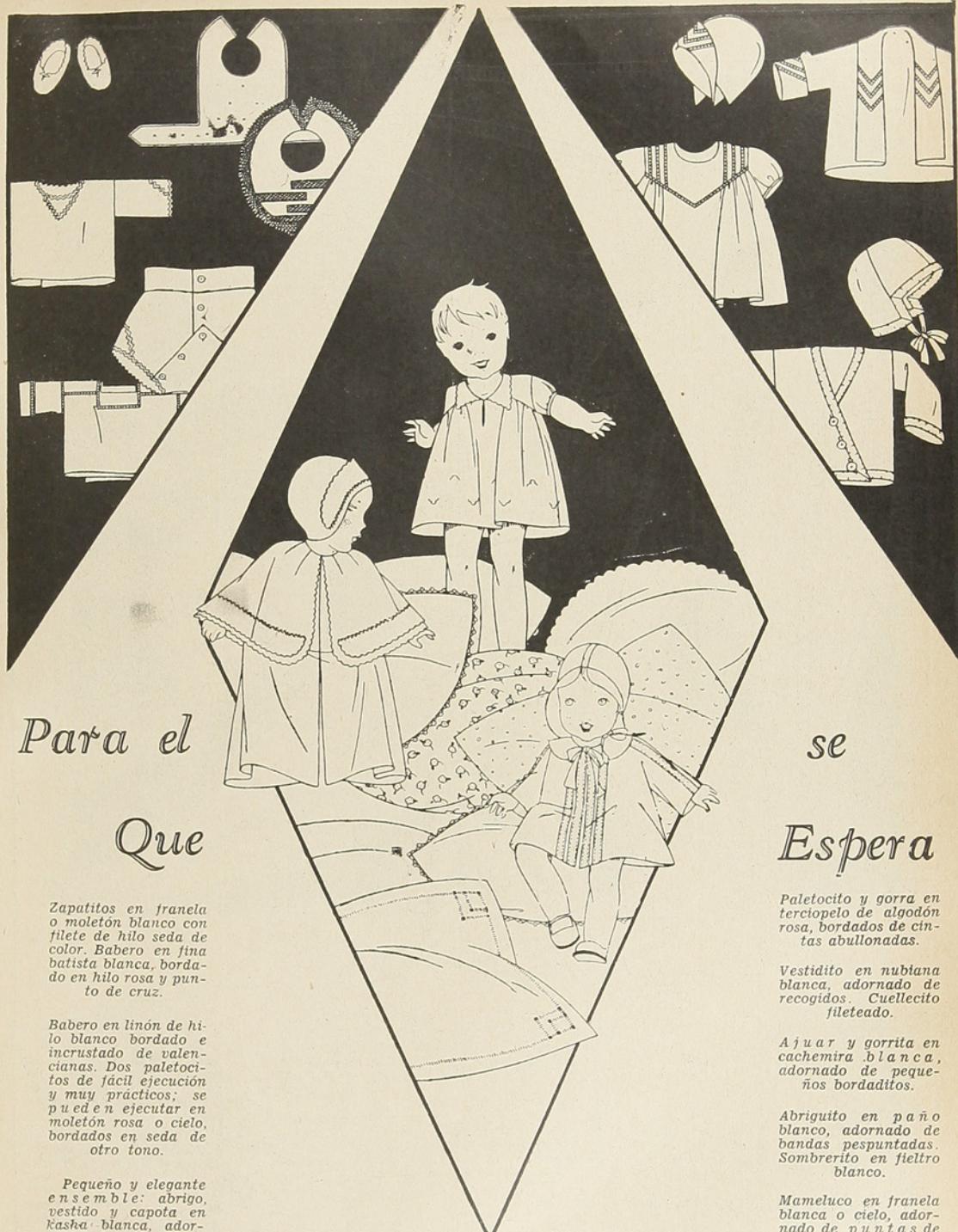
mente de un nudo del mismo.

Blusa en crepe satin.

Una banda de género de color más claro adorna el cuello, forma pastrón adelante anudándose en la parte baja. Igual movimiento adorna los puños.

Vestido en terciopelo verde en forma la falda. Blusa adornada de cortes remontando en puntas que se destacan por medio de pequeños lazos de falda del tono.

Vestido en crepe marrocain rojo ensanchado adelante por medio de un grullo de pliegues en forma de abanico. Sesgos de crepe blanco con lunares rojos forman lazada en el cuello, cintura y puños.



Para el  
Que

Zapatitos en franela o moletón blanco con filete de hilo seda de color. Babero en fina batista blanca, bordado en hilo rosa y punto de cruz.

Babero en linón de hilo blanco bordado e incrustado de valencianas. Dos paletocitos de fácil ejecución y muy prácticos; se pueden ejecutar en moletón rosa o cielo, bordados en seda de otro tono.

Pequeno y elegante ensemble: abrigo, vestido y capota en kasha blanca, adornado de calados al cordonet.

se  
Espera

Paletocito y gorra en terciopelo de algodón rosa, bordados de cintas abullonadas.

Vestido en nubiana blanca, adornado de recogidos. Cuellecito fileteado.

Ajuar y gorrita en cachemira blanca, adornado de pequeños bordaditos.

Abriguito en paño blanco, adornado de bandas pespuntadas. Sombrerito en fieltro blanco.

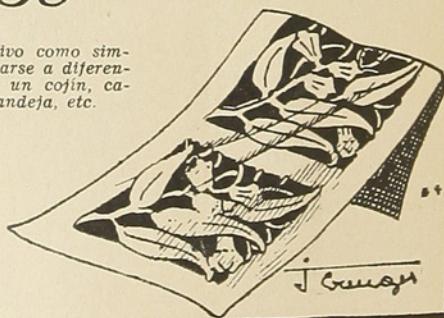
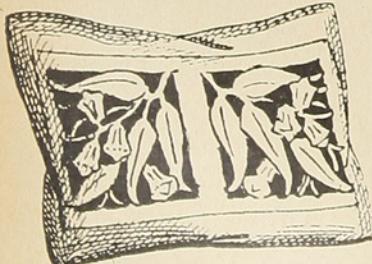
Mameluco en franela blanca o cielo, adornado de puntas de espina, bordado en tono adecuado.

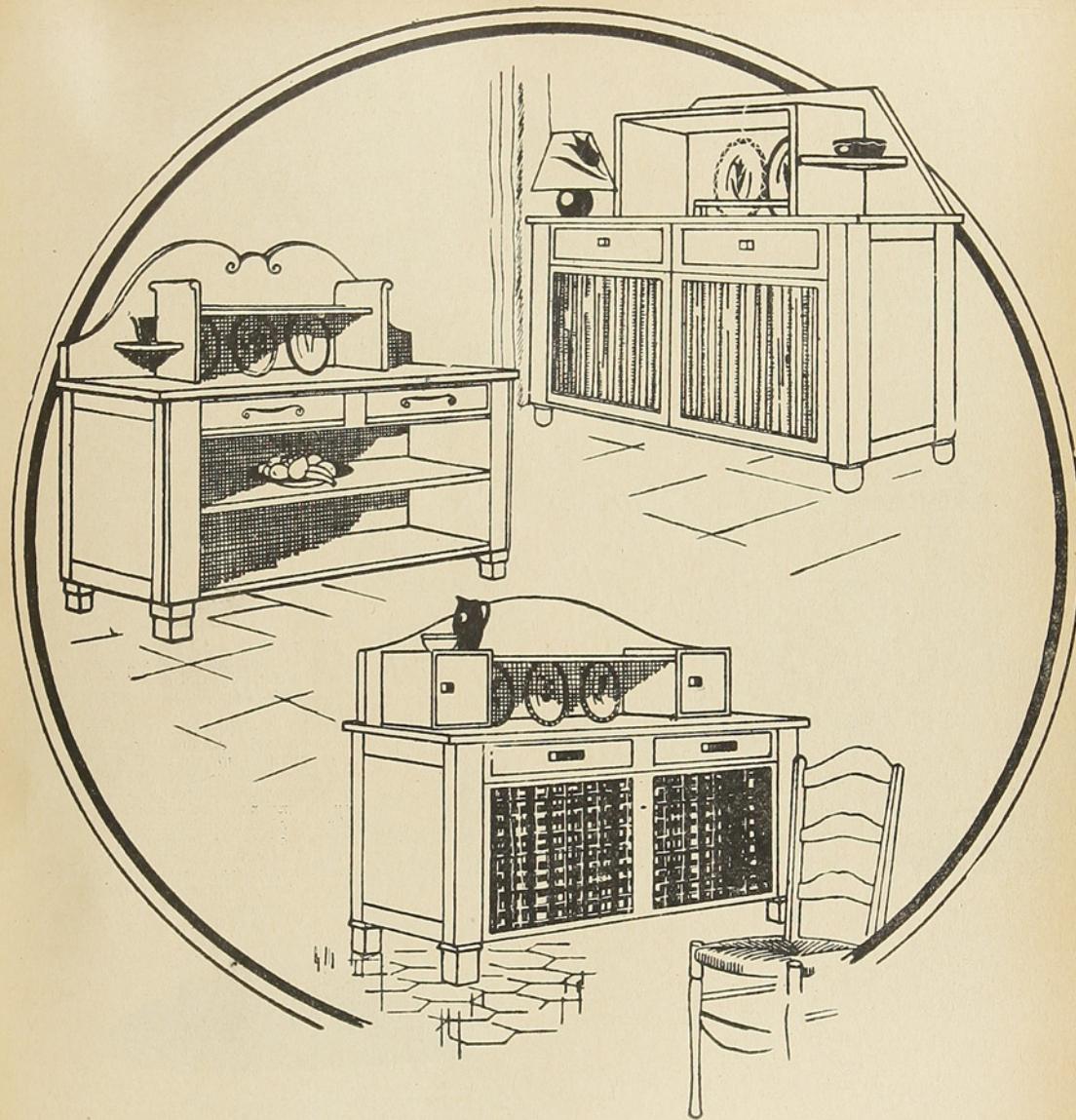


## EL EUCA LIPTOS

Este medallón, tan decorativo como simple de ejecutar, puede prestarse a diferentes aplicaciones: centro de un cojín, camino de mesa, cubre bandeja, etc.

Los contornos son bordados de punto sencillo con hilo mercerizado. Los nervios, en punto de cordonnet. Algunos puntos anudados, completan las jorras.





## Variaciones Sobre el Buffet de Cocina

Para responder a muchas demandas de muchas de mis lectoras, que desean modificar de una manera agradable su clásico buffet de cocina de madera blanca, nosotros proponemos hoy día estas tres transformaciones fáciles de ejecutar, que lo modificarán de una manera feliz, contribuyendo a que vuestra cocina sea más limpia y agradable.

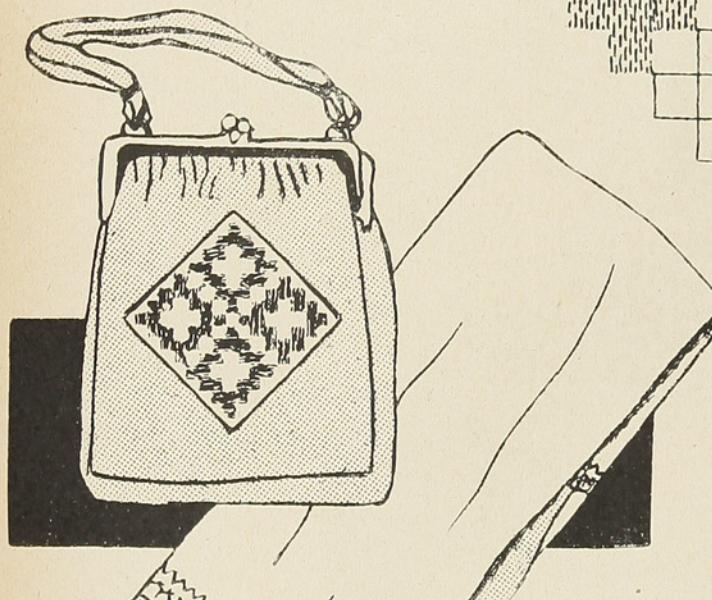
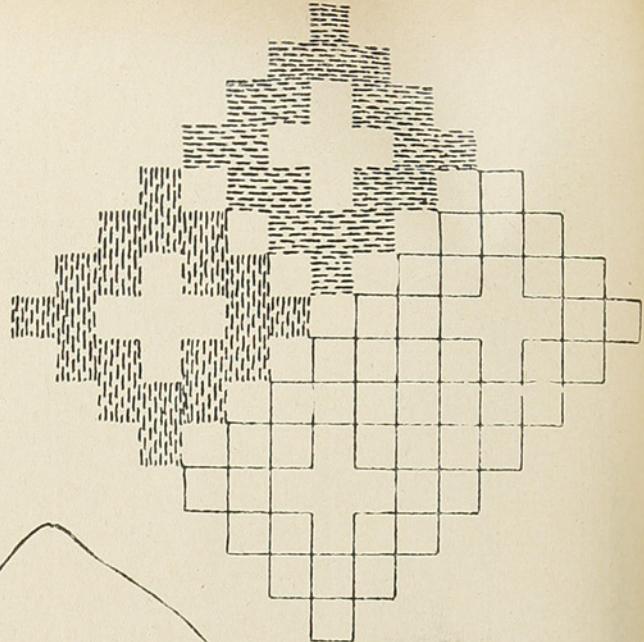
El primer modelo es una especie de cofre en forma de nicho, que sostiene dos pequeñas repisas. Los panneaux de las puertas van cubiertos de una tela de Jouy, toda ella plisada. Las

patas van reemplazadas aquí por medio de patas de bola, lo mismo que los divanes bajos.

El segundo deja aparecer la plancha de en medio, que sirve de repisa. El panneau del fondo va tapizado con tela a cuadros, lo que da a este mueble toda la alegría deseable.

En cuanto al tercero, deja ver sobre su parte superior dos cofres unidos entre sí por una repista. Las dos puertas van tapizadas como en el primero, y las patas tienen un dibujo muy simpático.

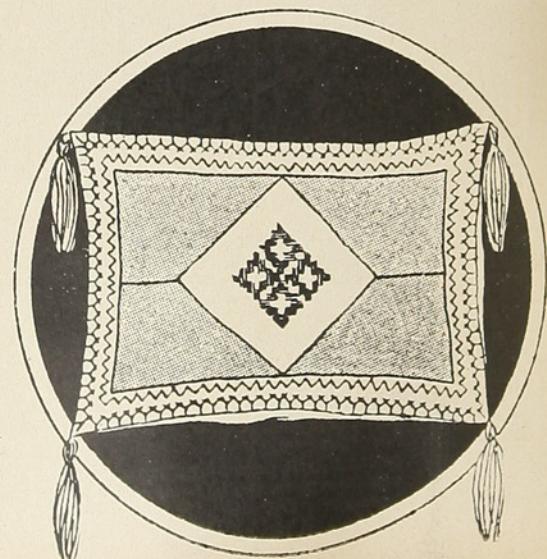
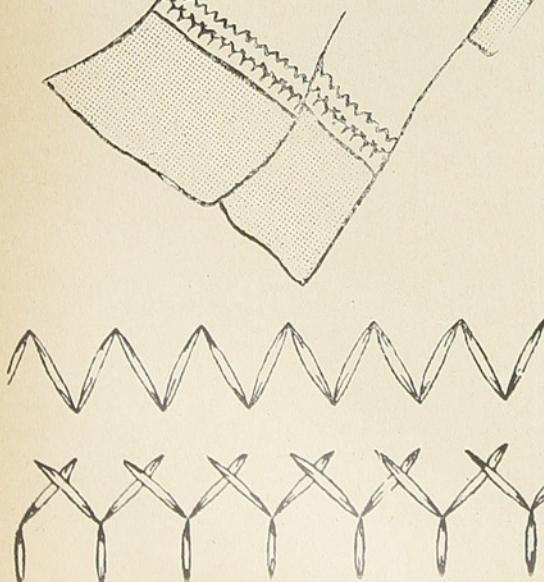
Para bordar con  
el fácil punto de  
zurcido  
y lanzado



Los bolsos y echarpes para el uso de las señoras de alguna edad, son siempre más difíciles de confeccionar que las prendas de adorno para una persona joven.

Aquí, a la izquierda, se ve un serio y bonito modelo, confeccionado en moaré gris, con un elegante motivo en el centro, de seda morada, hecho a punto de zurcido menudo. La echarpe es bordada con la misma combinación de colores, sobre crespón y con la cenefa fácil y bo-nita de abajo de la página.

En el círculo, el necesario cojín para descansar, hecho con los mismos bordados en azul sobre paño amarillo.



# AL GUSTO DEL DIA



LENIEF. — Ensemble de terciopelo negro con pastillas blancas. Casaca de raso blanco. Abrigo del mismo terciopelo, guarnecido de zorro plata.

PREMET. — Traje de moiré azul nattier, impreso en el tono. Volantes lisos bordeados de azul marino. Pans en la espalda.

SOMBREROS DE LEWIS. — Toquita en jersey tweed beige rojo y negro. Fondo terminado por dos pannes, formando echarpe.

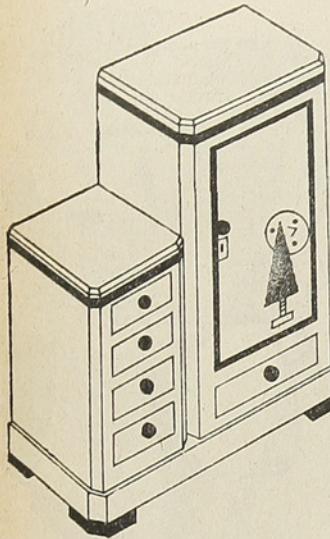
De fieltro noisette, guarnecido de una tela escocesa. Echarpe hecho de la misma tela.

De taupé violeta. Banda que sube formando un nudo al otro lado.

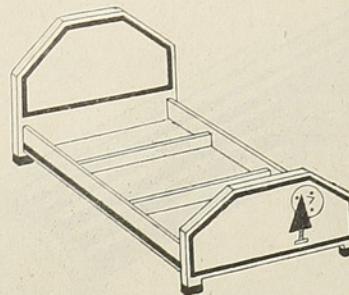
# EL CUARTO DE BABY

No hay duda de que cuanto más bonitas y más agradables a la vista son las cosas que nos rodean, nuestro carácter es más alegre y nuestros disgustos tienen menos importancia.

Por eso, siempre los cuartos de los ni-

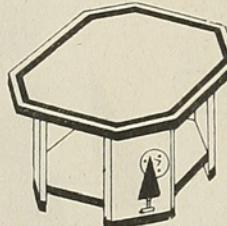


ños tienen que ser sencillos, claros y graciosos. Muebles simples, de colores suaves, de formas poco complicadas y, además, fáciles de hacer muy económicos. Hay que tener en cuenta el mucho uso de estos muebles, que han de tomar parte activa en todos vuestros juegos, y

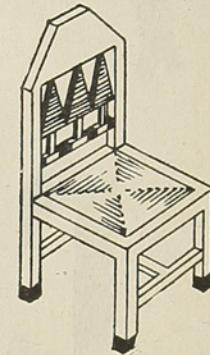


también los cambios de moda, que es donde más deben notarse de toda la casa. Es en el cuarto del niño precisamente donde hay que poner cuidado en dar un espíritu nuevo, tan nuevo como es el niño que ha de habitarlo.

Aquí tenéis unos muebles para vuestro cuarto, y ya os ofreceremos muchos más, muy bonitos y muy divertidos, en esta sección. Basta con encontrar un carpintero hábil e inteligente, que no trate de



añadir nada por su cuenta y respete fielmente las líneas del proyecto. Una vez hechos, hay que pintarlos y darles barniz. Para estos muebles os damos a elegir entre el gris, el verde claro o el rosa si se trata de una nena. Como veis, los muebles no tienen más adorno que un arbolito, detrás del que se asoma la luna, con su cara un poco boba. El arbolito debe ser verde oscuro y la luna blanca o un poco amarillenta. La linea



oscura que ribetea los muebles debe ser gris, verde o rosa, mucho más oscura que el mueble.

Una vez hechos los muebles, hay que pintar la habitación muy de blanco, o, lo más, de un tono clarísimo que acompaña al de los muebles.

Con muy poco quedará el cuarto salidísimo. Un cuadro en la pared y los juguetes repartidos por la habitación compondrán el cuadro más agradable que podréis imaginaros.—X.

(Continuación de la página 30)

## EL IDIOTA

nombraron diputado y obtuve seis votos en la Academia Francesa, cuando mis amigos me obligaron a presentar mi candidatura. Mis obras sobre puntos de etnografía, sociología, filosofía, fueron notables, y, dicho sea entre nosotros, no se encontrarán pronto otras mejores para reemplazarlas.

¿Tendré necesidad de añadir que en este período de mi vida no recordaba la bendita pereza de espíritu en que había vegetado hasta la edad madura más que con estupefacción y disgusto? ¿Tendré necesidad de indicar que evitaba con cuidado toda ocasión de volver a mi país natal, el cual, a pesar de que yo había sido antes un ser perfectamente nulo, no me había olvidado del todo?

No recordaba del campo más que las decoraciones de nubes que corrían de derecha a izquierda, las nubes de polvo, o bien el campo lleno de lazos, en donde los conejos, por una aberración que es el colmo del arte, hacen todo lo posible para precipitarse, no en la conejera, sino hacia el cañón de la escopeta.

Esta existencia azarosa, febril, emprendedora, duró años.

Y después, después... terminó como tiene que concluir todo lo que principia aquí abajo. Poco a poco me desligaba, y, al fin, me separé.

Y heme aquí, cargado de laureles, volviendo una hermosa mañana a San Honorato para arraigarme y permanecer hasta el fin.

Yo no era viejo aún, en el sentido de que no estaba consumido, pero era muy distinto de antes.

Volvía a la aldea con la larga experiencia de las cosas y de las personas; en lugar de la adolescencia tímida y dolorosa y la mirada imbécilmente pura, llegaba un hombre de rasgos fatigados, de frente arrugada por amargos pliegues, de ojos melancólicos y penetrantes. Me había limpiado de mi ignorancia, despojado de mis ilusiones, esterilizado, podado de

una manera absurda y casi científica de toda espontaneidad.

Ciertamente, que se me ha recibido bien; no tengo que quejarme de mis conciudadanos, que tenían que perdonarse el no haberme adivinado. Esta acogida, en lugar de agradarme me asusto, me dejó perplejo. Quedé intimidado. Desde el primer momento estuve imaginando pretextos para evitar banquetes y reuniones en mi honor.

Yo me difuminaba, me borrbaba. Y sucedió, queridos amigos, que me puse yo, el ídolo de las multitudes, a ser atraído por la sombra y por los rincones de las habitaciones, como si fueran seres sin forma, como si fueran corazones. Me puse poco a poco a enterñecarme, pensando en los viejitos y en los niños; me puse a acariciar a los animales que llevaban al matadero, a rodearles el cuello con mis brazos, a sostenerlos un poco antes de llegar a la puerta, en que el suelo está resbaladizo.

Si; se me ha comprendido; lo que ocurre es que yo vuelvo a ser lo que era antes; pero no porque no sé, sino porque sé.

Vuelvo a comenzar con conciencia, con fe, a practicar la piedad a la cual iba por instinto en tiempo pasado. ¡La Piedad! La piedad concluye con claridad mi vida, como la había comenzado obscuramente. Como soy rico en experiencia no me consagro más que a la piedad, y no encuentro ya atractivo en el torbellino de las ambiciones del progreso. De nuevo no comprendo ya nada en la algarabía de las charlas, o en los gritos de las asambleas, y de nuevo me encojo de hombros, aburrido de antemano, al leer los artículos políticos, los discursos y los libros.

Pero la piedad está alrededor de mí, toda la piedad que puedo tener. Poseo a la piedad y concedo el premio a las dulces revelaciones sencillas que son las probadas, que son las que reinan.

Cuando sondeo en los ojos, terriblemente huecos, del mendigo que pide o del caballo que tira, siento mejor que en los días de mis gesticulaciones y de obras que yo me mezclo a la vida misteriosa y profunda. Penetro en la gran naturaleza, en la gran verdad, hasta el corazón, y ya sin cura me vuelvo bestia, tonto, como todo.

# Mujer despilfarradora y el ahorro

Una joven esposa me escribe desconsolada: «Mi esposo dice que soy muy gastadora porque no ahorro nada. Yo no sé si es verdad, pero nunca he sabido guardar un centavo. El tiene un buen sueldo que basa para nuestros gastos, pero en su opinión debe siempre guardarse algo. Estoy dispuesta a reconocer que no soy económica, pero no se cómo arreglármela para ahorrar».

El caso de usted no es desesperado, — le he contestado. — Usted confiesa que no es económica y no se queja, como la mayoría de las mujeres despilfarradoras, de que su esposo gana muy poco para sus gastos, y que esto la obliga a contraer deudas. Si usted no adquirió todavía la costumbre de contraerlas está salvada.

Pero es prudente que domine usted esa pequeña debilidad que la impide ahorrar un poquito para las malas épocas. Además, no hay nadie que decepcione tanto a un hombre como el ver a una mujer que se gasta en tonterías todo cuanto él ha ganado difícilmente con su trabajo.

No hay hombre que no se descorra cuando, después de trabajar empeñosamente año tras año, no encuentra nada más con que comprobar sus fatigas que un círculo de facturas. No hay nada que mate la ambición como encontrarse con las manos vacías después de múltiples esfuerzos. En caso en que la mujer lo gasta todo el hombre acaba por no decirle cuánto gana y en reservarse para él una cantidad que generalmente malgasta, seguro de que si no lo hace así, su mujer se encargaria de tirarla.



Es verdad que se puede pronosticar la felicidad o infelicidad de un matrimonio un año después del día de la boda. Si ha podido ahorrar siquiera un centenar de pesos, de acuerdo con las ganancias del marido, se puede afirmar que en el futuro no la pasaran mal. Si en vez de ese pequeño ahorro tienen deudas la cosa va mal y acabará peor. Es este el tiempo de corregir su pequeño error, antes de que su marido comience a darse cuenta del desequilibrio en los gastos. Y, ya no hay remedio por tanto que parezca, como dejar de gastar para hacer algunos ahorros. Haga usted sus presupuestos con la férrea resolución de no salirse de ellos así se caiga el mundo. Si no tiene usted valor para dejar el vestido de cien pesos por el de cincuenta, no vaya usted a las tiendas en donde los vendan de más precio. Evite usted el mirar siquiera las cosas inútiles y costosas que la fascinan, de la misma manera que el hombre que se resuelve a dejar la bebida se aleja siempre de una cantin. Tanto el despilfarro como el ahorro son cuestiones de hábito, y una vez adquiridos resulta fácil seguir en ellos.

Comience usted a economizar un poco y verá usted, al cabo de dos meses qué divertido le resulta el hacerlo y cuán tranquila se sentirá usted cuando haya dejado de preocuparse por comparar siempre.

DOROTHY DIX

## PARA LA DUEÑA DE CASA

**Merluza a la inglesa.**—Tómese un buen pedazo de merluza fresca, al que se quitará la espina, y después de bien limpio se partirá en dos, de arriba abajo, cuidando de quitar el pellejo y las espinas pequeñas. Cortese luego en rebanaditas como de medio dedo, que se adobarán con sal y zumo de limón, dejándolas escurrir durante un rato. Despues de esto, engríjuese con un paño y pásense por manteca de vaca derretida y mezclada con yemas, con el objeto de aplanarlas, aplastándolas con un cuchillo. Colóquense en una sartén, en la

que haya manteca de vaca derretida, y con los restos de la merluza hágase un picadillo, que servirá para rellenar un molde liso que se dejará cocer al baño María durante una hora. Momentos antes de servirse, se pondrán a rehogar los trozos, procurando que queden bien dorados. Por fin, vácíese el molde sobre una fuente, póngase encima puré de patatas y alrededor los trozos de merluza, alternando con rebanadas de pan frito.

A parte de esto, puede servirse un puré de tomate.

### DESENCAUTO

(Continuación de la pag 28)

diera arrebatárla al dolor solemne que en aquél momento la envolvía.

—Por qué es usted desgraciada, Clara?

—Porque perdí mi arte—lamentó la joven,—que era la mayor ilusión de mi vida!

—¿Qué motivos tuvo Ud. para renunciar?

—El único que podía determinarme a hacerlo. El drama de Berlin originó mi derrota... Una de las balas de Pablo Coblenza me atravesó la pierna derecha... ¡He quedado coja para toda la vida!

—¡Coja!...—exclamé, sorprendido.

—Sí. —No lo ha notado usted? Es extraño. Mire.

Dió unos pasos sobre el césped y quedé estupefacto... La infeliz artista cojeaba acentuadamente. Volví a mi lado. Quise consolarla, pero sentí que dentro de

mi se había desgarrado algo.

Sentí como si mi ser se hundiese en el vacío... Mis palabras fueron torpes, fícticas. ¡Estaba coja!

Habíamos bordeado el estanque y nos hallábamos al otro extremo del jardín. A nuestros pies, una vieja barca hundía la quilla en el borde del lago.

—Quiere usted que nos marchemos? —le dije.

Moví la cabeza, asintiendo. A lo lejos se destacaba el estudio. Tenía prisa por llegar a él. Emprendimos el retorno en la barca. La travesía la hice en menos de un minuto, remando con vigor, como si huyese de algo invisible que me persiguiera. Efectivamente, hui. Al otro extremo del lago había quedado un fantasma: el Desencanto.

El último dolor que me ocasionó aquella mujer fué ése, el de no poder amarla...

Creí que ella se dió cuenta y lloró. ¡Debió de ser una tremenda tragedia la de su alma, y yo debí amarla entonces más que nunca. No pude. ¡Fui un infame!

—Si. Aquella misma noche me hice trasladar en secreto a Amberes, donde me curé.

—Y luego...?

—Luego...

Se detuvo. Por el rostro de Clara Sitemayer pasó una sombra de dolor... La única sombra de dolor que obscureció su rostro durante el relato.

—Soy muy desgraciada!— murmuró con angustia.

—¿Es usted desgraciada?—repitió yo.—No logaría usted rehacer su felicidad al amparo de un amor fiel que la sostuviera?...

La joven respondió, con amargura:

—¡De un amor!... ¿Hay alguien que pueda amarme a mí en el mundo?...

—Por qué no? ¿Acaso olvida usted el drama que dejó en mí con su partida?

Los ojos de la joven, obstinadamente fijos en el suelo, se alzaron un momento. Había en ellos una expresión de dulzura tan infinita, que sentí conmovido mi ser en lo más íntimo y refugí entre mis brazos a la artista, como si preten-

## Resumen del programa de belleza

Por mucho que se estudie para conseguir el agua de la eterna juventud, sólo se ha encontrado hasta ahora tres factores seguros de embellecimiento y de conservación de la juventud; alimentación sana y apropiada para la constitución física de la persona, al clima en que vive, etc.; ejercicio al aire libre y aseo escrupuloso de la piel.

Las mujeres hermosas de todas las épocas han despertado siempre en las otras la idea de que puede existir el cosmético por excelencia que las procure en forma milagrosa esa belleza con que no las dotó la naturaleza al nacer. De

allí que muchas se atengan principalmente a los afeites que les ofrecen los perfumistas para conservar o mejorar su apariencia y desculden los otros dos factores, mucho más importantes en la cultura de la belleza; la alimentación adecuada y el ejercicio.

La alimentación pesada trae como consecuencia un aumento de tejido adiposo con la consecuente pérdida de buenas proporciones en la figura y de torpeza en los movimientos que borra toda gracia juvenil. Hay que comer inteligentemente: si se desconocen los elementos apropiados para una alimentación correcta y se tiene el deseo de mejorar efectivamente en la salud, hay que consultar a un médico que resuelva de acuerdo con el estado general y trabajo de la persona.

La mujer que desea conservar juventud y belleza debe pensar en sus comidas como en un medio de embellecimiento y rejuvenecimiento, y no como un medio de satisfacer completamente la gula.

Nunca predicaremos demasiado la necesidad del ejercicio, del ejercicio diario y regularizado; de la gimnasia y de los paseos a pie, aparte de la conservación de la actitud correcta de la espina dorsal y de los hombros.

Ya hemos tratado hace pocos días sobre la necesidad de aseo perfecto de la piel, no solamente de la cara sino del cuerpo, para conservar la buena salud, y por eso no repetiremos ahora esos consejos.



## Exquisita...

### LIBRE DE LAS MOLESTIAS DE LA TRANSPIRACIÓN

Emancípese Ud. para siempre de la preocupación y el desagrado que trae consigo el sudor. Odorono es una preparación original de un médico y destinada a reprimir la transpiración. Protege continuamente.

Odorono mantiene la región axilar seca e inodora, suspendiendo el sudor sin peligro. Los médicos lo recomiendan cuando la transpiración molesta.

#### Hay dos clases de Odorono Líquido:

El Odorono de Fuerza Regular, para usarse dos veces por semana y el Odorono Número 3, Moderado, que se recomienda para las pieles tiernas y que puede aplicarse con frecuencia. También hay Crema Odorono, que se vende en tubos.



Distribuidor:

**GUSTAVO BOWSKI**

Edificio Mutual de la Armada, 7.º piso, Of. N.º 10. Casilla 1793, Santiago.

**The ODO-RO-NO Co.,**

Inc. Nueva York, E. U. A.

### UNA ALFOMBRA MÁGICA EN HOLLYWOOD

La alfombra mágica de las Mil y una noches acaba de tener su completa realización en Hollywood, con la única diferencia de que en vez de transportar por el aire a los viajeros y llevarlos de un país a otro, cual ocurre en las Mil y una noches, esta alfombra mágica de Hollywood transporta los países y los hace desfilar ante la mirada atonita del espectador.

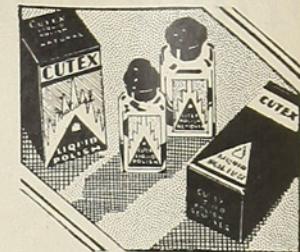
Esto es lo que ocurre con el transporte mecánico que se acaba de instalar en el estudio de la Paramount, el cual es capaz de llevar de un lado a otro del estudio el decorado completo de todo un escenario sin necesidad de desmantelarlo.

El transporte se hace por vía aérea y en menos de media hora se puede cambiar por completo toda una aldea, con sus montañas adyacentes, ríos, puentes y demás complementos de una comunidad.

—Retiren Alemania y traigan Francia—ordena el director.

En menos de media hora desaparece el escenario que representa un gran castillo a orillas del Rhin y surge una de esas fantásticas villas de la Costa Azul en su lugar. Puede que una hora más tarde la Costa Azul tenga que dar paso a una plaza de toros española, y ésta, a su vez, dejar lugar para colocar las pirámides de Egipto. El tractor aéreo realiza todos estos milagros con el auxilio de tres hombres, una gran plataforma colgante y algunos cables.

Como es de suponer, el tractor recientemente instalado facilita en gran medida la producción de películas. Antes se necesitaban días y más días para instalar un decorado, teniendo los artistas que perder mucho tiempo en esperar de los cambios en la escena. Con el novísimo sistema, no sólo se ahorran grandes cantidades en material, sino que también los decorados son mucho más perfectos.



## Un Requisito Indispensable en la Elegancia

¡Qué chic es este Esmalte Líquido Cutex! ¡Cómo realza el encanto natural de las manos!

¡Y cuánto dura su suave y espléndido lustre! Unos cuantos toques con el pincel y las uñas de Ud. adquirirán un brillo excepcional que dura toda una semana.

El Esmalte Líquido Cutex no se quebraja, ni se pella, ni se descolora. Cutex se vende donde quiera que haya artículos de tocador, bien el Esmalte solo o la combinación con el Removedor de Esmalte.

*Esmalte Líquido*  
**Cutex**

6 manicuras completas  
por Tres Pesos

Envíe Ud. este cupón con Tres Pesos y recibirá un Estuche de Presentación que contiene todo lo necesario para la manicura a domicilio.

**ENVIE ESTE CUPÓN HOY MISMO**

**GUSTAVO BOWSKI, L. O. 1.**  
Edificio Mutual de la Armada, 7.º piso,  
Oficina, N.º 10, Casilla 1793, Santiago

Incluyo Tres Pesos en sellos de correo para un Estuche de Prueba de Manicura de Cutex.

Nombre

Dirección

A

(De la página 13)

## AUN HAY QUIENES VENDEN SU ALMA AL DIABLO

namente cerca de una cabra. Me fué imposible convencerla de que solo era cuestión de coincidencia".

Maitre Garcón en uno de sus libros sobre hechicería que, además de las decenas de miles de obras que se han escrito sobre prácticas ocultas en Francia, hay otras tantas sobre el rechazo, o sea lo que los franceses llaman "choc en retour".

Una de las historias clásicas de rechazo es la de un hombre nombrado Hock que fué condenado a galeras en 1687 por haber dado muerte al ganado de un vecino con maleficios. Aún cuando Hock había sido enviado al mar a penar su delito, el maleficio seguía destruyendo todo el nuevo ganado que el vecino adquiría. Los magistrados franceses de la época decidieron extraer una confesión de Hock por malas artes. Un agente de policía fué enviado a la galera en que se hallaba Hock, lo emborrachó y le hizo confesar que un amigo, llamado Brazo de Hierro, continuaba los hechizos que él había comenzado. El agente de policía consiguió hasta que Hock escribiera una carta a Brazo de Hierro diciéndole que cesara de lanzar los maleficios, carta que le fué entregada al destinatario.

Cuando Hock perdió el efecto de la borrachera y se dió cuenta de lo que había hecho, se puso frenético y comenzó a gritar que el rechazo lo mataría.

Entre tanto, Brazo de Hierro había ido a la finca hechizada y se había llevado un objeto hechizado que sepultaba bajo el umbral de la puerta, y lo había quemado. Esto levantó el encantamiento que cuando cesó de funcionar, en teoría, fué a dar de rechazo contra Hock, quien atacado de horribles convulsiones, murió en la mayor agonía. Todos estos hechos están atestiguados con riqueza de detalles en los antiguos anales de policía francesa.

Personalmente, Maitre Garcón considera todas estas prácticas profundamente perversas: una verdadera escuela del crimen que conduce a innumerables tragedias, aún en estos tiempos. Lamenta que no haya leyes contra la magia negra, la hechicería y la brujería en la Francia de hoy. Hasta el siglo XVII las más leves manifestaciones de estas prácticas eran severamente castigadas, pero cuando sobrevino una ola de esceticismo concerniente a todas estas cosas de magia, Luis XIV ordenó que se cesara de perseguir a los nigrománticos, a menos que usaran venenos o cometieran delitos comunes.

Maitre Garcón no cree que toda esta hechicería sea eficaz en sí, pero sí que alienta los peores instintos de las personas perversas y las pone a laborar para practicar toda especie de tramas maliciosas con objeto de perjudicar a aquellos que no les agradan.

"Es particularmente perniciosa porque el hechicero pierde sus escrupulos morales, uno por uno", afirmó con énfasis Maitre Garcón. "hasta que, a la postre, no tiene sentido alguno de la honradez, de la decencia o del bien. Entonces, cuando descubre que no puede alcanzar sus propósitos con encantamientos o agujas clavadas en muñequitos de cera, prueba el fuego o el veneno".

Por desdicha, es casi imposible que la justicia en Francia o en ningún país, persiga a estos criminales en ciernes hasta que se pongan abiertamente fuera de la ley.

(Continuación de la página 15).

## LOS SECRETOS DE LA FELICIDAD

## EL MARIDO REZONGON

«Que una mujer no adora al marido rezongón? Espance con su presencia un sentimiento de bienestar y tranquilidad —así como muchas veces en las montañas se puede dormir mejor oyendo el rugir de una cascada.

Con el marido rezongón se puede hacer lo que se quiere. Porque al fin y al cabo, de todos modos ha de rezongar. Poco a poco se acostumbra una a hacerle algún sacrificio o darle algún gusto, y se vive entonces sin molestia alguna en absoluto.

Un marido que rezonga no engaña a su esposa. Cuando ella oye que va hacia la cocina, ya se sabe que no es que vaya a murmurar palabras cariñosas al oído de la cocinera. No, el va a quejarse de cualquier cosa que no le pareció bien en la comida. ¿Y dirán que esto no es una tranquilidad para la esposa?

La mujer que nunca está contenta dirá tal vez: «Pero la vida con un hombre así es insportable... Si alguna vez dejara de rezongar... siquiera medio día, entonces quizás lo podría yo aguantar...» Pero la mujer inteligente, sabe lo adecuado: mientras él rezonga todo irá bien.

Porque cuando algún día dejara de rezongar, ella se preguntaría, intranquila, qué es lo que esto significa. Cuando él sale a la oficina sin antes haberse enojado por cualquier co-

sa ella empezaría a examinar su conciencia, y cada pequeña mentira, cada olvido, sin importancia, le vendrá a su memoria...

Y a la noche, cuando regresa él, y entra sin el acostumbrado rezongo, ella se asombra. Se sienta a la mesa sin decir nada, y ella se vuelve pensativa. El conversa sobre cosas triviales, con tranquilidad envidiable; ella siente helarse la sangre en las venas.

¿Qué le pasa a su marido? ¿En qué piensa? ¿Qué planes lo absorben?

La cena llega a su fin y ella sirve el café con manos temblorosas. Revuelve él con la cucharita el azúcar y se lleva la taza a los labios...

## CHISTES

—¿Qué ha sucedido? —preguntaba una vieja viendo un corro de gente.

—Pues nada —respondió un chusco — un gato que huyendo de un perro se encaramó encima de este árbol y allí lo ha aplastado un autobús.

Un soldado fué castigado por no haber saludado a su capitán. A los cinco días, al salir del cuartel, pasa por su lado también sin saludarlo; el capitán lo increpa y él responde:

—Mi capitán, no le he saludado, pues temí que estaría usted resentido de la otra vez.

—¿Dónde vas con este bastoncito tan delgado, no ves que la moda actual es usar bastón grueso?

—Verás, sin suegra, mujer, cuñadas, ni chiquillos, creo que tengo bastante con este junquillo.

La Baronesa es bizca y el general sufre mucho de una pierna:

—¿Cómo va esta pierna general?

—Mal, como usted ve, Baronesa

—¿Cuál es el aire más distinguido?

—El Don-aire.

## ¿Es posible adelgazar

sin que se debilite el organismo?

Esta es la pregunta que se hacen todas las señoras que sufren por su obesidad y que han empleado ya **MUCHOS MEDIOS** de combatirla sin lograr el resultado tan deseado, obteniendo sólo perjuicios para su salud.

Sabido es que la causa de la **OBESIDAD** cuando no proviene de exceso de comer, se debe al **MAL FUNCIONAMIENTO** del cuerpo tiroides y esto es fácilmente remediable ayudando a este órgano de secreción interna con sus propios **TRACTOS** o con los **PRINCIPIOS ACTIVOS DE SUS SECRECIONES** (combinaciones yódicas).

Este es el criterio que ha inspirado a los técnicos del **LABORATORIO GEKA**, para incluir en la fórmula de la **DELGADINA** el **EXTRACTO TIROIDES** como un principio activo de ella.

Aconsejamos a las personas que usen la **DELGADINA**, someterse a la vez a un régimen alimenticio, absteniéndose de las grasas, aceites, féculas, etc., pudiendo en cambio ingerir verduras frescas en **CUALQUIER CANTIDAD** sin temor de debilitarse.

Recomendamos la **DELGADINA** como el **UNICO MEDIO SEGURO** de combatir científicamente la gordura sin perjuicio alguno en la salud.

No lo olvide, la **DELGADINA** es preparada por especialistas, a base de **Extr. Tiroides, Extr. frangul, Extr. fucus, Tint. Ruibarbo, Tint. lodo iod.** Alcohol, Agua y azúcar.

**PIDALA EN TODAS LAS BOTICAS DEL PAIS**

**LABORATORIO GEKA**

MAESTRANZA, 1168.

CASILLA, 3867

SANTIAGO

(Continuación de la página 9)

### EL TRABAJO DE LA MUJER EN FRANCIA, HACE UN SIGLO

honradas que son las actuales criadas y, en cambio, se hacen lenguas estas mismas gentes hablando de las antiguas. Es verdad que antes el servicio doméstico ofrecía criadas de gran corazón, que permanecían durante toda una existencia unidas a la misma familia. Pero si se mira bien, la cosa no ha cambiado mucho. Si uno se remonta en la historia, o lee viejos libros, encontrará las eternas protestas contra la poca fidelidad de los domésticos, que tienen por corolario, naturalmente, las quejas de éstos contra sus amos.

En visperas de la Revolución, Mercier escribía estas melancholicas páginas: «Antes, los criados formaban parte de la familia, y los amos estaban mejor servidos y contaban con su fidelidad, muy rara hoy día. Hoy, los criados pasan de casa en casa, indiferentes a los amos a quienes sirven. Su vida era dura y frugal, pero se les tenía en cuenta y morían de vejez al lado de sus amos».

Mercier deplobraba que los criados parisenses cambiaron constantemente de casa:

«Ahora son muy susceptibles y hay que ponerse guantes para dirigírles la palabra. Pero esto no es nuevo. Nunca ha gustado una criada que se le dé órdenes con desdenosa altivez, y las que se sienten indispensables siempre exigen miembros».

Molière decía ya en «El Enfermo Imaginario», hablando de Toinette: «No hay servidores que no tengan defectos. Esta, en cambio, es recta, cuidadosa, diligente y, sobre todo, fiel, y sabés que es preciso tener algunas precauciones con la gente que se toma».

Hace cien años, una criada ganaba menos que una obrera. Hoy día, la proporción es a la inversa. Una criada para todo servicio, con sus trescientos cincuenta o sus cuatrocientos francos por mes, vestida, alimentada, alojada y con ropa limpia, es infinitamente más feliz que una obrera de la costura que gana ochocientos o novecientos francos por mes, y que tiene que pagar su cuarto, su alimento y, además, vestirse.

Hace cien años, nuestras abuelas pagaban a una criada para todo servicio, trescientos francos al año. Cincuenta años antes, bajo Luis XVI, esta criada no habría ganado más de ochenta francos por año. Trabajaba de seis de la mañana a diez de la noche, y eran tratadas sin ninguna dulzura. En el siglo XVIII se pagaba aún a las criadas, y el Parlamento las condenaba a muerte por un simple robo de ropa blanca. En 1830 era perfectamente admitido que, para tener una buena criada, era preciso que la señora la diera de cuando en cuando algunas bofetadas.

Una vez o dos por mes, se acordaba a las criadas un medio día de descanso. Algunas no salían sino los domingos para ir a misa. En cuanto a las vacaciones, ignoraban lo que era eso. Las criadas se acostaban en un lecho de fierro que se desplegaba en la cocina o en un corredor. Sin embargo, era preciso reconocer que estaban abundantemente alimentadas.

GASTON DERYS.

(Continuación de la página 14).

### UNA MUJER

vestida de negro, con sombrero blanco y con una rosa roja en la piel blanca, de zorro.

—Muy bien, no faltará a la cita.

—Adios.

—No: hasta la vista.

Y la comunicación telefónica quedó terminada.

V

La última campanada de las cinco de la tarde de un reloj lejano, la escuché al bajar de mi carro frente al «Olimpia»...

Y una mujer, de porte elegante, toda vestida de negro, con sombrero blanco y con una rosa roja sobre la blanca piel de zorro, me esperaba sonriente aparentando gran curiosidad sobre un gran marco con fotografías de artistas de cine.

Cuando me acerqué a ella, llevando el sombrero en la mano junto a guantes y bastón, y con la diestra estrechaba una mano muy pequeña enguantada finamente y me ponía casi turbado, a los pies de la dama.

Para no despertar curiosidad,—me dijo con una exquisita sencillez—, le ruego sea menos ceremonioso y demuestre usted mayor familiaridad... para que pasemos inadvertidos de los demás.

Y, atento a su indicación, familiarmente la rogue me dispensara la dejará un momento sola y me acerqué a la taquilla pidiendo a la señorita dos boletos.

Una vez dentro del salón y deslumbrados por el cambio brusco de la claridad a la oscuridad, sólo nos guía la luz de la linterna sorda de la persona que nos buscaba dos asientos para dos que anhelábamos estar completamente solos a la media luz del salón, para no parar mientes en las películas que se proyectaban en el enmarcado blanco del fondo.

No ha de haber pasado mucho tiempo seguramente, pero mientras cruzamos las primeras palabras después de sentarnos, para mí los minutos me parecieron interminables.

—Qué ocurrencia tiene algunas veces el Destino, ¿verdad?, dijo ella.

—Realmente, contesté a mi vez, no somos más que muñecos y siempre nos mueve el Destino a su antojo.

Y reí también.—la contesté...

Y nuestra conversación no tuvo más interés, puesto que hablamos de cantidades sin calidades y precisamos nuestro tiempo disponible y los días más adecuados para nuestras próximas citas...

Y salimos del salón.

Y como era natural, la invitó a subir a mi carro y ofrecí acompañarla hasta su domicilio.

—Ya no hablamos más!...

El carro se deslizaba obediente a mi mano, por las avenidas iluminadas y de mayor tránsito a esas horas, hasta que logramos salir por la Avenida Juárez y después por el Paseo de la Reforma, aceleré un poco más de lo que me permitían las leyes del Tráfico. ¡Tanto ella como yo, dejamos que nuestros pensamientos volaran por las regiones de la fantasía!

Cuando pasamos por la columna de la Independencia, con voz silenciosa, me suplicó diera vuelta a la izquierda y nos aproximáramos a la boca calle de una céntrica avenida transversal y que, bajo la sombra de los árboles enfrenara mi carro. Así lo hice, porque estaba dispuesto a cumplir a esa mujer, sus más mínimos caprichos.

Bajó del coche y nuevamente, al extenderme su pequeña mano desguantada, me rio a los ojos y me dijo tiernamente no la acompañara...

Y entre las sombras de la noche se perdió la figura elegante de esa mujer de belleza trágica.

VI

Nuestras primeras entrevistas,—de las concertadas en un contrato tonto y vulgar—, se efectuaban puntualmente y, no obstante algunas veces mis ansias por verla eran irresistibles... cuando me acercaba a ella sentía yo tal frialdad, que muchas de esas veces me proponía no volver a verla más. Pero nuevamente, esas miradas de esos sus ojos inmensamente radiantes de hermosura espiritual, me detuvieron a su lado...

Una vez le interrogué sobre su vida pasada y ella, siempre serena, me contestó: he olvidado mi pasado y duermo sonando en ti...

Y ese día... ¿para qué íbamos a hablar más?

Nuestras entrevistas siguieron efectuándose con un poco de indiferencia, porque siempre después de estrechar nuestras manos y juntar nuestras bocas, callábamos.

Hasta que un día, al atardecer, cuando nuestro carro se iba velozmente por el lustroso camino que lleva a Tlalpan... entre risas y sollozos; lágrimas y besos, hubo comunión de sentimientos y de ideas. Y desde entonces nuestra vida monótona e inútil, tuvo radiaciones de ensueño.

—«No sólo de pan vive el hombre»—dice el proverbio. Y en realidad, para complemento de nuestra vida, necesitamos soñar... y nosotros soñamos desde entonces.

Y así soñando, como estábamos no sentimos el paso del tiempo...

VII

A la hora del Angelus, de un atardecer del mes de abril, tan pródigo para las flores... en el jardín de mi alma no entró su dádiva...

Esa tarde debíamos reunirnos. Y como siempre en el umbral de nuestro «nido» me esperaba estatuaría y soñante, esa tarde no hubo quien me esperara!

Sobre la mesa de noche de su coqueta recámara, encontré un sobre azul pálido y dentro de él... su carta: «Cuanto trabajo, oh, querido mío, me cuesta escribirte y, cuánto lamento, mi siempre amado, el que tú no hayas insistido para conocer mi pasado, porque me hubieras evitado la pena de escribirte: Soy casada y cuando me reuni contigo, me consideraba viuda, porque él,—a quien no quiero nombrar en esta carta, porque sólo tú debes estar con mis lágrimas—, se fue de mi lado repentinamente, para cumplir una delicada misión al Norte del país. Yo ignoraba sus compromisos de su vida política y sólo supe después, por los periódicos que él, juntamente con otros, habían desconocido las leyes constituidas de la República, y que en los primeros combates, su imprudencia había pagado con su vida.

—Pues, ya no quiero atormentarme más, y te diré que, él... regresó de incognito y dispuso nuestro viaje al extranjero en la madrugada...

—A donde voy con el alma destrozada?

—Sólo quiero pedirte mi último favor: si pasado el tiempo volvemos a encontrarnos, desconocéme, por piedad porque quiero ser fiel al hombre vivo... y tú, sigue sembrando en la senda de las demás... tus pensamientos buenos.—Laura».

VIII

Y pasado el tiempo, realicé mi idea que venía alimentando desde entonces, y con la ayuda moral de una Secretaría de Estado y con la de las escuelas industriales, por una parte y por otra con la de algunos hombres de negocios, formé una poderosa institución refaccionaria y de fomento y que gira bajo la razón social de: «La pequeña industria en el hogar para mujeres que se consideran desamparadas».

ANGEL CASARRUBIAS IBARRA

(Continuación de la página 36).

## L A M U S A

Así adquirió la costumbre de entrar en mi casa con cualquier pretexto; yo, en cambio, no me atrevía a ir a la suya. Sabía que era de buena familia y que, a causa de la ruina de su padre, que había muerto de pena al encontrarse en la miseria, se había visto obligada a dar lecciones para ganarse el sustento. Decía con mucha gracia: «No soy muy sabia y no tengo ningún título oficial, pero el mayor de mis alumnos no tiene ocho años... y todos me quieren como a una amiga mayor.»

Diantre! También yo la quería como amiga, aunque menos inocentemente quizás que los niños a quienes enseñaba.

»A pesar de mis apuros económicos, fué aquella para mí una época deliciosa.

»No obstante, el día que cambié mi última moneda de veinte francos, no me pasó por las mientes acechar a mi vecina; era menester pensar en otras cosas menos dulces que su sonrisa y sus ojos... ¡Era preciso comer!

»La señorita Juana entró espontáneamente en mi piso.

»—Vengo a pedir a usted un gran favor; que me dibuje

usted un traje... un traje de Musa.

»—Para usted?

»—Le sorprende?—exclamó riendo alegremente. — Pues bien, para mí es. La madre de una de mis alumnas ha organizado para el lunes de Carnaval una representación de cuadros vivos; le falta una Musa y me ha rogado que me encargue de este papel. Ella cuidará del traje, cuyo dibujo yo le facilitaré. Es una señora buena, amable y su hija me adora y toma lección diaria. ¡Podía oponerme a sus deseos?

»—Ciertamente que no. Ahora mismo voy a hacerle un croquis.

»—Pero por qué pone usted esa cara tan triste?

»—¿Qué pongo la cara triste? Pues bien, me entristece pensar que otros podrán admirarla y yo no.

»—He de vestirme en casa de mi alumna; de no ser así le hubiera enseñado a usted mi traje al partir para la fiesta.

Las privaciones, el desaliento, hicieron rápidamente su obra. Cai enfermo, tuve calentura y durante la noche me acometió el delirio.

Llegó el lunes de Carnaval; pero yo me sentía tan postrado que ni alientos tuve para contestar a mi vecina cuando llamó a mi puerta y me dijo que se iba a la tertulia.

»Me acosté con la cabeza ardiente, olvidando la llave del piso en la cerradura y dejando la lámpara encendida.

»Durante mis sueños febriles, habíame figurado tantas veces ver inclinada sobre mi una cabeza rubia, que me imaginé estar soñando todavía cuando vi aparecer en mi cuarto la adorable visión de una Musa de dorada cabellera.

»—Soy yo — me dijo; — he visto luz en la habitación y

(Continuación de la pág. 33).

## LA ROMANZA EVOCADORA

Yo, fiel a mi quimera, esperaba que volviese a brotar de las paredes del caserón la palabra mágica... Pasó el verano, pasó el otoño con sus tristezas y me atreví a indagar el paradero del que supo cautivarme.

El viejo portero de la Escuela calmó mis cuitas. Así contestó a mis preguntas inciertas.

—Oh!... Aquel que cantaba... ¡Guapo mozo!... ¡Guapo mozo!... Ahora debutaría en el teatro... Tiene porvenir... Es un Gayarre... Es de la pasta de los grandes cantantes... Ya lo verá, ya lo verá... se llama Pablo Albarán.

Pablo Albarán. ¡Con qué musical sonido decían mis labios ese nombre! En vano lo busqué en los periódicos, hasta que un día apareció con grandes letras en las listas del Teatro de la Ópera. Acompañado de mi buena madre fui al ansiado debut. Al fin podría conocer el amor de mis ensueños...

El teatro era como un templo en día de gran fiesta. En lo alto de la galería buscamos un rincón donde ver sin ser vistos y desde allí pude escuchar la voz del que no conocía. Apareció cantando la romanza evocadora. Mi madre, viéndome mi emoción, preguntaba ansiosa:

—¿Qué es eso nena? ¿Qué es eso?

Y yo callaba, guardando el secreto de mi amor.

—Fué pasión de niña! Pasaron los años y yo vivía al calor de la primera esperanza. En la prensa leía los triunfos de Pablo Albarán. Mi secreto era archivo de sus retratos. Esperaba que tornase a su pueblo, que viniese a este coronado de laureles... Esperaba y no vi... No vi y no supe más de él. Calló la fama dejando olvidado el nombre del gentil cantador de la romanza evocadora. ¿Qué fué de él? La fortuna le subió, ocultándole a mis ojos, que siempre tendrán una lágrima para él si ha muerto, o para el dolor de mi olvido, si acaso vive.

Por eso vengo a este rincón donde aprendí a soñar de niña, mientras leían los viejos. Como ellos leo ahora y recuerdo un tiempo que pasó. Gracia es ésta de los recuerdos que es único consuelo para ancianos que recibimos el parental beso del sol...

\*\*

Callaron los viejos de los románticos recuerdos, poniendo en su silencio todo el dolor de las cosas olvidadas. Náufragos de la vida, buscaban un refugio en los dorados sueños de su adolescencia. La dama pensaba orgullosa, en su vida de virtud ofrecida en holocausto de un Dios de Amor. A él sacrificó toda su juventud, toda su ilusión; a él pedía un

la llave en la puerta y he entrado... ¡Buenas noches!... ¡Pero usted está enfermo!

—No estoy enfermo... Me muero.

—Acércese lanzando un débil grito y me cogí la mano. —Te reconozco — le dije. — Eres mi genio... Afirmaban que no existías y estas delante de mí... Si hubiese hecho caso de mi tío, el comerciante en papeles pintados, no habría llegado a ser yo el artista que hace rabiar de envidia a todos mis rivales...

—La verdad es que su tío tenía razón... No posee usted ninguna de las cualidades de un gran pintor. ¿Por qué, pues, no se limita usted a los dibujos para papeles? Sus malas rosas y sus mimosas resultarian admirables.

—¡Quita allá! — respondí indignado. — Tu no eres mi genio; eres la Musa del negocio. ¡Vete normalita! Quiero morir dignamente. Por otra parte, la vida me pesa; estoy enamorado sin esperanza.

—Y se puede saber de quién?

—De mi vecina, que se te parece, pero que vale más que tú. Y como no me amara nunca...

—¿Qué sabe usted?... Pero permitame que le haga una tisana. Está usted abrasando.

—Parece que estuve muy enfermo; durante dos días no reconoci a nadie y me figuraba siempre ver a la cabecera de mi cama a la musa del negocio, con quien sostenia yo discusiones interminables.

—Al tercer día advertí que la Musa era mi vecina, pero seguía ostentando los atributos del papel que yo le suponía: unos billetes de Banco y un pliego de papel cuadruplicado con un membrete comercial.

—¡Ah! Por fin está usted hoy razonable. ¿Quiere escucharme? Ahí van doscientos cincuenta francos, producto de las flores pintadas por usted y que yo he vendido.

—¿A quién, santos cielos? ¿A un americano?... ¿A un mecenas?

—A un fabricante de papeles pintados.

—A... a...

—Que le ofrece a usted — prosiguió la Musa inexorable, — un destino en su casa: sueldo fijo, habitación y taller. Aquí están escritas sus proposiciones; usted las firmará si le convienen. • • •

Gaston Perrey y su esposa cruzaron una mirada sonriente. El sacudió la ceniza de su cigarrillo y suspirando dijo:

—Fué un momento horrible; pero el gran arte me había jugado demasiadas tretas... Accedi a leer el contrato y vi que el fabricante que me ofrecía un empleo era... mi tío. Mi querida Musa hacia el milagro de reconciliarnos. Ella había ido a su casa llevando mis dos cuadros, había explicado mi miseria, mi labor mal recompensada, y mi tío me tendía el cable de salvación.

—Y esta es nuestra novela—dijo interrumpiéndole su mujer. — Porque supongo que todos ustedes me habrán reconocido: la Musa de Gaston soy yo.

MARIA THIERY

poco de piedad para no perder el paraíso de sus recordanzas.

D. Juan, medroso y cabizbajo, pensaba rectificar los juicios que en su vida hiciera. Siempre fué escéptico y creyó que, tras la sonrisa de una hembra, se oculta el engaño, nunca creyó que el corazón femenil pudiera apasionarse más que por la sojays y baratijas. «Poderoso caballero es don dinero». Tal fué la sentencia que guió todos sus actos. Su vida fué de un continuo desprecio para las damas. Cada día un amor nuevo, cada hora, una nueva oración de amor. Caballero andante de la galantería, quiso vengarse de la liviandad de las mujeres a fuerza de irreverencias. Con sus palabras melosas y agradables, conquistaba corazones, que después destruía con los dardos del olvido. Por eso meditaba al conocer la historia de una dama que guardó su amor en su pecho y no tenía una queja para el altivo amador.

Suspiraba la dama y el caballero recibía el suspiro cual una flor marchita que conserva como un póstumo aroma.

\*\*

Paseo adelante frente a la Escuela de Canto, apareció un grupo trágicamente doloroso. Formaban un ciego y su viejo Lazarillo. El ciego, viejo también, andaba cansino ofreciendo al sol su testa venerable de artista abandonado. Bajo

el brazo llevaba un violín de cuerdas destempladas.

El Lazarillo ofrecía en su porte un alegre atavío y retador; tenía en los ojos esa luz que parece mirar las neblinas de la locura. Eran sus ojos de los que no se olvidan cuando posaron una vez en nosotros sus miradas; ojos de fiera, huracanes y brillantes como los de un brujo enigmático al pronunciar un conjuro.

En el silencio del misterioso jardín, parecían dos figuras de un retablo de iglesia que hubieran adquirido vida por milagro de un salvador. De rato en rato hacían alto en su camino. Reposaban en un viejo banco junto al respaldo de recortado mítico y entonaban su canto limosnero. El ciego hacia gemir las cuerdas del violín, que tenían la tristeza de una queja, y el anciano cantor gongoseaba una trova. Ofrecía el cantante el triste aspecto de un juglar que hubiese dejado su juventud en los zarzales del camino y al volver al castillo

de la que fué su dama entonarse, como el círculo, su canto funerario.

Paso a paso se acercaron al banco donde reposaban los ancianos evocadores. D. Juan seguía meditando los sueños de la vieja compañera.

—Toca mi romanza, dijo el viejo cantor.

—¡Tu romanza!... ¡Tu romanza!, arregló el ciego. Locura es la tuya al venir a este desierto de sol ante esa casona solitaria para entonar tu romanza... ¡Ni que quisieras asustar a los pájaros!...

Y el cantor repuso, con la dignidad de un príncipe ofendido:

—Aquí empieza, compañero de Sarasate... En esta Escuela empezaron mis triunfos, que pusieron una aureola de luz en mi nombre, el nombre de Pablo Albarán... Hoy que la fortuna olvidó mis pasos, deja que cultive el tesoro de mis recuerdos...

Y el viejo cantor gongoseó las palabras de la romanza evocadora:

Por una princesa blanca  
Va llorando un trovador...

Terminaron la romanza y se alejaron los ancianos renegando de la poca caridad de los dos ancianos que, al ver marchitos sus ensueños, no quisieron sufrir el dolor de pagar, con un poco de calderilla, la amarga visión que borra un pasado...

\* \* \*

¿Fué milagro de la casualidad? ¿Fué quimera de la vieja, recordando mentidos amores?

Callaban los ancianos; lloraba la dama al comprender el dolor que tienen las evocaciones. Y es que es muy amargo llamar a las ventanas del recuerdo cuando los años ungieron nuestras cabezas con la blanca corona de los antiguos patriarcas.

(Continuación de la página 35).

### EL JAPÓN LEJANO Y MISTERIOSO

lo, que en otras partes del Imperio se le llama despectivamente "Sotsumamo" (alimento de Satsuma), demostrando el desdén que en la generalidad del Archipiélago inspiran los naturales de esta región, fundado en su mezcla con sangre coreana. En Satsuma mismo denominan a la batata «Kara-imo» (alimento chino), siendo China un país detestado por todos los japoneses.

Queda, pues, limitado el menú diario a tres comidas, consistentes en un plato de arroz, y té por bebida, siendo incomprensible para aquellas gentes la costumbre de comer en la cena distintos manjares que los que se comieron en el desayuno y en el almuerzo. Tam poco comprenden los japoneses que los alimentos se sirvan en la mesa y menos en otras vasijas que aquellas en que se han guisado.

Todos los utensilios de cocina que se usan en Satsuma son de barro cocido, siendo el más empleado el *schering*, que es una vasija de forma cúbica, con una oquedad en una cara, que sirve para depósito de carbón vegetal, único combustible que se emplea en el país.

El *schering* se coloca en el suelo, y tanto la preparación de los manjares como el cuidado del guiso, son realizados por la cocinera arrodillada en el suelo, con el pie curiosamente vuelto, en una actitud imposible de imitación. También las operaciones del lavado, tanto de ropa como de utensilios, se practican de rodillas, pareciendo ésta la postura más natural y cómoda para los japoneses.

Pasando por alto las deficiencias que para un manjar europeo representa el tener encomendada la cocina a tan inhábiles manos: el problema del lavado de ropa es uno de los quehaceres domésticos que sigue en dificultad, debiéndose esto a que las lavanderas del Japón no tienen costumbre de lavar las prendas enteras, descosiendo previamente los vestidos.

Después de troceadas las ropas, lavan por separado las piezas, que extienden luego sobre una tabla,uniendo, por último, otra vez, los pedazos.

El día del lavado es un día de diversión para las mujeres japonesas. Se reúnen varias de ellas en algún pozo o

fuente de las inmediaciones, y allí charlan y murmuran mientras trabajan. La frase "historias del lavadero", indica en el Japón trivialidad y concepto al que se debe conceder poco crédito.

El europeo residente en uno de estos pueblecitos japoneses que quiera llevar a la exaltación el asombro y la curiosidad de los indígenas, verá realizado su propósito encargando una cama. La sirviente seguirá con ojos de espanto las operaciones de armar el lecho, y preguntará luego, cómo ha de valerse ella sola para proceder todas las mañanas al desarme de los distintos componentes del mueble y virarlo otra vez por la noche. Y con no menos extrañeza hará la observación de que el armario es demasiado pequeño para guardar en él el colchón hasta la noche, proponiendo partir éste o hacer aquél de mayores dimensiones.

La respuesta de que la cama y el colchón continúan durante el día tal como han de utilizarse para el descanso provocará su rubor considerándolo una indecencia, porque en todo el Japón es costumbre retirar de la vista, guardándola cuidadosamente desde la hora de levantarse hasta la de acostarse, la colchoneta sobre la que duermen los japoneses y que les sirve también para cubrirse.

Tam poco comprenden aquellas gentes la razón del empleo de dos sábanas puesto que ellos sólo usan una muy delgada, de muselina, sin ribete.

La fórmula de cortesía para el salud, acostumbrada en el Japón, parecería en Europa una indiscreta impertinencia. Consiste en preguntar: "Dónde va usted?", y acaso esto no signifique una simple curiosidad, pues tal vez del sitio a que una persona se dirige pueda deducirse el estado de su espíritu, ya que del de salud, por regla general, es fácil formarse juicio por el aspecto exterior, que hace innecesaria la pregunta.

Difícilmente esta pregunta podría formularse entre europeos, y mayor compromiso sería contestar sinceramente a tan especial salud.

Estas particularidades del interior del Imperio del Sol Naciente, deben sólo considerarse como reminiscencias de una civilización que ha muerto para resucitar en el moderno progreso, en el cual este país, tan interesante por todos extremos, figura entre los más avanzados.

### DE TODO UN POCO

Pasando el gran Condé por un pequeño pueblo de provincia, se le presentó el alcalde encargado de decir el discurso de costumbre.

—Señor—dijo—, ya veis que tengo el derecho de molestaros cuando me plazca. Sin embargo, no lo haré valer, con la condición de que me prometáis alcanzar para nuestro pueblo la dispensa del pago de la contribución de guerra.

—Lo prometo—dijo el príncipe.

—Tenedo bien presente, porque, de lo contrario, pienso tomar el desquite a vuestro regreso y decir un discurso doblemente largo, el de entonces y el de ahora.

Un gandul se decide a buscar trabajo a casa de un industrial, y éste le dice:

—No puedo recibírte, porque yo me lo hago todo.

—¡Y qué desgracia tengo! Tan ricamente que estaría yo aquí.

Una estrella de cine se va a casar, y concurre al Registro Civil.

—Ha estado usted casada alguna otra vez?—dice el empleado.

—Sí, señor, varias veces.

—Muy bien, tenga la bondad de decirme cuántas veces y los nombres de sus anteriores maridos.

—Le advierto, señor, que no he venido aquí a hacer ejercicios de memoria.

—Indalecio, ¿dónde naciste tú?

—En Huelva.

—¿Y tu mamá?

—En Santander.

—¿Y yo?

—En Valencia.

—Y no te parece que es una gran casualidad que los tres nos hayamos encontrado?

—Carlitos, es la segunda vez esta semana que vienes tarde al colegio. ¿A qué se debe esto?

—Es que una mujer perdió en la calle una pieza de dos pesetas y todos los chicos estuvimos ayudándola a buscarla.

—Eso es una buena acción, pero no es una razón para demorarse una hora.

—Sí, pero es que yo tuve que estar con el pie encima de las dos pesetas hasta que se marcharon todos los demás chicos.

—Has visto qué caros están los guantes de señora?

—¡Uf! están carísimos, pero yo he resuelto el problema: mi esposa no se gastará una peseta en guantes.

—No? ¿Y cómo se las arreglará?

—Muy sencillo. Le he comprado un anillo de brillantes.

M. B., Pangulemu.—  
Leyendo el número 61 del Consultorio Sentimental, he empezado a interesarme, encantada de notar una tendencia nueva. Creo que debemos la iniciativa a Myriam de la Guardia. No sé, en verdad, qué haya solicitado, pero he leído las contestaciones, que son bastante halagadoras.

Era ya de desear que solicitudes más complejas o psicológicas o espirituales vayan viniendo al tipo "Standard" de la Nena linda, el marino apuesto, o la viuda doméstica. Si las mujeres soñamos y deseamos, ya que el privilegio de elegir y solicitar lo tienen ellos, ¿por qué no aprovechar y escudarnos bajo el incógnito, materializar los ideales que anidamos en nuestra imaginación?

Deseo un hombre que haya librado blanco su espíritu del cielo de la vida, y posea una personalidad de roble al abrarse paso por ella; que, seguro de su valer, busque refugio y comprensión en "ella" para formar la eterna pareja que amará creando amor. Que cierre los ojos a lo material que encandila sin iluminar una vida, que sólo logre ver cualidades sutilmente espirituales y se aproprie de la envoltura material como de un joyel en que ha de conservar el tesoro que aroará su existencia. No amaré más quien exija menos y, por lo tanto, me atrevo a esperar.—María Bueno, Correo, Pangulemu.

Para Sergio C.—Comprendo que mi párrafo anterior te molestó profundamente porque él reflejaba la expresión de un sentir verdadero, tan humanamente esbozado, que la que amas, en su calidad de mujer, pudiera haberlo adivinado... Te ruego me perdone y crea en la infantil inconsciencia con que tracé esas líneas llenas de una esperanza ya lejana, y aceptes el anhelo, el grito angustiado con que imploro a lo alto tu felicidad.—Stella.

S. F. S., Correo, Angol.—Desea encontrar un amigo español de 24 a 30 años, bueno, trabajador y de buenos sentimientos.

Varia Lebedef y Nadia Verenof, Concepción.—Chiquillas de 16 y 20 años, respectivamente, desean correspondencia con jóvenes simpáticos como ellas, antes que se terminen las vacaciones.

Julio Riquelme, Correo 3, Talcahuano.—Marinero de 22 años de edad, de 1.65 de estatura, rubio, de ojos verdes, desea corres-

pondencia con chiquilla de la misma estatura, morenita, agraciada.

S. P. H., Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con la encantadora Leontina M. H., a quien conoció en Viña el año 28. La ha notado desesperadamente seria y deseosa recuerde al marinero que le fué presentado en el "Blanco Encalada", en el mes de febrero de 1928.

Gabriela M., Casilla 22, Puerto Montt.—Desea encontrar un alma noble, pues sólo valoriza condiciones morales e intelectuales que son la fuente de la felicidad.

Ramiro Méndez O., Correo 4, Santiago.—Viudo, con dos hijos de 5 y 6 años. Blanco, alto, sano, trabajador y con renta regular, desea conocer señorita independiente o viuda para dirigir su casa, con fines serios.

M. Sapo S., Talcahuano.—Marino castigado actualmente y próximo a cumplir su condena, desea correspondencia con chiquilla dejicita y buena.

Nelly W., Santiago, Correo 3.—Viuda de regular situación, de 30 años, aunque representa menos, de lindo cuerpo y muy simpática, que habla algo de inglés, desea conocer inglés hasta de 33 años, de buena situación y profesión. Debe enviar foto.

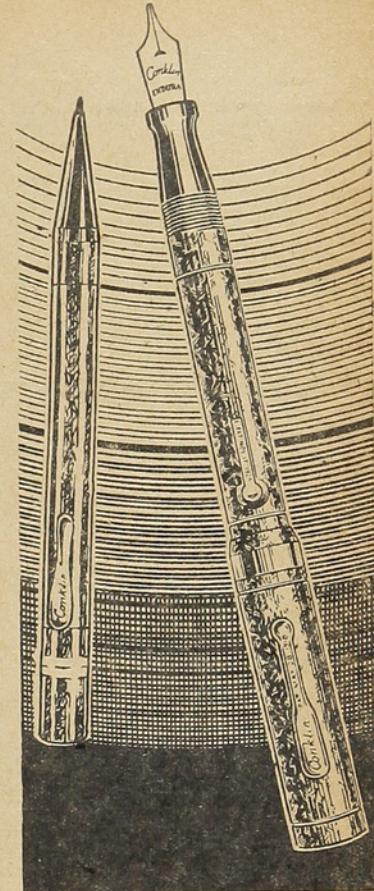
Hetie Blomberg, Correo 5, Santiago.—He caminado mucho, y en mis andanzas aún no encuentro el hombre que anhelo: lo deseo alto, rubio, de 25 años. Yo tengo 18 años, ojos grandes y soñadores y quiero tejer una red de amor.

Deseo un muchacho moreno, alto, delgado, no menor de 25 años, franco, serio, generoso y comprensivo. Tengo 24 años, y soy una morena altita, muy simpática. Si a algún lector le agrada mi parrafito, le ruego escriba a Emma Hansen, Correo 3, Presente.

D. A., Correo, Cauquenes.—Desea correspondencia con un jovencito que conoció en el trayecto de Santiago a Linares, el día 22 de enero. Vestía traje claro y sombrero oscuro. La que le manifestó que desearía vivir en Linares.

Cauquenina Desesperada.—Falta dirección.

Lucy Bravo, Correo, Curicó.—Mi ideal es un viudito sin familia, o un solterón de 40



#### DURANTE 35 AÑOS

las plumas fuente "CONKLIN" han demostrado su calidad insuperable. Ahora, la Fábrica ha lanzado a los mercados del mundo sus nuevos modelos, que son una verdadera revelación.

La "CONKLIN", en su calidad "Endura", fabricada con un material irrompible, denominado PIROXILINA, por su fuerte consistencia y liviandad, constituye la mejor garantía de duración.

La Fábrica desea que toda pluma "CONKLIN", en su calidad "Endura", preste a su poseedor servicio para toda la vida, estableciendo por intermedio de sus agentes, para garantizar esta idea, el servicio absolutamente gratuito de reparación.

Solicite de su proveedor una demostración de la pluma "CONKLIN".

Únicos distribuidores para Chile

**UNIVERSO**  
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFÍA  
CASILLA 102 V., VALPARAISO

**Conklin**  
ENDURA

**WATKINS**  
**pasta**  
**Dentífrica**

TONIFICA LAS ENCIAS Y CONSERVA LOS DIENTES  
PERFECTAMENTE SANOS Y BLANCOS

Agente general para Chile:  
**PEDRO GHISI**  
BANDERA, 575 - OFIC. 49

Casilla 3114      Teléfono 86984      SANTIAGO

a 45 años, que sea alto, simpático y de buena familia.

Cansado de esperar, arriendo corazón de 22 años, que sabe amar cuando lo quieren; desearía locataria de 18 primaveras moderna, agraciada, que viva en barrio central, que le guste el cine y el baile. Soy un caballero en toda la extensión de la palabra. Dirigirse a Chopenagua, Correo Central, Presente.

Maria Miranda, Correo, San Javier.—Desea correspondencia con un joven que vive en calle Arturo Prat. El es de regular estatura, moreno, su nombre es Héctor C.

Flor de Loto, Correo 3, Santiago.—Señorita bien parecida, simpática y de buen cuerpo, desea correspondencia con joven muy dije de 25 a 35 años.

Enr. Boris Martínez.—Desea renovar la correspondencia que mantenía en Santiago con Vicente Arévalo.—Correo 2, Chillán.

T. E. y S. F., Correo, Talca.—Sus cartas no se publicarán por venir escritas en forma poco correcta, es decir, en un pedazo de papel.

John S. T., Correo, Talcamávida.—No se publican cartas escritas con lápiz.

Nineta D'Orsay, Correo, Talca.—Desea correspondencia con joven de 18 a 20 años, ojalá profesional. Ella es morena, de buena figura, alta, simpática.

Eddie Polo, Correo Principal, Valparaíso.—Desea correspondencia con juventud de 16 a 19 años, amante de la música, cine y baile y que ame de corazón a quien la comprenda sobradamente.

Hemos recibido para su publicación la siguiente carta:

«Señor de toda nuestra consideración y respeto: Nos dirigimos a usted con el fin de que inserte en su digna y encantadora revista nuestro anhelo de encontrar entre las encantadoras lectoras de esa revista una madrinita que se digne mitigar nuestros pesares. Somos cuatro jóvenes y, por lo tanto, deseamos cuatro señoritas de corazón bondadoso a quien Dios bendeciría por su buena acción al querer aligerar el peso de la pesada labor de la vida de campaña.—Luis Calderón, Andrés López, Miguel García R. y José Duarte. 5.<sup>a</sup> Bandera, 18 Compañía. Tercio Extranjero. Ceuta, Marruecos, España.

## “P A R A T O D O S”

Caballeros legionarios Tercio Extranjero, 5.<sup>a</sup> Bandera, 18 Compañía, Ceuta, Marruecos, España (Manuel Ríos T. y M. G. Arcila).—Desafían a dos simpáticas señoritas a poner a prueba la generosidad de sus corazones, escribiéndoles hasta su lejano retiro.

Deseo ardientemente correspondencia amorosa o madrinita de guerra, en la persona de una encantadora chilena que quiera endulzar mis pesares.—Enrique Riffen, 5.<sup>a</sup> Bandera, 18 Compañía. Campamento de Riffen, Marruecos, España.

Amelia Betmke, Casilla 21, Chirquenco.—Desea correspondencia con Sergio de la Cruz, cuya dirección es San Martín 265, Linares.

Mariott, Maggy y Mireya, Correo, La Serena.—Chiquillas de 15, 16 y 17 abrigos, respectivamente, muy simpáticas, desean correspondencia con tres muchachos que sepan corresponder y endulzar sus primeros amores. Ruegan enviar foto.

Deseo correspondencia con algún muchacho que resida en Antofagasta o las Salitreras; que sea de 24 a 35 años; educado, algo romántico, pero sin ninguna pretensión literaria. Soy alta, esbelta, nada de vulgar; cabello oscuro, pálida, muy sencilla.—Mary-jen Echeverría W. Correo 2, Valparaíso.

Deseo saber del señor Luis E. Torrico, de nacionalidad peruana, que estuvo el año pasado en Valparaíso. Ruego enviarle su dirección a María W. K., Correo 2, Valparaíso.

Zapirón, Correo, Coya, Rancagua.—Joven rubio, ojos verdes, profesional, educado, de muy buenos sentimientos, desea correspondencia con alguna chiquilla que tenga fortuna y desee trabajar con un muchacho honrado y de aspiraciones.

Julia B. e Ivette A., Correo, Mulchén.—Chicas muy picarás, desean ser amigas de jovencitos estudiantes de medicina o leyes, no mayores de 25 años. Ellas tienen un físico agradable y la ilusoria edad de 16 y 17 años y una contagiosa alegría, pero saben ponéreles serias cuando el caso lo requiere.

D. L. Guevara, Rancagua, Teniente C.—Joven chileno de 20 años, regular estatura, de carácter agraciado, desea encontrar entre las lectoras de «Para Todos» una chiquilla tan bonita y apasionada como una Margarita Gauthier. Indispensable enviar foto.

Ingenierito L., Correo 2, Santiago.—Presta su condonabilidad a la señorita estudiante de matemáticas S. Campos V. y le ruega decirle si es su novio es joven médico R., con quien anda siempre tan seria.

S. Francisco F., Rancagua, Teniente C.—Joven alto, de 22 años, sin vicios y corazón muy amante, desea correspondencia con señorita simpática, de 18 hasta 25 años, que sea ser fiel y amar de verdad.

Dos jóvenes licenciados de 18 años de edad, de buena presencia, desean conocer dos chicas sinceras y educadas; ojalá estudiantes.—R. S. y A. G., Correo, Talca.

J. A. G., Correo, San Felipe.—Joven de ojos negros, muy simpático, de estatura mediana, 15 años, desea correspondencia con señorita que reúna las mismas condiciones y pertenezca a la sociedad.

C. H. Ossandón R., «Almirante Condell», Talcahuano.—Marinero de 23 años, desea correspondencia con chiquilla que sepa amar de verdad y que sea bien educada.

Morochita, Correo 2, Temuco.—Desea correspondencia con un morenito de regular estatura, pelo negro ondulado, que trabaja en la Ferretería Watchel de Loncoche. Sus iniciales son V. L. ¿Adivinará él quién soy?

Nancy Ketter V., Correo, Nueva Imperial.—Desea correspondencia con un alma amiga de afectos sinceros.

R. Landford y Reynald Wallace, «Almirante Condell», Talcahuano.—Dos simpáticos marineros, de 19 y 20 años, respectivamente, desean correspondencia con dos lindas chiquillas educadas y de buena posición social. Se ruega enviar foto.

Ilusionada, Correo 2, Temuco.—Morenita de regular estatura, desea correspondencia con un sargento de marina que actualmente se encuentra en Puerto Montt, cuyas iniciales son, según creencia, L. A. M.; es de regular estatura y debe tener 24 o 25 años; además, es muy serio.

O. R. O., Temuco, Casilla 309.—Rubia de 25 años, seria, sin pretensiones, buena dueña de casa y desgraciada en el amor, desea correspondencia con joven alemán de 30 a 35 años, de buena situación. Acompañar foto.

Carnet 154.041, Correo 2, Valparaíso.—Desea amistad con señorita que viva en Valparaíso, ojalá en el Almendral, buena dueña de casa, seria y que tenga conocimiento de la vida, para que podamos comprendernos y juntos llegar al templo del Amor.

Solitario, Correo, Taltal.—Desea saber si la encantadora Katí, de Viña del Mar, acepta la amistad de quien le dirige este parrilla.

Alfredo Kempis y Flavio Espronceda, Correo, San Javier.—Inseparables amigos, uno alto, de ojos azules, moreno de ojos negros el otro, desean correspondencia con señoritas simpáticas y modestas, no mayores de 20 años.

Rubén del Valle, Correo Central, Santiago.—Ruega a las señoritas de Valparaíso que sean amigas de la señorita Eliana C., que se retiró hace poco de las Monjas Franciscanas por una enfermedad, se sirvan darme su dirección.

Desilusionado, Santiago.—Ya todo ha terminado... Sólo me resta desearte felicidad, y repetirte que no volveré a molestarte; se terminó el fantasma que constituyó para ti mi persona y ahora me dirijo confiado hacia donde tantas veces te dije que iría.

Madame de Stael, Rancagua, Idahue, Fundo San Ricardo.—Repita su carta. ¿Cree usted que se conservan o se archivan las inservibles, o que hay memoria para retener las mil y mil que llegan?

Victoria E., Correo Central, Santiago.—Desearía conocer joven extranjero de esta ciudad, honorable, serio, bastante alto, buena figura, educado y de situación; de 25 a 35 años. Ella es chilena, morena, alta, simpática.

Granadina, Correo 3, Valparaíso.—Desea

# GYRALDOSE

M. R.

para la higiene íntima de la mujer



### La GYRALDOSE

se presenta en forma de polvo o de comprimidos. Es un producto antiseptico, un tóxico anestésico, desinfectante y desinfectante, es microbicida, compuesto a base de polisulfos, de ácido tímico, de toroximethenilo y de alumina sulfatada. Lo emplea mamá y tarde toda mujer recelosa de su higiene.

Comunicación  
a la Academia de Medicina  
(14 de Octubre de 1913)

La GYRALDOSE da belleza y esbeltez

Base: Ácido Tímico y Pyolisan.

correspondencia con joven empleado en el comercio, bueno, serio y trabajador. Ella es trigueña, alta, delgada, de ojos cafés.

**Mex R. C. N.**, Rancagua, Sewell, Correo.—Joven de 20 años, educado, simpático, de buena familia, desea amar y ser correspondido por señorita de corazón libre, bonito cuerpo, de 15 a 17 años. Indispensable enviar foto.

**Carlos Chaplin**, Correo 2, Valdivia.—Joven de 23 años, de estatura regular, simpático, desea correspondencia con chiquilla de 15 a 25 años; bonita de cara y cuerpo y muy culta.

**Martha Zegers y Kiss-Mé**, Correo, Valparaíso.—Dosis chiquillas muy simpáticas, desean correspondencia con jóvenes mayores de 20 años. Ojalá enviaran foto.

A los médicos del Hospital San Borja.—Muchacha con disfraz de picante, desea correspondencia con un joven médico del dispensario de oídos, que es compañero del doctor Martínez. El es alto, rubio, muy simpático y tiene una manera de mirar... Amable, Consultorio Sentimental.

**Lilette Lyray**, Correo, Talca.—Desea correspondencia con joven de 20 a 26 años; ojalá moreno, de ojos verdes. Ella es alta, de ojos negros y bonito cuerpo.

**Luis Lathrop, Oscar Carrizo y Luis Hidalgo**, Correo 3, Talcahuano.—Desean correspondencia con chiquillas de 17 años, simpáticas, educaditas y querendonas.

**Diana**, Correo, Talca.—Desea correspondencia con un joven que estuvo en ésta durante el verano del pasado año. Es de Santiago, sus iniciales son Ricardo H. R. y vive en calle Compañía.

**A. M. P.**, Correo 2, Talcahuano.—Desea correspondencia con chiquilla de 18 a 25 años; no importa que sea pobre, siempre que sea buena.

**A las Encantadoras Flappers**: Vosotras que os regodeáis para amar a los hombres, que soñáis con ideales casi imposibles, podéis saciar vuestras ambiciones... de amar. Tres mosqueteros desean correspondencia con amadoras chiquillas de 16 a 18 años. Ellos tienen 19 y ruegan enviar foto.—L. A. M. R., Correo, Valdivia.

**Desconsolada, Viuda del Mar**.—Efectivamente, no vale la pena que ruegue usted a ese señor. Sin duda, a juzgar por su proceder, no la quiere y, en ese caso, no podemos menos que aconsejarle un digno distanciamiento. Por otra parte, esas penas, a sus años, son fácilmente curables, pues, en realidad, las penas de amor son más ideológicas que verdaderas, sobre todo en la juventud. Un nuevo flirteo juicioso y... asunto terminado.

**A Viudita Triste**.—He leído su parrafito, que ha llamado mi atención, y como pienso que reúno las condiciones que usted exige, agradeceré datos de su persona.—J. B. N., Correo 103, La Unión.

**Clorinda Ruiz, Villa Alegre**.—Para los asuntos de la revista, dirigirse a la Administración de «Zig-Zag», Bellavista 069.

**N. N. Correo, Concepción**.—Joven de 21 años, de buena presencia, desea ardientemente correspondencia con la encantadora Olguita Medina, de la que, a pesar de su marcada indiferencia, es ferviente admiradora.

**Para Elvita Guzmán, de San Fernando y su hermana Violeta**.—¿Cómo lo han pasado en su verano? Estimo que tan bien como sus encantadoras siluetas lo merecen. ¿Adivinan quién soy? Escríbanme y cuénteme muchas cosas, que me imagino tendrán un gaje enorme.—G. S. P., Santiago.

Para mi primita Martha González Prieto, Destrucción N° 1, Talcahuano.—¿Por qué no nos escribes? Si supieras cuántas noticias tenemos que contarle, respecto de las fiestas que proyectamos y para las cuales deseamos ardientemente te encuentres entre nosotras.—Tus primas Ch. y M.

**Eliana y Judith R.**—Dos porteñitas de 16

y 17 años, respectivamente, simpáticas y de muy buena familia, desean correspondencia con jovencitos honorables, educados y simpáticos de Santiago al Sur. Ruegan enviar foto. Avenida Placeres 99, Valparaíso.

**J. S. K.**, Casilla 16-D, Santiago.—Chileno que habla alemán y inglés, culto, sin vicios, desea conocer señorita inglesa para llevar una amistad noble y sincera y darse el agrado de guiarla por buen camino.

**Fernando Becerra Z.**, Escuela de Torpedos, Talcahuano.—Joven de 19 años, dispuesto a amar de verdad, desea correspondencia con chiquilla hasta de su misma edad que sea amante, buena, cariñosa, muy seria e instruida. Prefiere de Concepción.

**Gitanilla de Triania**, Correo 3, Valparaíso.—Chiquilla trigueña, de cabello ondulado y largo, regular estatura, delgada, desea correspondencia con joven alto, de ojos soñadores, trabajador, de buenos sentimientos.

**Luis Larrazábal**.—La Redacción tiene el agrado de imponerle que no se devuelvan originales de ninguna especie; que no tenga cuidado; su cuento, que no fue aceptado, fué a dar al canasto. Además, no se acepta ninguna colaboración gratis ni remunerada, a menos de solicitarla la Empresa.

**Chelita Arancibia**, San Francisco de Limache.—¿Por qué tan ingrata? Te escribí varias veces, siempre en la esperanza de mejor acogida, y nunca con suerte mejor. ¿Es que acaso nuestra correspondencia se extravía? Quiero creer, por lo menos, que tu aparente olvido no se debe a un pequeño golpe de tu delicada y frágil personalidad. El saludo más cordial de quienes saben apreciarle y quererle; saludo que harás llegar a tu digna y querida familia.

**Sergio**: Mis palabras de ahora no ocultan una intención que sobrepase el límite de tus ambiciones; me considero fracasada en ese terreno, y jamás dejaré de lamentar el atraso con que me llegué al lugar de tus afectos. Nada espero ya, pero pienso que mi amistad no ha de ofenderlo ni te dolerán mis palabras llenas de admiración y franca camaradería. Te envío estas líneas quien descubrirás a través de tales sentimientos.

**G.**—Mi ideal será siempre tú, Angel, y mentiras más te esmeres en desear mis palabras tan inútilmente repetidas, mayor será el encanto que me produzca tu desmembrado silencio. Vida, muerte, nada es hoy, como te lo dije un día, y sigo siendo la misma que te quiera desde lejos.—Alma que Llora, Correo Central 1°.

—Mi ideal es, sin duda, un muchacho encantador como mi imaginación creadora de imposibles lo ha concebido y como mi mente desconfiada jamás creyó hallarlo. Pero el destino, que es el mejor arquitecto, me lo ha presentado en la persona de un muchacho sencillamente adorable, de mirar intenso, sin pretensiones, ni conciencia de su íntimo y legítimo valor, un muchacho, en fin, que me ha hecho sentir un mundo de sensaciones hasta hoy incomprendidas. Sus iniciales son S. C. C., y es hijo de las encantadoras tierras del Sur, que a menudo nos reservan tantas sorpresas en materia de genios.—Eliana de la Cruz, Correo Central.

**There de la Fuente, Talca**.—Hace algún tiempo que deseo conocer un joven que trabaja en el Banco de Chile de esta ciudad, de apellido Toledó, ya que me ha sido imposible hacerlo personalmente, me valgo de esta simpática revista, que le exprese todo mi sentir, que interpreté todo cuanto su sencillez y discreción han sabido despertar en mi espíritu juvenil tan lleno de ilusiones.

**Para Idealista**.—¿Busca Ud. una mentira de amor? Me extraña. De todos modos, le recomiendo entable correspondencia muy sostenida con Myrian de la Guardia. Seguramente, que obtendrá Ud. con ello, por lo menos, algo de la suprema sabiduría del mártir de la círcula. Por mi parte, dejo si, constancia y Alma Huérfana de afectos, me lo rectificará, de que vengo apagando mi interna en espera de mejor oportunidad y me encamino a mi mejor y querido tonel.—Conde Cagliostro, Casilla 25, Traiguén.

**Ehyor Marqués de Aimena, Temuco, Barros Arana 369**.—Moreno Pálido, nada de mal parecido, de gran porvenir, desea correspondencia con fines matrimoniales, con señorita de 18 a 22 años, que esté dispuesta a amar con vehemencia a quien la haga don de su alma. La prefiero rubia y que domine el tambo, que le guste la música y literatura. Ruega enviar foto.

**Dos marinos de 22 años**, físcico agradable, de nobles sentimientos, actualmente en el Callao, y de paso a nuestro país, desean correspondencia con chiquillas de 16 a 21 años, educadas, amantes de las aventuras y los viajes. Pronto estaremos en Valparaíso, en donde estaremos un tiempo corto para viajar de nuevo a Europa, desde donde queremos mantener correspondencia con quienes nos contesten. Contestar a "Pilotos del Caleuche", Casilla 1733, Valparaíso.

**R. P. S.**, Casilla 180, Valparaíso.—Desea correspondencia con la simpática morenita que hace un año atrajo vivía en Alcazar 770, Rancagua, sus iniciales son M. N.

—Espera correspondencia con la simpática señorita que pasó por la Estación de Freire el martes 28 de enero, en el expreso de las 7. Soy el joven con quien cambió miradas, sonrisas y señas al partir el tren. Ernesto Sáez, Correo, Freire.

—Mi ideal eres tú, L. C., te vi en Talcahuano y te desentendiste. ¿Por qué estás tan serio? A. S., Colón 1425, Talcahuano.

**Chiquilla humilde**, muy de su casa, de carácter vivo, que desea amar de corazón, desea correspondencia con un joven muy simpático que ha visto a veces, frente a la Mercería Contreras. Ojalá recuerde y escriba a la morena de ojos verdes que vive en la Avenida, y con quien un domingo sostuvo una agradable charla.

**Tytta Bern**, Correo, Antofagasta.—Desea correspondencia con un joven simpático, educado, moreno, que sea sincero y leal. Ella es alta, blanca, de ojos verdes encantadores, y de 16 años.



la verdadera higiene

Sin higiene, ni salud, ni belleza Pero la verdadera higiene no consiste en salubrificar solamente la superficie de la epidermis, sino en purificarla hasta el fondo de los poros con un jabón de primer orden: El Jabón de CHERAMY

JABON DE AGUA DE COLONIA JABONES "CAPPY", "FAUSTA", "OFFRANDE", "JOLI SOIR"

Jabones de  
**CHERAMY**  
PARIS

Coxia  
películas  
de esta  
marca



Son las  
mejores  
del mundo



Así me gusta mi "KUFKE"



## ¡Aunque dejes de comer, no te curarás!

Frecuentemente se quiere curar la diarrea dejando de comer; pero aunque no se tomen alimentos, no se hace desaparecer esa molestia. — Al contrario, con eso se acelera la decaída de fuerzas.

Te curarás tomando

## las Tabletas de Eldoformo

que hacen desaparecer enseguida las trastornos de estómago, regularizan la función de los intestinos, procuran una buena digestión y el peso normal del cuerpo se recupera en poco tiempo.



"Para Todos", Correo Americano, Chiquicamata.—Desea correspondencia con chiquilla educada, dactilógrafa, de cualquier punto del país, exigiendo como única condición imprescindible, un pasado limpio como un cristal, pues no desea pasatiempos, sino fines serios. El tiene 26 años, buen físico y excelente porvenir.

Osvaldo O. V., Correo, Sewell, Rancagua.—Desea ardientemente correspondencia con una encantadora chiquilla de rizos, que salió en dirección al Sur en el tren que salió de ésta el día 9 de febrero a las 3.10 P. M. Iba en compañía de una señora de traje azulino. Si recuerda al joven de traje morado y sombrero plomo que estaba sentado un poco más adelante y se bajó en Rancagua, le ruega contestar con el mismo interés con que lea su cuaderno de poesías.

A. E. A.—Falta dirección.

José de la Guardia—Colo-Colo, 418, Concepción.—Desea correspondencia con chiquilla de 15 a 18 años, que no sea de Concepción, cariñosa y simpática. El es moreno simpático, de 18 años, y de corazón libre para amar a la que le escriba y reúna las cualidades que pide.

Temerosa del Invierno. Correo Gorbea.—Desea encontrar un compañero fiel, ojalá con fines serios, para tener con quien partir en las largas y pesadas noches de helios y lluvias que pronto han de sobrevenir. Lo desea pobre porque considera que la felicidad no consiste en el dinero además para que armonice con su situación, pues ella no tiene fortuna, sino una honradez a toda prueba y sus simpáticos 24 años.

Chita y Nena Rouvier. Correo 2, Chillán.—Dos altas, esbeltas y simpáticas chiquillas de 16 y 17 años, desean correspondencia con dos jovencitos más o menos de su edad. Ojalá enviar foto.

Incógnita. Correo 2, Chillán.—Desea encontrar entre los lectores de esta revista un soñado cadetito o también un marinito, que son su debilidad.

Joven de 23 años, muy serio, de buena figura y simpático, solicita correspondencia con chiquilla alta, rubia, hasta de 25 años, buena, sentimental, capaz de enseñarle a querer. Saladino Reyes O., Correo, Osorno.

M. E. V. Avenida Estación, San Javier.—Desea reunírse con su amistad con el simpático chiquillo del garage Opazo, que se alejó de ella sin motivo.

M. G. y M. Z., Correo, Angol.—Dos santiaguinos veraneantes, bastantes dijes y ocurrentes, desean correspondencia con jovencitos de 22 a 25 años, que tengan bastante chispa para competir con ellas, que tienen 19 y 20 años, respectivamente, unidos a una linda figura.

Alfonsina Espino R.—Desea correspondencia con un joven de grandes cualidades morales, comprensivo y culto. Puede ser de cualquier país. Tal vez deba dirigirme a Marzo o a la Luna; los lectores decidirán. Correo, Vina del Mar.

Lillian Davies. Correo 2, Valdivia.—Simpática chiquilla de 18 primaveras, rubia, blanca, ojos claros, desea correspondencia seria, con joven de 20 a 25 años, simpático, sincero y de corazón libre. Ruega enviar foto.

Lirio del Valle, Correo Central, Valdivia.—Chiquilla de 19 años, desea correspondencia con joven de 20 a 25, de regular estatura y físico agradable, y dispuesto a corresponder con creces a quien le brinda su primer amor.

J. L. Radiante. Crucero Blanco Encalada, Puerto Montt.—Marino de 22 años, desea correspondencia con morena de 20 a 25, amante del cine y la música. Tengo buen porvenir, por lo que espero hallar la realización de mi felicidad.

Diana.—Falta dirección. (Escriba en forma más personal).

Stigo.—Su párrafo es inentendible y no tiene dirección.

Doddy Morice. Correo, Concepción.—Simpática, comprensiva, buena, desea correspondencia con lectores de "Para Todos"; los prefiere serios, cultos y educados.

Carmen y María Sánchez, Correo Central, Valdivia.—Chiquillas de 23 y 20 años respectivamente, gorditas, sentimentales, desean correspondencia con jóvenes serios, ilustrados, de 26 a 35 años, altos.

Nora y Violeta Castro P., Correo 3, Valparaíso.—Amigas inseparables, demasiado jóvenes, que han apurado hasta las heces el cáll del dolor, desean encontrar entre los lectores uno, que merezca llevar el dulce calificativo de amigo.

R. y A., Arquitectos, Correo, Talca.—Dos muchachos arquitectos, desean correspondencia con dos hermanas que viven en 10 A. Una es alta, la otra bañita; nos encantan por su seriedad, pues no llevan de apunte a nadie, y a todos se les pegan con el cuento del amigo.

Amelia Lobos, Correo, Rengo.—Morena de 20 años, seria, educada, de familia honorable, desea correspondencia con joven que reúna las mismas cualidades.

O. Alarcón, Correo Central, Santiago.—Búscame compañera que endulce mis horas de amargura; soy militar de 26 años, no soy simpático, pero poseo un corazón plácido de buenos sentimientos. Si alguna lectora amable, simpática y educada, se interesa por estas líneas, me haría muy feliz.

Pola y Yola, Correo, Concepción.—Dos encantadoras chiquillas de 15 primaveras; rubia de ojos negros, la primera, y morena de ojos verdes la segunda, desean correspondencia con chiquillos de 18 años, simpáticos y de buena familia.

¡Será tarde para que la señorita N. G. conteste al llamado de amor, del que impaciente espera desde el Carnaval de 1927? ¡No sabe ella acaso, o no adviña esta angustiada espera? Espero que su intuición de mujer le hablarán más claro que mis palabras y contestará a Otelio Apasionado, Correo, Teniente "C". Al nombre y apellido que ella de sobre conoce.

Morena de Ojos Verdes, Correo, Talca.—Desea correspondencia con un joven alto, de buena figura, que viste muy bien; es arquitecto, y siempre va acompañando a una chiquilla bañita muy dije, que parece le gusta. Para más datos, tiene un lindo auto Nasoh. Será feliz si me escribirá.

J. M. Carrera, Mirador Orompello, Chacabuco.—Desea correspondencia con una señorita que conoció en un balle, que se realizó en una plaza que se encuentra en las proximidades de Chacabuco, en Santiago. El es el marinero chico que andaba de blanco. ¿Recordará?

Nevermore y Farewell, morenos simpáticos, de Santiago y Valparaíso, 23 y 19 años, respectivamente, desean correspondencia con dos muchachitas que sean un acopio enorme de simpatía. El primero la desea alta, esbelta, espiritual, a su semejanza; el segundo prefiere bañita. Ambos poseen espléndida situación pecuniaria: ruegan enviar foto y dirigirse al Correo de Magallanes.

M. R., Correo, Potrerillos.—Joven de 23 años, desea correspondencia con señorita de 20 a 23 con fines matrimoniales. Prefiere rubia, alta, simpática y educada. El es trabajador sin vicios y muy cariñoso. Indispensable enviar foto.

Sylvia Martínez, Correo, Linares.—Desea correspondencia con un jovencito que es jefe de una Estación del Ramal a Panlimávida. Sus iniciales son J. R. Oliva. ¿Recordará la noche del 1.º de febrero?

Lyla Corvalán, Correo Central, Santiago.—Desea encontrar un verdadero amor. Ella es joven, por eso lo desea de 25 a 30 años, alto, simpático, de muy buenos sentimientos.

Maria Valderrama, Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con joven de 22 a 25 años, serio y culto, capaz de ofrecer una amistad sincera. (Sólo se publica un párrafo de cada carta. Se ruega no insistir).

S. C. R., Correo, Talca.—Desea correspondencia con la encantadora señorita de la Sección Certificados, cuyas iniciales son A. C. V., por quien siente profunda simpatía, a pesar de su marcada indiferencia. El es el joven alto, de ojos verdes, que la mira con constante insistencia y a quien siempre vuelve la cara.

Lita V. R.—Su carta no se publica por estar escrita en un pedazo de papel.

Ana Anderson, Correo, Vallenar.—Desea correspondencia con algún muchacho simpático, de preferencia militar o naval; no importa físico, pero sí, que sea educado e instruido.

Betty Reyes P., Correo 4, Independencia, Santiago.—Desea correspondencia con el joven que el día 8 del actual, viajaba en carro San Francisco, a las 6 de la tarde. Vestía traje y sombrero gris, y la siguió hasta su casa en Santa Rosa. ¿Recordará a la morenita de luto?

Natacha Livonska, Correo 11, Santiago.—Desea correspondencia con un muchacho de nobles sentimientos, que pueda ofrecerle un verdadero y sólido amor. No importa físico ni fortuna, sino nobleza y verdad. Ofrece en cambio un alma rica en sentimientos nobles y verdaderas virtudes.

Héctor H. G.—Falta dirección.

J. M. M., Correo 4, Santiago.—Joven honorable, futuro profesional, feo, pero de buenos modales y gran cultura, desea correspondencia con señorita no mayor de 30 años, de bonito cuerpo, o con viuda joven, de buena posición económica. Ruega enviar foto.

L. E. P. P., Casilla 256, Chillán.—Joven periodista de 18 años, desea amistad amorosa con chiquilla que sepa amar lealmente, de 15 a 19 años, que sea simpática y educadita.

Nelly Herrera Rodríguez, Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con el señor D. Amengual V., que trabaja en la Caja de Crédito Popular. Anhela saber si su corazón está libre, o si aún continúa sus relaciones con la "chica rubia" que estudiaba en la Plaza Brasil.

Esther N. Diaz, Correo 3, Valparaíso.—Chiquilla de 16 años, desea correspondencia con joven de 18 a 20, simpático, no muy bajo, y muy alegre.

Ana V. Brandt, Correo 3, Valparaíso.—Desea correspondencia con joven de 18 a 20 años, de nobles sentimientos, y que sepa querer sin olvidar.

Elina Sáez, Correo Central, Concepción.—Desea correspondencia con M. M. G. Ella es una simpática chiquilla de 22 años y poseedora de lindos ojos verdes.

Andrea Tatiana Olaff, Correo, Vallenar.—Desea correspondencia con joven de 28 a 36 años, de agradable físico, caballeroso, culto, algo romántico. Ella tiene 22 años, carácter alegre, mezcla de seriedad y juvenil contento.

Noemí, Correo, Lota Alto.—Desea saber noticias de R. Downy Fernández, a quien conoció cuando estudiaba. Un viaje imprevisto al Sur me impidió darle las debidas explicaciones, lo que motiva mi eterno desencanto.

Mildred Grace, Casilla 3511, Valparaíso.—Busca un alma buena, absolutamente sincera, que sepa escribir cartas alentadoras, de un espíritu cultivado por la lectura, que sea admiradora de Anatole France y Maeterlinck. Una amiga con la que pueda cambiar ideas y forjarse la ilusión de que no todo es falso-dad en esta vida.

Marinero de ancho pantalón y próximo a embarcarse.—Desea conocer señorita de cualquier punto del país, no mayor de 20 años. Omar Azocar, Fuerte Borgoño, Talcahuano.

Eliana Carvallo, Correo Central, Valdivia.—Desea mantener correspondencia con un joven de buenos sentimientos y situación holgada, muy educado, de 25 a 35 años.

Aquiles Baeza, Hotel Austral 369, Temuco.—Desea distraer su soledad, manteniendo en-

cantadora correspondencia con una amiguita de regular estatura, cuerpo esbelto, morena pálida, de mediana educación. Ruega enviar foto.

Harry Grebb, Correo Central, Concepción.—Muchacho de 16 años, busca entre las lectoras de "Para Todos" una que no lo superare en edad. Quiere que sea como él, estudiante.

Ruth Riquelme, Correo 13, Santiago.—Chiquilla seria, amante de la tranquilidad, sensible, y que está dispuesta a querer mucho, deseosa correspondencia con joven marino de 30 a 35 años, serio y de nobles sentimientos.

E. M. B., Correo 2, Valparaíso.—Joven de 17 años, buena presencia, desea amistad con jovencita de 16, no exigente, pues sólo desea una franca camaradería.

A amo el bien por el bien mismo. No sería capaz de causar el menor mal, ni siquiera con la sutileza del pensamiento; amo a quienes amas y perdono a quienes no otorgas el incomparable don de tu afecto... Soy buena, sin embargo, siento en mi interior una especie de santa envidia por aquélla a quien llaman tus sentidos y tus sentimientos aman; no la odio ni censuro, acaso, la amo inconsciente, porque junto a ella está siempre la sombra protectora de tu yo, y he aprendido el arte angustioso y exquisito de combatir el odio con la ternura, y de sentir por todo y por todos una profunda piedad. Myrto.

A Jorge Dietz.—Aún espero una noticia, una tan sólo que me hable de ti, del amado amigo, el simpático alemán que me enseñó a sentir la delicia de un amor inextinguible y santo. ¿Qué será de él? Le ruego escribir a Marta S., Correo Central, Santiago.

ANTI-REUMÁTICO  
ANALGÉSICO-SEDANTE

NEURALGIAS, FIEBRE,  
JAQUECAS, GRIPE,  
CIÁTICA, REUMATISMO  
Resfrios, Dolores de cabeza y muelas

Alivio inmediato:  
sin efectos secundarios nocivos

**ASCEINE** M.R.

Comprimidos de Ácido acetil-salicílico  
Acet fenetidina, Cafeína

O. ROLLAND PARIS Morand LYON  
**ASCEINE**  
ANALGÉSICO-SEDATIF ANTIRHUMATISMO

De venta en todas las farmacias

Tubos de 20 tabletas.  
Sobrecitos de 1 y 2 tabletas

**No más restricciones**

NO DIGIEREN  
NADA  
LO DIGERIRÁN  
TODO  
con *ta*

**Sal Digestiva**  
**Be-me-é**

M.R.

ARDORES DE ESTÓMAGO  
ACIDEZ GÁSTRICA  
PESADEZ DE ESTÓMAGO  
VÓMITOS

DOSIS: Una cucharita después de cada comida

FÓRMULA: Magnesio Bicarbonato sódico Carbonato de calcio

VENDESE EN TODAS LAS FARMACIAS  
CONCESIONARIO PARA CHILE: AM-FERRARI CASILLA 290 SANTIAGO

# SWEATERS

DIBUJOS DE GENEROS MODERNOS  
TEJIDOS O APLICACIONES.



Jersey de lana blanco.  
Completamente cerrado.  
Cruce de bandas en dos  
tonos de azul.



Sweater tejido amarillo  
limón; dibujos negros y  
sesgos café oscuro.



Sweater en fondo beige;  
dibujos beige, rojo y marino en  
triángulos.



Vestido en jersey azul,  
con incrustaciones  
azul más claro en un  
sólo lado.



Bandas aplicadas sobre crepe de Chino  
una roja y otra azul, sobre  
fondo claro.

Pull-over en fondo beige claro y tres  
bandas en tonos degradados, amarillo,  
rojo y negro. Pequeños triángulos  
semejantes

(Continuación de la página 18).  
LA LECHE DE LA «PINTA»

La glotoncilla atacó el puchero, echándole al estómago un trago inacabable; su madre le quitó cariñosamente el cacharro, volcó en otro su contenido y besando en la frente a Pilarin, desapareció.

Pilarin lavó con cuidado el cuenco vacío y fué a colocarlo en su sitio; pero la abuela le detuvo, la estrujó contra el pecho, que se agitaba emocionado, y le dió un beso largo, largo, mientras le decía:

—¿Por qué no me lo has pedido, Pilarin?

—Es que no había leche de la «Estrella» para esta pobre, y no me atrevía a pedirselo.... ¡No me riña, abuelita! Yo lo quitaré de mi desayuno y de mi merienda.

—No, rica; vamos a decir al abuelito que mañana mismo combre otra vaca. Así lo hizo Teresa y en el acto fué complacida.

—Precisamente — contestaba el señor Isidro — tenemos que aumentar los obreros, pues me he quedado con la heredad en venta que vino a examinar mi amigo el ingeniero; conque por todas estas razones, mañana mismo compro una novilla holandesa muy lechera, que se vende en el pueblo cercano, y tendrán leche tus amiguitas, Pilarin: las nenas y su madre.

JESUS R. COLOMA



**Det Ven**

**Las mejores medias**

**PIDALAS**

**EN TODAS LAS CASAS DEL RAMO.**

## FAJAS de GOMA

¿DESEA USTED hermosear su cuerpo? Pues use las famosas fajas y sostén-senos IDEAL de goma. Reducen la gordura conservando al mismo tiempo la línea natural, respondiendo así a las exigencias de la moda actual. Pase a ver los distintos modelos y elija el que más le convenga. El material es de primera calidad, de mucha duración y los precios de \$ 90 hasta 120. UNICA FABRICA EN EL RAMO, que tiene mucha práctica. A Provincias se remite contra reembolso.

De parte de mis clientes recibo a diario los más elogiosos agradecimientos por los resultados obtenidos.

También soy fabricante de los maravillosos rodillitos para automasajes "Sous-Roller", para combatir la gordura.

**PRECIOS: DESDE \$ 40.-**

**FABRICA DE ARTICULOS DE GOMA**  
de Julio Heerwagen

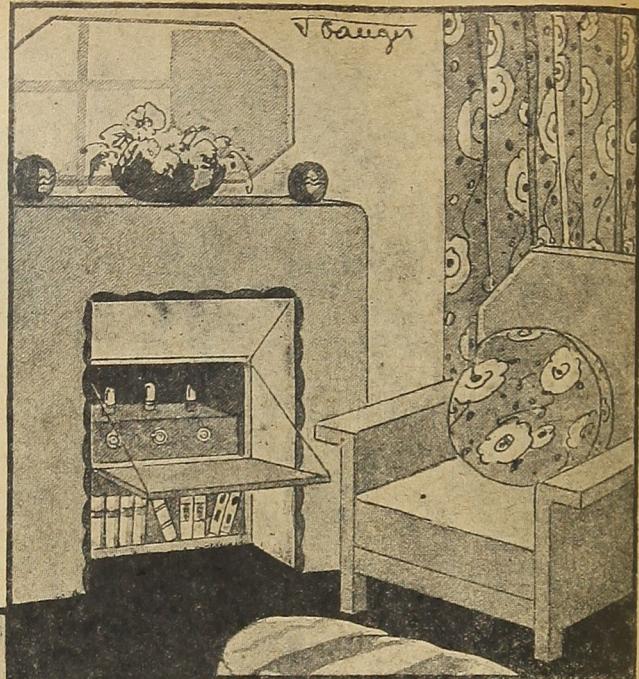
Santo Domingo, 2048      SANTIAGO  
Teléfono 88915      Casilla 3665

RECHACE  
LAS  
IMITACIONES

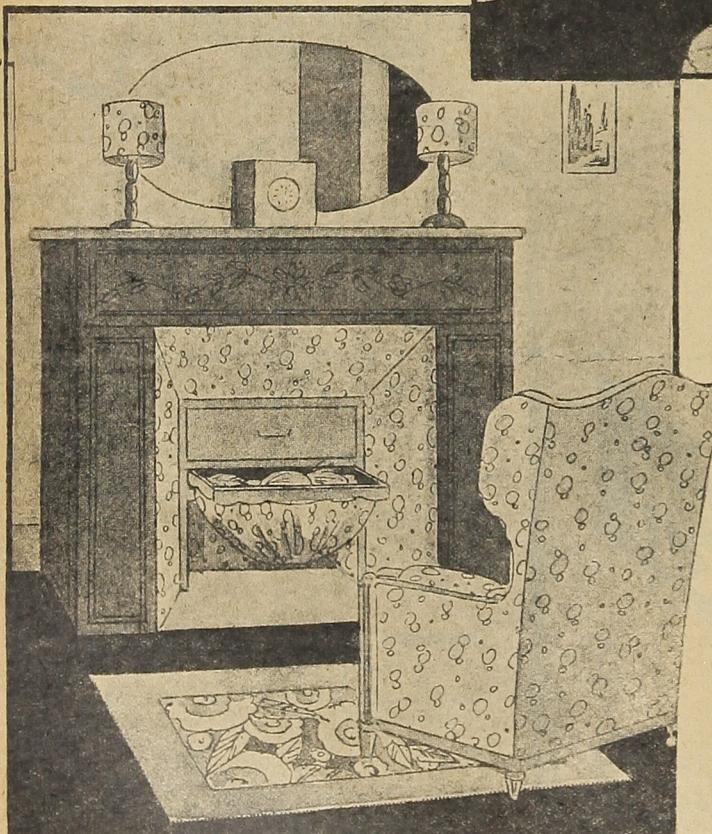
**CASA HEERWAGEN**  
SANTO DOMINGO  
2048

# Transformación de las Chimeneas

La instalación de la calefacción central, ha hecho inútiles las chimeneas. Esta, entonces, se podrá adaptar a diferentes usos. Naturalmente, primero hay que cerrar cuidadosamente la abertura del hogar con cemento.



En una pieza muy moderna, la chimenea será pintada con el tono que tendrán las maderas de la pieza. Dentro, se puede instalar la radio, que se cerrará, como la mesa de un escritorio, con una tabla pintada. Abajo, un pequeño estante para libros.



En el cuarto de los niños, la plancha de mármol será cambiada por madera blanca, sin moldura. A cada lado, dos lamparillas muy sencillas. El todo será pintado gris claro o marfil y decorado con flores. La caja móvil de juguetes estará embutida en el hogar. Abajo, un estante, donde se alinearán los libros de cuentos del pequeño.



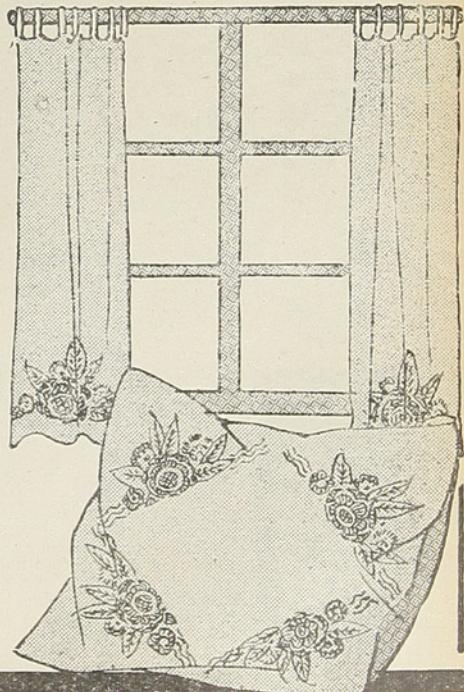
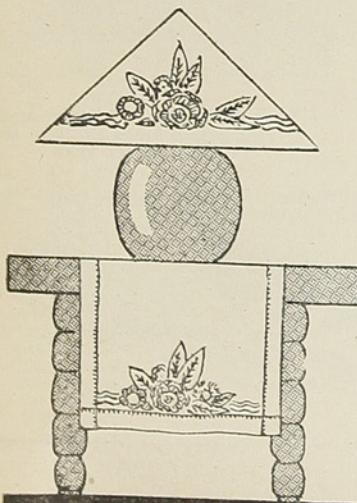
## EL CLASICO RAMO ESTILIZADO

*De una ejecución perfectamente sencilla, como lo indica el grabado explicativo, este ramo se puede prestar a diferentes disposiciones: un camino de mesa, un store. Produce un lindo efecto*

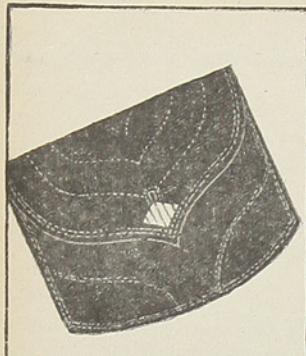
*colocado en los diversos ángulos de un cojín cuadrado, en la parte baja de los visillos, una pantalla y, por último, constituye un fácil y hermoso adorno para la mantelería en general.*

*Como en diversas ocasiones hemos dado la explicación del motivo bordado, y por lo demás, es tan fácil, creemos bastante dar el detalle que adjuntamos.*

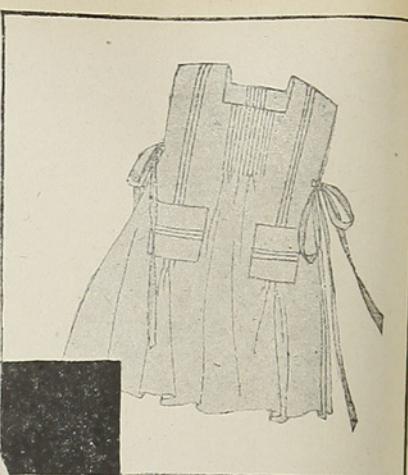
*Las flores son de passé plat en hilo brillante de colores y las hojas, en punto picado, en tono verde y en igual punto las líneas curvas a los lados de los motivos. Estas son en color negro.*



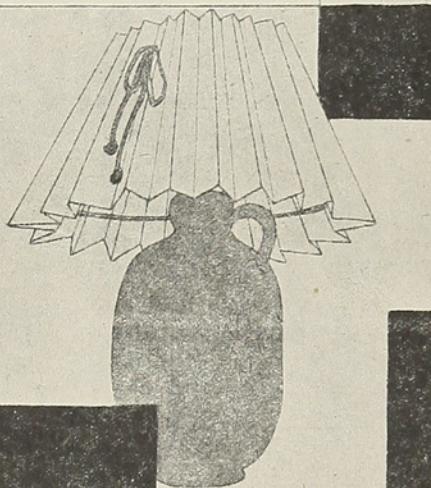
# Los regalos que me hago yo a mi misma



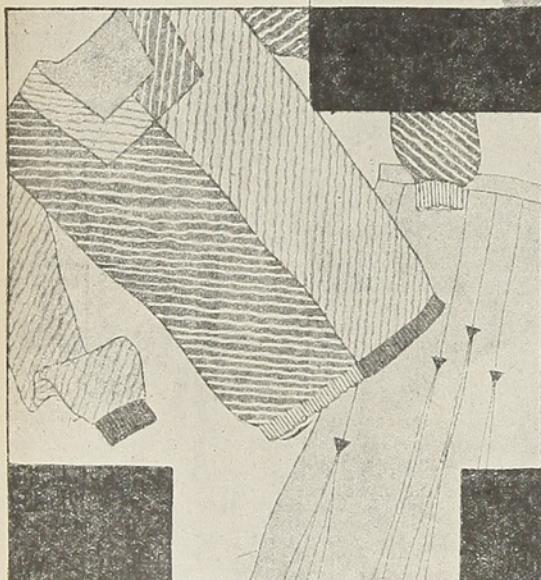
Saco de tarde en forma de  
bolsillo, en moiré negro  
con finos pespunteos  
de seda blanca, y bo-  
tón de cristal ta-  
llado



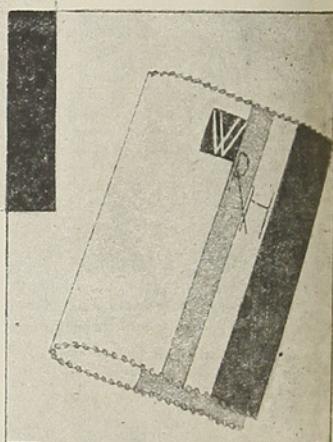
Delantal de niño en linón  
de hilo rosa, trabajado con  
alforzas y anudado en los  
costados por medio de cin-  
tas rosas.



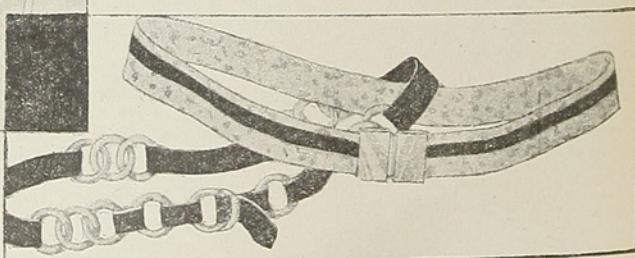
Lámpara norman-  
da en barro oscuro  
con pantalla ple-  
gada en tela de ar-  
quitecto o en pa-  
pel blanco aperga-  
minado, consti-  
uye una lámpara  
divertida e impre-  
vista



Todo el mundo puede hacerse por sí misma es-  
tos dos cinturones. El uno lo constituyen anil-  
los de acero ligados por bandas de gamuza. El  
otro es de tweed, sobre el cual se ha cosido una  
banda estrecha de cuero liso, que rompe su uni-  
formidad, impidiéndole al mismo tiempo  
desformarse.



Hábiles dedos confeccionaron  
esta lectora hecha en cuero te-  
ñido de tres tonos





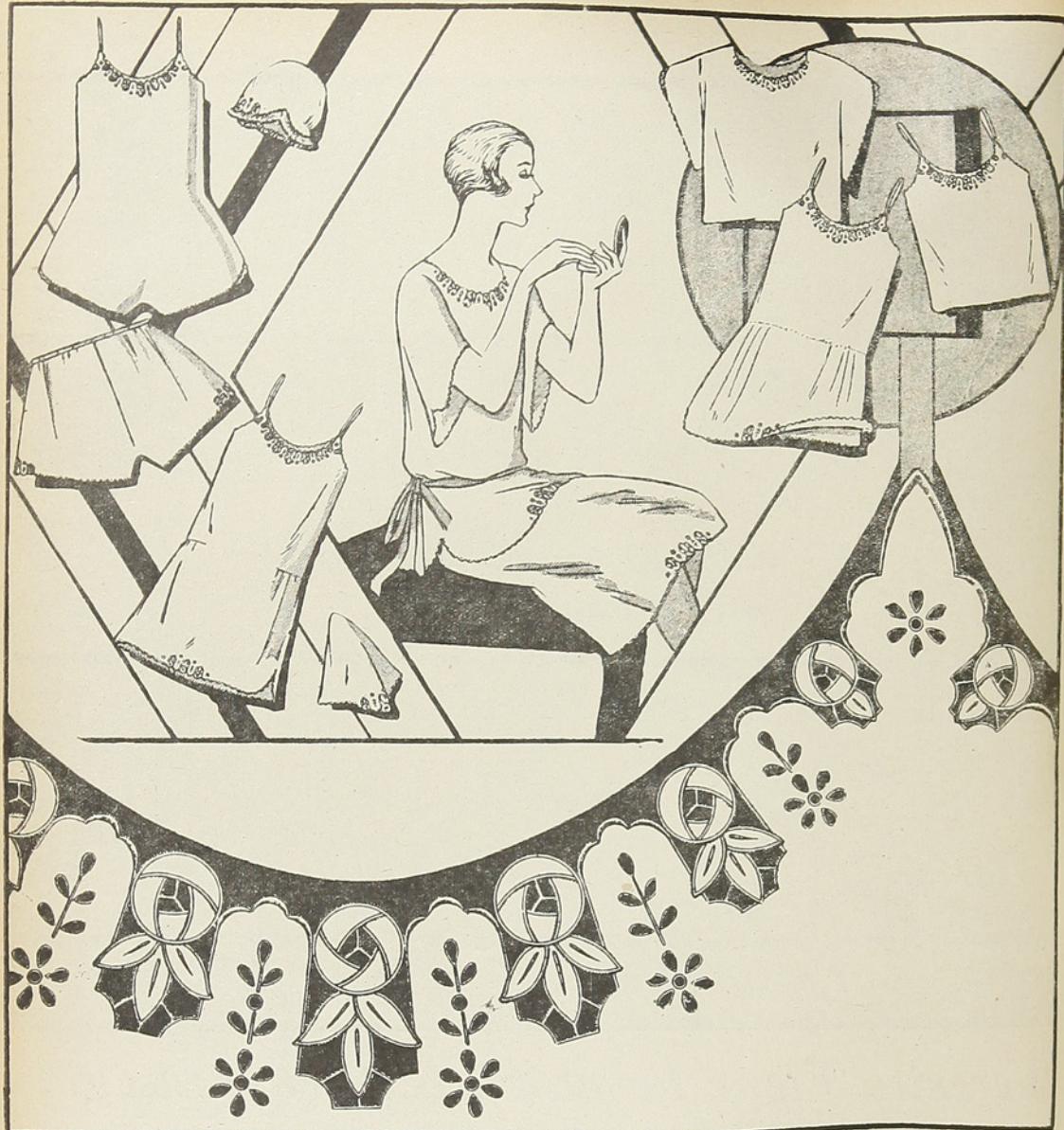
## Teresita Tiene También un Traje Largo...

CUATRO MODELOS DE SUSANA DUBIN

Nada es más difícil que vestir con gracia a una niñita. Ya sus trajes revisten una banalidad extrema; ya, al contrario, se traspone para ellas modelos demasiado visiblemente inspirados, en creaciones que se hacen para nosotras. Los trajes de Susana Dubin son creados especialmente para esta edad feliz, y compuestos con el gusto más seguro y el arte más delicado. Susana Dubin, el Patou de la gran pequeña costura, o más exactamente de la costura infantil. Teresita, que recibe hoy día a sus amigas, es una prueba de ello. Vedla, tan pequeñita, con su traje de tafetán azul pálido, con guarda baja color rosa y su falda con adornos rosa y azul. ¿Qué niño podrá ostentar jamás una toilette tan adorable y de tan segura distinción?

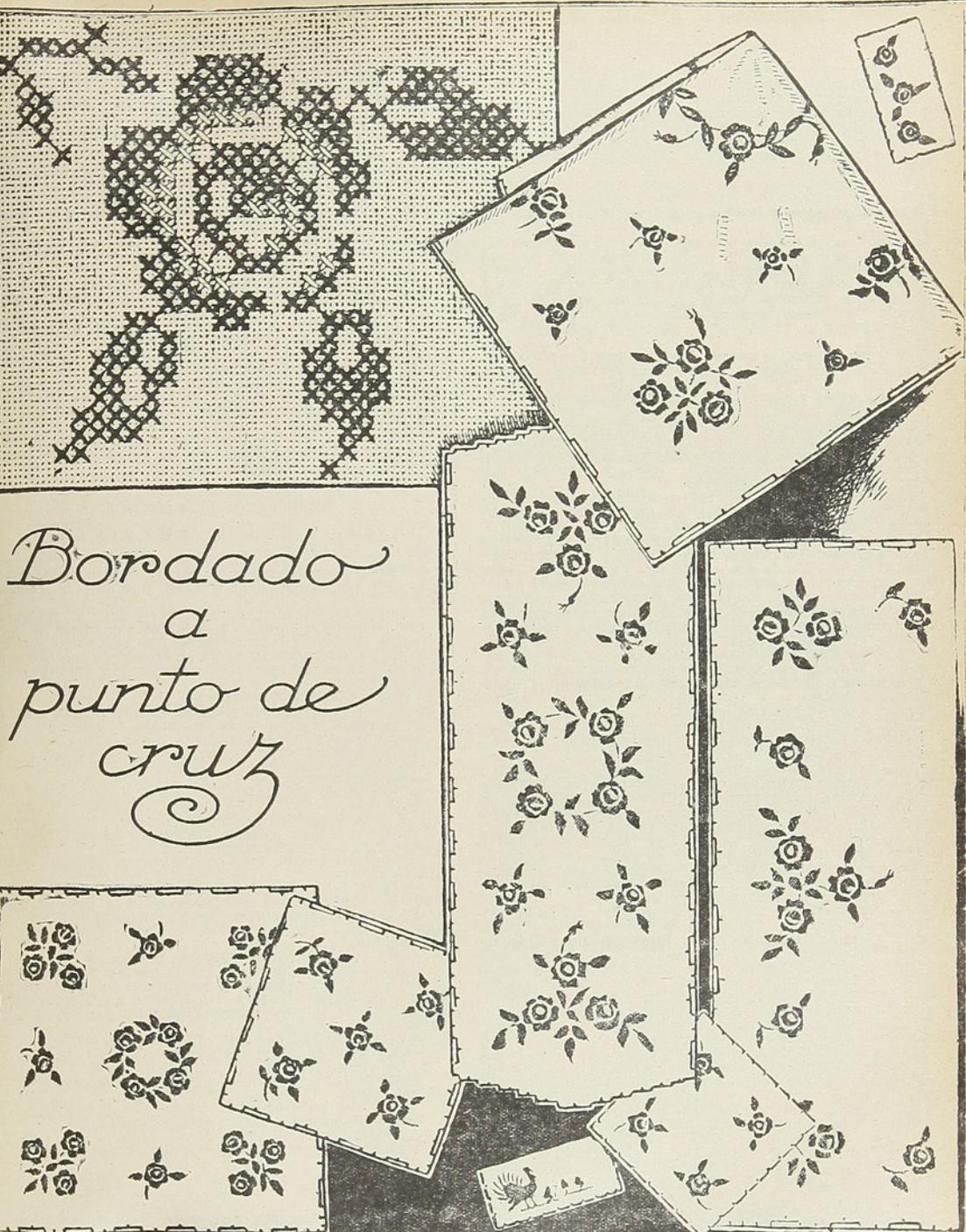
—¡Qué linda estás! — no puede menos de exclamar Susana, cuyos ocho años están adornados de un largo traje de tafetán verde, sobre el cual se anuda un ligero y delicioso pequeño fíchú, de tul, semejante al tul de la falda, sobre la cual se posan las pequeñas aplicaciones de tafetán.

Pero la edad feliz, ni es solamente la de los dulces y las golosinas. Francisca y Martina, enseñan ya en sus toilettes reminiscencias del primer balle. Morena y alta. Francisca lleva un traje de tafetán rosa con gran nudo liso pespunteado de plata, como la base de la falda desigual. Martina, cuyos finos cabellos son de oro pálido, se encuentra muy a su gusto en este lindo traje color azul nattier, fruncido en la cintura, con una falda de tafetán toda en pétalos que descansa sobre un fondo de tul.



## Para Adornar la Lencería

Es deber de toda mujer cuidadosa preocuparse, no solamente del arreglo y adorno del hogar haciendo labores para ello, sino también de su atavío, y especialmente de las prendas interiores de uso personal. Con este fin, en estas dos páginas damos dos bellísimos y modernos motivos para bordar todas las prendas que constituyen la lencería personal: camisas de día, camisas de noche, combinaciones de tres piezas, combinaciones pantalón, enaguas, combinación, pantalones abiertos o cerrados, peñadores y pañuelos. Todas estas prendas pueden hacerse de los distintos géneros que generalmente se emplean, pero nos atrevemos a recomendar como los más prácticos y de moda el "shirting", el percal o el linón.



Que el bordado a punto de cruz da resultados muy bellos, es cosa sabida por nuestras lectoras, y como tenemos conocimiento de que les interesan motivos y modelos de esta clase de bordados, damos en esta página el dibujo de una rosa que, repetida convenientemente, bien suelto o formando grupos, sirve para decorar muchísimas prendas, como queda indicado en esta misma página. Este bordado, si se tiene gran habilidad y conocimiento de él, o bien si el tejido es a cuadros que puedan servir para contar puntos, puede hacerse sobre el tejido, sin necesidad de dibujarlo previamente ni de valerse de ningún medio, pero no existiendo estas circunstancias, se hará colocando un cañamazo sobre cada uno de los sitios en donde quiera bordarse la flor, y una vez hecho el trabajo, quitarlo, sacando los hilos.

(Continuación de la pág. 1).

## EN EL CIRCO

rostro cetrino no se traslucía la más pequeña emoción ante aquel conmovedor espectáculo.

—En su vida debió haber algo extraordinario, dijo con voz insinuante una joven que hacía juegos malabares. Ganaba un buen sueldo, era una gran artista y vestía pobemente; no llevaba alhajas. Ahí está su ropa, que valdrá todo lo más cincuenta chelines.

—Será preciso avisar a su hermano, decirle lo que pasa, murmuró con voz de falso sete un hombre pequeño, de nariz agujileña y ojos grises y brillantes, que tenía en la mano un látilgo.

—Usted puede ir, Mr. Georges, replicó la malabarista. Usted es un hombre hábil y puede prevenir a ese desgraciado, que sufriría mucho viendo que su hermana no vuelve a la hora de costumbre. No le diga usted que ha muerto, así, de pronto; eso sería una crueldad. Digale usted que está grave, que la han llevado al hospital y luego, al día siguiente, ya la noticia de la muerte de su hermana será menos terrible.

—Sí, pero es preciso que no le dejen leer los periódicos. Mr. Georges se disponía a salir y sus compañeros le llamaron.

—Sí va usted a ver al hermano de Miss Kellen, llévela usted las ropas.

Mr. Georges cogió los vestidos y el abrigo de la desventurada y salió con ellos bajo el brazo. Luego entró en su cuarto y los dejó sobre una silla, mientras cepillaba su sombrero y se ponía el gabán decidido a llevar a cabo la penosa misión, que se había impuesto.

Preparado ya para salir, cogió nuevamente las ropas de Miss Kellen y quiso envolverlas en un número del "Daily Telegraph" que había sobre la mesa.

Al coger el abrigo de la joven para doblarlo, vió que caía al suelo un sobre. Mr. Georges lo recogió y una irresistible curiosidad le hizo leer lo que en él había escrito. En el sobre decía: "Mi confesión, para que se lea después de mi muerte". Mr. Georges quedó estupefacto. Aquello era muy grave y él no sabía qué hacer. El sobre estaba abierto; pero Mr. Georges no se atrevía a leer aquella revelación póstuma de la desgraciada artista. Se le ocurrió ir a consultar a sus compañeros y salió con el sobre misterioso en la mano, entrando nuevamente en el pequeño cuarto que servía de cámara mortuoria donde permanecían aún velando el cadáver algunos artistas.

Todos acordaron que se leyera.

El plego encerrado en el sobre explicaba la muerte de Miss Kellen, que no era, como supondrán muchos candidamente, un suicidio, una acción premeditada.

—Los que lean estas líneas tal vez no las comprendan, porque las escribió en un momento de agitación indescriptible.

—Hace varios días que sufro la preocupación de la muerte. Estoy segura de que voy a morir y un inexplicable terror me sobrecoge al pensar en esto: ¿qué va a ser de mi desgraciado hermano? Para él trabajo; por él sufro constantemente y daria hasta la última gota de mi sangre si con tal sacrificio lograse verle otra vez libre de esa maldita parálisis que le tiene clavado en el lecho. ¡Ha sido tan bueno para mí, que no sé cómo podré pagarle!

—Cuando murió nuestra madre, mi pobre hermano contaría apenas dieciséis años. Ganaba un pequeño sueldo trabajando como tipógrafo y con este pequeño sueldo cubriamos escasamente nuestras necesidades. Esto lo he sabido después, porque entonces yo contaba cuatro años. Mi hermano no quiso separarse de mí. El me cuidaba, me llevaba al colegio y al salir del taller iba a recogerme. Por las noches se quedaba hasta la madrugada arreglando mis ropas, limpiando nuestra habitación, en la que todo seguía como en vida de nuestra pobre madre.

—Así crecí yo y un día, teniendo ya catorce años, le dije a mi pobre hermano que quería ser artista. Era yo una muchacha ágil y fuerte. Los ejercicios peligrosos me entusiasmaban y entré con su autorización en una escuela de gimnastas, donde aprendí los rudimentos de un arte que no es tan lucrativo ni tan fácil como suponen los que no lo practican. Poco después mi hermano comenzó a sufrir dolores insoportables en todos los huesos y quedó paralítico. Yo no tenía contrato. Para contratararme era preciso efectuar ejercicios arriesgadísimos a los cuales yo no estaba habituada. ¡Qué hacer! ¡Mi pobre hermano tendría que ir al hospital, nuestro pequeño hogar iba a deshacerse! Yo pasaba noches horribles de insomnio. Nuestros recursos se acababan y a mí no se me presentaba ninguna contrata. Entonces fui cuando se me ocurrió practicar este ejercicio, que vi hacer a unos árabes en Chicago. Fui a ver a un agente y le expliqué el número, suplicándole que me prestase lo necesario para montarlo. El agente comprendió que era algo sensacional y no tuvo reparo en adelantarme lo necesario. Ensayé durante una semana y luego me contrataron en seguida; pero

yo no podía practicar el doble salto mortal con facilidad al desprenderte del trapecio. Tenía que efectuar un esfuerzo superior al que son capaces mis músculos. Esto no lo sabe nadie más que yo. ¡Es horroroso! Cuando más ejercicio hacía de mufiecas, menos seguridad tenía al desprenderte. Muchas veces al coger en el aire el segundo trapecio, han cruzado los huesos de mis manos; he estado a punto de soltar la barra y precipitarme en el vacío.

—Mi pobre hermano no sabe esto; si lo supiera no lo habría consentido.

—Mi contrato es por treinta días; llevo ya quince; pero sé que no podré acabar los otros quince que me restan. Todas las noches, al entrar en el circo, estoy por ir al despacho del director y rescindir el contrato; pero no me atrevo. Esta noche el miedo a la muerte me sobrecoge de un modo brutal. Vestida ya para salir a la pista, trazo estas líneas que dirijo a mis compañeros para que las lean en caso de que yo suceda esta noche... ¡Qué pena tan grande! ¡Pobre hermano mío! ¡Qué solo te quedas!

—¡Si vosotros, amigos míos, podéis hacer algo en su favor, hacedo! ¡Ha sido tan bueno para mí y para todo el mundo!...

Al acabar de leer estas líneas Mr. Georges, todos los artistas tenían los ojos arrasados de lágrimas.

—Será preciso hacer algo por el hermano de Miss Kellen, dijo el clown con voz conmovedora.

—Nadie tiene que hacer nada, dijo serenamente el pequeño domador Mr. Georges. Yo me encargo de él y no le faltarán nada mientras viva; para eso he logrado hacer con mis leones una pequeña fortuna.

Al decir esto Mr. Georges, todos miraron el pálido semblante de Miss Kellen y diríase que en los cárdenos labios de la muerta se dibujaba una leve sonrisa.

(Continuación de la página 6)

## AMOR, NIÑO TRAVIESO

penas a veces se convierten en un cantar, se hizo voz de misterio, de algo secreto que pugna por salir y se esconde entre rubores.

Rosario notó inmediatamente lo que ocurría en el alma de su amiga, y llena de curiosidad, la indujo a que hablase.

—¿Qué?, contestó la interrogada. Que esta noche, allá entre nueve y nueve y media, habrá en la reja un coloquio entre dos personas: la una con mucho querer, con mucho... La otra...

—Pero, ¿quién? ¿Antonio?

Sorprendida la muchacha, temió por un momento que Clotilde ocultase la confidencia en una burla.

—Antonio, Antonio.

—Se ha declarado?

—Me ha declarado yo.

—Pero, chiquilla...

—Pero, muchacha...

—¿Y cómo?

—Y cuándo, podrías preguntarme. Ayer... Cogí un papel, cogí un sobre, y ras... ras... declaración al canto: cuestión de poco tiempo y mucha vergüenza.

—Pues, oye, bromeó Rosario. Yo lo creía cuestión de muy poca vergüenza.

—¡Ja, ja, ja!... Escucha... ¡Iba a sufrir más esta indecisión? ¡Era bonito que yo me muriese chalada! Cogí un papel: «Sr. D. Antonio Moreno. Presente. Muy señor mío: Después de pensarlo mucho...»

—Y tanto.

—Cállate. «Después de pensar mucho...»

—Oye, nena: se me figura que lo has pensado muy poco.

—... y por una sola vez, accedo a lo que usted me pide en la suya. Saldré a la reja, a las nueve, en la seguridad de convencerle de que sus pretensiones, hoy por hoy, son imposibles.

—Pero... ¿qué lio es ése? ¿Te ha escrito él?

—Qué va a escribirme, muchacha...

—Entonces...

—Es que ese hombre me ha chalado, nena, y si no le hablo, me muero.

—Pero... ¿vendrá?

—Cuando lea mi carta..., contestándole...

—Contestándole?

—Anda, vamos a creer que sí, que viene..., aunque sólo sea por cortesía.

## II

Antonio leyó la carta como quien de pronto se entera de que es archipámpano de las Indias.

—No lo entiendo, dijo. Ni yo he escrito a esa niña, ni se me importa gran cosa que salga esta noche o no a la reja.

Lo malo es que si esto le importaba bien poco, comienzaba a preocupar el oívid de aquella tramoya en que le metían tan impensadamente.

—Algún cuasón con poco trabajo, pensó.

Pensó más:

—Ahora, Clotilde creerá que he sido yo... que la carta es mía... Y si me aguarda... y no voy... ¡Habrá guasones! Va a decir que es burla... No, eso si que no... que no piense mal de Antonio Moreno.

Acordándose de Clotilde, de la sal bendita con que le saludaba Antonio, que era cortés y amante de cuanto oiese a mujer, decidió acudir.

Lo que hizo tan puntualmente que apenas habría trascrito un minuto de la hora fijada, cuando llevándose la mano al sombrero con ademán airoso y sencillo, saludó:

—Buenas noches, Clotilde.

—Buenas noches, Antonio...

Llegó un silencio que en vano quisieron interrumpir él y ella: ella, acorbadada ante aquel hombre, ilusión de sus amores, que al fin veía allí, en la reja; Antonio, humilde, temeroso, como si en realidad hubiese escrito aquella carta que no había escrito, que debía de ser un madrigal, y aguardase la respuesta al madrigal. Por fin, Clotilde rompió el silencio.

—Muchas gracias, Antonio... Gracias por haber venido...

Por su carta...

—Crea usted, respondió él sin saber lo que se decía y sin duda por salir de aquel atolladero, crea usted que lo que la digo en mi carta es la verdad.

A Clotilde se le podían hacer cosquillas sin que se riera. Cuando pudo disimular entonces, oyéndole a él, tan serio, que hablaba de la carta...

—Ya... ya he visto cuáles son sus intenciones, contestó.

—Mis intenciones?, exclamó el asombrado mozo. ¿Cuáles serán mis intenciones?, se preguntaba, sorprendido. ¡Ah, sí!, mis intenciones, acabó por afirmar.

—Yo le agradezco... le agradezco, Antonio, esta distinción... esta...

Sucedió, por fin, lo que había de suceder entre un muchacho joven como Antonio y una mocita tan graciosa, tan finamente discreta como Clotilde: a Antonio le fué gustando la muchacha, se fué emborrachando con la alegría de una charla misteriosa, sentida... Y aprovechándose de su situación, compuso una historia, una trama de embustes tan bien dichos, tan firmemente dichos, que llegó a creérselos él... y ella... Ella, gozosa, iba amontonando obstáculos, imponiendo condiciones—¿ella condiciones?—, hasta que el diálogo, comenzado con tanta falsoedad, se desbordó en verdades de caríos, en un desparter de almas que se buscaban amorosas y anhelantes...

—Amores nuevos!... Los amores nuevos son como gorriones en nido: se contentan con pícar, con que la madre les lleve la comida en la boca. Falta el agrídule de los celos, de las disputas que enardecen la sangre y roban el alma. ¡Amores nuevos!... ¿Cómo se habla entonces? Todo son promesas: promesas que quizás no han de cumplirse, locura de muchachos. Y las almas no se han fundido todavía, y el corazón de la novia curiosa, anhelante, sin la confianza del querer probado o el desengaño de la残酷. También sabía Antonio lo que son amores nuevos y quiso convertirlos en pasión ardorosa, en besos encarnados, en mordeduras. «Bésame, bésame, gitana. ¡Qué me dueñan los labios: por qué no me besas!» ¿Cuándo hablarían así?

La plática era vulgarota, de piropos... Entre los piropos algún juramento... y alguna sonrisa de la muchacha.

Al acabar, iba Antonio muy campechano con el sombrero echado hacia atrás, y diciendo a la gente, para que se enterase:

—¡Si supiera ese guasón el favorcito que me ha hecho!...

Mientras, Clotilde repetía:

—Pero qué embustero es, ¡madre de mi alma!, pero qué embustero, pero qué embustero...

(Continuación de la página 8)

#### BAJO EL ANTIFAZ

Margot se sentía algo inquieta por tal asiduidad. Pero cómo rehusar, y ¿por qué?...

—Comienzo a inquietarme — comentó ella, sin gran convicción — de no divisar a mi amiga en este salón. No tengo idea de la hora fijada para nuestra partida y, por consiguiente, desearía encontrarla. Espero no habrá tenido la peregrina idea de marcharse dejándose sola aquí como cosa olvidada.

—Permítame asegurarte que usted no tiene por qué temer. Terminado el baile, alguien de la casa la acompañará gustoso... Yo mismo, si usted me lo permite, me sentiría altamente complacido y honrado si se dignara aceptarme como paje...

—Gracias. Es usted bastante amable; pero, no es correcto que una dama se encuentre sola en un baile.

—Me atrevo a objecar que, dado que estoy a su lado, no le asiste el derecho de considerarse sola.

—Ciertamente, asintió ella riendo. Pero es eso, justamente lo que complica los acontecimientos... Sin antifaz, seguramente sabría yo quién es usted. A través de él no me aventuro un sólo instante a identificarlo. Por lo demás, creo que no me discutiría que una mujer honrada no acepta la compañía de un hombre de quien desconoce hasta el rostro...

—¡Oh!, no es el rostro lo que hace al hombre... Le he

revelado mi voz, mi espíritu... ¿Tanto le han desagradado?

—No he querido decir eso, pero no es conveniente dejarse seducir por las primeras impresiones.

—Yo me confío absolutamente... es verdad que yo... yo, acaso la conozco...

—¿Me conoce usted?

—Ciertamente, según creo... Usted no es marquesa en la vida ordinaria; sin embargo, lleva usted en el cuello un delicioso lunar negro oculto por el antifaz, que la delata sin remedio... Pero, me atrevo a asegurar que el lunar es auténtico. Aún me aventuro a pensar que a causa de él se ha decidido a escoger ese disfraz... que la hace seductora a toda prueba!

—¡Es demasiado!... Usted trata de sonsacar, como dice el vulgo, no puede conocerme.

—Admitámos que el lunar no sea auténtico, marquesa (lo que sería de lamentar); pero en cambio, conozco su nombre, su nombre, su verdadero nombre, esto es inequívoco, pues soy un amigo íntimo de aquél que se lo ha dado.

La pobre Margot palideció... ¡Había ido allí a distraerse... a olvidar por espacio de algunas horas el tormento de sus días y he aquí que alguien se los recordaba! Sin embargo, no trató de alejarse, al contrario. ¡Acaso no era su destino ocultar eternamente sus sentimientos, presentarse al mundo bajo un velo de falsa conformidad?...

—Chit — dijo ella; — no hablaremos de esas cosas... Si efectivamente me conoce, no debe ignorar que nos está vedado tocar los linderos del pasado...

—¡Bravo! Eso es, justamente todo cuanto deseaba saber. Entonces, ya que usted es libre — o próxima a serlo — puede permitirse de cortearla, cuya aceptación constituye mi deseo más vehemente, ¡marquesa idolatrada!

Tal declaración pareció a Margot una injuria enorme, injuria que atacaba directamente su fe conyugal — que estaba tan próxima a destruirse — haciendo un esfuerzo supremo trató de reír muy fuerte.

—¡No, no! No espere tal realización. No permito de ningún modo que se me corteje.

—A pesar de sus negativas usted me ha llamado «simpático Guillies»...

—Si, simpática ballarín; pero nada más.

—Entonces, balemos!

Siguieron danzando, pero de pronto Guillies anudó la conversación en el punto mismo donde la habían abandonado un momento antes.

—¿Verdad que ha sido simplemente una simpática broma lo que os ha inducido a rechazar mis protestas de amor? Nada puede impedirlos de amar a Guillies, puesto que se ha extinguido ya el amor a Octavio...

—Se ha extinguido ya el amor a Octavio... Esta frase trajo de trastornar a la pobre Margot. Impensadamente se escapó desde su alma este grito:

—¿Quién os ha dicho que aquel amor se ha extinguido?...

Su voz tenía tal entonación de pasión, que el joven pudo fácilmente adivinar el profundo y doloroso drama que se desarrollaba en su interior.

—¡Perdón! — dijo él repentinamente serio — Yo ignoraba...

Continuaron bailando unos instantes en silencio; luego él prosiguió en tono apenas perceptible:

—¿Le extrañaría si le dijera que él habla de usted sin cesar?

—¡Ah!, — respondió ella. — Permitame que dude de su pensamiento, o sea, de su razón aparente...

—Sabe usted lo que él ha hecho durante los tres meses que no lo ha visto?

Margot no respondió, y como él comprendiera su mal disimulado deseo de saber, continuó:

—Pues bien, este pintor, este verdadero artista, ha declinado el orgullo de su talento al extremo de solicitar trabajo del decorador Martin d'Aix; de tal manera que no consagra al arte sagrado de la pintura, que es su religión, sino la mitad de sus jornadas. Las mañanas son sacrificadas a la obra industrial...

Naturalmente están felices con la copera de tal empleado, por consiguiente gana lo que quiere y está ya en el camino de la fortuna, esperando ver acrecentarse su fama de retratista que le aportaría una fabulosa riqueza. Entonces... no deberá nadie a nadie.

Realizados estos anhelos, espera reconquistarlos, probando un error que cometisteis al creer las infames versiones de nuestra familia, que fué el interés y no el inmenso amor que os profesaba lo que le indujo a conducirlos al altar.

Nadie podrá comprender su amargura. El, un elocuente clásico, verse obligado a pintar los decorados elucubrados de Martin d'Aix. Resignarse a las exigencias del gusto moderno — nubes triangulares sobre cielos cruzados por pájaros sin alas. «Flores sobre las ruedas de los vehículos!...

Pero, ¿qué no se haría por una mirada de vuestros hermosos ojos, marquesa!

—¡El os adora... os adora!

Margot escuchaba ensimismada. Parecía completamente absorta en sus sueños lejanos. Ballaba distraídamente como en alas de una quimera... ¿Qué pensamientos anidaran bajo el antifaz de raso?

De pronto, Guilles sintió sobre su mano la caricia de una furtiva lágrima escapada bajo la cárcel del antifaz...

—Ah, marquesa, mi pobre y querida marquesa! — gritó en un transporte, olvidando casi su acento marseillés en tanto la cerraba fuertemente contra su corazón. — De modo que usted lo ama aún...

Escandalizada y herida, ella se desprendió violentamente de aquel improviso abrazo:

—Déjeme, señor, — dijo con un tono frío de amargo reproche, y trató de alejarse... Pero con una mano él la retuvo mientras que con la otra, levantando bruscamente el antifaz, descubrió que ante Margot, atónita, y poseída de enervante alegría, el rostro tan amado del dulce e inolvidable Octavio Clair...

(Continuación de la página 5).

### ANNA PAVLOVA HA DANZADO EL CHARLESTON

nudo prueba de la más lamentable falta de técnica. La mayor parte carece de aplomo, falta de destreza y soltura. En cuanto a la música del jazz, se decanta de año en año perdiendo de más en más las formas bárbaras que nos hicieron sufrir en los comienzos de su aparición.

Se ha dicho también que jazz y danzas modernas eran un fiel reflejo de nuestra época. No me corresponde filosofar en ese sentido, ni me quiero situar en el plano de la moralidad. Pero quiero reconocer esto: las danzas modernas son fáciles de aprender, no significan el menor desvelo; en nuestros días, después de una jornada de trabajo aplastante, nadie consagraria horas interminables al estudio de bailes tan complicados, tan realmente difíciles en la multiplicidad de sus formas, sus figuras precisas, sus evoluciones ordenadas, como eran los bailes de antaño: minuet, gavota, pavana.

Sin embargo, la danza, la más antigua y primitiva de las artes, corresponde a un instinto profundo de la humanidad, y permanece como el más inmediato de los medios de expresión estética. Todos nosotros, deseamos ardientemente expresar en movimientos ritmados por la música nuestras emociones que son comunes a la

humanidad entera. Y es la alegría el éxtasis delicioso de la danza. A este respecto podría adaptarse la danza moderna y justificarse. Se aprende rápido y se retiene fácilmente. Haya o no motivo de deplorarlo, precisa reconocer que en la sociedad de hoy día se extinguiría por completo el lugar de las danzas que estuvieron ayer en boga y que eran como el espejo verdadero de una época de calma juiciosa, de cortesía y de galantería.

Pero, ¿que yo he bailado? ¿Son realmente las danzas modernas que condono y detesto? Soy sincera, lo confieso; reconozco haber bailado a los acordes de un jazz. Pero al hacer esto, ¿he podido olvidar que ante todo soy bailarina clásica? No; yo me he esforzado de imponer al paso del fox-trot y del charleston una gracia y donaire que generalmente no se ponen en esta clase de bailes, en estos movimientos elementales. He querido imponer mi personalidad e individualidad a esta coreografía de un mecanismo tan miserable, y yo danzaba como danzante el público de Londres, de París, de Berlín o de Roma, repitiéndome los versos del poeta:

A things is a  
joy for ever

Por otra parte, cada vez que me sucedía — y esto era a menudo — de decir todo el mal que pienso de las danzas modernas, siempre había alguno dispuesto a tomar la defensa preguntándome cómo podía pronunciarme si jamás las había

(Continuación de la página 7)

### LAS TRAGICAS DEL AMOR

Mujer de Novia» o «Una Aventurera». «La Mujer del Cesto» es, simplemente, una mujer que, en la soledad en que vive, encuentra a un hombre y se siente totalmente dominada por un violento amor a este leñador sencillo, ingenuo y encantador. Mary Duncan, en la segunda mitad del film en particular, es absolutamente languideciente, y esto basta a asegurarle la confianza en el porvenir, a condición, por lo menos, de que el error de «La Mujer Divina» no sea renovado en ella y que se continúe dándole roles de trágica del amor, los solos que, a priori, pueden convenirle en su calidad de estrella magnífica en materias como las que acabamos de describir.

### G.

MAURICE HENRY.

practicado. Indudablemente, me precisa responder negativamente, y el abogado del arte nuevo saboreaba su triunfo, aduciendo a su causa que no se puede juzgar lo que se ignora, y que no hay de recho de lanzar a la ligera un anatema sobre una forma de arte que ni se conoce ni se comprende. Y bien, este argumento, sin duda malo, no es hoy por hoy más válido en lo que me concierne. He venido, he visto y no he sido vencida. Ahora puedo hablar en conocimiento de causa, y en consecuencia, las tan discutidas danzas no me parecen mejores que lo que me parecían antes y, por consiguiente, mantengo el concepto.

Pero, ¿por qué justificarme? ¿Por qué buscar excusas? ¿No soy, pues una mujer como todas las mujeres, como todas, curiosa? ¿No soy acaso bailarina? ¿Hay algo de extraordinario en que una bailarina se interese por lo que a la danza concierne? Tenía delirio de aprender los bailes de todo el mundo, de unirme y envolverme en el torbellino de parejas que invaden los salones. Su contemplación la evidente alegría que aparentan, todo me impulsaba a imitarlos. Un deseo irresistible me acogió. Me sentí aturdida por la visión de las parejas que se deslizan bajo las arañas cambiantes de las mil luces al compás de una música brutal y turbadora.

Y me sentí imperiosamente impulsada al baile".

(Continuación de la página 39).

### PALABRAS DE UNA SIRENA

idilios, dramas y elegías, en el discurrir de mi vida, como saeta que atravesaba todos los instantes de mi existencia. Senti un impulso ciego, irresistible, por aprisionar a aquél ser apesar de los siniestros augurios para los que tal cosa intentaban.

Salté como felino de su cubil, extendiendo mis brazos temblorosos, suplicantes y amenazantes hacia Maya. Una tromba

de agua penetró por el tragaluces enroscándose como una serpiente, al cuerpo de la sirena. La espuma mojó mis labios y Maya, la Ilusión, desapareció arrebatada por la lengua de agua que se vertió otra vez en el mar.

Mi boca parecía que hubiese besado unas lágrimas. Un extremecimiento de frío recorrió mi cuerpo.

Desperté. La ilusión había desaparecido.

Una espesa niebla corría su cortina gris en el redondo ventanuco del camarote...

Y esperé resignado la hora del nuevo ensueño.

VICENTE GAY

Nos permitimos aconsejar a nuestras lectoras que utilicen los huevos para algunos de los usos del tocado. Los huevos refúnen la doble ventaja de ser absolutamente inofensivos y muy útiles como agente de embellecimiento exterior e interno también, pues proporcionan cierta dosis de sulfuro y otros minerales necesarios para la conservación del organismo.

Hemos tenido ocasión de leer muchos tratados de belleza y de escuchar no pocas eruditas disertaciones de autoridades en este ramo, dando unos y otras las precisas instrucciones para el lavado de la cabeza con un huevo.

Siempre nos han parecido estas indicaciones por demás complicadas y odiosas, habiendo sacado en limpio que lo esencial es cascar el huevo, separar la

### CHARLAS SOBRE BELLEZA

### UTILIDAD DE LOS HUEVOS

yema de la clara y la mitad de ésta mezclarla bien con la primera, pero sin batirla. Preparado así el huevo, no se necesita acudir a artes mágicas para extenderlo sobre el cabello y frotar el cuero cabelludo a fin de que desprenda de él todas las impurezas y partículas extrañas.

Ningún procedimiento podrá impedir que se tenga un aspecto lamentable cuando el huevo empiece a secarse, pero eso carece de importancia. Si se dispone de tiempo suficiente, déjese que se seque el huevo durante media hora, y

después se lava la cabeza con agua bien templada y un jabón suave, aclárese por último, secándola en seguida. El cuero cabelludo quedará perfectamente limpio de caspa, y el cabello, suave y lustroso, gracias a la acción del huevo.

Bátase a punto de nieve el resto de la clara para aprovecharla como mascarilla astringente. Empírécese por lavar bien la cara, extendiendo sobre ella el huevo y dejándolo así veinte minutos hasta que se seque. Es conveniente ayudar la acción refrescante y astringente del huevo por medio del reposo, es decir, permanecer echada mientras se tenga la mascarilla aplicada para que ésta pueda desarrollar sus higiénicas propiedades en grado máximo.

EDNA KENT FORBES.

# Las Damas Blancas de Worcester

Por FLORENCIA BARCLAY, autora de "EL ROSARIO"

## CAPITULO I

### El camino subterráneo

Los rayos del sol de la tarde, penetrando por los arcos de piedra, se extendían en amplias y doradas fajas sobre las baldosas del claustro.

La anciana hermana lega María Antonia salió de la fresca sombra del corredor de las celdas y, guñando los ojos, deslumbrada al recibir la luz del sol, se dirigió pausadamente a su sitio acostumbrado, al extremo de la escalera de la cripta, por donde muy pronto había de pasar la silenciosa comitiva de las monjas al volver de Vísperas.

Diariamente iban y diariamente volvían por aquel camino subterráneo, de casi una milla de largo, que comunicaba el convento de las Damas Blancas de Whytstone, en Claines, con la Iglesia de Santa María y San Pedro, que así se llamaba la noble Catedral que se alzaba dentro del recinto de la ciudad de Worcester.

Cuando las monjas penetraban en aquel paso subterráneo, formaban silenciosa procesión en la obscuridad que las envolvía, pasando por debajo de las praderas llenas de sol y de las transitadas calles, hasta llegar a la cripta de la Catedral. Desde allí, por una escalera de caracol practicada en el muro, pasaba a una sala situada sobre el coro, donde, sin ver y sin ser vistas, las Damas Blancas de Worcester escuchaban todos los días como los santos monjes cantaban Vísperas.

Maria Antonia tenía a su cuidado la misión de contar las veinticinco figuras, cubiertas de velos, cuando bajaban la escalera y desaparecían en el subterráneo, y también las contaba, de nuevo, cuando reaparecían caminando con majestuoso silencio y dirigiéndose por el claustro a sus respectivas celdas para permanecer en ellas en recogimiento y en actos de adoración hasta que la campana las llamara el refectorio a la hora de cotidiana cena.

Hacia más de medio siglo que existía la costumbre de contar las monjas, ello se debía a que, en cierta ocasión, una de ellas, sor Agueda, debilitada por excesivos ayunos, y desmayándose, cayó silenciosamente, sin que sus compañeras lo notaran, de modo que quedó abandonada en la soledad y en las tinieblas.

Aquella santa dama tenía la costumbre de quedarse en su celda, después de las Vísperas, dispensándose de la cena; por esta causa no se notó su ausencia hasta la mañana siguiente, cuando María Antonia, viendo la celda vacía, se apresuró a comunicar que sor Agueda, sin duda por haber permanecido demasiado tiempo en comunicación espiritual con Dios, como Enoch, había sido también, como éste, arrebatado en cuerpo y alma al cielo.

Acudieron las monjas a la celda, dando por buena la explicación de María Antonia acerca de tan extraña desaparición; y se arrodillaron y oraron ante el lecho vacío.

La Priora de aquella época, mujer práctica, ordenó encender en seguida algunos faroles, y ella misma descendió al subterráneo para registrar el camino. No tuvo que alejarse mucho del convento para convencérse de que el alma santa de sor Agueda había subido, realmente, al cielo.

Encontraron el débil cuerpo apoyado contra la puerta, con las manos rotas y heridas por los golpes que diera sobre las gruesas hojas de madera claveteadas.

Era evidente que durante la noche corrió de un lado para otro, en la humeda oscuridad, llamando, primero, a la puerta de los claustros del convento, y luego, a una milla de distancia, a la otra puerta de la cripta de la Catedral.

Per las monjas ya estaban encerradas en sus celdas, lejos de los claustros; por su parte los pacíficos habitantes de la ciudad de Worcester dormían tranquilamente, sin sospechar que una pobre mujer desesperada corría por un camino subterráneo, de un lado para otro, vacilante, tambaleándose, cayendo y levantándose para volver a caer, y corriendo, de nuevo, a ciegas, de un lado para otro.

Cuando más tarde se preguntó al sacristán de la catedral, confesó haber oido sollozos y golpes en la cripta, a hora muy avanzada; pero dijo que cerro precipitadamente la puerta exterior, rezó un Ave María y se marchó a cenar, convencido de que a semejantes horas nadie, exceptuando los malos espíritus, podía ir de tal modo errante y atormentado. Y así, agobiada por tribulación tan grande, dejó de existir la desdichada sor Agueda, siendo tenida su memoria, desde entonces, en gran reverencia.

Habían transcurrido más de cincuenta años. La Madre Priora de aquella época y muchas de las hermanas que iban

en la comitiva cuando ocurrió tan sensible desgracia, yacían en el cementerio del convento, junto a sor Agueda. Pero María Antonia, la más anciana de las hermanas legas, a partir de entonces no dejó de contar con todo cuidado las figuras de las monjas que pasaban ante ella, para ir a Vísperas, ni de explicar la importante razón de semejante recuento a las novicias, de modo que la monja que había de caminar ocupando el último lugar de la comitiva, oraba temblando por temor de escuchar tras ella los precipitados pasos del fantasma de sor Agueda, y tampoco se atrevía ninguna a ir sola por los claustros en cuanto anochecía, temerosa de oír cómo las flacas manos de sor Agueda golpeaban las hojas de madera de la puerta.

Así, con imborrables rasgos, quedó grabada, en los mismos lugares de su sufrimiento, la tortura de un pobre ser martirizado, aunque el alma, ya libre, hubiese olvidado en la paz del Paraíso la efímera aflicción que sólo duró un momento y gracias a la cual sor Agueda pasó a disfrutar de la vida eterna.

La anciana María Antonia empezó a temer la posibilidad de equivocarse en su importante trabajo de contar las monjas. Y, preocupada por ello, elaboró un plan que ponía en práctica, ocultando las manos bajo su escapulario. Llevaba preparados en su bolsa veinticinco guisantes secos, y cada vez que una de las figuras cubiertas por el velo subía por la escalera y pasaba ante ella, María Antonia trastabillaba un guisante desde su mano derecha a la izquierda.

Cuando todas las Damas Blancas habían pasado ya, de no faltar ninguna, María Antonia tenía de modo indudable, veinticinco guisantes en la mano izquierda y ninguno en la derecha ni en la bolsita.

Aquella cuenta por medio de los guisantes se convirtió, paulatinamente en una especie de juego para María Antonia. Guardaba los guisantes en una bolsita de hilo, y muchas veces, a solas en su celda, los sacaba y jugaba con ellos, colocándolos en fila y atribuyendo, a su capricho, a cada uno de los guisantes la personalidad de una de las venerables damas.

Un guisante más grueso, más fino y blanco que los demás representaba a la Madre Priora; otro, algo rugoso, duro y moreno personalizaba a la madre Sub-Priora, monja de bastante edad, no muy estimada por María Antonia a causa de su afilada lengua y de su severidad; otro guisante amarillo y deformado era sor María Rebeca, tenida en muy poco aprecio por la anciana lega, por falsa, artera y mentirosa. Siempre que circulaba por el convento alguna falsedad o noticia afrentosa para alguien, era probable hallar su origen en la punzante lengua y en la maliciosa imaginación de sor María Rebeca.

Y cuando todos los guisantes estaban en fila, en el suelo de su celda, la anciana María Antonia imaginaba que una losa iluminada por el sol representaba el Paraíso; otra, parcialmente en sombra, hacia las veces de Purgatorio y, finalmente, otra situada en el rincón más oscuro, le servía de Infierno para su juego. Entonces, con excelente tino de sus dedos pulgar y corazón, mandaba cada uno de los guisantes o, mejor dicho, a cada una de las hermanas que estos representaban, al lugar que, a su juicio, les correspondía.

Si el juego salía bien, la noble Madre Priora iba a parar al cielo, sin detenerse en lo más mínimo en el purgatorio; pero, sin duda ninguna, el pálido y arrugado guisante que representaba a la hermana María Rebeca iba a parar al infierno en linea recta.

Ya distribuidos estos primeros guisantes, María Antonia se frotaba las manos satisfecha y, riéndose terminaba el juego al azar, pues le parecía de importancia secundaria el pabellón del resto de las hermanas.

## CAPITULO II

### Las pláticas de María Antonia

Cuando María Antonia pasó del espacio sumido en la penumbra al bañado por la luz del sol, se oyó cerca de ella alegre ruido de alas de un petirrojo que se subió al respaldo de piedra del banco en que la hermana lega acostumbraba a sentarse, en espera de oír el ruido de la llave girando en la cerradura de la pesada puerta que daba acceso a los claustros.

—Ah, eres tú! — exclamó María Antonia con alegre rostro. — No sirves para nada bueno y eres un hombrecito vanidoso de tu jubón rojo. No me parece nada bien tu audacia al

introducirte en un lugar reservado a las mujeres y en el que ningn ser del otro sexo puede entrar. Andate con cuidado y escucha lo que ocurri con el chico del panadero, que se atrevi a subirse a un arbol para mirar por encima de las tapias y espilar a las religiosas Damas que estaban en el jardn; jactose luego de su hazaana y se burlo de lo que pretendia haber visto, pero como llegara a oidos del seor Obispo, este mand6 prender al muchacho y, aunque lloraba pidiendo perd6n y juraba que la historia que habia contado era una pura farsa, le arrancaron los atrevidos ojos con unas tenazas candentes y luego lo ahorearon de la misma rama a que se habia encaramado. Puedes estar seguro, hombrecito vanidoso, de que harian lo mismo contigo si Maria Antonia te delatara. Te gustaria pender de un arbol, vestido con tu jub6n rojo?

El petirrojo habia oido ya muchas veces esta historia terrible de labios de la anciana Maria Antonia y cada vez de un modo diferente. En ocasiones arrancaron la lengua al chico del panadero, otras veces perdio las orejas, o bien fu6 atado a un carro y azotado sin compas6n. Tambien se transformaba, a menudo en un repostero y hasta, una vez, fu6 pinche de la cocina del seor Obispo. Pero cualquiera que fuese su personalidad, siempre era el mismo su fin catastrofico, pues acababa colgado de la rama del mismo arbol al que, impio y osado, se habia encaramado.

Era esta una vieja historia y cuantos pudieran haber dado fe de ella, a excepcion de la hermana lega, no existian ya; y ltimamente, la reverenda Madre Priora prohibio a Maria Antonia que la refiriera a las novicias o que hablara de ella con cualquiera otra monja.

Por eso se la referia todos los dias al petirrojo, y este, que no era el chico del panadero, el repostero o el pinche, y que no creia ofender a nadie, podia oir hasta la ltima palabra sin asustarse; y mientras ella le hablaba, aun parecia acercarse, curioso, a Maria Antonia, y la miraba con ojos intrigados.

Aquella tarde ech6 a volar hacia el mismo arbol objeto de la curiosidad y causa de la desgracia del chico del panadero, y posndose en una rama que avanzaba por encima de la tapia del convento, profirio los gorgjeos de una alegre cancion.

—Ah, hombrecillo vanidoso, que te engries de tu traje pardo y rojo! —murmur6 Maria Antonia, poniendo sus arrugadas manos sobre el respaldo de piedra del asiento. —Esa es tu oracion antes de comer? Y dime, seor Rojo, quién te ha dicho que hay queso en mi bolsa? Pero te equivocas. Te pareceria bien que hubiese queso en una bolsa destinada a contener veinticinco sagradas damas que vuelven de Visperas en estos instantes? Y las pongo muy lejos de ti, irreverente glot6n, pues temo que, ademas de tener una mirada altiva, tu estomago sea orgulloso. Baja de nuevo, hombre perverso, y veras cmo te cuento cosas que han de interesarle.

Maria Antonia se inclin6 contra el respaldo y miro hacia arriba. Los rayos del sol iluminaban el sonrosado pergamino de su rostro bondadoso, haciendo resaltar las numerosas arrugas tejidas por noventa aos de vida tranquila y dulce.

Pero el petirrojo, desde su rama, cantaba y trinaba sin hacer caso, porque ya estaba cansado de historias de panaderos y reposteros y no sentia mucha curiosidad por tales relatos. Lo que si deseaba era probar las deliciosas golosinas que, segn sabia, se guardaban en la bolsa de Maria Antonia. Por esto permanecia en la rama y seguia cantando.

El anciano rostro de la hermana lega parecio enternecerse al influjo de la cancion del pajarito.

—No quiero que te marches sin premiar tu salud —dijo mientras buscaba algo en el fondo de la bolsa.

Hubo un revuelto veloz y un centelleo rojo, y el pajarito, que habia descendido de la rama, se hallaba ya junto a la hermana lega.

Esta sac6 algunas migajas de queso y las puso a su lado, en el borde del respaldo del banco, dejando sus dedos cercanos para ver a qu distancia se atrevia a acercarse el pajarito.

El petirrojo se aproxim6 sin temor y, rompiendo un trocito de queso, se lleno el pico y ech6 a volar hacia el oculto nido, donde lo esperaban cinco anhelosas bocas que le recibian con bullicioso apetito. Despues volvi6 a descender, con la rapidez de una flecha, observando con brillantes ojos y atenta expresion que la mano que reposaba antes a cierta distancia, se acercaba ya cautelosamente a el, pero con extremado valor, decidio correr todos los riesgos a fin de poder saciar el hambre de aquellas cinco bocas amarillas que esperaban impacientes el ruido de sus alas.

—Come tu primero —dijo Maria Antonia cubriendo con la mano las migajas del queso. —Prendes, acaso, darnos lecciones de sacrificio personal? Primero come tu y despues da al hambriento lo que te sobre. Aunque yo tuviese cinco pequeuelos a mi cargo, cosa que prohbe el Cielo, seguiria comiendo mi racion acostumbrada y luego creeria dar bastantes pruebas de caridad dejandoles rebanar los platos. Las santas Damas dan al pobre, que acude a la puerta del convento, lo que ya no puede ser aprovechado. Acaso pretende tu paternidad humillar nuestro santo celibato?

La Madre Sub-Priora me rega6 con dureza por que un hijo de Dios, que tenia que atender a muchas bocas hambrientas, di un excelente trozo de carne y no el otro que estaba ya pasado. La verdad es que este lo habia dado tambien,

pero la Madre Sub-Priora se alegraba pensando que estaba en el pucher hirviendo para la cena de las reverendas hermanas. «Mujer! —grito, —mujer!» Y cuando la madre Sub-Priora dice «Mujer», la mujer a quien se dirige se siente casi avergonzada, tal es el desd6n que pone en esta designacion. «Mujer, mujer —me dijo, —quieres que calgan enfermas todas las hermanas del convento? —«No —le contest6, —eso no ocurrir6, pero si alguna cayese enferma, mas facil seria atenderla en su celda, que al pobre en su humilde hogar, fuera de las tapias del convento, tendido en su lecho de paja» —«Calla, tonta —repuso la Sub-Priora, —los pobres no enferman con esta facilidad. Y en verdad te digo, caballero de los ojos brillantes, que la vieja Antonia, aunque es tonta, a veces tiene ideas felices. Aquella noche el caldo de la Sub-Priora contenia algunas hierbas fuertemente purgantes. Bien es verdad que solo tuvo que guardar cama un dia. A semejanza de los pobres, ella no se enferma facilmente. Bueno, ahora echa a volar, seor petirrojo. No piques los dedos o har6 contigo algo parecido a lo que hicieron con un muchacho cuya historia voy a referirte. Una vez, cuando Maria Antonia era joven y bella...; no, no guines el ojo con tanta malicia...»

En aquel momento se oy6 el ruido que producia la llave al girar suavemente en la cerradura de la puerta situada al extremo de la escalera que, desde la cripta, daba acceso al claustro.

### CAPITULO III

#### Pasa la Priora

La llave gir6 suavemente en la cerradura de la puerta de roble que daba acceso a la entrada del camino subterraneo. La anciana hermana lega preparo su saquito y extrajo de el la bolsa de los guisantes.

Abajo, giro sobre sus goznes la pesada puerta.

Maria Antonia esperaba arrodillada a la derecha de la escalera, con las manos ocultas bajo su escapulario y los ojos reverentemente fijos en las losas inundadas de sol, en tanto que sus labios modulaban sentencias del Salterio.

Acerca6se el mesurado ruido de los pies, que se movian suavemente, produciendo ligero rumor al llegar a la escalera y empezar su ascension desde la obscura galeria, de una milla de largo, a la luz del sol poniente.

La primera en aparecer fu6 una joven hermana lega, que alumbraba el camino con una linterna. Al subir la escalera, apag6 la lama, que habia palidecido s6bitamente en cuanto fu6 ba6ada por la luz del sol; coloco la linterna en un nicho y, arrodillandose frente a Maria Antonia, un6 sus plados rezos a los de esta.

«Adhæsit pavimento anima mea» —murmur6 Maria Antonia. —«Por qu6 han tardado tanto las hermanas?

—Creo que una de ellas estaba llorando en la oscuridad —contest6 la hermana lega —y la madre Sub-Priora orden6 que se detuvieran todas para descubrir con la ayuda de mi linterna, cu6l habia sido la que dej6 escapar sollozos. Pero como en ninguna encontr6 vestigios de haber llorado, me devolvi6 la linterna y se situ6 al final de la comitiva para cerciorarse de que todas las demas la precedian.

—Convertentur ad vesperam y el diablo atrapa a los rezagados —susurro Maria Antonia con el mayor fervor.

—Am6n —dijo sor Abigail con los ojos fijos en el suelo al ver que, en aquel momento, aparecia, subiendo la escalera la alta figura de la Priora.

Esta cruz6 el claustro con especial ritmo y gracia en su paso, dejando adivinar, a pesar del grueso pa6o de su blanco habit6, la noble esbeltez de sus miembros. Sus brazos oscilaban, al caminar, con gracioso movimiento; sus largos dedos, bellamente modelados, indicaban que estaba dotada de serena voluntad. Su rostro, tranquilo y bondadoso, hall6base iluminado por los rayos del sol; tristezas y sufrimientos dejaron en el indelebles huellas, pero los ojos, de color gris claro, brillaban luminosos bajo las finas cejas, revelando la victoria de un esp6ritu noble y puro sobre las pasiones de la carne.

En su presencia ningn pecador se sentia abrumado por el desesperado peso de su pecado. Ningn santo, ante la calma de sus ojos, creiase estar seguro de estar limpio del pecado.

Tan perfecta era aquella mujer, que en ella parecia condensarse toda la humana bondad; y tan completa era su santidad, que el pecado parecia alejarse confuso a su presencia.

Los que mas la temian, mas seguros estaban de su bondad; los que mejor la amaban, eran los que menos podian gozar de la ventura de su trato.

Habia abandonado el mundo al florecer su juventud, renunciando al alto rango de su familia, a sus extensas propiedades y a la riqueza que da el poder. En la debida compas6n y en el consuelo de la diaria adoracion del Hombre que sufrio todos los martirios busc6 la fe que perdiera en el amor humano.

En su celda, y de una tosca cruz de madera, colgaba una efigie de Cristo crucificado, de tamao natural.

Apenas habria cumplido los veinticinco aos cuando, huyendo del mundo, fu6 a refugiarse en la Orden de las Damas Blancas de Worcester y entr6 en la clausura y en la austera paz del convento de Whytstone.

Cinco aos mas tarde, cuando muri6 la anciana Priora,

fué designada por una gran mayoría para ocupar el sitio vacante y hacia ya dos años que regía el convento sabia y justamente. Y aún mejor había gobernado su propia alma, consiguiendo la victoria sobre el Mundo y sobre la Carne; quedando todavía el Demonio, pues éste, desgraciadamente, no se alejaba con la misma facilidad.

Así, aquella mujer, que entonces andaba segura y apaciblemente a lo largo del claustro lleno de sol, hacia el alto corredor de piedra del convento, era temida por muchas, amada por la mayoría y obedecida por todas.

Y cuando pasaba la anciana María Antonia, inclinándose hasta casi tocar el suelo, deslizó un grueso guisante de entre sus dedos de la mano derecha a la palma de la izquierda.

Detras de la Priora iba una monja, alta también, pero desgarbada. Sus ojos miopes escudriñaban minuciosamente a su alrededor, y su larga nariz parecía oífeante el posible escándalo o cualquiera incorrección; sus delgados labios insinuaban ligera sonrisa, aunque fría e inquietante. Caminaba con las manos cruzadas sobre el pecho en actitud reverente y humilde. Al pasar ante María Antonia, ésta transfirió de una mano a otra el guisante pálido y arrugado.

Pasaron todas las Damas Blancas, guardando las distancias entre sí, la mayoría con los rostros cubiertos, las cabezas inclinadas y las manos cruzadas.

En silencio, cada una se dirigió a su celda, para dedicarse a la oración y a la contemplación divina, hasta que la campana las llamase al refectorio para la cena.

Cuando pasaba la penúltima Dama Blanca, los vivos ojos de la anciana hermana lega notaron que sus manos estaban nerviosamente entrelazadas sobre el pecho y que tropezó con el último pedaño de la escalera en el instante en que profería, mal de su agrado, un sollozo contenido.

Tras ella, y avanzando con cierta inquietud, iba la figura de la Sub-Priora, cuyo rostro tético, alerta y vigilante procuraba no dejar pasar una sola falta sin castigo y gozándose en ser ella misma quien lo impusiera.

Seguramente hubiese sorprendido el contenido sollozo de la monja que tropezó en la escalera, si la anciana María Antonia no lo hubiese evitado levantando inesperadamente la voz para proferir un sonoro «Amén».

La Sub-Priora se sobresaltó al oírlo y, molesta por ello, se volvió hacia María Antonia, exclamando:

—Silencio, mujer! El claustro del convento no es un gallinero. Tan inopportuna devoción merece casi un correctivo. Levántate y vete inmediatamente a tus ocupaciones.

La Sub-Priora se alejó con rapidez, mientras María Antonia, enojada, la seguía con la vista.

Sor María Serafina había llegado ya a su celda y cerró la puerta.

Mientras tanto las rodillas de la anciana María Antonia cruzaron al incorporarse, pero su rostro no perdió la acostumbrada alegría.

—Hoy pondré tres granos de ricino en su caldo — murmuró. — Uno por llamarla «mujer», otro por lo del «gallinero», y el tercero por amenazarme con un castigo, cuando no hice otra cosa que decir «amén».

Bajó la escalera, empujó las hojas de la pesada puerta que cerró con llave y quitándola de la cerradura retrocedió tomado el camino de la celda de la Reverenda Madre.

Al pasar, se detuvo ante una de las puertas y acercó la cabeza a la hoja de encina para escuchar. Luego aceleró el paso, llamó a la puerta de la Reverenda Madre y, una vez hubo pedido permiso, entró en la celda, cerró la puerta tras de sí y se hincó de rodillas.

La Priora estaba junto a la ventana, abstraída en la contemplación de la dorada y gloriosa puesta del sol. En aquel instante ni siquiera se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor, pues su imaginación estaba lejos, más allá de aquellos rojos resplandores del cielo. Por fin, al volverse, vió a la anciana arrodillada junto a la puerta.

—¿Qué tal, querida Antonia? — dijo cariñosamente. — Levántate, cuelga la llave en su sitio y dame tu informe diario. ¿Han vuelto todas las hermanas? ¿No hay novità?

La anciana lega se levantó, colgó la gruesa llave de un clavo y, acercándose a la Priora, se arrodilló nuevamente.

—Reverenda madre: todas las que fueron a las Visperas han vuelto; pero no todo va bien. Sor María Serafina está llorando desconsolada en su celda y temo que la Madre Sub-Priora la oiga al pasar junto a su puerta.

El rostro de la Priora se puso triste y severo, aunque no por eso perdió su acostumbrada expresión de ternura. Hizo levantar a la hermana lega y acarició suavemente sus viejas y temblorosas manos.

—Ve a tus quehaceres, querida Antonia — dijo. — Yo misma veré a la hermanita en su celda y mientras yo esté nadie se atreverá a entrar.

#### CAPITULO IV

“¡Dame ternura!”

La Priora se arrodilló ante un grupo de mármol que representaba a la Virgen y a su Divino Hijo, grupo situado de tal modo que los rayos del sol de la tarde iban a posarse so-

bre la blanca belleza de la piedra irradiando en el puro rostro de la Virgen y formando una aureola dorada en torno del Niño Jesús.

—Madre de Dios — rogó la Priora con las manos unidas, — dame paciencia cuando tenga que luchar con la terquedad; dame sabiduría para vencer a la sinrazón; ilumíname para poder compartir el dolor de aquel corazón atormentado como cuando fuiste testigo de los sufrimientos de tu amado Hijo, Nuestro Señor, en el Calvario, lo que fué como un puñal clavado en tu propio corazón.

Concédele el don de simpatía hacia el dolor, aunque la cruz no sea mía, sino de otro. Dame, también, firmeza y autoridad como cuando dijiste a los siervos de Canaán: «Os diré lo que os diga, hacedlo».

La Priora esperó con la cabeza humillada. Luego, en un arranque repentino, adelantó sus manos hasta tocar el pie de mármol del Niño e imploró:

—¡Dame ternura!

#### CAPITULO V

La mbonja discola

Sor María Serafina estaba a gatas sobre el suelo. En sus manos y fuertemente asidos se veían trozos de su velo. Golpeaba las lozas con sus nudillos, con ritmica regularidad, y al fatigarse sus manos continuó imitando con los pies el galope de un caballo, repitiendo, con obstinada monotonía:

Jaece de grana.  
Cascabeles de plata.  
Blanca la crin y la cola.  
Cual espuma de las olas.  
Caballo como la nieve...

Entró la Priora cerrando la puerta tras de sí, y observó atentamente a la joven monja; luego tomando la llave maestra que colgaba de su cinturón, cerró la puerta por dentro.

Por un momento sor Serafina guardó silencio y pudo oír el ruido que hizo la Priora al cerrar la puerta con llave, pero luego continuó:

Jaece de grana,  
Cascabeles de plata...

La Priora se dirigió hacia la ventana y contempló las roadas nubes que se esfumaban en un cielo de tonos pálidos.

—¡Oh! ¡Oh! — gimió sor María Serafina, encogiéndose:

Blanca la crin y la cola.  
Cual espuma de las olas.  
Caballo como la nieve...

La Priora miraba a las golondrinas, que, volando velozmente, cazaban insectos a la luz del atardecer.

Tan completo era el silencio, que María Serafina, a pesar de haber oido el ruido de la llave de la cerradura, pudo creer que estaba enteramente sola.

—Jaece de grana, cascabeles de plata — continuaba clamando con vehemencia. De pronto volvió a hurtadillas el rostro y vió la alta figura de la Priora, que, silenciosa, continuaba a la vista. Instantáneamente sor María Serafina inclinó la cabeza.

—Blancas la crin y la cola — repitió, pero era evidente que empezaba a flaquear su valor. La «espuma de las olas» lo recitó con alguna indecisión y en tales casos la indecisión es fatal.

Se calló un momento y empezó a sollozar. Luego, aunque temblaba de pies a cabeza, prestó atención como si escuchara algo y exclamó:

—¡Wifredo! ¡Wifredo! — Vienes a salvarme?

Abrió exageradamente los ojos y pareció escuchar otra vez.

La Priora continuaba inmóvil, a pesar de haber oido llamar a Wifredo, y siguió contemplando con tranquilidad a las golondrinas.

Sor María Serafina empezó a sollozar, pero su llanto se apagó poco a poco, hasta que en la celda hubo absoluto silencio.

Luego la monja se arrastró hasta llegar junto a los pies de la Priora y tomando el extremo del hábito de ésta lo besó.

Entonces se volvió la Priora y retirando el hábito para substraerlo a aquellas temblorosas manos, miró compasiva a la pobre mujer que estaba a sus pies.

—Sor Serafina... — dijo, — porque no debéis ser llamada por vuestro nombre religioso hasta que hayáis hecho verdadera penitencia. Iréis ahora mismo a mi celda, porque quieren hablaros.

—No puedo andar — contestó sor Serafina echándose nuevamente al suelo.

—No tendréis que hacerlo — replicó la Priora, — porque iréis hasta mi celda a gatas. Desde luego — añadió desde el umbral de la puerta, que había abierto, — que si no os presentáis ante mí en un espacio de tiempo razonable, me vere obligada a llamar a la Madre Sub-Priora.

La celda de la Priora estaba situada en el extremo opuesto del largo corredor de piedra; sin embargo, en menos tiempo del «razonable» sor María Serafina se presentaba a ella.

El desagradable ejercicio que había tenido que hacer para llegar hasta allí produjo excelente efecto en su estado de ánimo. El grueso hábito de paño impedia y dificultaba el movimiento de las rodillas al andar a gatas y sus manos se entredaron más de una vez en el velo. Pero como cada momento perdido aumentaba el riesgo de que alguien pudiera observarla y de que apareciese la anciana María Antonia, o, lo que era más desagradable, la misma Madre Sub-Priora, se apresuró, y, a fin de caminar más aprisa, levantó sus rodillas del suelo. Tal modo de andar, aunque poco atractivo, fué eficaz, si bien hubiese provocado la risa de cualquier espectador. Las lasas hirieron sus manos y rodillas bastante más que cuando golpeaba el suelo de su celda.

Así llegó hasta la puerta de la celda de la Reverenda Madre, con la imaginación y el cuerpo rendidos, avergonzada de si misma y vejada por el mal estado de su hábito; pero con más sano juicio que cuando llamaba a Wifredo y repetía con insistencia su cantinela de «Blancas la crin y la cola» y «Casabéles de plata».

Tal vez la Priora previó este resultado al imponerle tal penitencia. La debilidad o la compasión habrían sido una locura en aquellas circunstancias, y la Priora obró inspirada seguramente por el Cielo, al que había pedido el don de sabiduría.

Sentada estaba a la mesa cuando se presentó sor Serafina. No levantó sus ojos del misal iluminado que leía; una de sus manos se apoyaba en el macizo broche mientras la otra se disponía a pasar la página. Su noble figura parecía la calma personificada.

Al oír jadear a Serafina, a sus pies, habló sin levantar los ojos, diciendo:

—Podéis poneros en pie. Cerrad la puerta.

A continuación, la mano volvió la página y reinó de nuevo el silencio. Después de una pausa, la Priora añadió:

—Podéis arreglar el desorden de vuestro hábito.

Cuando la Priora levantó, por fin, los ojos, vió a sor Serafina con el hábito tan ordenado como permitía su estado y que, humildemente, permanecía cerca de la puerta.

La Priora cerró el libro y el grueso broche; luego señaló a la monja un taburete de roble para que lo acercara y dijo cariñosamente:

—Sentáos, hija mía. Tenemos muchas cosas de qué hablar y vuestra imaginación estará más atenta si el cuerpo se halla en reposo.

La Priora observó con sus penetrantes ojos el hermoso y fresco rostro abatogado por el llanto y animado por una mirada de petulante desafío débilmente oculto bajo una expresión superficial de humildad.

—¿Cuál fué la causa de vuestro arrebato, hija mía? — preguntó en tono suave la Priora.

Mientras estaba en la Catedral, Reverenda Madre, y cerca de la ventana, escuché en un momento de silencio el relincho de un caballo en la calle. Era exactamente igual al relincho de mi caballo palafrén, cuando esperaba a la puerta de mi castillo que yo bajase y montase en él. Cada vez que escuchaba el relincho se me aparecía «Copo de nieve» con más claridad, con sus arreos de color grana, sus cascabeles de plata y rodeado de otros muchos caballos que, manoteando impacientes, aguardaban la señal de ponerse en marcha. A mí me gustaba ser la última en bajar, cuando ya todos estaban montados. Los jinetes, al verme, se quitaban los sombreros, adornados con plumas, y Wifredo actuaba de paje para ayudarme a montar a mi caballo. Luego partíamos todos para la excursión, entre gritos, risas y toques de cuernos. Yo iba delante en mi «Copo de nieve» y Wifredo me seguía de cerca.

La Priora oía atentamente y sin apartar la mirada del ruborizado rostro, mientras ligero carmín tenía sus propias mejillas.

—¿Quién era Wifredo? — preguntó, aprovechando una pausa que Serafina hizo para respirar.

—Mi primo, con el me habría casado si...

—Sí...

—Si no hubiese abandonado el mundo.

—Si vuestro corazón deseaba el matrimonio con vuestro primo — objetó la Priora, — ¿por qué, hija mía, profesasteis en nuestra orden, renunciando a todo mundo y carnal de seo?

—Mi corazón no se inclinaba hacia mi primo! — exclamó sor Serafina con cierta petulancia. — Yo estaba aburrida de él y, a decir verdad, de todo el mundo. En cambio deseaba «profesar» ser monja. Existían personas a quienes podía castigar de este modo y causar dolorosa sorpresa al abandonar el mundo. Pero Wifredo juró que, en tiempo oportuno, se presentaría para llevárseme.

—¿Y cuando llegó la oportunidad qué hizo?

—No se presentó. No le huelto a ver.

La Priora se volvió y miro a través de la ventana, reflexionando, al parecer, acerca de lo que diría.

Cuando, por fin, habló, lo hizo con los ojos fijos en las vaillantes copas de los árboles que asomaban más allá de los muros del convento.

—Muchos de los que abrazan la vida religiosa, sor Serafina, saben lo que representa haber pasado por la experiencia que tuvisteis, pero, por regla general, luchan y vencen la tentación del recuerdo, encerrándolo en el secreto de su corazón y en el silencio de su propia celda. Los recuerdos de la vida que fué, antes de escoger de ella la mejor parte, al abandonar el mundo vuelven a nuestra mente para tentarnos con traída dulzura. Mas estos recuerdos no pueden cambiar el estado monástico adoptado ya para siempre por nuestra propia voluntad y la virtud de nuestros votos, pero pueden despertar arrepentimientos a mundanas aficiones. En esto consiste su perversidad. Para que os defendáis de este peligro voy a daros dos oraciones que aprenderéis de memoria y repetiréis siempre que sea necesario. La primera es del Breviario.

La Priora tomó un libro negro con broches de plata; lo abrió y leyó en él una breve oración en latín, pero como observarse que el rostro de sor Serafina no indicaba haber comprendido, repitió lentamente la misma oración traducida:

*Dios Omnipotente y Eterno, haz que nuestros deseos no se aparten de tu voluntad y nuestros corazones estén siempre honestamente dispuestos a servirte. Amén.*

Su mirada descansó en el libro mientras sonreía.

—Esta oración debería ser suficiente — continuó — si nuestro corazón fuese verdaderamente honesto y nuestra voluntad no flaqueara nunca. Pero jay!, nuestro corazón se engaña ante todas las cosas, y nuestra voluntad se muestra propicia a traicionar nuestras buenas intenciones.

«En el Sacramental Gregoriano he encontrado otra oración menos conocida y mucho más antigua, compuesta y escrita hace seis siglos. Influye eficazmente en las debilidades de nuestro corazón, en las insidias, en los tentadores pensamientos y en nuestra voluble voluntad. Aquí tengo una traducción que yo misma he escrito en el margen».

La Priora posó sus manos en el Misal y al repetir la oración de seis siglos antes, con toda la fe de su inspirada sencillez, su voz temblaba con tierna emoción, pensando que iba a dar al próximo lo que tanto le sirviera a ella misma para lograr la paz de su vida interior.

*Omnipotente Dios, para Quien todos los corazones están abiertos, todos los deseos son conocidos y ningún secreto está oculto. Limpia los pensamientos de nuestros corazones con la inspiración de Tu Divino Espíritu, para que podamos amarte en perfección y exaltarte dignamente tu Divino nombre en Cristo, Nuestro Señor. Amén.*

La Priora apartó su mirada del impasible rostro de sor Serafina y la fijó otra vez en las copas de los árboles. Pensaba en los largos años de secretos conflictos conocidos tan sólo por Aquél para el que no existen secretos; recordaba su constante cuidado de los pensamientos que la asaltaban y por los que acababa de rogar ante el temor de no haber llegado a servir dignamente al Divino Nombre.

Luego, inundado su corazón de humilde ternura, se volvió hacia sor Serafina y dijo:

—Estas oraciones, hija mía, que debéis fijar en vuestra mente antes de acostaros esta misma noche, os protegerán contra la existencia de esos recuerdos del mundo que abandonaestes y los irán debilitando para que sólo el Divino Nombre de Nuestro Señor sea dignamente magnificado en vos.

Pero aquel suave trato, aquellos largos silencios y la recitación de las oraciones nada más consiguieron despertar en sor Serafina los malos espíritus.

Su aturdido carácter estaba lejos de comprender la bondad de aquel noble corazón que con tanta ternura la trataba. Interpretaba toda aquella grandeza espiritual a través de las artificiosas ideas nacidas de sus propias emociones. Tomó la dulzura por debilidad, el sereno dominio de sí mismo por carencia de fuerza de voluntad, y, olvidando el respetuoso temor que debía a la Priora, exclamó:

—Pero yo no quiero morir! ¡Por el contrario, quiero vivir, vivir, vivir...

La Priora la miró asombrada. Había desaparecido del rostro de sor Serafina la expresión de humildad que hasta entonces observara y surgió, en cambio, la audaz rebeldía en toda su plenitud.

—De rodillas! — ordenó autoritariamente la Priora.

La monja discola obedeció, haciendo caer el taburete.

La Priora hizo un rápido movimiento, pero se dominó. Había orado para tener paciencia y juzgar con sabiduría.

—Morimos para poder vivir — dijo con acento solemne. — Esta es la lección que vuestro discolo corazón debe aprender. Muriendo, vivimos en Dios. Muriendo para el pecado, vivimos en la santidad. Muriendo para el mundo, vivimos para la vida Eterna.

Sor Serafina, arrodillada en el suelo, exclamó con patético acento:

—Pero yo quiero «vivir» para el mundo!

Estalló en sollozos, más la vida conventual no es propicia para los dolores personales. La constante contemplación de las divinas aflicciones que trajeron la salvación del mundo

impide verter lágrimas de commiseración hacia los humanos dolores.

La Priora sentía alarma y sorpresa ante los dolorosos suelos de sor Serafina.

Aquella monja había llegado hacia muy poco tiempo al convento de Whytstone, procedente de otro convento de Tewkesbury, en donde pasó el noviciado y pronunció los últimos votos. Entonces comprendió la Priora cuán poco sabía de las intimas inquietudes de la imaginación de sor Serafina, y se amonestaba a si misma por haber mirado más a las apariencias exteriores que al corazón, cediendo ante lo visible y dejándose influir por ajenas impresiones. Su fracaso con respecto a la Comunidad en general y a Serafina en particular, dióle nueva provisión de paciencia.

Levantó a la desconsolada monja, la rodeó con su brazo, haciendo un gesto de protección, y la llevó ante la Virgen.

—Hija mía —dijo—, hay cosas por las cuales debemos sufrir y que hemos de referir a la Virgen. Tratad de aliviar vuestro corazón y encontrar la paz que necesitáis. ¿Quereis vuestro pensamiento volver a los recuerdos del primer amor que abandonasteis para buscar la gloria? ¿Os martiriza la idea de haber traicionado al hombre que amabais, abandonándolo para haceros esposa del Cielo?

Sor Serafina sonrió despectivamente:

—No —repuso—, estabas ya cansada de Wifredo; pero había otros muchos...

La voz de la Priora se hizo grave y severa al preguntar:

—Entonces ¿lo que deseáis es el hecho material del casamiento?

Sor Serafina se echó a reír y contestó:

—No, no habría podido sujetarme a un hombre por medio del matrimonio, más me agradaba ser amada y me gustaba ser la primera en el corazón y en el pensamiento de los demás.

La Priora miró el bello rostro, húmedo todavía de lágrimas, y el cuerpo armoniosamente formado de sor Serafina. De pronto se sintió inspirada por una idea y levantó el velo de la más Divina de las Divinidades, amada por su doliente corazón; pero no dudó, resueltamente a ayudar eficazmente a aquella conciencia para que pudiese redimirse.

Con sus ojos fijos en el Niño, que descansaba en brazos de la Virgen, preguntó con voz queda:

—Acaso es el desconsuelo de no haber tenido un hijo, de no poder estrecharlo en vuestros brazos, ni dormirlo en vuestras rodillas, la causa de que vuestro corazón se vuelva hacia el mundo, lleno de añoranza?

Sor Serafina miró a la Priora con el mayor asombro y replicó impacientemente:

—Nada de eso. Siempre odié a los niños hasta el punto de que tan sólo para eludir las molestias y los vejamenes de la maternidad habría abandonado el mundo.

La Priora retiró su brazo protector y miró severamente a sor Serafina.

—Estás faltando a vuestros votos —dijo— y desprecian-  
do vuestra vocación; ningún vínculo noble y sincero os llama al mundo; sólo deseáis pompas y vanidades; es decir, lo que más perverte la nuestra conciencia. Volved a vuestra celda y pásad tres horas en oración y en penitencia ante el crucifijo.

La Priora levantó su mano y señaló la efigie de Cristo pendiente de la tosca Cruz, en la pared: frente a la puerta. En su voz vibraba la sublimidad de una suprema adoración al hacer el último llamamiento.

—Verdaderamente —prosiguió—, ninguno de nuestros amores humanos puede subsistir ante la contemplación de la muerte y crucifixión de Nuestro Señor. Arrodilláos ante el crucifijo y aprended.

Pero la descarrierada imaginación de sor Serafina, convencida, en aquel momento, de la inutilidad de su desesperada rebeldía, perdió el dominio sobre si misma, irguió la cabeza, protrajo en una carajada y, señalando con la mano el crucifijo, exclamó:

—Morir! Morir! Morir! Terrible desesperanza! Yo quiero vivir! Reclamo mi derecho a la vida! Soy joven, alegre y hermosa y se me obliga a estar de rodillas horas y más horas, horas eternas esperando la muerte. ¡Ah!

Y con exaltada voz, añadió:

—No, no será así! ¡Un Dios muerto no puede ayudarme! Quiero vivir, vivir y morir!

Y, levantándose, cruzó la habitación y al estar junto a la sagrada efigie la golpeó con las manos.

Fué un momento de inenarrable horror. La Priora se abalanzó a ella, la agarró por las muñecas y, violentamente, la obligó a caer al suelo. Luego cogió un cordón que atravesaba la pared por un orificio en comunicación con la campana de alarma del corredor, y tiró de él energicamente.

Casi en el acto se oyó rumor de precipitados pasos y llamadas a la Sub-Priora, pero ésta había acudido ya al oír la campana.

Cuando todas las monjas se asomaron a la habitación, la Priora apareció con el rostro pálido, los ojos llameantes de indignación y los brazos extendidos entre ellos y el crucifijo. En el suelo, como masa inerte, yacía sor Serafina.

Las monjas se apilaron ante la puerta, aterradas, sin atreverse a hablar ni a entrar, hasta que la hermana María Antonia, dejando paso a la Sub-Priora, se arrodilló junto a la Reverenda Madre y tomando el extremo de su hábito lo besó, estrechándolo luego contra su pecho.

La Priora dejó caer sus brazos y dijo:

—¡Entrad!

Al oír esta palabra, todas se apresuraron a penetrar en la estancia.

—Sor Serafina —dijo la Priora tristemente— ha profanado el crucifijo rebelándose contra Nuestro Señor, aquí yacente.

Todas las monjas cayeron de rodillas, ocultando el rostro entre las manos.

En el silencio de aquellos momentos se advertía, sin embargo, terrible inquietud. Lentamente se volvió la Priora y fue a postrarse ante la cruz, poniendo su frente sobre el suelo, juntando a la base del Divino Madero. Y entonces pudieron oír un triste y entre cortado sollozo.

Ninguna cabeza se atrevió a levantarse. La única monja que suspiraba era sor María Serafina, tendida en el suelo.

Después de un instante, se levantó la Priora, pálida, pero serena.

—Llevadla a su celda —ordenó señalando a la culpable.

Dos monjas de elevada estatura, a las que hizo una señal, levantaron a sor Serafina y la sacaron de la estancia. Cuando en la lejanía se perdió el ruido de sus pasos, la Priora dió nuevas órdenes, diciendo:

—Que todas vayan a sus respectivas celdas y recen de rodillas ante el crucifijo. Las puertas permanecerán abiertas. Se cantará el Miserere hasta la hora de la refacción. La Madre Sub-Priora se quedará aquí.

Las monjas desaparecieron con la misma rapidez con que habían llegado, en dirección a sus celdas, como pájaros atemorizados ante la proximidad de la tormenta.

Las dos monjas que se llevaron a sor Serafina estaban ya de vuelta y esperando ante la puerta de la Reverenda Madre, la cual se hallaba en compañía de la Sub-Priora. El rostro de la primera mostraba la mayor pesadumbre y el de la segunda, asomando entre el velo, recordaba más que nunca el de un huerto. Sus ojos brillaban inexorables.

—¿He de intervenir yo, Reverenda Madre? —insinuó.

La Priora inclinó la cabeza.

La Madre Sub-Priora formuló otra pregunta y la Priora, por toda respuesta, volvió el rostro y contempló el crucifijo. En vista de ello la primera se acercó más, para formular una tercera pregunta, a la cual no contestó la Priora, que estaba con la mirada fija en el taburete de roble tallado. Reflexionaba acerca de si podría haber juzgado con mayor severidad y hablado con más sabiduría. Su corazón estaba dolido; aquél noble carácter se acusaba siempre de no haber obrado con bastante justicia.

En vista de que no obtenía respuesta, la madre Sub-Priora suspiró otra idea.

—No —contestó la Priora.

Entonces la Madre Sub-Priora modificó su proposición, pero la Priora miró hacia la tierna figura de la Virgen sosteniendo al Niño Jesús y repitió:

—No.

No se dió por vencida la Sub-Priora, pues presentó una nueva modificación, pero en tono que revelaba una decisión energética y la Priora inclinó la cabeza.

La Sub-Priora, satisfecha, tomó entonces el extremo del velo de la Reverenda Madre y lo besó; luego salió de la celda.

La Priora se acercó a la ventana. Ya se había puesto el sol y la primera estrella de la noche brillaba en un firmamento de púrpura como lámpara recién encendida. Las mismas golondrinas habían desaparecido ya en busca del descanso.

Los murciélagos volaban más allá de las ventanas como almas sin hogar ni rumbo definido. Entre tanto, las monjas, en sus celdas, con las puertas abiertas, comenzaron a cantar lentamente el *Miserere*.

Mientras contemplaba la estrella de la tarde, la Priora parecía escuchar aún con extraña claridad el eco de la profanación de la desgraciada sor Serafina: "¡Quiero vivir, no morir!"

A lo largo del corredor cruzó una comitiva en dirección a la celda de María Serafina. Delante iba una monja con un cirio encendido y a continuación las dos monjas altas que condujeron a su celda a la rebelde. Detrás de ellas marchaba la Madre Sub-Priora ocultando algo bajo su escapulario, lo que le daba distinta apariencia de la habitual.

La comitiva pasó a lo largo del corredor, solemne y oficiosa, poseída de la alta misión de sacrificio que llevaba, y llegando a la celda de María Serafina penetró en ella.

La Priora, mientras tanto, cerró su puerta y, arrodillándose ante el crucifijo, imploró perdón por el sacrilegio que involuntariamente provocó.

En sus celdas continuaban las monjas cantando el *Miserere*. Repentinamente cesaron todas las voces para reanudar en seguida el canto con extraño y agitado ritmo.

La anciana María Antonia, se entretuvo en su celda con su juego favorito, también se detuvo un instante, con el oído atento. Puso precipitadamente el guisante arrugado en un rincón más oscuro y salió a preparar un bálsamo.

Cuando la campana de reectorio llamó a las monjas a la cena, la anciana hermana lega corrió a la celda de María Serafina para ofrecerle alimento y alivio, pero la monja estaba mucho más contenta de lo que estuviera, en muchas semanas anteriores, porque, al fin, consiguió ser el centro de todos los pensamientos y aunque, mientras estuvo en su celda la Madre Sub-Priora, se vió obligada a ocupar una posición poco agrada-

ble, no parecía estar disgustada; en su morbosa imaginación la posición justificaba la molestia.

Ya purgada la mente de sus culpas, María Serafina comió con apetito lo que le llevó la anciana María Antonia, y también se aplicó el bálsamo; mientras tanto pensaba en como lograría alcanzar nuevamente el favor de la Priora y repetirle, a la primera oportunidad, las sabrosas observaciones que la pobre y bondadosa vieja hacía en aquel momento para divertirla, después de correr peligro de que la castigasen por haberle llevado, compadeciéndose de su desgracia, alimento y consuelo.

## CAPITULO VI

### El Caballero del Traje Rojo

—No, esta mañana no tengo nada para tí — dijo María Antonia al petirrojo — nada más que mi conversación espiritual. Puedo referirte dos o tres historias, o darte sabios consejos, pero en mi saco, maese Méndigo, no llevo otra cosa que mi bolsa de guisantes.

La anciana hermana lega se sentó en el jardín. Había empleado una hora, muy atareada, en algunos trabajos de jardinería, y en aquel momento se entretenía formando un ramo de flores. Estaba sentada en el banco de piedra, debajo de una encina, sosteniendo entre sus manos un gran ramillete de diversas clases de plantas y flores silvestres, recogidas con el mayor cuidado y atadas por su extremo inferior.

A pesar de que María Antonia tenía una imaginación muy viva y aguda, en algunas ocasiones sufría desvaríos infantiles, debidos a su avanzada edad. En tales ocasiones veía cosas imaginarias, y eso le ocurría precisamente entonces, mientras reposaba a la sombra, extranándose de que sus viejas espaldas le doliesen de fatiga y maravillándose al observar que tenía entre sus manos un magnífico ramo de dientes de león, hierba cana, llantén y campanillas.

Al otro lado del banco estaba el petirrojo, y María Antonia, al nombrar la bolsa de guisantes, sintió irresistibles deseos de verlos y de mostrarlos a las brillantes miradas del pájaro. Dejó, pues, el ramo de flores a sus pies, sobre la hierba, e inclinándose hacia el banco de piedra, sacó la bolsa.

—Ahora, señor pájaro — dijo — eres responsable de tus actos y tus brillantes ojos tendrán que contentarse con contemplar a las hijas de Dios, las que no tienen nombre y que, aunque estén mezcladas igual que los guisantes en la cazaña, tienen la seguridad de que Dios las ve ir de un lado a otro. Pero, ante todo, voy a separar a unas cuantas que distingo perfectamente de entre las demás.

Por fin, después de rebuscar mucho dentro del saco, aparecieron el guisante fino y blanco, el arrugado, y el pálido y deformé, y María Antonia los colocó en fila sobre el banco.

—Este — explicó, señalando el primero con su dedo rugoso — es la Reverenda Madre, ella misma, pura y noble. No, no te acerques tanto, señor petirrojo. Cuando entramos en su celda, nos arrodillamos ante ella hasta que nos da permiso para acercarnos. Nosotras llevamos trajes de colores sencillos, en tanto que tú eres un caballero frívolo y vanidoso, de ojos atrevidos, y seguramente lleno de pecados. No olvides que has de guardar siempre las distancias en presencia de este reverendo guisante de primera calidad.

—Este — continuó, indicando el guisante de la piel arrugada — es la madre Sub-Priora, la cual disfrutaría mucho dándose unos azotes, picarón. Este otro es María Rebeca, cada día más aspera, no sólo de cuerpo, sino que también de alma. Jamás la he visto sonreír cariñosa. Ahora voy a mostrarte, si puedo encontrarla, a sor María Teresa. Es una alma cariñosa y bella, pero que hace un ruido terrible con la nariz, cuyos sorbetones se oyen desde la cocina, siempre que le toca el turno de leer durante la refacción. Cuando a la hora de la lectura, después de haber dejado oír cada minuto el ruido de su nariz, consigue, por fin, respirar con toda libertad, puedo asegurarte, caballero petirrojo, que cualquiera creería que nuestra vieja vaca ha tenido un nuevo ternillero. Ciertamente es una alma santa y sencilla, pero hace un ruido terrible al resoplar y olvida los oídos del prójimo, el cual se imagina oír una trompeta triunfal, pues su necesidad le parece suficiente excusa para dar verdaderos trompetazos.

Mientras María Antonia hablaba, habiése vuelto hacia su bolsa para buscar a sor María Teresa, y en aquel instante, rápido como el pensamiento, ocurrió algo terrible e inesperado. El petirrojo dió tres saltos, hizo un nervioso movimiento con el rojo buche y agitó las alas al alejarse.

Habíase llevado el guisante preferido, dejando, en cambio, el arrugado y el que representaba a sor María Rebeca.

La anciana hermana lega dió un grito de horror y de desesperación, y cayó de rodillas, levantando sus brazos hacia los árboles y hacia el cielo.

La Madre Priora, sumida en profunda meditación, se encaminaba al jardín para dar su paseo diario, y como llegara a sus oídos el grito de horror de María Antonia, se dirigió, silenciosa, hacia aquel lugar por el otro lado del seto y, de-

teniéndose cerca de la anciana, escuchó las palabras de ésta, que le parecieron incomprensibles.

—Ah, caballero del traje rojo — exclamaba María Antonia — pliegue a Dios que tu astuta perfidia caiga sobre tu propia cabeza! Te permitiese llegar hasta nuestros rincones más reservados, menéigas el alimento que ya sabes no te hará de negar, conquistas a la vieja María Antonia para que te deje lanzar una ojeada sobre las siervas de Dios, grandísimo pecado, mala persona, y luego te llevas a la Reverenda Madre. ¡Ah, si por lo menos te hubieses llevado a la Madre Sub-Priora! Tal vez ésta hubiese reformado tu casa, azotado a tus hijos y corregido tus malas inclinaciones. También podrías haberte llevado a sor María Rebeca, la cual te hubiese comprometido contando a tu esposa la historia de tus infidelidades y diciéndole que María Antonia es más joven y más hermosa que ella. Pero, ya se ve, ninguna de éstas te atraía. Necesitabas raptar a la Reverenda Madre, ¡sacrigéalo! No te quedes ahí burlándote de mí. ¿Dónde está la Reverenda Madre?

—¿Qué quieres de ella, buena Antonia? Aquí estoy — contestó la Priora, asombrada y apareciendo inesperadamente por detrás del seto.

Una mirada le bastó para darse cuenta de que la hermana lega estaba sola. Su viejo rostro aparecía inundado de lágrimas, y al ver a la Priora la pobre mujer se arrodilló sobre la hierba. A su lado estaba el ramo de flores silvestres y sobre el banco veíase la gastada bolsa rodeada de guisantes. Mientras tanto, en lo alto de la rama de un árbol, un ambicioso petirrojo contemplaba con los ojos brillantes los guisantes diseminados sobre el banco.

La Priora creyó por un momento que la anciana lega había perdido el juicio. Se inclinó hacia ella y trató de hacerla levantar, pero María Antonia, humillándose todavía más, abrazo y besó los pies de la Reverenda Madre, en un impulso de dolor y de penitencia.

—Ea! — dijo la Priora, con firmeza. — Levántate, María Antonia; te lo ordeno. Hoy hace mucho calor y, sin duda, estás soñando. Ningún hombre perverso se ha atrevido a forzar la entrada de esta Santa Casa; ningún caballero de traje rojo se encuentra aquí. Levántate y convéncete. Estamos solas.

Peró María Antonia, todavía de rodillas, señaló la copa del árbol y, entre sollozos, dijo:

—El hombre perverso y atrevido está allí.

Y la Priora, al levantar la mirada, vió los ojos brillantes del petirrojo que atisbaban los guisantes, y sonrió porque empeza a comprender.

El petirrojo prorrumpió en un torrente de triunfantes trinos, a los que respondió la anciana María Antonia, que aún estaba de rodillas, amenazándole con el puño.

La Priora la levantó y la llevó al banco.

—Síntete junto a mí — le dijo — y confíaséme todo. Abre mi corazón para contarme lo ocurrido. Te prometo castigar al petirrojo si, haciendo honor a su fama, se ha mostrado un ladronzuelo.

Y en el jardín del convento, mientras el pájaro seguía posado en la rama del árbol, desgranando sus trinos, la Priora escuchó el original relato.

El temor de equivocarse en el diario recuento de las hermanas; el sistema de contarlas con ayuda de los guisantes; de cómo éstos llegaron a ser identificados con cada una de las Damas. Luego se enteró de los juegos en la celda, de las conversaciones de la anciana lega con el petirrojo y de su costumbre de contar al pájaro las historias que no debían ser referidas a los demás y que fueron la causa de que aquella mañana aparecieran los guisantes, con lo cual se consumó la catástrofe: el raptó de la Reverenda Madre.

Esta escuchó gravemente, haciendo grandes esfuerzos para ocultar la risa que todo aquello le producía. Más de una vez tuvo que volver la cabeza, hurtando el rostro a la vigilancia ansiosa de María Antonia, que atisaba, inquieta, la impresión que producía esta historia y la posibilidad de ser perdonada.

La Priora oyó pacientemente el relato. Conocía la importancia que en semejantes casos tienen los detalles más triviales. Una interrupción o una muestra de impaciencia hubiese dejado incompleta la confesión de María Antonia. Así, pues, la Priora lo escuchó todo con extraordinaria paciencia, sentada en el banco del soleado jardín, en plena quietud e interrumpida solamente, de vez en cuando, por el paso silencioso de alguna sombra tapada por el velo, que se deslizaba por el claustro y que, al ver a la Reverenda Madre, sentada cabé la encina, hacia una reverencia sin atreverse a volver el rostro para mirar.

Cuando, al fin, la temblorosa voz de María Antonia terminó su relato, la Priora tomó entre sus manos las de la pobre mujer, que se cruzaban nerviosamente, y sus primeras palabras se refirieron a cosas de que no habían hablado.

—¿Es tuyo ese ramo que está en el suelo, querida Antonia? — preguntó.

—También en eso me equivoqué, Reverenda Madre — dijo la anciana lega. — Sor María Agustina fué a la cocina para

hacer las pastas, siguiendo instrucciones de la Madre Sub-Priera, y deseando permanecer sola para hacerlas muy grandes, sin escuchar mi consejo contrario, me ordenó que viniese al jardín para limpiarlo de abrojos. Mientras escarbaba tuve la idea de hacer un ramo de flores para el altar de la Virgen, y olvidé por completo el encargo de sor María Agustina. Mas al terminar el ramo, con profunda pena observé que lo había hecho de hierbas y no de flores.

La Priera se conmovió al oír las ingenuas expresiones de la anciana María Antonia y, mientras dos lágrimas corrían por sus mejillas, domino su emoción, para decir:

—Será para la Virgen. Lo pondré en su altar, en mi propia celda, en lugar preferente, y Ella comprenderá que aunque las manos hayan cogido hierbas, el corazón hizo de ellas fragantes flores. En cambio, a veces nos acercamos a Dios para ofrecerle hermosas flores y El no ve en ellas más que abrojos. Y cuando lamentamos no poder ofrecerle más que sencillas hierbas, El ve en ellas las rosas frescas y olorosas de la intención.

La Priera hizo una pausa y, observando que la anciana lega contemplaba todavía el ramo con recelosa desilusión, continuó:

—Por otra parte, buena Antonia, ¿cómo sabemos cuáles son las flores que hemos de considerar como abrojos? Ninguna planta de la Creación, ni siquiera las más humildes, fue llamada "abrojo" por el Creador. Cuando, a causa del pecado original, castigó a la tierra, dijo: "También crecerán las espinas y los cardos silvestres". Y de espinas están rodeadas las rosas; el cardo silvestre es la flor nacional de Escocia y si nuestra vieja burra blanca pudiera darnos su opinión, seguramente la llamaría la reina de las flores. En ninguna parte de los Sagrados Libros se lee la palabra "abrojos" para calificar despectivamente una planta. El hombre fué el que llamó así a las que no fueron de su agrado.

—Observa cualquiera de estas flores silvestres. ¿Podrías, ninguna de las dos, trabajando durante largos años con el mayor esmero, hacer algo más perfecto y que se pareciese a la maravillosa simetría de esas flores silvestres? No, se llaman abrojos porque crecen donde no debían. La encendida amapola es un abrojo entre las espigas y si las mismas rosas creciesen entre ellas, las llamaríamos también abrojos y las arrancaríamos inexorablemente.

—Algunas de nosotras habrán recogido también las rosas de nuestra vida; las dulces y fragantes emociones que rodean nuestros gozos, nuestros sacrificios del orgullo y la oración.

—Acaso, cuando nuestros abrojos rodeen las Sagradas Plantas, Nuestro Señor vea en ellos una preciosa guirnalda de escogidas flores. Es muy posible que las coronas de espinas representen en el Paraíso una diadema de flores.

La Priera dejó el ramo sobre el banco, al alcance de su mano.

—Ahora, Antonia — dijo — hablemos de tus entretenimientos con los guisantes. No hay nada malo en que lleves tus cuentas con su ayuda, vigilando las hermanas que van y vuelven de las Vísperas; aunque me parece más sencillo que las cuentes a viva voz y no llevando un guisante de una a otra mano cada vez que pasa una. Sin embargo, un método que no parece bueno a uno puede ser para otro el más conveniente y por eso te dejo en libertad para continuar contando con ayuda de los guisantes. También pueden considerarse inocentes los juegos a que te entregas en la celda, porque siempre he creído que los entretenimientos con pelotas o anillos en que los ojos dirigen la mano y fijan la atención de la vista, pueden ser muy útiles, especialmente en las tardes de verano. Pero lo que no puedo permitirte es que decidas acerca del porvenir de las hermanas. ¿Quién te ha dado permiso para mandarme al Paraíso con un empujoncito de los dedos, ni para meter en el purgatorio a nuestra exceiente Sud-Priera? Conviene que vuelvas en ti, María Antonia.

Pero la severidad y el tono de la voz de la Reverenda Madre, quedaba, en cierto modo, desmentido por el regocijo que se advertía en sus ojos grises.

—Pero no hablemos más de esto, María Antonia; tu historia me brinda la oportunidad de hacerte una pregunta necesaria. Hace apenas una hora me han dicho que la hermana María Antonia podía mandar cualquier noche al purgatorio a la Madre Sub-Priera con un simple movimiento de su dedo pulgar.

—¿Quién ha dicho eso de mí? — exclamó airada y sorprendida María Antonia. — ¿Quién lo dijo, Reverenda Madre?

—Un pajarito. Un pajarito que no es, precisamente, tu lindo petirrojo. También me dijo que habían puesto una especie de veneno en el caldo de la Madre Sub-Priera. ¿Lo has hecho tu alguna vez?

María Antonia cayó de rodillas y contestó aterrada:

—Solamente en una ocasión eché al caldo de la Madre Sub-Priera unos granos de ricino, y, a veces, cuando estaba de mal humor, algunas hierbas purgantes. Nunca he echado otra cosa. Lo aseguro. La vieja María Antonia no entiende de venenos, sino tan sólo de bálsamos saludables y de ungüentos curativos. La Santísima Virgen sabe que esa historia es falsa.

La Priera tomó rápidamente el ramo y ocultó su rostro entre las flores silvestres.

—Te creo — dijo con voz que no acababa de ser severa. — Levántate, pero no olvides que te prohíbo poner en el caldo de la Madre Sub-Priera más que lo que sirva para confortarla y alimentarla. Dame tu palabra de que lo harás así.

—Lo prometo, Reverenda Madre, y me arrepiento de todo corazón por mi falta — contestó la pobre vieja estrechando contra sus labios el extremo del hábito de la Priera.

—Tengo algo más que decirte — añadió ésta. — Siéntate a mi lado. No pienses mal de la Sub-Priera. Es severa y extremada en el cumplimiento de su deber, pero con ello se limita a realizar la misión que le está encomendada. Su piedad es grande y la prueba de ello está en el mismo cielo con que obra siempre.

Los ojos de María Antonia pestañearon al sorprender la mirada de la Priera. Esta, una vez más, buscó refugio en el ramo de flores silvestres, aunque empezaba a estar ya cansada del perfume de los dientes de león.

—La Madre Sub-Priera se halla enferma — continuó. — La otra tarde se resfrió en el huerto al ponerse el sol. He hecho que se acueste y todas María Antonia, debemos atenderla con la mayor ternura, para que en breve recupere la salud. También está enferma sor María Rebeca, con dolores reumáticos y alguna fiebre, de modo que hoy también guardará cama. Asimismo debes cuidarla. Me consta que, a veces, tiene malos pensamientos y que refiere historias imaginarias, pero, al hacerlo, sin duda alguna es mayor su martirio que el de las demás.

Si se remueve el barro de un charco, ya no puede reflejarse en él la luz de la estrella que poco antes brillaba claramente, pero no por eso se apaga la luz del astro, que brilla en lo alto. Así ocurre al revolverse en las tortidas imaginaciones los malos pensamientos; se oscurecen a sí mismas, pero no consiguen apagar las estrellas. Hemos de cuidar de sor María Rebeca.

—Podéis estar tranquila, Reverenda Madre — murmuró María Antonia. — Las atenderé con todo cuidado y paciencia. Esos dolores y resfriados se contagian fácilmente y por eso os ruego que no os acerquéis a ellas. Recordad que vos fuisteis la víctima del rapto del petirrojo y a ellas, en cambio, no les ocurrió nada.

La Priera se echó a reír y contestó:

—Pero no desapareci a causa de una enfermedad, querida Antonia; fui arrebatada por un señor astuto y audaz: el caballero del traje rojo.

—¡Ay, Dios mío! — exclamó lastimera la hermana lega. — Presiento que fué un presagio. El arcángel Gabriel, Reverenda Madre, lo envió para que os llevara de la tierra al cielo y debió decirle: "Tráete una al Paraíso y deja a las demás en la tierra". ¡Ah, cuánto me hubiese gustado que se llevase solamente a la Madre Sub-Priera!

—Querida Antonia — dijo la Priera después de reírse — el pajarito tomó el primer guisante que vió y si hubiese llamado una migaja de pan o un pedacito de queso, habría despreciado tu guisante. Escucha como entona su alegre canción. Es maravilloso recordar que en lejanos siglos, cuando los druidas cortaban el muérdago en los robles ingleses, el petirrojo esperaba y cantaba, y que cuando los hombres eran feroces y salvajes y vivían en cavernas y agujeros o en chozas sucias, y cuando las iglesias y los claustros no se conocían en estas tierras y no era venerado el único Dios verdadero, desposábanse los petirrojos y anidaban entonando su típica canción mientras buscaban alimento para sus hijuelos y los mirlos silbaban y las golondrinas volaban gozosas. Y cuando Adán y Eva paseaban en el Paraíso entre animales extraños y pájaros de hermoso plumaje, aquí, en estas islas, el petirrojo de plumas encarnadas seguía cantando, y todos nuestros pájaros ingleses construían agilmente sus nidos y cuidaban de sus hijuelos, gozando de su humilde y feliz existencia, como el que los creó les dijo que lo hicieran.

—Y, al correr de los siglos, cuando todas las cosas hayan cambiado en nuestro país, cuando todas nos hayamos convertido en polvo, cuando nuestros amados claustros sean informes ruinas, aún estarán en pie las colinas de Malvern y en este frondoso jardín, si el jardín subsiste todavía, el petirrojo hará su nido y entonará su alegre canción.

—Y observa, María Antonia, que todas las cosas creadas por el hombre sufren cambios y están sujetas a perecer, pero la Naturaleza, que es la voz de Dios, es inmutable. Nacerán reinos y se extinguirán; surgirán ciudades y se convertirán en ruinas; las naciones conquistarán un día y serán mañana conquistadas a su vez. El hombre matará al hombre, para ser, a su vez, muerto, pero sobre todo ello continúan los montes inalterables, siguen su curso los ríos, subsisten los bosques y los petirrojos anidan entre los setos y entonan su canción de amor a la compañera.

La Priera se levantó y tendiendo el brazo hacia el jardín lleno de sol y hacia el roble en que cantaba el petirrojo, exclamó:

—Oh, quién pudiera ser uno con Dios y con la Naturaleza! ¡Conocer los misterios de la vida, de la Luz y del Amor! ¡Esa es la Vida Eterna!

En aquel momento habíase olvidado de la hermana lega, del convento y del claustro, de los largos paseos a su sombra y del canto de las monjas. Se había rejuvenecido en una

vibración de juventud; creía escuchar el murmullo de los arroyos de la montaña, el suspiro del frondoso bosque, el susurro de la selva llena de sol y de vida. Todo parecía estar contenido en la canción del petirrojo. Pero...

Dentro del convento sonó la campana llamando al refectorio. La Priora dejó caer los brazos y luego recogió el ramo de flores silvestres.

—Vamos, María Antonia —dijo— vamos a ver si sor María Agustina ha conseguido hacer las pastas ligeras y sabrosas, prescindiendo de tus consejos.

La anciana lega echó a andar jovial y satisfecha tras la majestuosa figura de la Priora. Nunca había gozado de más completa paz espiritual; no había ocultado nada y, no obstante, la Priora, lejos de imponerle castigo alguno, se contentó con pedirle una promesa, promesa que María Antonia, llena de agradecimiento, encontró fácil de hacer.

Con toda seguridad el caldo de la Madre Sub-Priora, en lo futuro, no contendría otra cosa que lo que pudiera hacerlo substancial y saludable, mas apenas María Antonia había entrado en el refectorio, siguiendo a la Madre Priora, observó a las monjas que esperaban en pie y murmuró:

—Aquel pajarito tendrá granos de ricino; no mi lindo petirrojo, sino el otro pajarito...

Y, triste es decirlo, la pobre sor Serafina pasó muy mala noche, sufriendo grandes molestias.

## CAPITULO VII

### La Virgen en el claustro

La Priora se arrodilló para rezar y meditar ante la imagen de la Virgen que sostenia en sus rodillas al Niño Jesús. La luz de la luna penetraba radiante en la celda, y el ramo de María Antonia, de hierbas y flores silvestres, estaba al pie del altar, en cumplimiento de la promesa de la Madre Priora, y a la plateada luz de la luna tomaba la apariencia de un ramo de lirios y de rosas.

La Priora permaneció largo rato de rodillas, con las manos cruzadas y la cabeza inclinada, tan blanca e inmóvil como el ramo que tenía delante. Al fin levantó la cabeza y habló con voz queda:

—Madre de Dios, ayúda a este pobre corazón; todavía arde en mi pecho la llama, Dame conformidad para consagrarme en cuerpo y alma a lo Divino y para alejar de mí las cosas del mundo... Tú bien sabes que no es el "hombre" lo que me atrae y nunca lo deseé, en el transcurso de los años, desde que fui víctima de su traición. Sin que yo se lo envíe, pude de guardar para sí la mujer que se casó con él. No echo de menos la caricia de sus brazos, aunque antaño los halle fuertes y cariñosos. No deseo al hombre, pero, ¡oh, dulce Madre de Dios!, me atrae irresistiblemente el hijo del hombre... De esa mujer envídiala la Maternidad que debió ser mía. Desearía tener cobijada en mi pecho una obscura y tierna cabecita; los infantiles y dulces labios libando nueva vida de los míos, unidos en mi mano, descansando, los piecitos... Envídialo de ella todas las palpitaciones de la vida y de la fuerza de crearla. Pero mis brazos están vacíos y mi fuerza no ha de sustentar más vida que la mía. ¡Oh, concédemelo tu gracia para que pueda alejar de mí lado a la Vida llevando mis pensamientos hacia el sacrificio!

La Priora se levantó y fué a arrodillarse ante el crucifijo, rezando largo rato junto a él. La luz de la luna iluminaba el rostro del martirizado Salvador, con la corona de espinas, los brazos caídos en abandonada resignación, los pies clavados...

—Oh, Redentor infinito, oh, sublime sacrificio, oh, divino amor tan manifesto!

La Priora permaneció aún largo rato arrodillada en fervorosa contemplación. A intervalos se inclinaba para oprimir su frente contra el pie de la Cruz. Por fin se levantó y se dirigió a la estancia interior donde estaba su lecho.

Pero antes de llegar a él se volvió rápidamente y, arrodillándose ante la Virgen y el Niño, estrechó entre sus manos el pie de mármol del Niño Jesús, llenándolo de besos y oprimiéndolo contra su pecho.

Después elevó su dolorida mirada hacia el rostro lleno de ternura de la Virgen y exclamó:

—Madre de Dios, haz que ame más los pies clavados de tu adorado Hijo que los piecitos del Niño Jesús echado en tu regazo!

Gran paz invadió su espíritu al terminar esta súplica. Fue un sedante más eficaz que todas las largas horas de vigilia. Estaba segura de lograr la Divina gracia.

Se levantó, exhausta y sin fuerzas, para ir al fondo de la celda.

Un perfume de exquisita fragancia saturaba el aire. A los pies de la Virgen veíase un ramo de lirios del valle y de rosas blancas.

Pálida, pero radiante de gozo, la Priora se dirigió hacia el lecho. El amoroso corazón de la anciana María Antonia había florecido en lirios y en rosas. No tuvo culpa en recoger con sus viejas manos los pobres abrojos, y el amor Divino interpretó tiernamente la ofrenda y hizo el dulce milagro.

Mientras la Priora se recogía en el lecho, murmuró dulcemente:

—El Señor no mira como el hombre, porque éste se fija en la forma y en la apariencia exterior, pero el Señor mira al corazón!

Al levantarse la Priora, el sol llenaba ya su habitación. Corrió impaciente hacia el lugar en que dejara el ramo. Los dientes de león parecían más dorados a la luz de la mañana, pero las otras flores se habían marchitado.

La Priora sufrió una desilusión, pues había contado con llamar muy de mañana a María Antonia y hasta se imaginó cuánto habría sido su gozo. Pero el ramo era el mismo que dejara.

La luz matutina pone a prueba las transformaciones, pues las cosas vuelven a ser con ella como antes fueron.

Sin embargo, aún perfumaba la habitación una exquisita fragancia de lirios y de rosas. La Santísima Virgen sonreía al Niño Jesús.

El corazón de la Priora gozaba de completa paz. Sus largas vigilias, sus horas de oración le dieron la serena calma precursora de la certeza del triunfo y, persuadida de ello, se inclinó para besar tiernamente los piecitos del Niño Jesús.

Luego, como de costumbre, tocó la campana invitando a levantarse a toda la Comunidad para comenzar un nuevo día.

## CAPITULO VIII

### En las alas de la tormenta

Por la tarde aquel día María Antonia esperaba en el claustro a que volvieran de Vísperas las Damas Blancas. Sólo habían ido veinte, y temerosa de equivocarse, por ser tal cifra poco corriente, la anciana hermana lega se entretenía mientras esperaba, en contar cuidadosamente los veinte gusanos y en pasárselos de una mano a otra.

La hermana Sub-Priora no había podido dejar el lecho todavía y sor María Agustina se quedó para cuidarla. Sor Teresa estaba algo aliviada de sus dolores, pero aún tenía fiebre y se sentía extremadamente débil, de modo que la Reverenda Madre le prohibió levantarse.

Momentos antes de que sonara la campana para llamar a las monjas a formar la comitiva en el claustro, sor Serafina manifestó no hallarse en condiciones de andar y pidió permiso para quedarse. La Priora pareció dudar de la verdad de tan imprevista indisposición, pues sor Serafina, aunque parecía excitada e inquieta, no ofrecía ningún síntoma de enfermedad.

No obstante, y para evitar la posibilidad de tener que cuidar a otra enferma, la Reverenda Madre le permitió quedarse a descansar y decidió quedarse también ella, encerrando a sor María Rebeca, ya repuesta de su indisposición, el cuidado de dirigir la comitiva.

La Reverenda Madre tuvo a su lado a sor Serafina durante la ausencia de las otras monjas, haciéndole copiar traducciones del Libro Sagrado sobre hojas de vitela, pero poco antes de volver de Vísperas las hermanas, le ordenó que se fuera a su celda para emplear en ella la acostumbrada hora de oración y de meditación.

Una vez sola, la Priora leyó con interés las copias bellamente legibles que hiciera sor María Serafina, pero que estaban muy por debajo del hermoso trabajo que ella misma solía hacer. Suspiró y, dejándolas a un lado, se levantó y empezó a pasear por la estancia, reflexionando acerca de cuál sería la conducta más apropiada que podía seguirse con la linda y descarrilada monja.

Dos causas concretas hacían que la Priora desconfiase de sor Serafina: una el hecho de que hubiese llamado a Wifredo para salvarla, y a quien, según dijo, esperaba para huir con él antes de pronunciar los votos definitivos; otra causa era la de que hubiese dicho cosas insidiosas de la anciana hermana lega María Antonia, de modo que la Priora estaba indecisa acerca del mejor procedimiento que debía escoger para llevar a buen camino a sor Serafina.

Mientras la Priora paseaba de un lado a otro, echando de menos, inconscientemente, el ejercicio diario por el pasaje subterráneo, hacia la Catedral, observó que la celda se obscurcía y, acercándose a la ventana, notó que el firmamento se había cubierto de nubes tempestuosas. Y tan rápidamente amenazó la tormenta, que el brillante paisaje estival pareció quedar oculto tras funebres colgaduras.

La Priora se preguntaba inquieta, junto a la ventana, cuándo regresaría las monjas y estarían en sus celdas al abrigo de la tormenta, pues aunque en el subterráneo no corrían ningún peligro, no resultaba agradable pasar por allí mientras retumbaban los truenos en el exterior.

La Priora se extrañaba ya de no haber oido la campana que anunciaría la llegada de las hermanas y la hora de la oración y el silencio, así como también de que María Antonia no se hubiese presentado con la llave y para dar su informe diario.

A fin de averiguar qué ocurría, se apartó de la ventana en el preciso momento en que cruzaba el cielo una brillante saeta de fuego, seguida de horroso trueno. En el mismo instante se abrió la puerta de la estancia y se presentó la anciana María Antonia olvidando al parecer su costumbre de llamar previamente y de arrodillarse ante la Priora.

(Continuará)



**"No sólo la he prescrito desde que soy médico, sino que la he usado desde que era niño..."**

Así, por más de medio siglo, la **LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS** ha venido pasando de generación en generación, prescrita por los médicos como la única digna de confianza y alabada con entusiasmo por todo el que la usa.

Nada hay que supere su acción correctiva sobre la extremada acidez del estómago, ni nada que iguale su suavidad y eficacia como laxante. Por eso es el remedio ideal en casos de

**INDIGESTION · BILIOSIDAD**

**LLENURA DESPUES DE LAS COMIDAS · ERECTOS**

**AGRIERAS · ARDOR EN LA BOCA DEL ESTOMAGO**

**ESTREÑIMIENTO**

Incomparable para modificar la leche de vaca que se da a los niños y evitarles cólicos y vómitos.

La genuina Leche de Magnesia, originada y preparada por Phillips, **ha sido y será siempre líquida, porque está científicamente demostrado que es la única forma en que la magnesia puede administrarse sin peligro.** La magnesia en polvo, en tabletas o en pastillas, es insoluble y suele causar irritaciones, o acumularse en los intestinos.



**Para no exponerse al peligro de una imitación, exija el empaque azul y cerciórese de que lleva el nombre PHILLIPS.**



BIBLIOTECA NACIONAL  
CHILE  
— SECCION —  
DIARIOS, PERIODICOS Y  
REVISTAS CHILENAS

# CINZANO

VERMOUTH  
M.R.

